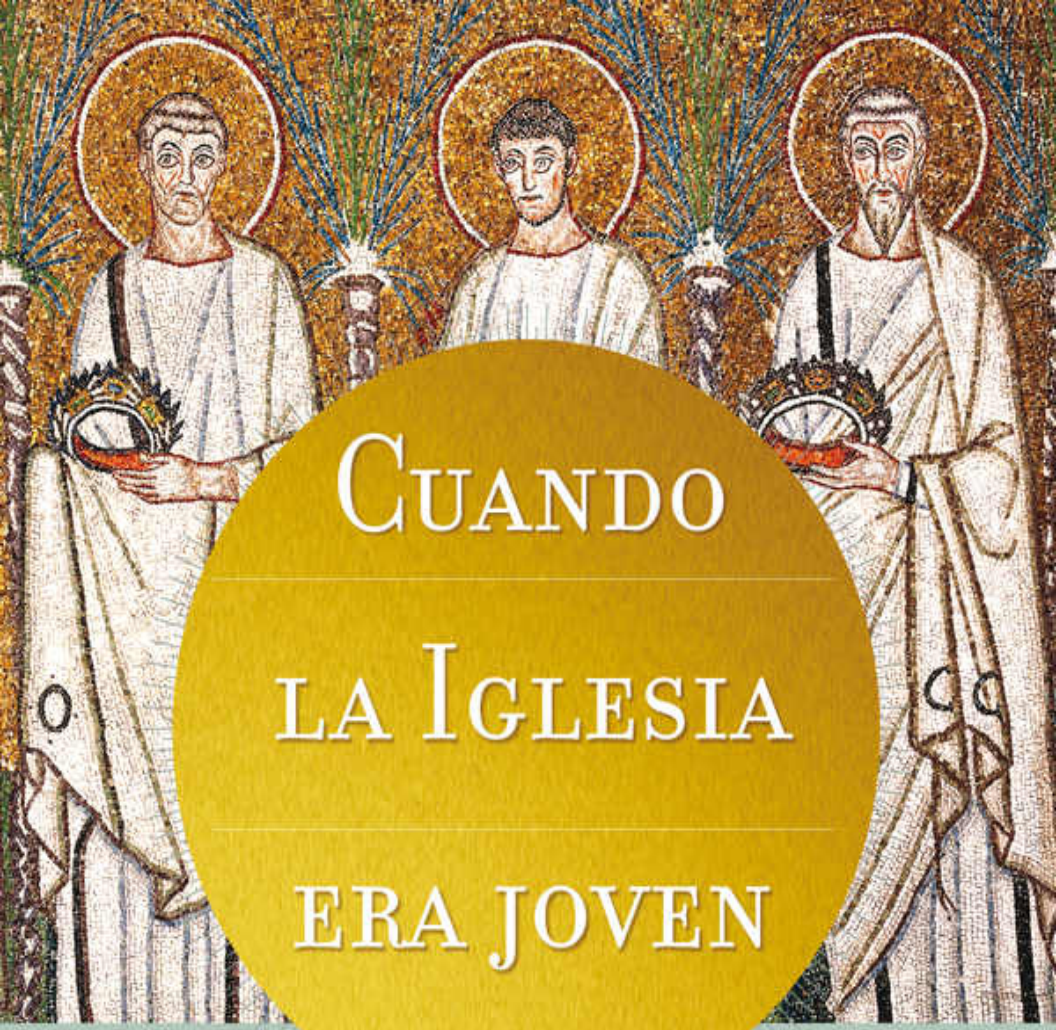

Cuando la Iglesia era joven

Las voces de los primeros padres

MARCELLINO D'AMBROSIO

Pelícano
PALABRA

MARCELLINO D'AMBROSIO

Cuando la Iglesia era joven

las voces de los primeros Padres

Pelícano

Título original: When the Church was young. Voices of the early Fathers

© Servant Books, 2014
© Ediciones Palabra, S.A., 2016
Paseo de la Castellana, 210 - 28046 MADRID (España)
www.palabra.es
palabra@palabra.es
© Traducción: Gloria Esteban

Diseño de cubierta: Mark Sullivan
Diseño de ePub: Erick Castillo Avila

Imagen de portada: San Apolinar, San Sebastián, San Demetrio, San Policarpo y San Vicente. Detalle de la Procesión de los Santos. Basílica de San Apolinar El Nuevo. Rávena. Italia.
Fotografía de portada: © Álbum

ISBN: 978-84-9061-427-3

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos, en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos, y no comerciales

PRÓLOGO

Cuando una estrella nueva apareció en Belén, la pequeña y soñolienta aldea era territorio ocupado. Sesenta años atrás, un ejército extranjero atravesó la región reclamando Palestina como provincia de Roma.

Los ingenieros romanos emprendieron la tarea de levantar nuevos edificios y las legiones, la de conquistar nuevos territorios. Pero Roma ya no era joven: había envejecido y estaba decrépita. La república de Cicerón degeneró en el despotismo de César. Tirano tras tirano fueron ganando poder a costa de mucha sangre. El culto a la familia, al trabajo y a la frugalidad fue reemplazado por la adicción a los placeres y al poder. El estado de bienestar basado en la conquista y en una mano de obra esclava compró la lealtad del pueblo regalando pan y juegos de gladiadores. Todos estaban dispuestos a cambiar su libertad por una vida más cómoda.

En medio de esa decadencia, el Evangelio de Jesucristo trajo una callada ilusión y una nueva esperanza que no dejaron de crecer pese a todos los esfuerzos por aniquilarlas. En Galilea prendió una chispa que se inflamó en Pentecostés y, transcurridas una o dos décadas, llegó a las puertas de la capital del César, haciendo de ella el nuevo centro de la vida y la misión cristianas.

La historia no acabó con los apóstoles. Pablo y la mayoría de los doce fueron ejecutados a manos del corrupto y viejo imperio, para el que representaban una amenaza inquietante. Cuando murió el último apóstol –en torno al año 100 d.C.–, la nue-

va forma de vida y la nueva esperanza cristianas apenas habían calado en la sociedad.

Aún quedaba mucho por hacer. Todavía no existía el Nuevo Testamento. Es cierto que Pedro, Pablo y Juan escribieron cartas a una u otra comunidad; y que, en esa misma época, circulaban unas cuantas recopilaciones de palabras de Jesús y relatos de su vida y de la Iglesia de la primera generación. Además, existían otros textos, entre los que se contaba uno que contenía ciertas visiones inquietantes. Ahora bien: de todos esos textos, ¿cuáles ofrecen la auténtica enseñanza de Jesús y de los apóstoles? Y, si son auténticos, ¿qué autoridad poseen? ¿Hay que considerarlos textos inspirados, como los de Moisés e Isaías? Y, por cierto: ¿Jesús era realmente Dios o únicamente el mayor de los profetas? ¿Era plenamente hombre o poseía únicamente forma humana? Algunos textos de Pablo son difíciles de entender. ¿Qué quería decir Pablo? ¿Qué quería decir el mismo Jesús?

Los que se adelantaron a responder a estas preguntas tomaron el testigo de los apóstoles y atravesaron con él los años de la infancia de la Iglesia. Recibieron el nombre de «Padres de la Iglesia», igual que a los creadores de la nueva república americana se los conoce como «Padres fundadores».

Son los padres quienes engendran vida. Y, si la vida física es algo maravilloso, la vida espiritual –que procede del conocimiento íntimo de Dios– lo es aún más. Los Padres engendraron esa vida sobre todo a través de su enseñanza. Ellos mismos compararon la Palabra de Dios y la enseñanza de Cristo y de los apóstoles con la semilla que da vida. Pero también las compararon con el pan que sostiene esa vida. Como todo buen padre, además de engendrar vida, la sostuvieron. No se limitaron a sembrar la semilla apostólica: también facilitaron alimento,

consejo y disciplina con intención de llevar a la Iglesia de la infancia a la madurez.

En la Iglesia primitiva hubo muchos maestros cuya enseñanza murió con ellos y cuyos nombres se han perdido. Los primeros maestros cristianos que acabaron recibiendo el nombre de «Padres» son los que dejaron su enseñanza por escrito, lo que les ha permitido seguir enseñándonos a nosotros. Y tenemos verdadera necesidad de esa enseñanza. Este mundo nuestro, cínico y cansado, se parece mucho a la exhausta sociedad romana de su tiempo. Las preguntas a las que contestaron son nuestras preguntas, y sus problemas son nuestros problemas. Hoy nos hace falta volver a escuchar sus voces resonando con las jóvenes energías de la Iglesia primitiva.

Esa es la razón de este libro. La Iglesia de entonces corría el peligro interno de la división y las componendas. Y corría el peligro externo de la persecución y la tentación moral. ¿Te suena esto a algo? El testimonio de los Padres fue esencial para la unidad y la vitalidad de la Iglesia de entonces. Y ese testimonio sigue siendo esencial para la restauración de la unidad y la vitalidad de la Iglesia de hoy.

Este libro no pretende ser un manual básico o enciclopédico, de los que ya existen muchos y que recomiendo vivamente. Solo pretende familiarizar al lector con las personalidades singulares y la vibrante pasión de quienes son nuestros antepasados comunes, y compartir unas cuantas joyas del tesoro de su valiosa enseñanza, que es patrimonio de todos nosotros.

Y cuando digo «nosotros» me refiero a toda la familia cristiana. Mucho antes del cisma entre Oriente y Occidente, entre los protestantes y los católicos; mucho antes de que las palabras *católico, ortodoxo* y *evangélico* designaran a comunidades distintas y divididas entre ellas, los Padres de la Iglesia se gloriaban en

una sola fe en el Cuerpo unido de Cristo, que no puede ser más que evangélico, católico y ortodoxo.

Ha llegado el momento de redescubrir nuestra herencia común. Recuperando los días en que la Iglesia era joven y explorando juntos nuestras raíces, viviremos un nuevo crecimiento que producirá nuevos frutos, una unidad nueva y un inmenso gozo.

AGRADECIMIENTOS

Hace muchos años, cuando me enamoré de Cristo y estaba deseando explorar la herencia de su Iglesia, tuve la inmensa suerte de conocer a un monje trapense que había abandonado por una temporada la abadía de New Melleray para servir de guía espiritual a jóvenes como yo. Lo primero que me recomendó amablemente este sacerdote, el padre Jim Henderson, fue empezar a rezar la *liturgia de las horas* (el oficio divino). Cuando me resistí cortésmente, él volvió a insistir con firmeza y me di por vencido. Así que mi primer encuentro con los Padres de la Iglesia tuvo lugar en el oficio de lectura del breviario romano. Desde ese momento, ellos y el padre Jim se convirtieron en mis primeros guías espirituales. Poco después, el padre Jim me puso en las manos un libro de un jesuita francés, Henri de Lubac. Fue este experto francés quien me demostró la importancia decisiva de redescubrir a los Padres para la renovación del cristianismo de hoy. El fecundo estudio de la interpretación de la Biblia que llevan a cabo los Padres terminó siendo el tema de mi tesis doctoral.

De modo que este libro es fruto del trabajo de muchos grandes maestros que despertaron mi interés por los Padres: el padre Jim, Henri de Lubac, Jean Daniélou, Louis Bouyer, Godfrey Diekmann, George Berthold, Giles Dimmock, Boniface Ramsey, Robin Darling Young, Francis Martin y Avery Dulles, por nombrar solo a unos pocos. Siempre les estaré agradecido.

Pero es fruto también del trabajo de muchas otras personas. En primer lugar, quiero dar las gracias al equipo del Franciscan Media, en particular a Louise Paré, Claudia Volkman, Barbara

Baker, Katie Carroll y Chris Holmes. En segundo lugar –como no puede ser de otra manera–, al equipo directivo, los donantes y los voluntarios de Crossroads Initiative, especialmente a Cyndi Lucky y Cyndi Clancy, que han cubierto mi vacío en tantos campos mientras me dedicaba a este proyecto. Multitud de amigos y asesores han colaborado en todo, desde el título hasta la cubierta, el diseño y el contenido de cada capítulo: entre otros, Naomi Lehew y Kurt Klement, de la parroquia de Santa Ana de Coppell (Texas); los padres John Schroedel y George Gray, de la Iglesia ortodoxa de los Estados Unidos; el pastor Bob Bonnell; los profesores John y Ashley Noronha; el padre Taylor Albright, de la Iglesia episcopal; Gloria Zapiain, de la archidiócesis de San Antonio; Sarah Reinhard de CatholicMom.com; Matt Swaim, de *Sonrise Morning Show*; Alan Napleton, de Catholic Marketing Network; el orador Marc Cardaronella; el escritor David Calvillo; el evangélico Kelly Wahlquist; Dan Mansell, de Basecamp Creative; y el presidente de Ascension Press, Matt Pinto.

Por último, y de una manera especial, quiero agradecer el papel de valor incalculable que ha desempeñado mi familia, sin cuya ayuda nunca habría acabado este libro. Mi madre, Patricia, y mi hermana Cristina Joy han colaborado durante todo el proceso con su oración diaria. Mi hijo Nick no ha dejado de advertirme que no me dejara distraer por cosas sin importancia. Marisa, Marcellino y Anthony han leído un capítulo tras otro, aportando valiosas sugerencias para la mejora del estilo y del contenido. Pero mi mayor agradecimiento lo reservo para mi mujer, Susan, quien, además de revisar cada capítulo, me ha servido de barricada y se ha ocupado de todo lo que no he podido hacer yo, atrincherado en mi despacho.

Este libro ha sido una tarea de amor llevada a cabo por un equipo fantástico. Siempre es un privilegio servir al Señor. Pero es un placer todavía mayor hacerlo en tan buena compañía.

BREVE CRONOLOGÍA DE LOS PADRES DE LA IGLESIA PRIMITIVA[1]

c. 30 d.C.	Muerte y resurrección de Jesús, seguida de Pentecostés.
50	Primer documento escrito del Nuevo Testamento (*1 Tesalonicenses*); Pablo deja su base en Antioquía para iniciar su segundo viaje misionero.
60	Comienzan los dos años de arresto domiciliario de Pablo en Cesarea antes de ser enviado a Roma.
64-68	Primera persecución de los cristianos de Roma bajo el reinado de Nerón; martirio de Pedro y Pablo; fecha aproximada de redacción del primer evangelio (Marcos o Mateo); nace Policarpo.
70	Los ejércitos romanos destruyen Jerusalén y su templo durante el reinado de Tito.
81	Domiciano es nombrado emperador con el título de *Dominus Deus* (Señor y Dios).
c. 95	Juan concluye su evangelio; Clemente escribe la *Carta a los corintios*, inaugurando la época de los Padres de la Iglesia primitiva.
c. 110	Cartas y martirio de Ignacio de Antioquía.
144	La Iglesia de Roma excomulga a Marción.
c. 151	*Primera apología* de Justino, escrita en Roma.
155	Martirio de Policarpo en Esmirna; inicio aproximado del montanismo.

165 Martirio de Justino en Roma; fecha aproximada del nacimiento de Hipólito.

c. 185 Ireneo escribe *Contra los herejes*; Clemente toma a su cargo la escuela catequética de Alejandría y es relevado por Orígenes veinte años después; primera relación conservada de los libros del Nuevo Testamento: el Canon Muratorio.

c. 200 Sabelio y Práxeas difunden en Roma la herejía modalista.

202 Orígenes pierde a su padre durante la persecución de Septimio Severo.

c. 206 Tertuliano, el primer teólogo que escribe en latín, se convierte al montanismo.

c. 215 Hipólito de Roma escribe *La tradición apostólica*.

235 Reconciliación y martirio del papa Ponciano e Hipólito; comienza la crisis política del siglo III, con veinticinco emperadores en cincuenta años.

249 Comienzan los tres años de la persecución de Decio; la cuestión de la readmisión de los lapsos divide a muchas iglesias.

250 Persecución de Decio; prisión de Orígenes; huida de Cipriano; martirio del papa Fabián.

251 Cornelio elegido papa; cisma de Novaciano.

257 Inicio de la persecución de Valeriano; martirio de Cipriano al año siguiente.

261 El emperador Galieno promulga el edicto de tolerancia, que frena la persecución durante cerca de cuarenta años.

284 Diocleciano se convierte en emperador, poniendo fin a la crisis del siglo III.

292 El emperador Diocleciano divide el Imperio en Oriente y

Occidente bajo el gobierno de tetrarcas.

303 Comienza la gran persecución de Diocleciano, que se prolonga hasta el año 306 d.C. en Occidente y hasta el 313 d.C. en Oriente.

312 Constantino derrota a Majencio en la batalla del Puente Milvio.

313 El Edicto de Milán de Constantino autoriza el cristianismo y cualquier otra religión.

324 Constantino derrota a Licinio y se convierte en el único gobernante del Imperio.

325 Constantino convoca el primer Concilio ecuménico de Nicea.

328 Atanasio es nombrado obispo de Alejandría.

337 Muere Constantino; en Oriente le sucede su hijo Constancio, proarriano.

339 Atanasio es destituido por Constancio y huye a Roma.

356 Atanasio vuelve a ser destituido por Constancio y huye al desierto; muerte de Antonio.

357 Atanasio escribe la *Vida de Antonio*; Basilio visita a los monjes egipcios del desierto.

359 Se obliga a la mayoría de los obispos de Oriente y Occidente a suscribir el Credo semiarriano del Concilio de Rimini-Seleucia: «El mundo despertó con un gemido sabiéndose arriano» (Jerónimo).

367 Primera relación de los 27 libros de nuestro Nuevo Testamento en la *Carta Pascual* 39 de Atanasio.

369 Valente nombra un obispo de Constantinopla arriano; 80 sacerdotes son quemados vivos por oponerse.

370 Basilio es nombrado obispo en Capadocia; al año siguiente consagra obispo a Gregorio Nacianceno.

372 Basilio consagra obispo de Nisa a su hermano Gregorio.

373 Ambrosio es elegido obispo de Milán en sustitución del obispo arriano Auxencio; muere Atanasio.

c. 375 Basilio escribe *Sobre el Espíritu Santo*; Jerónimo estudia hebreo en el desierto de Siria.

379 Teodosio se convierte en emperador de Oriente; muerte de Basilio y Macrina.

380 Teodosio proscribe a los arrianos y nombra a Gregorio Nacianceno obispo de Constantinopla.

381 El primer Concilio de Constantinopla desarrolla el Credo para ratificar la divinidad del Espíritu Santo.

386 Ambrosio se niega a entregar las iglesias a los arrianos; Juan Crisóstomo es ordenado sacerdote; Jerónimo se instala en Belén.

387 Ambrosio bautiza a Agustín en Milán; muerte de Mónica, su madre.

389 Muere Gregorio Nacianceno; unos años después muere Gregorio de Nisa.

390 Ambrosio excomulga a Teodosio a raíz de la masacre de Tesalónica.

395 Muere Teodosio, último emperador de Oriente y Occidente; Agustín es ordenado obispo.

c. 397 Agustín escribe sus *Confesiones*; muere Ambrosio.

398 Juan Crisóstomo es nombrado obispo de Constantinopla.

403 Inicio de los diez años del combate de Agustín contra los donatistas.

405 Jerónimo concluye la traducción «Vulgata» de la Biblia y comienza los comentarios sobre los profetas.

407 Muere Juan Crisóstomo después de tres años de duro destierro.

410 El saqueo de Roma de Alarico marca la caída del Imperio

de Occidente.

412 Agustín comienza su combate contra los pelagianos.

419 Muerte de Jerónimo.

428 Nestorio es nombrado obispo de Constantinopla.

430 Muerte de Agustín durante el asedio vándalo de Hipona.

431 El Concilio de Éfeso condena a Nestorio y proclama a María *theotokos* (Madre de Dios).

440 León se convierte en papa (obispo de Roma).

449 Concilio o «Latrocinio» de Éfeso.

451 El Concilio ecuménico de Calcedonia declara que Jesús es plenamente Dios y plenamente hombre, una sola persona, dos naturalezas, basándose en el *Tomus Leonis*.

452 El papa León detiene a Atila el Huno a las puertas de Roma.

461 Muerte del papa León.

c. 500 Benito comienza su vida monástica en Subiaco, en las colinas al este de Roma.

590 Gregorio es nombrado papa (obispo de Roma).

595 Gregorio envía cuarenta monjes a evangelizar Inglaterra; se instalan en Canterbury.

604 Muerte de Gregorio Magno.

636 Muere Isidoro de Sevilla y concluye la época de los Padres de la Iglesia de Occidente.

749 Muere Juan Damasceno y concluye la época de los Padres de la Iglesia de Oriente.

Capítulo 1

LOS PADRES DE LA IGLESIA: ¿A QUIÉN INCLUIMOS?

La primera vez que oí hablar de «los Padres de la Iglesia» no sabía ni por asomo de qué me estaban hablando, de modo que busqué la lista oficial; y me llevé una sorpresa al descubrir que no existía. La razón es que el término «Padre de la Iglesia» o «Padre de la Iglesia primitiva» no equivale a un título concedido oficialmente por un papa o por un concilio de la Iglesia: se trata de un término familiar, acuñado de modo espontáneo por alguien de la Iglesia primitiva para referirse a otra persona que pertenece a una época de la Iglesia anterior a la suya. Por lo general, cuando a alguien se le ocurre un término nuevo, se limita a aplicarlo y otros comienzan a emplearlo. A no mucho tardar, lo usa todo el mundo; y, al parecer, eso es lo que sucedió en este caso.

UNA NUEVA DEFINICIÓN

Pero mi pregunta seguía ahí: ¿quiénes pertenecen a esa categoría de personas llamada «Padres de la Iglesia primitiva» y a qué se debe su importancia? En las enciclopedias y en los libros de texto solemos encontrar esta definición estándar: los Padres de la Iglesia son los que se caracterizan por su *ortodoxia, santidad* y *antigüedad*, y cuentan con *la aprobación de la Iglesia*.

No obstante, este repertorio de términos, más que responder a la pregunta, plantea otras nuevas. *Antigüedad*: eso es algo muy vago; hoy día muchos consideran prehistórico todo lo que sea anterior a los Beatles. *Santidad*: algunos de los que suelen recibir el nombre de Padre de la Iglesia, como Orígenes o Tertu-

liano, nunca han sido declarados santos. *Aprobación de la Iglesia*: si no existe una lista oficial, ¿quién la determina? Y, por último, *ortodoxia*: muchos Padres, incluso algunos tan importantes como Gregorio de Nisa, exponen alguna que otra idea que, siglos después, la Iglesia ha rechazado de forma oficial.

Por eso, tras años de investigar y enseñar la historia del pensamiento cristiano, he elaborado una definición mejorada que describe el uso actual de la expresión «Padres de la Iglesia». *Los Padres de la Iglesia son los grandes escritores cristianos que transmitieron e ilustraron la enseñanza de los apóstoles desde aproximadamente el siglo II hasta el VIII*. Nota: no está incluido el siglo en el que vivieron Jesús y los apóstoles; la época del Nuevo Testamento forma una categoría propia. La etapa de los Padres de la Iglesia comienza en el punto donde desaparecieron los testigos oculares y se prolonga a lo largo del período que comprende los siete primeros y decisivos concilios universales o ecuménicos en los que, no sin esfuerzo, se llegó a un acuerdo sobre las dos cuestiones fundamentales de la fe cristiana: cómo un solo Dios puede ser tres personas distintas y cómo puede ser Jesús al mismo tiempo Dios y Hombre. Estos maestros ayudaron a quitarle los pañales al cristianismo para lanzarlo a la vida adulta. Nadie puede volver a desempeñar el papel que tuvieron ellos durante aquellos apasionantes años de formación en que la Iglesia era joven.

UNA ÉPOCA EN CUATRO ETAPAS

Desde el año 100 d.C. hasta el año 800 d.C.: ese es un período de tiempo muy largo… En el transcurso de tantos años las cosas cambian mucho. Por lo tanto, podemos dividirlo en dos subcategorías. En primer lugar, el período de cerca de trescientos años durante el cual ser cristiano en el Imperio Romano fue un delito punible. Después de que el Edicto de Milán (313

d.C.) decretara la libertad religiosa dentro del Imperio, tuvo lugar un acontecimiento revolucionario de la historia cristiana: el primer gran concilio universal o ecuménico de la Iglesia, es decir, el Concilio de Nicea (325 d.C.). A los Padres de la Iglesia que escribieron durante la etapa de la persecución se los conoce como «Padres antenicenos», que a su vez podemos dividir en dos grupos. Por un lado, el grupo de escritores contemporáneos de los apóstoles y que, o bien fueron sus discípulos inmediatos, o bien mantuvieron algún contacto con ellos y aprendieron de ellos: estos reciben el nombre de «Padres apostólicos». Vivieron entre el año 50 d.C. y –aproximadamente– el año 150 d.C., y sus textos comenzaron a llegarnos hacia el año 95 d.C. Nunca se insistirá bastante en su importancia: ellos nos ayudan a descubrir lo que quisieron decir los apóstoles en sus escritos, así como lo que enseñaron de viva voz y no se llegó a incluir en lo que hemos acabado conociendo como textos del Nuevo Testamento.

Después de los Padres apostólicos viene un grupo destacado de escritores por lo general brillantes y con mucho talento. En algunos casos, eran pensadores seculares a los que se ganó para Cristo y que pusieron todos sus conocimientos al servicio de la causa del Evangelio. A estos los llamamos «apologistas», ya que el núcleo esencial de sus escritos fue la defensa de la fe frente a los herejes cristianos, los judíos críticos y los perseguidores paganos. Los apologistas vivieron y escribieron desde aproximadamente el año 150 d.C. hasta el decisivo Concilio de Nicea del 325 d.C.

El Edicto de Milán inauguró una época prodigiosa de fermentación y crecimiento. Los Padres que siguieron a este punto de inflexión se conocen como nicenos y postnicenos. Durante los dos siglos siguientes, las principales enseñanzas de la fe fue-

ron perfilándose en sucesivos concilios ecuménicos. Las formas oficiales de culto que conocemos hoy día –la liturgia romana occidental, las liturgias bizantina y maronita orientales– cristalizaron en esa época. También el canon –la lista oficial de los distintos libros del Nuevo Testamento– adquirió su forma definitiva durante esta etapa tan fecunda.

Me gusta referirme a este período –los siglos IV y V– como la «Edad de Oro de los Padres»: en ella se incluyen figuras como Ambrosio y Agustín, en Occidente, y Atanasio y Basilio, en Oriente.

A continuación viene la etapa –del siglo VI al VIII– que podríamos llamar del ocaso, durante la cual el resto de los Padres, como Gregorio Magno y Juan Damasceno[2], resumieron, ampliaron y transmitieron la enseñanza de los Padres y de los concilios anteriores.

LAS VOCES QUE HAY QUE ESCUCHAR

Este grupo tan amplio y variopinto de gente nos proporciona algo que necesitamos desesperadamente. Forma una gran nube de testigos de lo que vivieron y enseñaron los apóstoles. Pero muchos de ellos contribuyeron también creativamente a la tradición, aportando nuevo vocabulario, perspectivas clave y aclaraciones críticas que han permitido a la Iglesia entender con mayor hondura y expresar con mayor claridad la verdad apostólica que esos testigos nos han transmitido.

Este libro no es un tratado exhaustivo de setecientos años de escritos patrísticos: un proyecto como ese habría dado lugar a varios tomos, o bien a un único libro bastante superficial. Mi intención ha sido más bien contar la historia de algunos de los Padres orientales y occidentales más fascinantes, desde los albores de la patrística hasta su ocaso. Puesto que todos los caminos

llevan a Roma, nuestra historia comenzará y concluirá en la ciudad de Pedro y de Pablo.

Capítulo 2

CLEMENTE Y LA REBELIÓN DE CORINTO

Todo el mundo ha oído hablar del emperador Nerón, quien –según dicen– se dedicó a tocar el arpa mientras ardía Roma. Casualmente, el gran incendio del año 64 d.C. dejó despejada la zona de la ciudad donde Nerón deseaba edificar su majestuoso palacio; por eso no es de extrañar que más de uno sospechase de él como responsable de las llamas. Para desviar la atención, Nerón le echó la culpa a una nueva y siniestra secta religiosa venida de Oriente, desencadenando así la primera gran persecución del Imperio Romano contra los cristianos. Fue entonces cuando surgieron los horrendos espectáculos en los que los cristianos servían de antorchas humanas en los anfiteatros para iluminar los juegos nocturnos. En esos mismos festejos, a otros se les elegía para representar el papel de figuras trágicas de la mitología cuya muerte reproducían en vivo ante los ojos de una muchedumbre sedienta de sangre[3]. Entre las víctimas de esa persecución que se prolongó varios años se contaron los apóstoles Pedro y Pablo.

Después de que en el año 68 d.C. sus propios oficiales obligaran a Nerón a suicidarse, la Iglesia disfrutó de un respiro. En realidad, los generales romanos estaban demasiado ocupados luchando entre ellos como para hostigar a los cristianos. Pero la paz no duró mucho. En el 81 d.C. asumió el poder el tirano Domiciano –un emperador en ciertos aspectos aún más megalómano que Nerón–, quien ordenó que todo el mundo se dirigiera a él como «*Dominus et Deus*» (Señor y Dios). El juramen-

to de lealtad a su persona exigía a sus súbditos quemar incienso ante su imagen divina.

Como es natural, la cosa no cayó muy bien entre judíos y cristianos. Por suerte para los primeros, su fe ancestral en un solo Dios los eximía de aquello; pero a los cristianos ya no se les consideraba judíos, sino una secta nueva y peligrosa sin historia, sin estatus y, por lo tanto, sin privilegios. Se desencadenó entonces una gran persecución que sometió a la comunidad cristiana a fuertes presiones[4]. Al parecer, esa tensión provocó una ruptura en las relaciones. Los elementos más jóvenes de la comunidad maniobraron para destituir a la jerarquía consolidada y se autoproclamaron la nueva autoridad.

¿Fue legítima aquella maniobra? ¿Es el gobierno en la comunidad cristiana una mera cuestión de popularidad, talento o poder político?

LA CRISIS DE LA AUTORIDAD

La *Carta de Clemente* ofrece una respuesta muy clara a estas preguntas. El jefe de la Iglesia de Roma, un hombre llamado Clemente, conoció a Pedro y Pablo en vida. No obstante, era una persona muy humilde: tan humilde que prescindió de mencionar su nombre en la carta dirigida a la Iglesia de Corinto desde la Iglesia de Roma. De hecho, la humildad constituye uno de los temas centrales del texto. Sabemos que Clemente fue el autor de esa epístola gracias a los Padres de la Iglesia del siglo II que así lo recogen en sus escritos[5].

El motivo principal de la carta consistía en hacer saber sin ambages a la Iglesia de Corinto que la rebelión en contra de la jerarquía era absolutamente ilegítima. Clemente hacía hincapié en que los apóstoles habían establecido en la Iglesia una sucesión ordenada de la autoridad. Los propios apóstoles –afirma-

ba– encargaron a unos dirigentes pastorear la Iglesia de Corinto, y esos ancianos y obispos, a su vez, se lo encargaron a quienes los sucedieron. El proceso de sucesión iniciado por los apóstoles debía mantenerse ininterrumpidamente, lo cual nos proporciona las primeras referencias escritas a la noción de sucesión apostólica[6].

Por lo tanto, en cada una de las Iglesias locales, fundadas por los apóstoles, era necesaria una sucesión ordenada de dirigentes que se remontara hasta ellos. Pero ¿qué sucedía con la Iglesia en su conjunto? ¿Tenía derecho una comunidad a inmiscuirse en los asuntos de las otras? ¿Contaba una única Iglesia apostólica con una responsabilidad especial en la institución del gobierno de las demás Iglesias apostólicas y en su supervisión? Clemente, nuestro testigo más antiguo del martirio de Pedro y Pablo[7], también dio respuesta a esta cuestión. Y lo hizo con el acto mismo de escribir esta carta y enviarla a Corinto por medio de cuatro mensajeros, cuya misión consistía en ayudar a resolver la crisis a partir de los consejos que el texto contenía[8].

Clemente asumió la tarea de dirigirse a los miembros de una Iglesia fundada por el apóstol Pablo para decirles con suavidad y afecto, pero con mucha firmeza, que lo que habían hecho no era correcto y que debían restituir en el cargo a los dirigentes de la Iglesia debidamente autorizados. Es fascinante advertir cómo, al describir a los líderes víctimas de la infracción, hace hincapié en su función litúrgica de dirigir el culto cristiano, un culto que entiende en términos de sacrificio: «Porque no será un pecado nuestro leve si nosotros expulsamos del cargo del obispado a los que han hecho ofrenda de los dones de modo intachable y santo»[9].

Su visión no es la de un burócrata severo, sino la de un hermano y padre que exhorta a los cristianos de Corinto a recupe-

rar la auténtica orientación cristiana a la santidad y la caridad, caracterizada no por el enaltecimiento de uno mismo, sino por la humildad. Aporta un ejemplo tras otro tomados de la Biblia –que por entonces se reducía a las Escrituras judías– para mostrar el peligro de la rivalidad y el poder de la obediencia humilde. Al mismo tiempo, afirma que debemos tomar nota del ejemplo de los héroes «que pertenecen a nuestra generación»[10], en alusión a los mártires cristianos recientes. Recurriendo a una fuente desconocida, marca el inicio de un rasgo característico de la espiritualidad cristiana: «Allégate a los santos, porque los que se allegan a ellos serán santificados»[11].

EN DEFENSA DE LA UNIDAD

Clemente se muestra benévolo y paternal. Pero, en la antigüedad, «padre» significaba también «autoridad», y él no duda en hacer uso de la suya, insistiendo en que los corintios presten «obediencia a las cosas que os hemos escrito por medio del Espíritu Santo»[12]. Clemente escribía antes de que lo que conocemos como el «Nuevo Testamento» estuviera concluido y difundido, pero es evidente que estaba familiarizado con la primera carta de Pablo a los corintios y recordaba a sus lectores su enseñanza de que la Iglesia es realmente el cuerpo de Cristo[13]: por eso, dividir a la Iglesia es atentar contra Cristo.

La entrega a Cristo implica un compromiso pleno y ardiente con la unidad de la Iglesia. Hoy día los cristianos aceptan con indiferencia y dan por sentada la existencia de miles de Iglesias cristianas distintas que están divididas entre ellas y que a veces llegan a evidenciar una mutua hostilidad. Clemente y otros Padres de la Iglesia primitiva, sin embargo, contemplaban con horror la división entre los cristianos. Clemente condena la escandalosa rebelión corintia como «detestable sedición, no santa, y tan ajena y extraña a los elegidos de Dios»[14]. Por otra parte,

invoca «la regla [*kanon*] gloriosa y venerable que nos ha sido transmitida [*paradosis*]»[15], la cual según él no solo incluye la verdad acerca de quién fue Jesús y qué hizo por nosotros, sino el compromiso de conservar y proteger la unidad de su cuerpo. Les invita a ser fieles a «la armonía que nos ha sido entregada de modo tan noble y justo»[16].

Clemente tuvo el valor de enviar a Corinto una carta tan audaz como esta. ¿Cómo fue recibida? Al parecer, los corintios no solo siguieron sus consejos, sino que su lectura siguió formando parte del oficio dominical durante varios centenares de años. Y lo que es aún mejor: le dieron tanta importancia que la copiaron y la enviaron a todas las demás comunidades del Imperio para que la leyeran; de ahí que haya sobrevivido no solo en el griego original, sino también en latín, copto y etíope. La carta de Clemente, que se convirtió –por así decir– en la primera encíclica papal, gozó de tanta estima que pasó a considerarse parte del Nuevo Testamento en zonas del Imperio como Alejandría, uno de los primeros y más importantes centros de la cristiandad. Se trata de un convincente testimonio del respeto a la Iglesia de Roma y al obispo que imperaba en los primeros tiempos de la Iglesia.

Lo curioso es que esta maravillosa carta permaneció oculta a los cristianos de Occidente hasta 1623, cuando el patriarca de Constantinopla hizo entrega al rey de Inglaterra de un valioso regalo: una copia del volumen encuadernado de la Biblia del siglo V conocido como *Codex Alexandrinus* que, junto con los evangelios y las epístolas, contenía la carta de Clemente. Eso significa que, por desgracia, aún no era conocida un siglo antes, cuando surgieron graves disputas que hicieron pedazos la unidad cristiana de Occidente. Aun así, demuestra claramente que ya en el siglo I, en torno a la misma época en que es probable

que el evangelio de Juan adquiriera su forma definitiva (c. 95 d.C.), el sucesor de Pedro y Pablo en Roma desempeñaba un papel especial. Y ese papel consistía en defender y preservar la preciosa unidad de la Iglesia.

Capítulo 3

LA *DIDACHÉ*: SALIENDO DE LA NEBULOSA DE LA HISTORIA

Estambul había sido siempre un hervidero de intrigas y misterios. Pero el monje que hurgaba en la biblioteca del monasterio ese día señalado de 1873 no buscaba ni una cosa ni otra: solo quería alguna lectura edificante. Cuando dio con un libro muy antiguo cubierto de polvo y lo abrió, comprendió que había encontrado algo más importante que lo que pretendía. Era un volumen compilado en 1053 por un copista de nombre León: en realidad, se trataba de una recopilación de documentos aún más antiguos. Entre ellos el monje reconoció las copias de las cartas de Clemente y Bernabé, que se remontan a los primeros tiempos de la Iglesia. Pero uno de los documentos le resultó extraño: nunca había oído hablar de él; de ahí que al principio no le diera importancia. No obstante, fue precisamente ese documento el que provocó tanto revuelo cuando se publicó una década después.

Titulado «Enseñanza del Señor transmitida por los doce apóstoles», muy pronto se empezó a conocer simplemente como *Didaché*, término griego que significa «enseñanza». La razón del frenesí desatado era que, aunque varios Padres de la Iglesia se referían a ella, la obra había desaparecido y permaneció escondida cerca de un millar de años hasta ser redescubierta en la biblioteca de aquel monasterio de Estambul.

Cuando los expertos la leyeron detenidamente, se quedaron desconcertados. ¿Quién la había escrito y cuándo? Ninguna de

las dos preguntas obtuvo una respuesta convincente. Pero esto es lo que sugiere la evidencia: en algún momento de la primera mitad del siglo II, en Egipto, llegaron a manos de un editor cristiano anónimo de Alejandría dos documentos cristianos que ya en esa época eran antiguos. Uno de ellos, «Los dos caminos», parece ser el primer catecismo cristiano que se conserva. El segundo es el primer «Orden de la Iglesia» o manual de instrucciones sobre cómo dirigir el culto: unas indicaciones prácticas que brillan por su ausencia en el Nuevo Testamento. Es esta segunda parte la más fascinante, ya que recoge la vida de las congregaciones cristianas de Palestina o Siria en tiempos de los apóstoles.

UN ESTILO DE VIDA PECULIAR

Antes de abordar este tema, hemos de analizar varias cosas importantes que se desprenden del catecismo. Entre los judíos, los diez mandamientos eran el marco tradicional utilizado para la enseñanza de la vida moral: un papel que siguieron desempeñando entre los cristianos. No obstante, hay ocasiones en que no queda suficientemente claro qué permite y qué no permite determinado mandamiento; por ejemplo: «no matarás». Cuando envía a su pueblo a luchar contra los canaanitas, es obvio que Dios está haciendo una excepción en el caso de la autodefensa. ¿Había más excepciones? Otro ejemplo: «no cometerás adulterio» significa en sentido estricto que una persona casada no puede mantener relaciones sexuales con otra persona distinta de su cónyuge. Pero ¿qué ocurre cuando se trata de dos personas solteras (fornicación)? ¿O de dos hombres solteros? ¿O de un soltero con un niño?

Un buen catecismo trata situaciones y cuestiones como estas a las que se enfrenta la gente en la vida real; de ahí que la pri-

mera parte de la *Didaché* ofrezca algunas interpretaciones de estos dos mandamientos:

> No matarás, y no cometerás adulterio, no serás corruptor de muchachos y no fornicarás, no robarás, no tendrás tratos con magia, ni harás hechicerías [*farmakeusein*], ni matarás a un niño con un aborto, ni matarás al que ha nacido[17].

Es la primera vez que encontramos especificado en la literatura cristiana que en el asesinato prohibido por el quinto mandamiento se incluye el aborto. Algo que quizá no quede claro para el lector moderno es que la palabra que se suele traducir como «hechicería» [*farmakeusein*] significa en realidad «pharma», es decir, las drogas con las que se preparaban las pociones mágicas. En este caso la palabra se refiere sin duda a las que se suministraban para provocar bien el aborto, bien la esterilidad: abortivos y anticonceptivos. Evidentemente, la ciencia de entonces era algo rudimentaria, pero eso no impedía que la gente de la época intentase –a veces con éxito– evitar los nacimientos. Un siglo más tarde, Tertuliano ofrece detalles espeluznantes de los instrumentos quirúrgicos empleados por los abortistas de su tiempo.

No cabe duda de que para los primeros cristianos la prohibición del adulterio del sexto mandamiento incluía toda relación entre hombre y mujer fuera del matrimonio, tanto heterosexual como homosexual. En la sociedad grecorromana de entonces la religión tenía muy poco que ver con la moral sexual: lo que estaba de moda era la exploración indiscriminada de la orientación sexual, incluida la pedofilia.

El estilo de vida de los cristianos era claramente distinto. En una cultura de juegos de gladiadores e infanticidios en la que la carne humana costaba muy poco, los cristianos venían a dar testimonio de una cultura de vida, dignidad y caridad. No solo se prohibían el asesinato y el adulterio, sino que se ordenaba y se aspiraba a la generosidad:

> No vacilarás en dar, ni murmurarás cuando des; porque sabrás quién es el buen pagador de tu recompensa. No te apartarás de aquel que está en necesidad, sino que harás partícipe a tu hermano de todas las cosas, y no dirás que algo es tuyo propio. Porque, si sois copartícipes de lo que es imperecedero, ¿cuánto más debéis serlo de las cosas que son perecederas?[18].

INSTRUCCIONES PARA EL CULTO

Volvamos ahora al manual para el culto. Las primeras orientaciones que contiene son instrucciones para el bautismo:

> Os bautizaréis en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en agua viva (corriente). Pero, si no tienes agua corriente, entonces bautízate en otra agua; y, si no puedes en agua fría, entonces hazlo en agua caliente. Pero, si no tienes ni una ni otra, entonces derrama agua sobre la cabeza tres veces en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo[19].

Aún no se habían construido iglesias y la Iglesia estaba perseguida, por lo que era difícil encontrar un lugar donde bautizar. Fijémonos en el sentido común tan práctico y pastoral que refleja la *Didaché*. Aunque es preferible agua que corra o «viva»

(al fin y al cabo, Jesús fue bautizado en un río), en último término habrá que hacer lo que se pueda. Una de las instalaciones características de cualquier ciudad o población romanas eran los baños provistos de agua caliente y fría. Tal vez los cristianos hicieran un uso discreto de ellos. Pero, en caso necesario, se permitía también derramar agua sobre la cabeza, lo que demuestra que la inmersión no se consideraba absolutamente imprescindible para la validez del bautismo. Aparte del agua, lo que sí es necesario es invocar el nombre del Dios Uno y Trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El autor hace hincapié en que, antes del bautismo, los candidatos y los ministros (y todos los que puedan unirse a ellos) ayunen unos cuantos días[20]. Uno o dos siglos más tarde, la costumbre solía ser celebrar el bautismo en grandes grupos y reservarlo para la Pascua o la Epifanía (6 de enero). El ayuno de esos pocos días, siguiendo el ejemplo de Cristo, pasó a ser de cuarenta: este es el origen y el significado primigenio de los tiempos penitenciales de Cuaresma y Adviento.

En algún momento de la segunda mitad del siglo I se produjo una ruptura entre la sinagoga y la Iglesia. Judíos, cristianos y romanos paganos dejaron de considerar a los cristianos un grupo concreto dentro de los judíos. No se sabe exactamente cuándo ocurrió, pero así lo refleja el autor de la *Didaché* al insistir en que los cristianos se deben distinguir de los judíos en su manera de ayunar y orar. «Que vuestros ayunos no sean con los hipócritas, porque estos ayunan en el segundo y quinto día de la semana; pero vosotros guardad el ayuno en el cuarto día y en el de la preparación (el sexto)»[21]. Este modelo de ayuno los miércoles y los viernes se convirtió en algo prácticamente universal en la Iglesia primitiva, y las Iglesias orientales lo siguen manteniendo hasta hoy[22]. Mientras que en la tradición católica romana el

miércoles (excepto el que da comienzo a la Cuaresma) ha desaparecido como día penitencial, todos los viernes siguen siéndolo en memoria de la Pasión de Cristo. Por lo tanto, la tradición de los viernes de vigilia viene de muy antiguo.

Para los judíos, la oración diaria que repetían al menos por la mañana y por la noche (y en el profeta Daniel también a mediodía) era el *Shema Yisrael*: «Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor es Uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (*Dt* 6, 4-5). La *Didaché* dice que también los cristianos deben rezar tres veces al día, sustituyendo el *Shema* por el Padrenuestro tal y como aparece recogido en el evangelio de Mateo. Los judíos no se dirigen a Dios como «Padre»: esta es una señal distintiva de los discípulos de Jesús que, a través de Él, son hijos e hijas de Dios. Es interesante observar que la *Didaché* concluye el Padrenuestro con una doxología que no se encuentra en el texto del Nuevo Testamento: «Porque tuyo es el poder y la gloria para siempre jamás»[23].

Los cristianos deben reunirse semanalmente, y no el Sabbath o sábado, sino el domingo, primer día de la semana:

> En el día del Señor congregaos y partid el pan y dad gracias, confesando primero vuestras transgresiones, para que vuestro sacrificio sea puro. Y que ninguno que tenga una disputa con su compañero se una a la asamblea hasta que se haya reconciliado, para que su sacrificio no sea mancillado; porque este sacrificio es aquel del que habló el Señor: «En todo lugar y en todo tiempo ofrecedme un sacrificio puro»[24].

Estas palabras demuestran no solo que el culto semanal en la Iglesia de entonces estaba centrado en la Eucaristía, sino que esa Eucaristía se entendía en términos de sacrificio: en concreto, como la oblación pura que, según predijo el profeta Malaquías, ofrecerían los gentiles[25]. También hallamos un eco de las palabras de Jesús en Mateo 5, 23-24: «Por lo tanto, si al llevar tu ofrenda al altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, vete primero a reconciliarte con tu hermano y vuelve después para presentar tu ofrenda». El sacrificio eucarístico tiene que estar preservado de la corrupción del pecado personal y de los conflictos fraternos que dañan la unidad de la Iglesia; de ahí el rito penitencial previo a la Eucaristía y el intercambio de paz que encontramos más adelante en las liturgias romana y maronita, así como en otras liturgias. Ese rito es garantía y señal de que no existe un conflicto sin resolver que impida a nadie tomar parte en el sacrificio de la unidad.

La *Didaché* no ofrece ninguna explicación de la relación entre las especies consagradas y el Cuerpo y la Sangre de Cristo. No obstante, resulta evidente que la Eucaristía no es un mero recuerdo simbólico, sino algo santo cuya pureza ha de ser salvaguardada. «Que ninguno coma o beba de esta acción de gracias eucarística, a menos que haya sido bautizado en el nombre del Señor, porque respecto a esto también ha dicho el Señor: "No deis lo santo a los perros"»[26].

Una parte muy hermosa de la oración eucarística guarda relación con esto: «Tal como este pan partido estaba esparcido por las montañas y al ser juntado pasó a ser uno, así también que tu Iglesia pueda ser juntada de todos los extremos de la tierra en tu reino»[27]. Estas palabras son un esbozo de lo que más adelante desarrollarán otros Padres de la Iglesia: la Eucaristía no consiste solo en la comunión de cada uno con el Señor, sino que es la

manifestación y el crecimiento de la unidad de su cuerpo, la Iglesia.

PERO ¿QUIÉN LA ESCRIBIÓ?

Quien compiló la *Didaché* quiso guardar el anonimato y los Padres de la Iglesia que la mencionan prescinden de hablar del asunto de la autoría. En realidad, eso es lo más lógico teniendo en cuenta el nombre que recibe la obra, que no es una composición creativa. El objetivo del que la compiló era dejar por escrito no su propia enseñanza, sino la del Señor, que ha llegado hasta nosotros desde los apóstoles. Estaba transmitiendo a la Iglesia de su tiempo la tradición apostólica de la fe y el culto que él había tenido el privilegio de recibir. Y, gracias a un copista del siglo XI llamado León y a un monje de Estambul, la hemos recibido también nosotros.

Capítulo 4

IGNACIO: PROFETA, PASTOR Y TESTIGO

Llegamos ahora a uno de los personajes más atrayentes de la Iglesia primitiva, al que no hay que confundir con el fundador de los jesuitas. Este Ignacio vivió en la ciudad de Antioquía, célebre por haber servido de base misionera a Bernabé y Pablo cincuenta años antes. Pero no fueron estos los únicos apóstoles que dejaron su huella en la Iglesia de Antioquía. A esta ciudad, una de las más destacadas del Imperio Romano en aquella época, se trasladó Pedro en torno al año 49 d.C. en que se celebró el famoso Concilio de Jerusalén (cfr. *Hch* 15). En la primera década del siglo II, Ignacio era el obispo de esta sede marcada por la impronta de al menos tres apóstoles: en ella los discípulos de Jesús recibieron por primera vez el nombre de cristianos (cfr. *Hch* 11, 26).

No hay certeza acerca del año en que Pedro dejó Antioquía para dirigirse a Roma. Pero sí sabemos que su segundo sucesor en el gobierno de esa Iglesia fue Ignacio[28]; de ahí el carácter inigualable de la visión del espíritu apostólico que nos ofrecen sus escritos.

Ignacio nos ha dejado otra cosa absolutamente excepcional: ningún escritor de la Iglesia primitiva nos abre con tanta eficacia como él una ventana al alma de un cristiano justo antes de su martirio.

EL MARTIRIO COMO TESTIMONIO

Antes de asomarnos a esa ventana, detengámonos en un dato histórico. Durante los casi tres siglos en los que en el Imperio Romano el cristianismo fue un delito punible, la persecución tuvo por lo general un carácter local y esporádico. Las crisis civiles o los desastres naturales solían llevar a la población de las ciudades a buscar un motivo para la ira de Dios. Como se sabía que los insolentes cristianos se negaban a dar culto a otro dios que no fuese el suyo, era a esos agitadores a los que se culpaba, acosaba y ejecutaba para aplacar a las deidades ofendidas. Algo así fue lo que ocurrió en Antioquía en torno al año 110 d.C., cuando estalló una violenta –aunque breve– persecución y se apresó a Ignacio, su obispo. La captura del principal dirigente de la secta era lo bastante importante para prescindir de gastarse con el resto. Ignacio fue condenado a luchar contra las fieras en Roma con el fin de entretener a la muchedumbre y complacer al propio emperador.

A Ignacio lo encadenaron a una compañía de soldados que él mismo calificó de «diez leopardos»[29], hombres crueles y rudos. Atravesaron a pie Asia Menor en dirección a la costa occidental de lo que hoy es Turquía. Ignacio marchó encadenado todo el camino hasta Tróade, en el lugar de la antigua Troya. Allí lo subieron a un barco que lo trasladó a Roma, donde le aguardaban las bestias.

A lo largo del trayecto los captores de Ignacio fueron deteniéndose en varias ciudades. Como en aquella región no había persecuciones, las delegaciones de cristianos se acercaban a infundirle ánimo y a besar las cadenas de aquel santo a punto de morir por Cristo[30]. Después Ignacio y sus leopardos reanudaban su siniestra marcha. Durante las paradas que hicieron en Esmirna y Tróade, Ignacio escribió a las Iglesias que habían enviado a sus representantes para mostrarle su respeto. Las siete

breves cartas que logró concluir antes de embarcar en Tróade constituyen su última voluntad y su testamento: unas cartas que, por Providencia divina, han sobrevivido, cuya autenticidad está confirmada y que conocemos desde el siglo XIX. Gracias a ellas vemos qué guardaba en la cabeza y en el corazón un obispo camino del martirio.

Lo primero que salta a la vista es que se trataba de un hombre ardientemente enamorado de Jesucristo. Trescientos años después de la muerte de Ignacio, el gran predicador Juan Crisóstomo lo describió como «un alma que arde de eros divino»[31]. Sí, fue un obispo ilustre que estuvo al frente de una de las comunidades cristianas más famosas en una de las ciudades más importantes del Imperio. Hasta el último momento siguió siendo un maestro cuyas cartas tratan cuestiones doctrinales y disciplinarias de vital importancia.

Pero, antes que obispo, Ignacio fue por encima de todo discípulo. Y, aunque no se entregó voluntariamente a las autoridades, comprendía que detrás de su arresto solo podía estar la voluntad de Dios. En su condena vio la oportunidad de su vida para dar testimonio de Jesucristo. Eso es en realidad lo que significa *martirio*, un término que en griego equivale a «testigo». Ignacio dio testimonio de Cristo a través de las palabras escritas en sus cartas, pero de un modo todavía más conmovedor con su sangre. Para él su destino final era la entrega de su vida como sacrificio, un sacrificio de amor a Jesucristo.

No obstante, también veía su muerte como un sacrificio de amor *con* Jesús; un sacrificio por la Iglesia unido al sacrificio de Cristo. A todas y cada una de las Iglesias les escribía: «Mi espíritu es ofrecido por vosotros»[32]. Y, para él, ese sufrimiento con Cristo por la Iglesia era la perfección del discipulado. Obraba movido por el ardiente deseo de «ser un imitador de la pasión

de mi Dios»[33] y, de ese modo, convertirse «verdaderamente en un discípulo de Jesucristo»[34], un «auténtico cristiano». No descansará hasta **llegar al Padre**[35].

Las siete cartas de Ignacio son emocionantes, pero la más conmovedora es la que dirige a la Iglesia de Roma, en la que suplica a los cristianos de esa ciudad que no interfieran en su martirio por un amor mal entendido: ha sido llamado a dar testimonio, a hacerse uno con su Salvador, y por eso les ruega que no intercedan por él ante las autoridades imperiales. «Tened paciencia conmigo –dice–. Sé lo que me conviene. Ahora estoy empezando a ser un discípulo»[36].

> De mi propio libre albedrío muero por Dios, a menos que vosotros me lo estorbéis. Os exhorto, pues, que no uséis de una bondad fuera de sazón. Dejadme que sea entregado a las fieras puesto que por ellas puedo llegar a Dios. Soy el trigo de Dios, y soy molido por las dentelladas de las fieras, para que pueda ser hallado pan puro [de Cristo][37].

Aun así, resulta revelador que Ignacio sea plenamente consciente de su fragilidad, lo que le lleva a añadir: «Aun cuando yo mismo, cuando esté con vosotros, os ruegue, no me obedezcáis»[38].

La carta de Ignacio a los romanos es el único texto conservado de la Iglesia antigua que nos explica de labios de un mártir qué significaba el martirio y por qué era un estímulo tan poderoso para el crecimiento de la Iglesia. Ignacio y sus compañeros mártires murieron por una persona, no por una ideología: «Para sufrir juntamente con Él (…) sufro todas las cosas»[39].

PROFETA Y PASTOR

La historia del camino recorrido por Ignacio es ante todo la historia de su búsqueda de la unión perfecta con Jesucristo en el amor. No obstante, el segundo sucesor de los apóstoles en Antioquía sabía que sus cartas eran su última palabra en contra de las herejías y las divisiones que amenazaban el legado de la enseñanza apostólica en la región a la que, sesenta años antes, Pablo y Bernabé llevaron por primera vez el Evangelio. Ignacio estaba orgulloso del sobrenombre que había recibido: «Inspirado por Dios»[40]. La gente lo consideraba un profeta que enseñaba con un conocimiento sobrenatural en el poder del Espíritu. Por eso sus cartas son también mensajes proféticos y apostólicos dirigidos a las necesidades concretas de las Iglesias de Asia Menor en ese momento de la historia.

Esmirna, Éfeso, Magnesia, Tralla, Filadelfia: algunas de las Iglesias de estas ciudades habían sido fundadas por Pablo. Otras se cuentan entre las siete del Apocalipsis (cfr. *Ap* 1, 11): fueron víctimas de la falsa doctrina en tiempos de los apóstoles y, evidentemente, siguieron siéndolo en tiempos de Ignacio.

EL DOMINGO Y LA DIVINIDAD DE CRISTO

Había, en primer lugar, un grupo que negaba la divinidad de Cristo. Pertenecientes a un contexto judío o judaizante, no lograban asimilar la idea de un Dios hecho hombre. Frente a ellos, Ignacio se esforzó en dejar muy claro que Jesucristo es realmente «Dios en el hombre»[41]. En el Nuevo Testamento son pocos los textos en los que se llama explícitamente a Jesús *theos* o Dios (dos en el evangelio de san Juan: 1, 1 y 20, 28). En sus siete breves cartas Ignacio se refiere a Jesucristo como Dios (*theos*) ¡dieciséis veces!

¿Es posible que empleara el término «Dios» con un significado vago y metafórico? ¿Querría decir que una especie de semidiós o de ángel poderoso creado por Dios antes de que existiera el mundo visible se encarnó en Jesús? No: lo que dice Ignacio carece de toda ambigüedad.

Jesús es la encarnación de «Aquel que está por encima de toda estación, el Eterno [*achronos*], el Invisible [*aoratos*], que se hizo visible por amor a nosotros, el Impalpable, el Impasible, que sufrió por amor a nosotros, que sufrió en todas formas por amor a nosotros»[42].

Los testigos de Jehová y algunas sectas más defienden que la doctrina de que Jesús es Dios, igual al Padre en naturaleza y dignidad, fue una invención pagana del emperador Constantino. Este general convertido en emperador –según cuenta la historia– introdujo la idea en el cristianismo cuando llegó al poder en el año 312 d.C. y la hizo doctrina oficial en un Concilio de Nicea manipulado por él.

Ignacio demuestra lo absurdo de esta afirmación. Doscientos años antes de Nicea, nos deja un testimonio irrefutable de la doctrina apostólica de que Jesucristo es –en palabras que recogerá más tarde el Credo niceno– «Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero».

El mismo grupo de judaizantes que negaban la divinidad de Cristo insistía en dar culto a Dios en Sabbath, siguiendo el mandato de Moisés. A estos les responde Ignacio que fueron los apóstoles, educados todos ellos como judíos, quienes trasladaron el día de la celebración semanal del Sabbath (sábado) al domingo –primer día de la semana– por ser ese el día de la resurrección del Señor[43]: he aquí el primer testimonio explícito del origen apostólico del culto dominical y el significado que hay detrás de él.

No obstante, Ignacio ve también la necesidad de refutar un error muy diferente. Había surgido otra facción –en este caso, no de origen judío, sino griego– que, no teniendo inconveniente en considerar divino a Jesús, era incapaz de admitir que la divinidad se viera contaminada por su participación en las cosas materiales. De ahí que afirmara que el Verbo divino no se había encarnado realmente en Jesús, sino que únicamente «aparecía» en forma humana. Por lo tanto, Jesús no pudo nacer, morir y resucitar verdaderamente de entre los muertos. Con estos Ignacio no mostraba ninguna tolerancia. Si los historiadores cristianos les pusieron la etiqueta de «docetistas» (a partir del término griego que significa «apariencia»), Ignacio los tilda directamente de «no creyentes» e «impíos». ¿Cómo se atreven a decir que Cristo sufrió solo en apariencia? «¡Ellos mismos [son] mera apariencia!»[44], replica Ignacio. Insiste en que Dios es plenamente hombre, que su cuerpo no era un espejismo, ni una aparición, ni un fantasma. Nosotros creemos –dice– en

> Jesucristo, que era de la raza de David, que era el Hijo de María, que *verdaderamente* nació y comió y bebió y fue *ciertamente* perseguido bajo Poncio Pilato, fue *verdaderamente* crucificado y murió a la vista de los que hay en el cielo y los que hay en la tierra y los que hay debajo de la tierra; el cual, además, *verdaderamente* resucitó de los muertos, habiéndolo resucitado su Padre, el cual de la misma manera nos levantará a nosotros los que hemos creído en Él[45].

En estas palabras descubrimos el núcleo tanto del Credo niceno como del apostólico, que no son sino expresión de la antigua tradición apostólica –en ocasiones denominada «regla de fe» o «regla de la verdad»– que Ignacio recibió de Pedro, Pablo y Bernabé, y que defendió valientemente hasta su último aliento de vida.

Cabe destacar que a los mismos que se mostraban reticentes frente a la Encarnación les inquietaba –por la misma razón– la Eucaristía. «Se abstienen de la eucaristía y de la oración –afirma Ignacio– porque ellos no admiten que la eucaristía sea la carne de nuestro Salvador Jesucristo, cuya carne sufrió por nuestros pecados, y a quien el Padre resucitó por su bondad»[46].

Ignacio no es un filósofo que pretenda explicar de un modo elaborado cómo puede Jesús ser al mismo tiempo Dios y hombre. Su papel consiste en defender y dar testimonio de la auténtica fe apostólica acerca de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, el único que es objeto de su amor, Aquel por quien está a punto de morir. Y eso es lo que hace con vehemencia.

Lo mismo ocurre con la Eucaristía. Ignacio tampoco explica cómo puede ser que, conservando la apariencia de pan y vino, estos se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Se limita simplemente a afirmar que, igual que el cuerpo histórico de Jesús no es solamente un fantasma, tampoco su cuerpo eucarístico es un símbolo vacío. Dios se hace cuerpo y sangre. Y son ese cuerpo y esa sangre los que se nos dan realmente en la Eucaristía, a la que llama «la medicina de la inmortalidad y el antídoto para que no tengamos que morir, sino vivir para siempre en Jesucristo»[47].

LA UNIDAD DE LA IGLESIA CATÓLICA

Hay otro tema más al que Ignacio se refiere repetidamente en sus cartas: la naturaleza de la Iglesia, la comunidad que Cristo nos ha dejado. El héroe cuyas cartas revelan el empleo más antiguo del término «cristianismo»[48] es también el primero que deja constancia escrita del término «católico»[49] aplicado a la Iglesia. Y, para él, católico significa que la Iglesia es algo más que un conjunto de congregaciones de fieles aisladas e inconexas entre sí. No: la Iglesia es la comunidad una y universal de creyentes en Cristo, destinada –a diferencia de los cultos geográficos de la época– a incluir a *todo* el mundo y a extenderse por *toda* la tierra. En cada carta de Ignacio hallamos un ardiente empeño en manifestar, hacer crecer y conservar la unidad y la solidaridad universales de todos los cristianos; en ellas comprobamos cómo su preocupación pastoral no se limita a su congregación de Antioquía, sino que alcanza a todas las Iglesias de Asia Menor; es más, se preocupa por toda la Iglesia.

Y vemos, por otra parte, cómo todas las Iglesias locales destinatarias de sus cartas poseen exactamente la misma estructura: están dirigidas por un único obispo que cuenta con plena autoridad pastoral, asistido por un grupo de ancianos o presbíteros junto con un grupo de diáconos. En las distintas alusiones del Nuevo Testamento a la autoridad permanente que los apóstoles instituyen durante sus viajes en las Iglesias recién creadas encontramos a menudo los términos presbíteros (ancianos) y obispos (supervisores o vigilantes) aplicados indistintamente a los dirigentes locales. Y no queda del todo claro que exista en cada Iglesia local una única autoridad superior que no sea el fundador apostólico.

Desde el siglo XVI, algunos cristianos han defendido que el «monoepiscopado» se inventó en algún momento de la Edad Media. No obstante, en torno a diez o veinte años después de

que se concluyera el último libro del Nuevo Testamento, eso fue lo que Ignacio iba encontrando en cada Iglesia que visitaba. Es más, dio por sentada esa estructura como si contara con mucho tiempo de existencia e incluso llegó a afirmar que toda Iglesia *tiene que* poseer esa estructura: un solo obispo al que se le debe obediencia y adhesión, alrededor del cual se reúnen los sacerdotes, los diáconos y el pueblo: «Aparte de ellos no hay ni aun el nombre de Iglesia»[50]. Para él un solo obispo significa al mismo tiempo un símbolo y un instrumento de la unidad de la Iglesia y de la autoridad y la protección de nuestro único Dios y Padre. Por eso, para preservar la unidad de la Iglesia no se debe hacer nada sin el consentimiento del obispo.

Con respecto a la Iglesia que se extendía fuera de los límites de Asia –la Iglesia «católica»–, Ignacio miraba con especial reverencia a la Iglesia de la capital del Imperio. La carta dirigida a Roma posee un tono distinto. Naturalmente, el hecho de que fuera a recibir allí el martirio es una de las razones. Pero, además, a sus ojos Roma poseía cierta primacía. Al dirigirse a los romanos les dice que tienen «la presidencia del amor»; y, prosiguiendo con su mensaje, menciona que la Iglesia de Roma ha contado con el privilegio de ser instruida por Pedro y Pablo[51]. Este comentario nos proporciona uno de los primeros y evidentes testimonios de que Pedro residía en Roma. Un poco más adelante, en la misma carta, parece referirse al martirio de estos apóstoles y de muchos de sus discípulos[52]. Cuando pide a los romanos que no intervengan para detener su martirio, da a entender que ellos, célebres por contar con tantos mártires, con tantos que han dado testimonio con su sangre del amor del Buen Pastor, no deben ser codiciosos y reservarse para ellos tal privilegio. La verdadera caridad exige que permitan al pobre obispo de Antioquía compartir ese honor.

> Porque, si permanecéis en silencio y me dejáis solo, soy una palabra de Dios; pero, si deseáis mi carne, entonces nuevamente seré un mero grito. [Es más], no me concedáis otra cosa que el que sea derramado como una libación a Dios en tanto que hay el altar preparado; para que, formando vosotros un coro en amor, podáis cantar al Padre en Jesucristo, porque Dios ha concedido que (yo) el obispo de Siria se halle en el Occidente, habiéndolo llamado desde el Oriente. Es bueno para mí emprender la marcha desde el mundo hacia Dios, para que pueda elevarme a Él[53].

Para Ignacio, todo converge en último término en ser discípulo a imitación de Cristo. Incluso la primacía de la Iglesia de Roma guarda relación con ello: es la primera Iglesia –al menos en parte– porque, gracias a sus gloriosos mártires, es la primera en el testimonio, la primera en el amor.

Capítulo 5

EL MARTIRIO DE POLICARPO

La ruta que recorrieron Ignacio y sus diez leopardos pasaba por una bulliciosa ciudad portuaria llamada Esmirna, donde una delegación de cristianos encabezada por su obispo, Policarpo, aguardaba su llegada y la de sus carceleros. La Iglesia de la ciudad, situada a cien kilómetros al norte de Éfeso, era una importante Iglesia apostólica, una de las siete que aparecen en el Apocalipsis (cfr. *Ap* 1, 11). Pedro y Pablo murieron pocos años antes de que naciera Policarpo en el año 69 o 70 d.C. Pero el apóstol Juan aún vivía en la cercana Éfeso a finales de los 90, y sabemos que Policarpo lo conocía y que tal vez había sido nombrado obispo por él[54].

De las siete cartas de Ignacio, solo una no va dirigida a una Iglesia, sino a una persona en concreto, y esa persona era Policarpo. «Dando la bienvenida a tu mente piadosa que está afianzada como si fuera en una roca inconmovible, doy gloria sobremanera de que me haya sido concedido ver tu faz intachable, por la cual tengo gran gozo en Dios»[55], dice Ignacio.

IGNACIO Y SU AMIGO DE ESMIRNA

Cuando conoció a Ignacio, Policarpo era un obispo relativamente joven: debía de rondar los cuarenta años. En los consejos que dirige a su joven colega, Ignacio deja ver el conocimiento íntimo y personal del rebaño que en aquella época se esperaba de un obispo, lo que nos lleva a evocar las palabras de Pablo en sus cartas: «Habla a cada hombre según la manera de Dios (…). Dirígete a todos por su nombre»[56]. En su carta a Policarpo,

Ignacio –conocido con el sobrenombre de «inspirado por Dios»– nos revela también cómo los carismas o dones sobrenaturales del Espíritu mencionados en varias ocasiones por Pablo (*1 Co* 12, 4ss.; *Rm* 12, 6-8) siguen formando parte de la vida cristiana corriente. Lejos de cualquier oposición entre lo oficial y lo carismático dentro de la Iglesia, de un obispo se espera que sea profeta: «En cuanto a las cosas invisibles, ruega que te sean reveladas, para que no carezcas de nada, sino que puedas abundar en todo don espiritual»[57].

El barco de Ignacio partió de Tróade con destino a Neápolis, la actual Nápoles. En el trayecto se detuvo en Filipos. De ahí que, después de la marcha de Ignacio, Policarpo escribiera una carta a la Iglesia de Filipos tratando algunos de los problemas que esta atravesaba por entonces –igual que Ignacio había tratado los asuntos de la Iglesia de Policarpo– y pidiendo noticias de Ignacio. El estilo de la carta demuestra que Policarpo no es un erudito, sino un hombre sencillo con sentido práctico y acostumbrado a ir al grano. Aunque reconoce humildemente que no es muy versado en las Escrituras (es decir, en el Antiguo Testamento), revela un conocimiento exhaustivo de muchos de los textos de los apóstoles y de los evangelistas que acabarán formando parte del Nuevo Testamento.

¡FUERA LOS ATEOS!

Habían pasado cuarenta años desde el encuentro de ambos obispos cuando la persecución se extendió a Esmirna. Parece ser que Quinto, un frigio de carácter impulsivo, convenció a otros para que, junto con él, se entregaran voluntariamente a las autoridades. Esa debió de ser la chispa que provocó la persecución. Policarpo intentó esconderse en el campo, pero fue apresado después de que un cristiano sometido a tortura se doblegara e informase de su paradero a las autoridades. Por suerte, Pio-

nio, miembro del rebaño de Policarpo, escribió y conservó el relato completo de su captura, del interrogatorio y del martirio. La *Carta de la Iglesia de Esmirna a la Iglesia de Filomelio*, comúnmente conocida como *El martirio de Policarpo*, es el relato más antiguo del martirio de un cristiano –después del de la muerte de Esteban recogido en los Hechos– que ha llegado hasta nosotros.

Mientras narra la historia, Pionio hace hincapié en el significado del martirio como imitación de Cristo y comunión con su Pasión. Destaca cómo el sufrimiento de Policarpo es, en todos los aspectos, un eco del de su Señor Jesucristo: «un martirio conforme al Evangelio»[58]. Policarpo esperó a ser traicionado, igual que el Señor; fue apresado un viernes, el mismo día de la muerte de Cristo; como Jesús, también él oró por sus captores y sus perseguidores. Cuando las autoridades llegaron a la villa donde estaba, les pidió que le dejaran una hora para rezar antes de marcharse con ellos. Mientras aguardaban a que acabara su oración, Policarpo ordenó que les dieran de comer y de beber.

Casualmente, el capitán de los gendarmes se llamaba Herodes. Al acercarse al estadio, el cínico Herodes –quien evidentemente no se tomaba muy en serio la divinidad del emperador– le dijo: «¿Qué mal hay en decir César es Señor, y en ofrecerle incienso?». Policarpo declinó amablemente seguir su consejo. Una muchedumbre embravecida abarrotaba el estadio. Debido a su negativa a rendir culto a los dioses paganos, los cristianos eran considerados ateos y condenados como tales. Policarpo fue interrogado en presencia de la multitud. «Ten respeto a tu edad –le dijo el procónsul–. (…) Jura por el genio de César; y retráctate y di: Fuera los ateos». Entonces él, mirando a la muchedumbre de paganos que atestaba las gradas, dijo: «¡Fuera los

ateos!». Al procónsul no le hizo mucha gracia e insistió: «Jura, y te soltaré; insulta a Cristo».

«Durante ochenta y seis años he sido su siervo y no me ha hecho mal alguno –replicó Policarpo–. ¿Cómo puedo ahora blasfemar de mi Rey que me ha salvado? (…) Si supones, en vano, que voy a jurar por el genio del César, como dices, y haces ver que no sabes quién soy, te lo diré claramente: soy cristiano. Pero, si quieres aprender la doctrina del cristianismo, señala un día y escúchame».

«Tengo fieras aquí y te echaré a ellas como no te retractes», le dijo el cónsul. «Que las traigan», fue la valiente respuesta de Policarpo[59].

Pero al procónsul se le planteó un problema. Se había hecho de noche y todas las fieras estaban a buen recaudo dentro de sus jaulas. La multitud sugirió entonces improvisar un método de ejecución en el que poder participar y corrió a las tiendas de los alrededores para coger leña, pidiendo que a Policarpo se le quemara vivo.

EL MARTIRIO COMO CARISMA

Detengámonos un momento para volver sobre un suceso anterior recogido por Pionio. Tres días antes de su arresto, el obispo «tuvo una visión (…) y vio que su almohada estaba ardiendo. Y se volvió y dijo a los que estaban con él: "Es menester que sea quemado vivo"»[60]. Siguiendo el consejo de Ignacio, Policarpo había pedido revelaciones y el Señor escuchó su oración.

Pero, además de las visiones, el Señor le concedió otro carisma. Pionio cuenta cómo el frigio que se había entregado voluntariamente acabó sucumbiendo al miedo y ofreció los sacrificios que se le exigían. Sin embargo, Policarpo no retrocedió e incluso se mostró eufórico después de ser condenado a muerte. «Iba

llenándose de valor y gozo, y su rostro se henchía de gracia, de modo que no solo no se desmayó ante las cosas que le decían, sino que, al contrario, el procónsul estaba asombrado»[61]. El martirio es un carisma, una gracia («*charis*» en griego), un don de amor sobrenatural infundido por el Espíritu Santo. No puede ser algo para lo que nos ofrecemos voluntariamente, ya que no somos capaces de sufrirlo llevados de un ardor natural. En los juegos romanos, la multitud veía morir a la gente ante sus ojos día tras día, pero no de ese modo. La muerte de un mártir no era una ejecución corriente ni la valerosa muerte de un gladiador vencido, sino el testimonio visible de algo que la mayoría de la gente no había visto hasta entonces: la llama del amor divino. Esa es la razón de que los martirios públicos como el de Policarpo, en lugar de extirpar el cristianismo, fomentaran su crecimiento en todos los sectores de la sociedad romana.

Ataron a Policarpo a una estaca. Pionio recoge la oración que pronunció antes del inicio de la ejecución:

> Oh Señor Dios Todopoderoso, Padre de tu amado y bendito Hijo Jesucristo, por medio del cual hemos recibido conocimiento de Ti, el Dios de ángeles y poderes, y de toda creación y de toda la raza de los justos, que viven en tu presencia; te bendigo porque me has concedido este día y hora para que pueda recibir una porción entre el número de los mártires en la copa de [tu] Cristo en la resurrección de vida eterna, tanto del alma como del cuerpo, en la incorruptibilidad del Espíritu Santo. Que pueda ser recibido con ellos en tu presencia este día, como un sacrificio rico y aceptable, que Tú has preparado y revelado de antemano, y has realizado, Tú que eres el Dios fiel y verdadero. Por esta causa, sí, y por to-

> das las cosas, te alabo, y bendigo, y glorifico, por medio del Sumo Sacerdote eterno y celestial, Jesucristo, tu Hijo amado, por medio del cual, con Él y el Espíritu Santo, sea gloria ahora [y siempre] y por todos los siglos. Amén[62].

Una oración que merece ser destacada, ya que se trata casi con certeza de una adaptación de la oración que Policarpo pronunciaba sobre la Eucaristía todos los Días del Señor, por lo que posee un valor incalculable. Aparte de ser uno de los modelos más antiguos de dicha oración, demuestra cómo el martirio y la Eucaristía tienen algo en común: ambos nos acercan al único sacrificio de Cristo y nos invitan a penetrar en él.

Cuando encendieron el fuego sucedió algo prodigioso: las llamas, en lugar de quemar a Policarpo, se apartaron de su cuerpo y formaron en torno a él una especie de bóveda, «como la vela de un navío llenada por el viento». De pronto un suave aroma, «como si desprendiera olor de incienso», inundó el estadio. Viendo que el fuego no podía acabar con él, ordenaron clavarle una daga; entonces «salió una cantidad de sangre tal que extinguió el fuego; y toda la multitud se maravilló de que hubiera una diferencia tan grande entre los incrédulos y los elegidos»[63].

LAS RELIQUIAS Y EL CULTO A LOS MÁRTIRES

Tras la muerte de Policarpo, los cristianos quieren recuperar el cuerpo preservado de las llamas. Pero los paganos y los judíos que forman parte de la muchedumbre se niegan. Temen que los cristianos «abandonen al crucificado y empiecen a adorar a este hombre»[64]. Aquí el autor se detiene un momento para hacer una puntualización muy importante: esa inquietud solo puede

deberse a que no saben «que será imposible que nosotros abandonemos en este tiempo a Cristo (…) ni adorar a otro. Porque a Él, siendo el Hijo de Dios, le adoramos, pero a los mártires, como discípulos e imitadores del Señor, los respetamos y queremos como merecen, por su afecto incomparable hacia su propio Rey y Maestro»[65].

Esta es una prueba evidente de que el culto a los mártires y a los santos se remonta a los primeros tiempos de la Iglesia, aunque los cristianos de entonces tenían muy clara la distinción entre la adoración debida exclusivamente a Dios y el honor que se rinde a sus discípulos. Para ellos las dos cosas no eran excluyentes, sino que la una brotaba espontáneamente de la otra.

Para evitar que los cristianos se quedaran con el cuerpo ordenaron quemarlo; pero ellos consiguieron reunir sus cenizas:

> Nosotros, después, recogimos sus huesos, que son mucho más valiosos que piedras preciosas y que oro refinado, y los pusimos en un lugar apropiado; donde el Señor nos permitirá congregarnos, según podamos, en gozo y alegría, y celebrar el aniversario de su martirio para la conmemoración de todos los que ya han luchado en la contienda y para la enseñanza y preparación de los que han de hacerlo más adelante[66].

Esto nos sirve para precisar la imagen que tantos de nosotros seguimos teniendo de los primeros cristianos escondiéndose de los romanos en las catacumbas. Sí, en Roma y en otros lugares como Esmirna solía encontrarse a los cristianos en las catacumbas, pero no porque se ocultaran: acudían allí a celebrar la Eucaristía bajo los huesos de los mártires en el aniversario de su

martirio. Pasaban mucho tiempo en ellas porque, a medida que la persecución fue prolongándose durante cerca de trescientos años, cada vez era mayor el número de aniversarios que celebrar.

También se nos ofrece aquí el testimonio de los antiguos orígenes de la veneración de las reliquias. Cuando se legalizó el cristianismo y comenzaron a edificarse iglesias, algunos restos de los mártires se trasladaron a ellas. A veces se enterraban debajo del altar mayor, o bien las iglesias se construían de modo que el altar mayor estuviera situado justo encima de la antigua tumba del mártir (la basílica de San Pedro en Roma, por ejemplo). Otras veces las reliquias de los mártires se engastaban en el altar mayor: las Iglesias ortodoxa y católica siguen conservando esta práctica tradicional de guardar las reliquias de los mártires y de los santos en el altar de una iglesia, que se remonta a los días en que las tumbas de los mártires servían como altares eucarísticos en las catacumbas[67].

Por último, este documento, que se puede datar con cierta seguridad en torno al 155 o 156 d.C., demuestra de dónde procede el calendario litúrgico de las festividades de los santos[68]. Pionio señala el 23 de febrero como el día del martirio de Policarpo: la misma fecha en que, desde el año de su muerte, lo han honrado las iglesias ortodoxa, católica y anglicana de todo el mundo.

Además de Pedro y de Pablo, de Policarpo y de Ignacio, hubo muchos otros que murieron mártires. Concluidos los tres primeros siglos de persecuciones, más cristianos extraordinariamente santos y ejemplares siguieron naciendo a la gloria eterna, pero la mayoría después de una muerte natural. Sus restos se acabaron venerando igual que los de los mártires. Y, siguiendo la costumbre empleada con estos, la conmemoración de cada

uno de esos héroes solía celebrarse el día de su muerte, de su nacimiento a la vida eterna. Las distintas celebraciones de los santos, superpuestas a los tiempos fuertes relacionados con el nacimiento y la resurrección de Cristo, forman los calendarios litúrgicos que utilizan hoy día muchas Iglesias cristianas.

Por lo tanto, la devoción a los santos, sus fiestas y sus reliquias no son prácticas paganas incorporadas por Constantino al cristianismo. Tampoco son una invención de la superstición medieval. De hecho, el *Martirio de Policarpo* demuestra que se remontan a los primeros tiempos de la Iglesia, a los días de los apóstoles y los mártires.

Capítulo 6

DIOGNETO Y EL MISTERIO DE LA NOVEDAD CRISTIANA

El ejemplo conmovedor de Policarpo nos resulta fascinante. La historia de nuestro siguiente autor, sin embargo, puede que no nos conmueva tanto. Y es que no sabemos de quién se trata exactamente.

Este misterioso escritor redactó un documento que, como tantos otros textos cristianos primitivos, tomó forma de carta. Igualmente misteriosa es la identidad de la persona a quien iba dirigida, un tal Diogneto cuyo nombre –casi con certeza un pseudónimo o algún apodo– no nos dice nada.

UNA APOLOGÍA MISTERIOSA

A partir del rompecabezas que han ido recomponiendo los expertos, una teoría plausible afirma que la *Carta a Diogneto* es una defensa de la fe escrita en Asia Menor y dirigida al emperador Adriano en torno al 129 d.C., unos veinte años después del martirio de Ignacio y veinticinco antes del martirio de Policarpo.

Pero lo que más nos interesa de esta misteriosa carta es que se trata del primer texto conservado de la literatura cristiana que no va dirigido a otros hermanos cristianos, sino a un pagano, y que está concebido como una defensa y una exposición de la fe cristiana.

Este tipo de carta recibe el nombre de apología, un género de la literatura cristiana muy extendido a finales del siglo II. No

obstante, la *Carta a Diogneto* se incluye entre los Padres apostólicos porque parece haber sido redactada en fechas muy cercanas a la época apostólica por alguien que –como Policarpo– es posible que hubiera escuchado a Juan y en cuyos oídos resonaba aún la enseñanza de los apóstoles.

Del vocabulario y del estilo literario del autor se deducen algunas cosas. Se trata de un hombre –al revés que Policarpo– muy instruido. Su griego es impecable y las frases están compuestas con maestría. Es evidente que entiende muy bien la mentalidad de la clase dirigente más culta de la época: entre otras cosas, su cinismo. Aunque no lo manifieste en público, la mayoría ya no cree en los dioses griegos y romanos: ni ellos ni el propio César creen en la divinidad del emperador. Consideran un deber cívico quemar incienso ante su imagen, algo así como el homenaje que se rinde a la bandera. De hecho, muchos no están seguros de cuáles son realmente sus creencias. Hay muchos agnósticos. Y están cansados, aburridos y hastiados.

Al irrumpir en escena, el cristianismo atrae una atención considerable. Hay quienes lo odian; a otros, sin embargo –incluidos algunos de sus perseguidores–, les intriga. La *Carta a Diogneto* es un intento de explotar su curiosidad.

Lo primero que nos enseña esta carta es el punto de partida acertado para presentar el Evangelio a los no cristianos. Antes de empezar a explicar algo en profundidad, hay que determinar las preguntas que la audiencia se plantea. Eso es precisamente lo que hace nuestro autor, quien comienza examinando las tres preguntas que los paganos dirigen a sus contemporáneos cristianos: (1) ¿Quién es ese Dios al que rendís culto?; (2) ¿Cuál es el origen de ese amor tan particular que os tenéis entre vosotros?;

y (3) ¿Por qué ha tardado tanto en aparecer sobre la tierra este nuevo modo de vida?

Lo segundo que cabe destacar de su modo de enfocar la cuestión es que no respalda sus afirmaciones recurriendo a autoridades desconocidas para el lector pagano. No cita las Escrituras judías ni los textos apostólicos que, a ojos de su audiencia, carecen de autoridad. Lo que hace es basarse en puntos de consenso y apelar al sentido común.

Sin perder de vista ese cinismo hastiado que caracteriza la mentalidad de la época, la carta se abre con un tema que se va repitiendo una y otra vez: el de que el cristianismo aporta al mundo algo totalmente nuevo.

UNA NOVEDAD RADICAL

Desde el principio el autor quiere ganarse la buena disposición del lector y lograr de él la actitud adecuada para escuchar su mensaje:

> Así pues, despréndete de todas las opiniones preconcebidas que ocupan tu mente, y descarta el hábito que te extravía, y pasa a ser un nuevo hombre, por así decirlo, desde el principio, como uno que escucha una historia nueva, tal como tú has dicho de ti mismo[69].

Los cristianos constituyen una nueva raza con un nuevo modo de vida[70]. Aunque –en su deseo de llegar a la audiencia pagana empleando un lenguaje común– el autor no menciona términos específicamente cristianos como *católico* o *iglesia*, sí describe el carácter singularmente universal de la comunidad cristiana. En la antigüedad, la religión era por lo general una cuestión local o étnica. Por mucha extensión que alcanzaran

sectas como la de Osiris (en Egipto) o la de Mitra (en Persia), seguían siendo sectas. Los cristianos, sin embargo, no constituyen un mero culto o una secta regional:

> Porque los cristianos no se distinguen del resto de la humanidad ni en la localidad, ni en el habla, ni en las costumbres. Porque no residen en alguna parte en ciudades suyas propias, ni usan una lengua distinta, ni practican alguna clase de vida extraordinaria. Ni tampoco poseen ninguna invención descubierta por la inteligencia o estudio de hombres ingeniosos, ni son maestros de algún dogma humano como son algunos. Pero si bien residen en ciudades de griegos y bárbaros, según ha dispuesto la suerte de cada uno, y siguen las costumbres nativas en cuanto a alimento, vestido y otros arreglos de la vida, pese a todo, la constitución de su propia ciudadanía, que ellos nos muestran, es maravillosa y evidentemente desmiente lo que podría esperarse. Residen en sus propios países, pero solo como transeúntes; comparten lo que les corresponde en todas las cosas como ciudadanos, y soportan todas las opresiones como los forasteros. Todo país extranjero les es patria, y toda patria les es extraña. Se casan como todos los demás hombres y (…) celebran las comidas en común, pero cada uno tiene su esposa[71].

Esta última afirmación es muy reveladora. En el mundo grecorromano del siglo II, el adulterio, la prostitución y la fornicación estaban ampliamente extendidos. El respeto de los cristianos a la santidad del vínculo conyugal era algo totalmente nuevo.

Cuando Jesús enseñaba a sus discípulos cómo debían considerarse a sí mismos con relación al resto del mundo, utilizaba las metáforas de la luz y la sal. Nuestro autor, consciente de la familiaridad de sus lectores paganos con la distinción cuerpo-alma contenida en las obras de Platón, prefiere explicar el papel de los cristianos dentro de la sociedad recurriendo a estos términos, más conocidos por ellos:

> En una palabra, lo que el alma es en un cuerpo, esto son los cristianos en el mundo. El alma se desparrama por todos los miembros del cuerpo, y los cristianos por las diferentes ciudades del mundo. El alma tiene su morada en el cuerpo, y, con todo, no es del cuerpo. Así que los cristianos tienen su morada en el mundo, y aun así no son del mundo. El alma, que es invisible, es guardada en el cuerpo, que es visible; así los cristianos son reconocidos como parte del mundo, y, pese a ello, su religión permanece invisible. La carne aborrece al alma y está en guerra con ella, aunque no recibe ningún daño, porque le es prohibido permitirse placeres; así el mundo aborrece a los cristianos, aunque no recibe ningún daño de ellos, porque están en contra de sus placeres. El alma ama la carne, que le aborrece y (ama también) a sus miembros; así los cristianos aman a los que les aborrecen. El alma está aprisionada en el cuerpo, y, con todo, es la que mantiene unido al cuerpo; así los cristianos son guardados en el mundo como en una casa de prisión, y, pese a todo, ellos mismos preservan el mundo. El alma, aunque en sí inmortal, reside en un tabernáculo mortal; así los cristianos residen en medio de cosas perecederas, en tanto que esperan lo imperecedero, que

> está en los cielos. El alma, cuando es tratada duramente en la cuestión de carnes y bebidas, es mejorada; y lo mismo los cristianos cuando son castigados aumentan en número cada día. Tan grande es el cargo al que Dios los ha nombrado, y que no les es legítimo declinar[72].

Lo siguiente que nuestro autor quiere dar a conocer a su audiencia es que el Dios de los cristianos es fundamentalmente un Dios protector, un Dios benevolente, verdadero amigo de la raza humana. De hecho, llama al Dios cristiano «filántropo», cuyo significado literal es «amante del hombre».

Para quienes somos herederos de dos mil años de cultura judeocristiana, esto nos puede parecer una verdad evidente, pero para los paganos del siglo II se trata de una idea novedosa. Los dioses de los que habían oído hablar desde su niñez eran fundamentalmente egoístas. Las divinidades de la mitología griega y romana no eran más que seres humanos magnificados. Poseían en grado sumo todas las características positivas que podemos encontrar en las personas: belleza, inteligencia, poder…; pero también todas las flaquezas humanas. Los dioses engañaban a sus esposas; de vez en cuando bajaban a la tierra para utilizar y maltratar a los hombres; solían ser veleidosos, volubles e incluso traicioneros: tan pronto estaban de tu lado como del contrario. El objetivo del culto pagano consistía sobre todo en aplacarlos y, a ser posible, en ganárselos con sobornos y regalos. Y, por supuesto, había que evitar por todos los medios despertar la ira nacida de su orgullo (*hubris*).

Los paganos cultos creían en el dios de los filósofos –o, al menos, lo conocían–. Pero ese dios, el motor inmóvil, aun no siendo hostil ni caprichoso, era impasible. A diferencia de las deidades griegas y romanas, se trataba de un dios noble, pero

absorto en sí mismo, remoto e incluso frío: tenía cosas mejores que hacer que preocuparse por las naderías de los hombres.

De ahí que un Dios que cuidaba de la raza humana –es más, que la amaba ardientemente– fuese un concepto innovador. Para hacer hincapié en el grado de compromiso del Dios de los cristianos con el hombre, nuestro misterioso autor explica la Encarnación. Dios quiso «tocarnos»

> no (…) enviando a un subalterno, o a un ángel, o un gobernante, o uno de los que dirigen los asuntos de la tierra, o uno de aquellos a los que están confiadas las dispensaciones del cielo, sino al mismo Artífice y creador del universo (…). ¿Creerás, como supondrá todo hombre, que fue enviado para establecer su soberanía, para inspirar temor y terror? En modo alguno. Sino en mansedumbre y humildad fue enviado. Como un rey podría enviar a su hijo que es rey; Él le envió como enviando a Dios; le envió a Él como [un hombre] a los hombres[73].

Una vez más, cientos de años antes de que los Concilios de Nicea y Calcedonia definieran formalmente la divinidad y la humanidad de Cristo, contamos con la afirmación de un Padre apostólico de que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre.

Tan importantes somos para Él que respeta la libertad humana. La *Carta a Diogneto* deja muy claro que Dios no se impone al ser humano. A la oda a la encarnación de nuestro autor le sigue una afirmación rotunda: «Le envió como Salvador, usando persuasión, no fuerza; porque la violencia no es atributo de

Dios»[74]. Esta concisa declaración era sin duda una expresión corriente entre los cristianos, ya que aparece repetida casi literalmente en otros documentos de la época. Hay, pues, que admitir que la práctica empleada más tarde por los reyes cristianos y la jerarquía de la Iglesia de imponer por la fuerza la ortodoxia cristiana supuso una clara desviación no solo de las Escrituras, sino de la antigua tradición apostólica que la *Declaración sobre la libertad religiosa* del Vaticano II se limita a recuperar. Si la violencia no es el modo de actuar de Dios, tampoco debe ser el nuestro.

¿Y qué hace posible que los cristianos se amen los unos a los otros y muestren un modo de vida tan absolutamente novedoso? La *Carta a Diogneto* no deja lugar a dudas: los cristianos no obran movidos por las ideas, sino por el poder sobrenatural de Dios. Su propio martirio es testimonio del poder del amor divino:

> ¿[No ves] que los echan a las fieras para que nieguen al Señor, y, con todo, no lo consiguen? ¿No ves que, cuanto más los castigan, tanto más abundan? Estas no son las obras del hombre; son el poder de Dios; son pruebas de su presencia[75].

LA ESPERA DE DIOS

Aún queda una pregunta pendiente: ¿por qué tardó tanto Dios? Si nos ama tanto y se preocupa tanto por nosotros, ¿por qué no envió antes a Cristo?

Puede parecer –dice el autor– que, mientras el mal fue creciendo siglo tras siglo, Dios se desentendió de nosotros, cuando lo que hacía en realidad era mostrarnos su paciencia y su misericordia. Y nos enseñaba algo: debíamos aprender por propia

experiencia que somos totalmente incapaces de entrar en el reino de Dios con nuestras meras fuerzas, y que lo que nos merecemos es el castigo eterno. Dios actuó en cuanto esto quedó meridianamente claro:

> Por compasión hacia nosotros tomó sobre sí nuestros pecados, y Él mismo se separó de su propio Hijo como rescate por nosotros, el santo por el transgresor, el inocente por el malo, el justo por los injustos, lo incorruptible por lo corruptible, lo inmortal por lo mortal. Porque, ¿qué otra cosa aparte de su justicia podía cubrir nuestros pecados?[76].

A esta frase magistral de Juan 3, 16 y a la enseñanza de Pablo acerca de la salvación por la gracia les sigue una llamada al lector. Al autor no le interesa solamente conseguir la tolerancia y la tranquilidad para los cristianos, sino que va más allá, invitando a su audiencia pagana a conocer y aceptar el amor del Padre; y, fruto de esa aceptación del verdadero Dios en Cristo, promete algo que debe caracterizar su propia vida y la vida de los cristianos de hoy: «¿De qué gozo piensas que serás llenado, o cómo amarás a Aquel que te amó a ti antes?»[77]. Tiene la esperanza de que, al conocer a Dios, sus lectores se conviertan también en sus imitadores y se les conceda el poder de amar como ama Dios, tomando sobre sí, igual que Él, la carga de los otros[78].

La carta anónima al misterioso Diogneto nos enseña el modo de evangelizar. Hoy somos capaces de ganarnos al mundo igual que nuestro autor y sus hermanos se lo ganaron en su día: no adaptando el cristianismo a la cultura pagana para hacerlo más grato, sino presentándolo en toda su novedad y en su singulari-

dad, atrayendo a nuestra audiencia con el entusiasmo y la alegría que nacen del poder siempre joven del amor sobrenatural y sacrificial. A lo largo de la historia los hombres no han dejado de buscar la fuente de la juventud. La *Carta a Diogneto* ofrece el agua viva de Cristo como el final de esa búsqueda inmemorial: «Este Verbo, que era desde el principio, apareció ahora y, con todo, se probó que era antiguo, y es engendrado siempre de nuevo en los corazones de los santos»[79].

Capítulo 7

JUSTINO Y EL MANTO DEL FILÓSOFO

Cien años después del nacimiento del niño de Belén, en la antigua ciudad bíblica de Siquem, a unos treinta kilómetros al norte de la ciudad de David, venía al mundo otro niño que –pese a que su lugar de origen pertenecía a Samaria– no era ni samaritano ni judío. Por entonces los romanos la habían rebautizado como Flavia Neápolis (la actual Nablus) y el recién nacido procedía de una familia pagana que le puso por nombre Justino. Con los años la sed de verdad que fue creciendo en él lo condujo a la filosofía, cuyo significado literal es «amor a la sabiduría». En aquella época el clero no llevaba ningún atuendo distintivo, al contrario que los filósofos, que solían ir de ciudad en ciudad captando la atención con su vestimenta especial y rodeándose de grupos de discípulos. Justino se vistió su manto de filósofo e inició su viaje. La búsqueda de la sabiduría lo llevó a Alejandría y a Éfeso, sedes de las bibliotecas más famosas, y a numerosos sistemas de pensamiento: los estoicos, Pitágoras y, finalmente, Platón.

Un día, paseando con su manto a la orilla del mar, Justino lidiaba con una de las ideas más complejas de Platón. De pronto advirtió la presencia de un venerable anciano que caminaba unos cuantos pasos detrás de él. Entablaron conversación y Justino compartió con él el problema que le tenía desconcertado. El anciano le preguntó si había oído hablar de los videntes y profetas del pueblo judío: todos ellos se habían referido a la venida de un misterioso personaje que sería la clave de todo cono-

cimiento. De hecho –le dijo–, esa venida ya se había producido: Jesús de Nazaret había vivido, enseñado y realizado milagros a unos kilómetros de distancia del lugar de nacimiento de Justino.

Justino quedó fascinado. Pese a su origen samaritano, nunca había leído a los profetas hebreos y no tardó en hacerse con varios pergaminos. Después de un cuidadoso examen, comprendió que sus predicciones convergían en Jesús de Nazaret. También presenció la muerte en la arena de algunos de sus discípulos que se negaron a renunciar a su fe, y eso fue el golpe definitivo. Cuando recibió instrucción y se bautizó rondaba los treinta años.

Lo interesante es que Justino no se quitó su manto de filósofo. Es más, pensaba que solo después del bautismo se había ganado el derecho a vestirlo. En Cristo encontró la respuesta a todas las preguntas, la llave que abría todas las puertas, tal y como el anciano le había asegurado. A partir de entonces iba a dedicar el resto de su vida a amar la verdadera Sabiduría y a darla a conocer a cuantos quisieran escucharle.

Pero nadie puede dar lo que no tiene, de modo que Justino se fue a Éfeso, aunque no atraído precisamente por su biblioteca, conocida en el mundo entero. Para él la importancia de Éfeso residía en la comunidad que Pablo había fundado en la ciudad, lugar, además, de la muerte de Juan. ¿Qué mejor sitio que ese para beber de la fuente de la sabiduría apostólica? La única sede con un linaje superior al de Éfeso tal vez fuese la Iglesia de Roma, heredera del legado de Pedro y Pablo. Por eso, tras pasar una temporada en Éfeso, se trasladó a vivir, aprender y enseñar en Roma, donde alquiló una casa en la que impartía públicamente cursillos sobre el cristianismo, lo cual implicaba arriesgar la vida: ser cristiano era un delito punible y los lugares de reu-

nión de los cristianos solían ser un secreto celosamente guardado.

En Roma, Justino escribió dos defensas de la fe o apologías dirigidas al emperador y al Senado. Como hemos visto en la *Carta a Diogneto*, el objetivo de una apología consiste en delimitar las objeciones a la fe cristiana para abordarlas a continuación, aclarando conceptos erróneos y exponiendo argumentos a favor de la verdad del Evangelio. Cuando Justino emprende esta tarea en sus dos apologías, abarca un número considerable de cuestiones. Aquí nos ceñiremos a dos temas importantes. En primer lugar, analizaremos su actitud respecto a la cultura pagana y el modo en que los cristianos deben enfrentarse a ella. A continuación nos referiremos a las luces fascinantes que arroja sobre la vida del culto cristiano de mediados del siglo II.

Justino desarrolla sus ideas en torno a estos dos temas decisivos sobre el telón de fondo de tres acusaciones lanzadas contra los cristianos: el ateísmo, el incesto y el canibalismo.

LA MORAL PAGANA

Ya hemos visto por qué a los cristianos se les acusaba de ateos. Pero ¡¡de incesto y canibalismo!? Habían corrido rumores –derivados de la terminología cristiana– de que sus reuniones secretas eran «fiestas del amor» entre «hermanos y hermanas» que «comían el cuerpo y la sangre de un hombre llamado Cristo»[80].

Así que a Justino no le quedaba otro remedio que abordar los temas de la moral y el culto cristianos. Su método consiste en buena parte en seguir una estrategia comprobada: la de que no hay mejor defensa que un buen ataque; de ahí que comience su *Primera apología* criticando severamente la idolatría y la inmoralidad sexual de la sociedad pagana de su tiempo. Conviene re-

cordar que en sus días el adulterio y la promiscuidad, incluidas las relaciones homosexuales y la pedofilia, eran moneda corriente en el Imperio. La prostitución, tanto femenina como masculina, estaba legalizada y ampliamente extendida. De hecho, el gobierno tenía un interés particular en su práctica, ya que el negocio del sexo significaba un considerable ingreso de impuestos. Los paganos pretendían disfrutar del amor erótico evitando las responsabilidades de criar y educar a los hijos. Cuando los métodos de anticoncepción y aborto mediante el empleo de fármacos y cirugía fallaban, era normal abandonar a los niños no deseados en algunos puntos de la ciudad sobradamente conocidos, donde o bien morían congelados, o eran recogidos por proxenetas para dedicarlos a la prostitución. Por eso –dice Justino– los culpables de incesto, aun sin quererlo, eran los paganos, ya que las prostitutas que frecuentaban podían ser familiares cercanas e incluso su propia descendencia ilegítima[81]. Justino muestra al emperador la ironía de la situación: «Avergonzaos de atribuir a hombres inocentes las cosas que vosotros hacéis públicamente»[82].

Los cristianos, lejos de celebrar orgías incestuosas –afirma Justino–, rechazan toda relación sexual que no esté dentro del contexto de un matrimonio ordenado a la procreación: un matrimonio exclusivo y hasta la muerte. Justino da, pues, testimonio de que entre los primeros cristianos el divorcio y los segundos matrimonios estaban prohibidos. También se vanagloria de la estima de que gozaba la castidad perpetua entre la comunidad cristiana: «Entre nosotros hay muchos y muchas que, hechos discípulos de Cristo desde la niñez, permanecen incorruptos hasta los sesenta o setenta años, y yo me glorío de que os los puedo mostrar de entre toda raza humana»[83].

Por otra parte, Justino quiere recalcar ante sus lectores el hecho de que esa nueva visión de la dignidad de la sexualidad humana es precisamente una prueba de la absoluta novedad del estilo de vida cristiano. En la misma línea que la *Carta a Diogneto*, insiste en que el cristianismo no es solo un sistema de creencias, sino un modo de vida completamente novedoso:

> Los que antes nos complacíamos en la disolución, ahora solo amamos la castidad; los que nos entregábamos a las artes mágicas, ahora nos hemos consagrado al Dios bueno e ingénito; los que amábamos por encima de todo el dinero y el beneficio de nuestros bienes, ahora, aun lo que tenemos lo ponemos en común, y de ello damos parte a todo el que está necesitado; los que nos odiábamos y matábamos, y no compartíamos el hogar con nadie de otra raza que la nuestra, por la diferencia de costumbres, ahora, después de la aparición de Cristo, vivimos juntos y rogamos por nuestros enemigos[84].

Aunque el apologista condena muchos aspectos de la cultura pagana de su tiempo, lo más escandaloso a sus ojos es lo que hoy llamamos relativismo: la idea de que no existen los absolutos morales, ni un bien y un mal objetivos. Para él «el colmo de la impiedad y de la iniquidad» es pensar que «la virtud y el vicio son puras palabras, y que solo por opinión se tiene algo por bueno o por malo»[85].

LA FILOSOFÍA GRIEGA Y EL LOGOS

No cabe duda de que la visión de Justino acerca de la cultura grecorromana es sumamente crítica, lo cual no quiere decir que sea radicalmente negativa. La palabra «crítica» significa juicio, y

en todo juicio sensato pesa la evidencia: se rechaza lo que presenta carencias y se acepta lo que es sólido. La religión o la moral paganas no contenían demasiadas cosas válidas, pero con respecto a los filósofos grecorromanos que Justino había estudiado la cosa era distinta. Por muchos errores que hubiesen cometido Platón y los demás, a Justino le sorprendían sus aciertos en algunas cosas. En el *Timeo* de Platón descubre atisbos de la cruz, y en los oráculos de la Sibila, en los estoicos e incluso en el sabio persa Hispastes ve una predicción de que el universo será consumido por el fuego[86].

La explicación que ofrece Justino es que los filósofos que vinieron después de los profetas son herederos de estos[87]. No hay demasiadas evidencias históricas que respalden esta teoría. No obstante, la segunda razón que da Justino de que encontremos la verdad en los filósofos, los profetas y los poetas paganos resulta mucho más interesante.

En Juan 1, 9 el Verbo Divino recibe el nombre de «Logos», el cual se encarnó en Jesús, «la luz verdadera que ilumina a todo hombre». Los filósofos, y especialmente los estoicos, ya habían hablado de un Logos divino (verbo o razón) responsable del orden del universo: el mismo Logos –dice Justino– que se hizo carne en Jesús de Nazaret (cfr. *Jn* 1, 1); el Logos por el cual han sido hechas todas las cosas desde el principio del universo.

> Nosotros adoramos y amamos, después de Dios, al Logos de Dios inengendrado e inexpresable, pues por nosotros se hizo hombre para participar en todos nuestros sufrimientos y así curarlos. Y todos los escritores, por la semilla del Logos inmersa en su naturaleza, pudieron ver la realidad de las cosas, aunque de manera oscura. Porque una cosa es la semilla o la imitación de

> una cosa que se da según los límites de lo posible, y otra, la realidad misma por referencia a la cual se da aquella participación o imitación[88].

Por eso hay «semillas del Logos», atisbos y reflejos de su verdad, diseminadas en todos nosotros y en muchos sistemas de pensamiento. Eso significa que algunos elementos del pensamiento y de la cultura pagana coinciden con el Logos, por lo que se pueden incorporar a la cultura cristiana. Son elementos capaces de servir de espacio común en el que converjan paganos y cristianos para discutir la plenitud de la verdad, como le sucedió a Justino el día en que conoció al anciano a la orilla del mar.

No obstante, en la cultura pagana existe también mucha falsedad. El criterio para separar el trigo de la paja es Jesucristo, en quien hallamos la plenitud de la vida y la verdad. La postura de Justino frente a la cultura pagana no consiste en rechazarla sin reservas ni en acogerla con los brazos abiertos, sino en asimilarla críticamente, utilizando la cruz como vara de medir.

Este enfoque original de Justino tuvo un impacto extraordinario en la historia del pensamiento cristiano. Así lo afirma Avery Dulles: «Por lo tanto, no podía existir un divorcio entre la fe y la razón, entre la religión y la filosofía. La sabiduría de Sócrates estaba relacionada en origen con la de los profetas»[89].

EL CULTO CRISTIANO PRIMITIVO

En cuanto a la acusación de canibalismo, Justino hace algo totalmente inesperado por lo que siempre le estaremos agradecidos. El culto cristiano era secreto por razones evidentes de seguridad, pero también por respeto a los sagrados misterios,

nombre que recibían los ritos cristianos. Ni siquiera a los catecúmenos se les permitía asistir a ellos ni saber demasiado de las ceremonias del culto hasta que recibían el bautismo y se les iniciaba en esos misterios.

Puesto que los malentendidos acerca de la liturgia de los cristianos habían generado acusaciones en su contra, Justino decidió que las circunstancias hacían conveniente retirar el velo y contarle al emperador en términos comprensibles para él lo que sucedía exactamente durante esas reuniones.

Al explicar cómo se celebraba el bautismo, Justino atestigua que en torno al año 150 d.C. los cristianos romanos bautizaban en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y que las palabras de Jesús a Nicodemo respecto a renacer por el agua y el Espíritu (cfr. *Jn* 3, 3) se aplicaban al bautismo. Haciéndose eco de la *Didaché*, aclara que antes del bautismo los candidatos ayunan y oran junto con toda la comunidad[90]. Aunque no menciona la duración del ayuno, podemos ver en ello –al igual que en la *Didaché*– el origen y el significado de la Cuaresma: los cuarenta días que preceden a la Pascua, el gran día del bautismo en la Iglesia primitiva.

También podemos comprobar la gravedad del compromiso que implicaba el bautismo para los miembros de la Iglesia de aquella época. Justino lo compara con el juramento militar sagrado que prestaban los nuevos soldados romanos –el *sacramentum*– por el cual el legionario juraba lealtad de por vida y hasta la muerte a su caudillo, quien a cambio le prometía alimento, un sueldo, protección y, si el legionario sobrevivía, una parcela de terreno después de veinte años de servicio. Justino señala cuánto más justo y necesario es que los cristianos estén dispuestos a morir antes que romper sus votos bautismales, ya que

el premio prometido –a diferencia del de los soldados– es eterno[91].

En la descripción que hace Justino de la reunión semanal observamos el esquema de la misa de rito romano de nuestros días: la liturgia de la Palabra, la homilía, la oración de los fieles, la plegaria eucarística e incluso la colecta:

> El día que se llama del sol se celebra una reunión de todos los que moran en las ciudades o en los campos; y allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, las memorias de los Apóstoles o los escritos de los profetas. Luego, cuando el lector termina, el que preside toma la palabra para hacernos una exhortación e invitación para que imitemos esas hermosas enseñanzas. Seguidamente, nos levantamos todos a una y elevamos (a Dios) nuestras preces, y estas terminadas, como ya dijimos, se ofrece pan, vino y agua, y el que preside, según sus fuerzas, hace igualmente subir a Dios sus oraciones y acciones de gracias, y todo el pueblo expresa su conformidad diciendo: «Amén». Luego se hace la distribución y participación de la eucaristía, para cada uno. Enviándose su parte, por medio de los diáconos, a los ausentes. Los que tienen y quieren, cada uno según su libre determinación, da lo que bien le parece, y lo recogido se entrega al que preside. Y él socorre con ello a huérfanos y viudas[92].

Uno de los objetivos del Concilio Vaticano II (1962-1965) fue la reforma de la Eucaristía de rito romano o latino, conocida generalmente como misa católica romana. Estos cambios

litúrgicos suscitaron mucha controversia. Conviene señalar que, lejos de pretender una desviación modernista de la tradición, el concilio buscaba renovar la misa siguiendo el patrón más antiguo de la liturgia romana tal y como la recoge Justino.

La última acusación que Justino debe refutar es la de que los cristianos eran caníbales porque comían el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Resulta significativo el modo en que Justino afronta este tema. Pese a que la causa cristiana habría salido mucho más beneficiada de haber evitado una interpretación realista de la comunión, Justino prescinde de todo simbolismo vacío e intenta dejar claro ante el emperador lo profunda y real que es esa comunión con la carne de Cristo:

> Porque no tomamos estas cosas como pan común ni bebida ordinaria, sino que, a la manera que Jesucristo, nuestro Salvador, hecho carne por virtud del Verbo de Dios, tuvo carne y sangre por nuestra salvación; así también el alimento hecho «eucaristía» por una oración que viene de Él –alimento con el que son alimentados nuestra sangre y nuestra carne mediante una transformación–, es precisamente, conforme a lo que hemos aprendido, la carne y la sangre de Jesús hecho carne[93].

Fijémonos en las palabras «conforme a lo que hemos aprendido». A lo largo de toda la carta Justino repite una y otra vez expresiones similares, variantes todas ellas de la palabra «tradición» o del proceso de transmisión de una persona a otra. Justino es brillante y tiene la mente inquisitiva y especulativa de un filósofo; pero, al explicarle el cristianismo al emperador, pro-

cura ser conservador en lugar de creativo: lo que está dando a conocer es un legado apostólico que se remonta desde las comunidades de Éfeso y Roma hasta Pedro, Pablo y Juan; y, en último término, hasta el propio Cristo. Esa enseñanza, esa herencia que ha recibido, es la misma que él, a su vez, transmite minuciosamente a sus discípulos y al emperador, tanto en materia de doctrina como de moral y de culto.

SU TESTIMONIO DEFINITIVO

El último texto que conservamos de Justino es su *Segunda apología*, en la que critica los ignorantes prejuicios contra los cristianos del filósofo cínico Crescencio, quien al parecer no sentía demasiado aprecio por ellos y cuya respuesta consistió en denunciar a Justino ante Rústico, prefecto de la ciudad de Roma. Afortunadamente, contamos con el relato de su interrogatorio y de su martirio, tomado de los archivos judiciales.

> RÚSTICO: Dime, tú que eres elocuente y crees poseer la verdad, si yo te mando torturar y decapitar, ¿crees que irás al cielo?
>
> JUSTINO: Si sufro por Cristo todo lo que dices, espero recibir el premio prometido a quienes guardan sus mandamientos. Yo creo que todos los que cumplen sus mandamientos permanecen en gracia de Dios eternamente.
>
> RÚSTICO: ¿De suerte que crees que irás al cielo a recibir el premio?
>
> JUSTINO: No es una simple creencia, sino una certidumbre. No tengo la menor duda sobre ello.
>
> RÚSTICO: Está bien. Acércate y sacrifica a los dioses.

JUSTINO: Ningún hombre sensato renuncia a la verdad por la mentira.

RÚSTICO: Si no lo haces, te mandaré torturar sin misericordia.

JUSTINO: Nada deseamos más que sufrir por nuestro Señor Jesucristo y salvarnos. Así podremos presentarnos con confianza ante el trono de nuestro Dios y Salvador para ser juzgados, cuando se acabe este mundo.

RÚSTICO (en pie): Los que no han querido sacrificar a los dioses ni obedecer al mandato del emperador, sean, después de azotados, conducidos al suplicio, sufriendo la pena capital, conforme a las leyes[94].

Diez años después del testimonio de Policarpo, Justino impartió su última lección siendo testigo con sus obras de lo que había escrito con la pluma. Desde luego, el bautismo es un misterio mucho más poderoso que el *sacramentum* del legionario: rinde homenaje a un amor más fuerte que la muerte. El manto del filósofo se convirtió en el manto del soldado: blanqueado en el bautismo, se tiñó de un rojo brillante.

Capítulo 8

IRENEO Y LA AMENAZA GNÓSTICA

Hacia mediados del siglo II el Imperio Romano se hallaba exhausto. Durante un centenar de años había reinado en el mundo mediterráneo la *Pax Romana*, una paz mantenida gracias al poder inapelable de la maquinaria militar de Roma. No obstante, se trataba de una paz vacía. La sociedad romana experimentaba un insidioso sentimiento de esterilidad. Las fuentes tradicionales de su significado y su fin se estaban agotando. En esa época nadie se tomaba muy en serio la religión de Júpiter, de Juno y de las vírgenes vestales.

En ese contexto, la gente miraba hacia otros territorios lejanos y exóticos en busca de algo novedoso y estimulante. Por eso no es de extrañar que las ideas procedentes de Persia, mezcladas con un batiburrillo de nociones extraídas de la filosofía griega, de la magia y de otros cultos misteriosos, se fusionaran en una pócima venenosa conocida como «gnosticismo». El gnosticismo no era una religión sólidamente estructurada, sino más bien un modo de pensar característico de una amplia variedad de sectas que con frecuencia disentían broncamente entre sí en muchos detalles.

Pero lo que a nosotros nos interesa no son los rasgos distintivos de los valentinianos o de otras sectas gnósticas, ni tampoco de dónde procedían exactamente sus ideas: lo que queremos es entender la esencia del gnosticismo, las ideas fundamentales compartidas por quienes se llamaban gnósticos y representaban una amenaza para el cristianismo del siglo II.

ALIENACIÓN Y ELITISMO

¿Alguna vez has tenido la sensación de no encajar demasiado con la gente y la sociedad que te rodea? ¿Te has sentido como un pez fuera del agua?

Eso es probablemente porque *eres* diferente, dirían los gnósticos. Según ellos, el mundo material no ha sido creado por un Ser Supremo. Este habita en el reino de la luz y es puramente espiritual. Jamás se le pasaría por la mente crear el cieno y el estiércol del mundo material. El reino físico es obra de las tinieblas creadas por un ser espiritual inferior llamado «demiurgo». Algunos gnósticos enseñaban que ese demiurgo era malévolo; otros se limitaban a calificarlo de incompetente. En cualquier caso, el mundo creado por él no es «bueno», como dice el capítulo primero del Génesis, sino un terrible error. Y lo más trágico de ese error es que algunos chispazos de la divinidad, algunas realidades espirituales, han quedado atrapadas en cuerpos humanos. Para los gnósticos la redención consiste en descubrir su verdadera identidad espiritual, escapar del cuerpo y de sus repugnantes pasiones, y regresar a su auténtica morada celestial.

Esa liberación requería la *gnosis*, un término griego que significa conocimiento. Del reino de la luz debía descender un ser espiritual que nos trajera su gnosis redentora. La mayor parte de la humanidad era «carnal» y pertenecía a ese reino de corrupción: el salvador no venía para esa gente despreciable destinada a la destrucción eterna.

No obstante, a la élite de ángeles caídos y presos dentro de la carne el salvador les traía el conocimiento liberador de sus verdaderos orígenes y un complicado conjunto de claves esotéricas para que, después de morir, esas almas divinas pudieran esquivar al demiurgo y a sus secuaces y abrirse paso de nuevo hasta el reino de la luz.

Por eso el gnóstico es un «iniciado» superior a los demás que ha descubierto un significado en un mundo desprovisto de significado y que, sabedor de la necesidad de redención, la encuentra mediante complicados mitos y rituales exóticos.

¿GNÓSTICOS CRISTIANOS?

Algunos gnósticos, al oír el anuncio de que «el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (*Jn* 1, 14), pensaron que Jesús debía de ser el mensajero celestial designado para traer la salvación. Como es lógico, comprendieron que la historia del nacimiento y la muerte de Jesús no era cierta: ningún ser auténticamente celestial podía mancharse de materia, porque la materia y el espíritu son radicalmente opuestos. Por eso, recogiendo las ideas de los docetistas, los gnósticos decían que Jesús solo tenía «apariencia» humana. Naturalmente, el portador de la revelación celestial carecía de cuerpo y, por lo tanto, no podía morir. La salvación no se alcanzaba mediante el sacrificio, sino mediante el conocimiento.

¿Y cómo conjugaban esto con los relatos evangélicos? Algunos rechazaban todos excepto uno: el resto eran falsos. Según Marción –que no era un gnóstico estricto, pero sí defendía muchas de sus ideas–, solo había un evangelio: el de Lucas, aunque despojado de la narración de la infancia de Jesús. Otros consideraban a Jesús un gurú errante autor de profundos discursos cargados de enigmas: de ahí que el evangelio de Juan les pareciera una opción mejor. Y los había que defendían evangelios de los que muchos cristianos de hoy día puede que ni siquiera hayan oído hablar, como el de Tomás.

Pero todos los denominados gnósticos cristianos tenían una cosa en común: el suyo era un «cristianismo» sin cruz; o bien intentaban justificar de algún modo la crucifixión, o bien –como en el caso del evangelio de Tomás– prescindían por comple-

to de ese relato. Si la salvación se conseguía a través del conocimiento, ¿para qué hacía falta un relato? Lo único necesario era un conjunto de máximas. Y eso es precisamente lo que encontramos en el evangelio gnóstico de Tomás.

¿Qué tipo de vida debía llevar un verdadero gnóstico? Era en este punto donde disentían las distintas sectas. Todas estaban de acuerdo en que el cuerpo carecía de importancia. Algunas decían que era un lastre para el espíritu y que había que negarle cuanto fuera posible. Su ideal consistía en un ascetismo de ayuno severo de alimento y sexo.

Otras llegaban a la conclusión contraria. Puesto que el cuerpo no es más que un pedazo de carne sin ninguna relación con la vida espiritual, lo que hagamos con él carece de importancia. Eso significa que no existen leyes: todo vale. Por eso algunas sectas gnósticas hacían honor a esa permisividad con orgías sexuales. Parece ser que los nicolaítas condenados en el libro del Apocalipsis (cfr. *Ap* 2, 6; 14) fueron una forma primitiva de este tipo de sectas. Al cuerpo o bien se le da satisfacción, o bien se le priva de todo: el caso es que no puede salvarse.

¿Cómo defendían los gnósticos que esa visión suya de Jesús era la verdadera? Muy sencillo. Jesús sabía que la mayoría de la gente era incapaz de asimilar su verdadera enseñanza, de modo que se la confió en secreto a unos pocos elegidos (y apelaban a la primera carta a los corintios 2, 6: «Enseñamos sabiduría entre los perfectos»). Estos elegidos transmitían su tradición secreta de generación en generación a los pocos merecedores de ello.

EL ATAQUE DEL PASTOR

Por extraño que nos pueda parecer hoy este sistema religioso, lo cierto es que se extendió rápidamente por todo el mundo romano y supuso una importante amenaza para la Iglesia. Un

obispo de lo que hoy es Francia decidió que alguien debía embestirlo de frente. El nombre de ese guerrero teológico era Ireneo, que curiosamente significa «el pacífico». Ireneo procedía de Asia Menor y de niño había oído hablar a Policarpo, discípulo de Juan. En su juventud viajó a Roma, donde al parecer recibió instrucción de Justino. Luego se trasladó a Francia, a la ciudad portuaria que hoy conocemos como Lyon[95], de habla griega, y no tardó en comprobar que las necedades de los gnósticos habían llegado hasta allí, poniendo en peligro al rebaño confiado a su cuidado. El pastor comprendió que no le quedaba otro remedio que atacar al lobo gnóstico. Debía dejar en evidencia esa doctrina ridícula y falta de lógica, esa estupidez adornada «con una máscara engañosa y persuasiva; a tal punto que (…) hacen parecer su discurso más verdadero que la verdad»[96]. Así que la tarea era fácil: había que desenmascarar al gnosticismo y sacar a la luz los disparates que defendía. A continuación, a modo de antídoto contra el veneno de los herejes, Ireneo debía ofrecer una exposición completa de la «regla de la verdad»[97] heredada de los apóstoles; y ganaría la batalla si, junto a esa absurda fantasía, era capaz de explicar la convincente verdad del Evangelio. Si quería asestar al gnosticismo un golpe mortal, no podía dejarse nada en el tintero. Cinco volúmenes después, en torno al año 185 d.C., concluyó su libro *Contra el falsamente llamado conocimiento* (conocido como *Contra los herejes*).

LA SUCESIÓN APOSTÓLICA Y LA AUTÉNTICA TRADICIÓN

En primer lugar, Ireneo debía abordar la cuestión de la legitimidad. ¿Cómo podemos saber qué es lo que enseñó Jesús y quién era realmente? ¿Quién puede decir que el Jesús gnóstico no es el original? Toda la causa de los gnósticos cristianos giraba

en torno a su afirmación de estar en posesión de una tradición secreta que se remontaba a Jesús.

Es interesante observar que el argumento de Ireneo no es el de la *sola scriptura*. No dice: «Olvídate de la tradición: solo la Escritura es infalible»[98]. Eso no habría valido de nada, ya que una de las controversias giraba en torno a la autenticidad de los textos cristianos. Por eso Ireneo se limita a emplear el sentido común. Si Jesús tenía un conocimiento secreto y más profundo que transmitir, ¿no se lo habría confiado a esos doce íntimos llamados apóstoles a quienes él mismo había elegido? Y estos, llegado el final de sus días, ¿no habrían confiado esos secretos a sus sucesores, y estos a los suyos, etc., etc.? No obstante –objeta Ireneo en torno al 185 d.C.–, todos los obispos católicos de ciudades apostólicas como Éfeso, Corinto y Roma formaban parte de una línea ininterrumpida que empezaba en los apóstoles. El hecho de que desconocieran las absurdas doctrinas de los gnósticos demuestra que era imposible que estas derivasen de Jesús y de sus seguidores[99].

Para probar con cuánta evidencia conocía cada obispo su ascendencia, pone como ejemplo la Iglesia romana y sigue la línea desde el papa de su tiempo hasta Pedro y Pablo, nombrando a todos los papas de ese intervalo[100]. «Es necesario que cualquier Iglesia esté en armonía con esta Iglesia, cuya fundación es la más garantizada –me refiero a todos los fieles de cualquier lugar–, porque en ella todos los que se encuentran en todas partes han conservado la Tradición apostólica»[101]. Ireneo reconoce que la iglesia de Roma, su propio hogar durante varios años, cuenta con un estatus especial no solo por haber sido fundada por los dos apóstoles más importantes, sino porque era un microcosmos de la Iglesia universal, la Iglesia católica.

Esta doctrina de la sucesión apostólica en el ministerio docente, además de resolver el problema de cuál es la verdadera tradición, es también la clave para dilucidar la autenticidad y la autoridad de los textos apostólicos. En pocas palabras: son auténticos los evangelios y las epístolas que se han empleado con continuidad en las iglesias fundadas por los apóstoles.

> Es necesario (…) amar con todo afecto cuanto pertenece a la Iglesia y mantener la Tradición de la verdad. Entonces, si se halla alguna divergencia aun en alguna cosa mínima, ¿no sería conveniente volver los ojos a las Iglesias más antiguas, en las cuales los Apóstoles vivieron, a fin de tomar de ellas la doctrina para resolver la cuestión, lo que es más claro y seguro? Incluso si los Apóstoles no nos hubiesen dejado sus escritos, ¿no habría sido necesario seguir el orden de la Tradición que ellos legaron a aquellos a quienes confiaron las Iglesias? [102].

Aunque Ireneo concibe el episcopado como una sucesión de cátedras, no lo considera solamente una especie de transmisión burocrática de autoridad del que tiene un cargo al que lo sustituye en él: para Ireneo los obispos son maestros carismáticos, cada uno de los cuales recibe, según el beneplácito del Padre, el «carisma de la verdad»[103].

LOS SACRAMENTOS: LO INVISIBLE A TRAVÉS DE LO VISIBLE

Después de explicar lo absurdo del gnosticismo y de demostrar la legitimidad de la auténtica tradición apostólica, Ireneo pasa a exponer la verdadera doctrina acerca de un mundo mate-

rial que no es una maldición, sino una bendición, y de un salvador que se ha hecho uno de nosotros para poder morir realmente por nosotros. Ese Salvador continúa alimentándonos mediante los sacramentos, realidades materiales transmisoras de santidad. En esos instrumentos tangibles del poder salvador de Dios vemos a «el incomprensible [obrando] por medio del que podemos comprender, y el invisible por medio de aquel a quien podemos ver»[104].

Frente al desprecio gnóstico por el mundo material, Ireneo explica con hermosas palabras cómo la creación, la encarnación, la Eucaristía y la resurrección del cuerpo están íntimamente entrelazadas y se sostienen o se caen juntas:

> ¿Cómo dicen que se corrompe y no puede participar de la vida la carne alimentada con el cuerpo y la sangre del Señor? (…) Por el contrario, para nosotros concuerdan lo que creemos y la Eucaristía y, a su vez, la Eucaristía da solidez a lo que creemos. Le ofrecemos lo que le pertenece, y proclamamos de manera concorde la unión y comunidad entre la carne y el espíritu. Porque, así como el pan que brota de la tierra, una vez que se pronuncia sobre él la invocación de Dios, ya no es pan común, sino que es la Eucaristía compuesta de dos elementos, terreno y celestial, de modo semejante también nuestros cuerpos, al participar de la Eucaristía, ya no son corruptibles, sino que tienen la esperanza de resucitar para siempre[105].

LA RECAPITULACIÓN: EL NUEVO ADÁN, LA NUEVA EVA

El Jesús gnóstico redimía el mundo a través del conocimiento y no del sacrificio. Ireneo desarrolla el tema de Jesús como el nuevo Adán. La cabeza primera de la raza humana fracasó desde un principio: por desobediencia y soberbia alzó su mano hacia el árbol. Jesús hace nueva la raza humana y es la nueva cabeza de una nueva humanidad. También él alza la mano hacia un árbol, pero en la obediencia, en el amor y la humildad, rompiendo las cadenas con Satanás forjadas por la desobediencia de Adán. Esta doctrina de la recapitulación (la nueva cabeza) de la raza humana constituye un espléndido desarrollo de una noción esbozada por san Pablo. Prosiguiendo con su tarea, Ireneo desarrolla también un tema brevemente mencionado por su maestro, Justino, pero que muy bien podría remontarse a los apóstoles. En ese inicio fallido de la raza humana, la rebelión de Adán contó con un cómplice. En la renovación y recapitulación de todas las cosas, Dios no solo ha entregado a la raza humana un nuevo Adán, sino también una nueva Eva.

Refiriéndose a la Virgen María afirma: «Así como el género humano había sido atado a la muerte por una virgen, así también fue desatado de ella por la Virgen, y que la desobediencia de una virgen fuese compensada por la obediencia de otra Virgen»[106]. Este tema de María como nueva Eva es la primera cuestión de la teología mariana desarrollada por la tradición cristiana.

EL DESTINO DEL GNOSTICISMO

¿Qué ocurrió con el gnosticismo después del implacable ataque lanzado por Ireneo? Al poco tiempo de escribirse su libro, el gnosticismo desapareció de escena. Cuando la oscuridad se ilumina, se desvanece engullida por la luz. Si en un principio esta religión exótica atrajo a una generación sedienta de vida espiritual, al final acabó por no satisfacer a nadie.

Los evangelios gnósticos se perdieron enterrados bajo la arena de los tiempos. La única razón de que conservemos el de Tomás es que la árida tierra de Egipto que lo cubría era demasiado seca para la bacteria causante de la corrupción. En 1945 un campesino del Alto Egipto desenterró una copia del documento. Cuando los estudiosos examinaron el hallazgo, vieron en él la confirmación de la extraordinaria exactitud con que Ireneo describió el antiguo gnosticismo.

Aun así, no debemos bajar la guardia. Las herejías se parecen mucho a un resfriado: vuelven una y otra vez bajo formas ligeramente diferentes. Por lo general ese cambio es suficiente para permitirles esquivar las defensas de nuestro sistema inmune y volver a amenazar nuestra salud espiritual. El movimiento New Age y la célebre novela *El código Da Vinci* le deben mucho al antiguo gnosticismo. Ambos se basan en ideas esencialmente gnósticas tan atractivas hoy como lo fueron en el siglo II. ¿Quién no acaba experimentando el vacío y el tedio de una vida desprovista de una dimensión espiritual, de una vida privada de misterio?

La sociedad moderna, que ha perdido el alma, se siente atraída por la New Age porque recupera el sentido del misterio. Imita el sincretismo de los gnósticos, mezclando ideas esotéricas orientales con tradiciones propias de Occidente para producir un batiburrillo que, por incoherente que parezca, no deja de suscitar curiosidad. *El código Da Vinci* resucita la pretensión de una tradición secreta anterior al Nuevo Testamento y más fiel que este. Nos ofrece un modo de sentirnos conectados con Jesús aun despreciando a la Iglesia fundada por Él.

Lo irónico es que el atractivo de estas corrientes lleva consigo su propia ruina. Tanto el movimiento New Age como *El código Da Vinci* buscan una espiritualidad sin sacrificio, sin autoridad,

sin cruz. Como el antiguo gnosticismo, conservan un baño de cristianismo vacío de contenido.

No obstante, el destino del gnosticismo debe servirnos de advertencia. Un cristianismo sin cruz es un cristianismo sin fuerza, y una religión sin fuerza no dura mucho. Puede que *El código Da Vinci* haya vendido unos cuantos millones de ejemplares en los primeros años del tercer milenio. Pero me atrevo a pronosticar que en el cuarto milenio hará falta un arqueólogo que excave la arena de Egipto para encontrar uno de ellos.

Capítulo 9

IRENEO Y LA BATALLA POR LA BIBLIA

Hoy toda la cristiandad, desde los protestantes hasta los católicos y ortodoxos, afirma que las Sagradas Escrituras, inspiradas por el Espíritu Santo, son la norma última de nuestra fe y nuestra vida: hasta aquí, todos de acuerdo. Pero párate a pensar un momento. En la Biblia hay una página muy importante que no está inspirada por el Espíritu Santo: esa página es el índice.

Los Padres de la Iglesia tuvieron que plantearse preguntas que a muchos de nosotros no se nos han ocurrido nunca. ¿Cuáles son los libros verdaderamente inspirados por el Espíritu Santo? En el siglo II, el voluminoso libro encuadernado que hoy llamamos Biblia no existía. En su lugar, los cristianos disponían de un conjunto de rollos y pergaminos redactados por distintos autores: por un lado, los libros de los autores hebreos del período comprendido entre Jesús y Moisés, es decir, los que en tiempos de Ireneo los cristianos solían considerar «Escrituras»; por otro lado, existían recopilaciones de las palabras y las obras de Jesús conocidas como evangelios, y varias cartas, relatos y colecciones de profecías y visiones. ¿Pertenecía alguno a la misma categoría que la Ley y los Profetas? Y, de ser así, ¿cuáles? Y hay otra cosa más que no contiene el texto de los libros llamados Evangelios: los nombres de sus autores. ¿Quién los escribió y cómo podemos saberlo?

Este asunto recibe el nombre de «problema del canon».

Aún queda otro problema. En muchos aspectos los textos y las leyes del antiguo designio difieren significativamente del

nuevo designio recibido de Jesucristo. ¿Son tan opuestos que debemos rechazar uno para abrazar el otro? ¿O nos limitamos a añadir las leyes del sermón de la montaña a los 613 mandatos de las Escrituras judías y hacemos lo que podemos para cumplirlos todos? ¿O hemos de esperar que vengan nuevos profetas con más leyes y revelaciones que sustituyan a las ya superadas de Moisés y de Jesús?

Este es el «problema del doble pacto o de los testamentos».

El quinto volumen de la obra de Ireneo no responde a estas cuestiones de una manera concluyente ni oficial, pero es indudable que no ha habido nadie en la historia cristiana que haya hecho más por ayudar al cristianismo a resolverlas que el pacífico guerrero de Lyon.

LOS EBIONITAS, MARCIÓN Y MONTANO

Por desgracia, los gnósticos no fueron los únicos herejes que inquietaron a Ireneo, quien se vio obligado a pelear en otros tres frentes al mismo tiempo.

Sus enemigos no gnósticos tenían algo en común. Todos provenían de la misma parte del mundo que le había visto nacer a él: Asia Menor. Los primeros eran un grupo de cristianos judíos a los que Ireneo llama ebionitas. En la Iglesia primitiva muchos cristianos judíos –incluidos Pedro y Pablo– se enorgullecían de su herencia hebrea. No obstante, en sus cartas Pablo menciona en varias ocasiones que algunos creyentes judíos no estaban del todo dispuestos a reconocer la novedad del Evangelio. Para este sector «judaizante», el cristianismo era el toque final de Dios a la obra maestra del judaísmo; de ahí que defendieran que todo el mundo, incluidos los cristianos gentiles, debían observar la circuncisión, las festividades judías y las prescripciones alimentarias de la ley. Y tenían que hacerlo no solo

para conservar la cultura y la tradición, sino para salvarse. Ya Ignacio había puntualizado que esos judaizantes rechazaban la idea de la divinidad de Jesús. Ahora añade Ireneo que el único texto apostólico que admitían era el evangelio de Mateo, excluidos los relatos de la infancia (ya que negaban el nacimiento de una virgen). Se oponían abiertamente a Pablo por considerarlo un apóstata de la Ley. Según ellos, Jesús solo era el último y el mayor de los profetas. Para los ebionitas el problema de los dos pactos no existía, porque solo había uno: Jesús no representaba una alianza enteramente nueva –como decía Pablo–, sino únicamente un adorno menor.

Al parecer, los ebionitas, cuyo nombre deriva del término *pobre*, fue una pequeña secta con escasa influencia y circunscrita principalmente a Asia Menor, Siria y Arabia. Pero el siguiente movimiento procedente de Asia logró abrirse paso hasta la capital imperial, donde Policarpo, Justino e Ireneo se toparon con él. Lo lideraba el hijo de un obispo, que también recibió la ordenación episcopal antes de desarrollar sus ideas heréticas. Se llamaba Marción y abordó los problemas del canon y del doble pacto de un modo peculiar.

Para entender el punto de vista de Marción, conviene que te hagas unas cuantas preguntas. ¿Alguna vez, al leer el Antiguo Testamento, te han causado cierta desazón determinados pasajes –de los Jueces o de Josué, por ejemplo– en que los israelitas libran una violenta batalla siguiendo en principio un mandato de Dios? ¿Alguna vez te ha costado conciliar esos pasajes con el sermón de la montaña? ¿Nunca te ha sorprendido lo poco que encaja esa imagen de la ira de Dios del Antiguo Testamento con el Padre misericordioso revelado por Jesucristo? Bien, pues eso era precisamente lo que se preguntaba Marción. Y la respuesta que dio acaba con todos los problemas. Marción decía que la

razón de esas dos imágenes tan distintas era la existencia de dos dioses distintos. Según él, el Dios de Moisés y de los profetas era el perverso Demiurgo que creó la materia dentro de la cual están presas todas nuestras nobles almas. Por eso las Escrituras judías son perversas: hay que descartarlas por entero.

Entonces, ¿qué tenían que leer los cristianos? Parece ser que fue Marción el primero en elaborar un canon: una lista de textos inspirados que debían considerarse «Escritura». Solo aceptaba un evangelio: el de Lucas; porque ¿cómo podía haber –decía él– más de un relato evangélico auténtico? El resto tenían que ser o bien espurios, o bien superfluos. Por otra parte, si el mundo creado es malo, es imposible que Jesús naciera realmente. De manera que Marción cogió las tijeras y eliminó del evangelio las narraciones de la infancia: algún hereje al servicio del Demiurgo tenía que haberlas añadido más tarde. A ese evangelio mutilado le añadió una colección de diez cartas paulinas «expurgadas» de todo disparate relativo a un mundo creado cuyo origen fuese Dios Padre. Y problema resuelto: un canon definitivo y un único testamento.

Por si Marción y los ebionitas no fueran adversarios lo bastante correosos, en Asia Menor surgió otro movimiento. Su líder, un hombre llamado Montano, y otras dos mujeres se autoproclamaron profetas. Algunos creían que sus oráculos procedían palabra por palabra del Espíritu Santo y que venían a sustituir a Jesús, igual que Jesús había sustituido a Moisés. La «Nueva Profecía» –como la llamaban– suscitaba una cuestión muy importante: quizá Dios aún no hubiera terminado; quizá quedara por venir una revelación totalmente nueva tanto de esos tres profetas como de otros futuros.

ARMONÍA Y PEDAGOGÍA

Para responder a estas cuestiones Ireneo comprendió que debía ofrecer a sus lectores una explicación completa y razonada de cómo encaja exactamente la historia de la salvación. La verdadera sabiduría no consiste en inventar doctrinas nuevas como el gnosticismo o el montanismo, o en prescindir de lo que no nos gusta, como hacían los ebionitas y Marción, sino en «investigar todo lo que se ha dicho en parábolas, a fin de ver la concordancia con la doctrina de la verdad»[107].

Ireneo desarrolló una imagen esbozada por Pablo en Gálatas: la del pedagogo. Afirmaba que Dios es el maestro más sabio. Cuando el Altísimo posó su mirada en los primeros israelitas escogidos, sabía que no podía obligarles a asimilar toda la verdad de golpe: eran sencillamente incapaces de ir tan deprisa y de llegar tan lejos. Por eso los acogió en el punto en el que se encontraban y gradualmente, a lo largo de casi dos mil años, los fue llevando hasta el momento en que estuvieron preparados para Cristo.

> Formó el pueblo antiguo para enseñar a esa gente indócil a seguir a Dios; instruyó a los profetas para acostumbrar a los seres humanos sobre la tierra a ser depositarios de su Espíritu y a participar de la comunión con Dios. No necesitando Él nada, concedió a los necesitados la comunión con Él. Como un arquitecto, proyectaba la construcción de la obra salvadora en favor de aquellos que hacían su beneplácito, guiándolos en Egipto sin que ellos lo advirtieran. Cuando andaban errando en el desierto, les dio la más adecuada de las leyes; a los que entraron en la tierra buena les concedió una digna heredad; para quienes se convertían al Padre mataba el novillo cebado y los hacía vestir con la mejor de las tú-

> nicas. De muchas maneras preparó al género humano a fin de que tomase parte en el armonioso canto de la salvación (…). Educaba a un pueblo inclinado a retornar a los ídolos, poniéndoles en la mano muchas herramientas para perseverar en el servicio divino: por medio de lo que era instrumento secundario para llegar a lo primario, es decir, por medio de los anuncios los guiaba hacia la verdad, por lo temporal a lo eterno, por lo carnal a lo espiritual y por lo terreno a lo celestial (…). Por los anuncios aprendían a temer a Dios y a perseverar en su servicio. De esta manera la Ley era para ellos una escuela y una profecía de los bienes futuros[108].

Por eso el Antiguo Testamento prepara para Cristo y lo prefigura. Pero, cuando por fin se produjo su venida, Cristo trajo consigo la plenitud de la verdad. Dios no se reservó nada: en Cristo –dice Ireneo– nos lo da todo. No hay que esperar más revelación. Ese es el espléndido equilibrio que nos muestra Ireneo. Entre la antigua y la nueva alianza, entre la Ley y el Evangelio, existe una continuidad perfecta. No obstante, la cruz de Cristo introduce un giro radical. El canto armonioso de la historia de la salvación es una sola melodía continua, pero en Cristo se da una súbita transposición, un cambio de clave. Este giro decisivo, esta nueva clave, es la clave definitiva. La entrega ha sido plena y no queda nada que añadir.

Esta rica imagen de la armonía revela la diferencia entre el enfoque de los herejes y el de Ireneo en lo concerniente no solo a la relación entre las alianzas, sino también a la idea misma del canon de la Escritura. La palabra *herejía* procede del término griego que significa «elección», aunque con la connotación añadida de elegir algo que empobrece. Ireneo señala que el rasgo

distintivo de la mayoría de los herejes consiste en optar por un único Evangelio y por el rechazo de los demás; y lo mismo ocurre en el caso de los apóstoles: Marción solo elige a uno, a Pablo, prescindiendo del resto.

Según Ireneo, así como los dos Testamentos son diferentes pero armónicos, y componen una rica y hermosa melodía, del mismo modo las diferencias de estilo, vocabulario y perspectiva de cada evangelista y de cada autor del Nuevo Testamento se mezclan para ofrecernos una sinfonía de alabanza a Jesucristo. En los autores que precedieron a Ireneo encontramos alusiones bien a un testamento, bien a otro; bien a una carta de Pablo, bien a la primera carta de Pedro. En Ireneo, sin embargo, hallamos al primer maestro cristiano que toma como referencia un Nuevo Testamento muy parecido al que conocemos nosotros. Él es también el primer autor cristiano que nos explica por qué aceptar determinados libros y otros no. Y es, por último, el primer Padre que, cuando habla de la «Escritura», al menos la mitad de las veces está aludiendo a los libros tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Los nombres de los autores de cada uno de los evangelios no aparecen incluidos en el texto original. Es Ireneo quien identifica los cuatro evangelios legítimos y nos dice quiénes los escribieron:

> Mateo, (que predicó) a los Hebreos en su propia lengua, también puso por escrito el Evangelio, cuando Pedro y Pablo evangelizaban y fundaban la Iglesia. Una vez que estos murieron, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, también nos transmitió por escrito la predicación de Pedro. Igualmente Lucas, seguidor de Pablo, consignó en un libro «el Evangelio que este predicaba».

> Por fin Juan, el discípulo del Señor que se había recostado sobre su pecho, redactó el Evangelio cuando residía en Éfeso[109].

Para Ireneo, el hecho de que haya cuatro evangelios es eminentemente simbólico. En la Antigüedad en general, y en el libro del Apocalipsis de un modo particular, el número cuatro, reflejo de los cuatro puntos cardinales, representaba el mundo entero. Era un símbolo de universalidad o catolicidad, una de las características esenciales de la Iglesia, que es –dice Pablo– columna y fundamento de la verdad (cfr. *1 Tm* 3, 15). Ireneo, por su parte, afirma que la Iglesia católica requiere un fundamento católico y lo encuentra en el cuádruple evangelio:

> Los Evangelios no pueden ser ni menos ni más de cuatro; porque son cuatro las regiones del mundo en que habitamos, y cuatro los principales vientos de la tierra, y la Iglesia ha sido diseminada sobre toda la tierra; y columna y fundamento de la Iglesia son el Evangelio y el Espíritu de vida; por ello cuatro son las columnas (…), un Evangelio en cuatro formas, compenetrado de un solo Espíritu[110].

En su exposición del cuádruple evangelio, Ireneo aporta algo más a la cultura cristiana al ver estos cuatro documentos misteriosamente prefigurados en los cuatro rostros del querubín de Ezequiel 1: el león, el toro, el hombre y el águila, que acabaron convirtiéndose en símbolos de Marcos, Lucas, Mateo y Juan, respectivamente; así los ha conservado el arte cristiano a lo largo de los siglos hasta nuestros días.

Puede que no haya nada que los cristianos den tanto por descontado como la Biblia. Es posible que discrepen entre ellos acerca de su interpretación, pero pocas veces se les ocurre cuestionar su índice… a menos que aparezca algún libro –como el *Evangelio de Tomás, El código Da Vinci* o *El zelote* de Reza Aslan– que ponga en duda nuestras convicciones y haga que se tambaleen nuestras certezas. Estos ataques radicales contra la verdad de la Biblia dejan a muchos cristianos balbuceantes y tartamudos.

Hubo en otro tiempo un hombre de paz que luchó valerosamente para salvaguardar y explicar el fundamento que nos sirve de apoyo. Hoy día, musulmanes, neognósticos y algunos supuestos historiadores críticos cuestionan la imagen de Jesús que ofrece el Nuevo Testamento y pretenden contar con mejor información acerca de Él. Los argumentos cargados de sensatez que Ireneo esgrimió en contra de los detractores de su tiempo son los mismos que necesitamos nosotros para enfrentarnos a quienes hoy nos desafían. Si hay que creer a alguien cuando se trata de la verdad acerca de Jesús, ¿quiénes mejor que los que, antes de morir por Él, vivieron con Él? ¿Y quiénes ofrecen mayor garantía de conocer la verdadera enseñanza de esos pastores que aquellos a quienes estos les confiaron su rebaño, muchos de los cuales murieron también por Cristo?

Cada vez que cogen una Biblia, todos los cristianos confían –consciente o inconscientemente– en la tradición apostólica conservada por los primeros Padres de la Iglesia. Ya es hora de que aprendan a valorar y a dar a conocer las sólidas razones que les llevan a depositar su confianza en el libro que sostienen entre las manos.

Capítulo 10

CLEMENTE Y LA ESCUELA DE ALEJANDRÍA

Aunque no disponemos de demasiados detalles sobre su vida, el pequeño Clemente vino al mundo –probablemente en Atenas– en torno al año 150 d.C. en el seno de una familia pagana. Tampoco tenemos certeza acerca del lugar y el momento en que abrazó la fe cristiana, pero sí sabemos que, después de su conversión, quiso conocer esa fe de labios de los mejores maestros e hizo lo que siguen haciendo los universitarios de hoy día: dejar su casa para formarse lo mejor posible. Su búsqueda lo llevó a recorrer el mundo de un extremo a otro hasta instalarse en el lugar por donde debería haber empezado: Alejandría, la ciudad que el conquistador griego de Egipto bautizó humildemente con su propio nombre.

Este conquistador –dicho sea de paso–, a pesar de haber vivido trescientos años antes de Cristo, es la razón de que el Nuevo Testamento se escribiera en griego. Alejandro quiso unificar el mundo mediante la difusión de la cultura griega y obtuvo un éxito notable. A partir de entonces, la lengua y la cultura comunes a todo el mundo mediterráneo fueron las griegas. Y la conquista de Roma no supuso ningún cambio. De hecho, los romanos se limitaron a apropiarse de los dioses griegos, de los clásicos griegos y de la filosofía griega. En la cruz la inscripción que coronaba la cabeza de Jesús estaba escrita en arameo, latín y griego, porque –excepto en Italia y en el norte de África– el latín solo lo empleaban los funcionarios y el ejército. En el mercado y en las escuelas la gente se entendía sobre todo en griego.

Cuando Clemente llegó a Alejandría, la ciudad era –después de Roma– una de las más grandes y dinámicas del mundo. Su situación junto al mar y en la desembocadura del Nilo la convertían en un enclave comercial incomparable, cuyo faro se consideraba una de las siete maravillas de la Antigüedad. Su legendaria biblioteca hacía de ella la capital intelectual del Imperio. Una amplia comunidad judía vivía en la ciudad donde la Biblia hebrea se tradujo por primera vez al griego y en la que hubo cristianos desde los tiempos del Nuevo Testamento: entre ellos halló Clemente al maestro que tanto tiempo llevaba buscando. Panteno había dejado la escuela filosófica estoica para convertirse al cristianismo. No sabemos mucho más acerca de él, excepto que, pese a ser laico, jugó un papel decisivo en la comunidad cristiana. Lo que está claro es que el obispo le encomendó la primera escuela cristiana de la historia: una escuela catequética que preparaba a los nuevos cristianos para el bautismo. Muy pronto Clemente se convirtió en el ayudante de Panteno y, en torno al año 200 d.C., en su sucesor.

EL PROBLEMA DE CLEMENTE

Si durante algún tiempo la Iglesia de Alejandría disfrutó de una tregua en medio de la persecución, no dejó de sufrir la amenaza de toda suerte de sectas heréticas. En Alejandría tenían su sede los principales grupos gnósticos que habían dado pie a la obra de Ireneo. Las ideas gnósticas impregnaban el ambiente, como también las de Platón y los estoicos. La reacción de muchos cristianos consistía en rehuir cualquier doctrina pagana y refugiarse en una especie de gueto intelectual; así lo afirma Clemente: «Muchos temen a la filosofía griega como los niños ante los espantajos, no sea que les engañe»[111]. Y continúa diciendo que, como los compañeros de Ulises al pasar junto a las sirenas, van «tapándose los oídos por ignorancia, puesto que saben

que, una vez que han dado oídos a las ciencias griegas, no se puede regresar»[112].

En otro momento describe la actitud defensiva y de rechazo que contempla en muchos de sus hermanos:

> No se me ocultan tampoco las murmuraciones de algunos ignorantes timoratos que dicen que es necesario ocuparse de lo más imprescindible, o sea, de lo que contiene la fe, y prescindir, en cambio, de las cosas externas y superfluas, que nos fatigan inútilmente y nos ocupan el tiempo sin aportar nada al objetivo final. Incluso hay quienes piensan que la filosofía es mala, porque se ha introducido en la vida de los hombres para su perdición por un malvado inventor[113].

Como fiel discípulo de Cristo e hijo de la Iglesia, Clemente no puede sino ser crítico con los gnósticos y consciente de las limitaciones de la filosofía; sin embargo, como responsable de la evangelización y la formación de los catecúmenos, miembros muchos de ellos de las clases superiores más cultas, esa oposición incondicional al estudio le parece desastrosa, pues da la razón a quienes ridiculizan el cristianismo por carecer de todo fundamento racional. Pocos años antes de que Clemente se hiciese cargo de la escuela, un crítico pagano del cristianismo llamado Celso afirmaba que, a excepción de unos cuantos cristianos cultos, la mayoría de ellos venían a decir: «No preguntes: solo cree. La fe te salvará. El conocimiento es malo e imprudente». Algunos comentarios de Galeno, célebre médico y filósofo de la época, seguían esa misma línea[114].

Según Clemente, el conocimiento de la filosofía y de la literatura no solo era necesario para ponerse a la altura de los catecúmenos más cultos, sino como instrumento en la defensa de la fe. «La filosofía griega con su aporte no hace más sólida la verdad; pero, haciendo impotente el ataque de la sofística e impidiendo las emboscadas insidiosas contra la verdad, se dice que es con propiedad empalizada y muro de la viña»[115]. La lógica es una parte de la filosofía y los cristianos tienen que saber cómo emplearla para hacer frente a unas críticas con frecuencia irracionales y carentes de fundamento.

Aunque Clemente es, por encima de todo, hombre de Escritura y Tradición, su aprendizaje secular le sirvió –igual que a Justino y a Panteno– de preparación para aceptar el Evangelio. No obstante, Clemente fue más allá aún que Justino (quien ya veía «semillas del Logos» esparcidas en el mundo intelectual pagano) al afirmar el origen divino de la filosofía: si bien no se puede comparar la filosofía con el Antiguo Testamento, Dios, en su Providencia, se la envió a los griegos como preparación para el Evangelio, del mismo modo que envió a los judíos la Ley y los profetas preparándolos para su Hijo.

No cabe duda de que la filosofía griega no alcanza la verdad en su totalidad ni confiere la fuerza para cumplir los mandatos del Señor, pero sí allana al menos el camino hacia el cristianismo dotando al hombre de autodominio, modelando su carácter y disponiéndole a recibir la verdad[116].

Clemente tuvo que enfrentarse a los mismos enemigos que Ireneo, aunque empleó una estrategia distinta. En lugar de menospreciar a sus oponentes gnósticos y paganos, intentó robarles el fuego. La palabra *gnóstico* designa al «iniciado» que posee un conocimiento salvador. En la Iglesia primitiva el bautismo se conocía como «iluminación». Clemente sostiene que el verda-

dero «gnóstico», el auténtico iluminado, es el que recibe la fe en el bautismo y está decidido a penetrar su significado profundo empleando cualquier ayuda disponible. Viviendo esa fe, creciendo día a día tanto en la virtud como en el conocimiento, el gnóstico cristiano alcanza el amor y, en último término, el cielo.

UN VIAJE DINÁMICO

En torno al año de la llegada de Clemente a Alejandría, Ireneo escribió: «La gloria de Dios es el hombre viviente»[117]. En su *Stromata*, Clemente se propuso describir cómo es ese hombre viviente, al que llamó el verdadero gnóstico.

Clemente quiere que tanto sus catecúmenos como sus críticos paganos entiendan una cosa: la auténtica vida cristiana no consiste únicamente en aceptar el depósito de la fe, recibir el bautismo y asistir a los oficios prescritos. En realidad, eso es solo el principio de un proceso de profundización y santificación en constante crecimiento. Porque el «conocimiento» de que habla Clemente no se limita a una comprensión intelectual, sino que es una experiencia íntima de Dios y de su verdad que lleva a una unión transformadora. Se trata de un conocimiento que nos asemeja a Dios y a la verdad que contemplamos. «Esta es, por tanto, la actividad del gnóstico perfecto: conversar con Dios por medio del gran Sacerdote, asemejándose en lo posible al Señor (…). El gnóstico se edifica y trabaja para sí mismo, pero también adorna a sus oyentes cuando se asemeja a Dios»[118].

Gracias a su descripción del viaje del «verdadero gnóstico» conocemos muchas de las características de la vida cristiana de su tiempo. Clemente no quiere que sus fieles pongan en práctica las mociones de la oración sin hacerse preguntas ni que ayunen por mera costumbre, sino que lo hagan todo consciente-

mente, sabedores del profundo significado de sus acciones externas.

Por entonces formaba parte de la tradición cristiana, por ejemplo, rezar de cara a Oriente; esta es la indicación que da Clemente al cristiano gnóstico, informándole de su significado:

> La aurora es imagen del nacimiento del sol y desde ese punto la primera luz crece «brillando desde las tinieblas» (…). Para los que están rodeados por la ignorancia despuntó el día de la gnosis de la verdad, como el sol, las plegarias (se vuelven) hacia la aurora matinal[119].

La *Didaché* decía que los cristianos deben ayunar miércoles y viernes, y Clemente quiere que el cristiano gnóstico entienda cuál es la razón. El gnóstico «conoce también los enigmas del ayuno de esos días, digo del cuarto y de la parasceve (viernes). Porque uno está dedicado a Hermes y el otro a Afrodita. Así, durante [toda] su vida, ayuna de avidez de dinero al igual que del gusto por el placer, de los que nacen todos los males»[120].

Como vimos en la *Didaché*, los cristianos tienen establecidos unos tiempos de oración, incluidas la Eucaristía dominical y la oración tres veces al día. El cristiano gnóstico cumple con esos tiempos fijados, pero no debe limitarse a ellos. Siguiendo el consejo de san Pablo en Filipenses 4, su meta es orar siempre y mantener una conversación ininterrumpida con Dios:

> Así, por tanto, pasando toda la vida como una fiesta, convencidos de que por todas partes y en todo lugar uno está cerca de Dios, trabajamos los campos alabándole, navegamos cantándole himnos y vivimos habitual-

> mente según la norma de [nuestra] conducta. Y el gnóstico vive más estrechamente unido a Dios, mostrándose a la vez respetable y feliz en todo; respetable mientras se vuelve sobre la divinidad, y feliz mediante la consideración de los bienes humanos que Dios nos ha concedido[121].

Clemente compara la vida del cristiano gnóstico con una vida de entrenamiento espiritual: «El alma del gnóstico es fuerte en cualquier circunstancia, establecida en la cima de la fortaleza y la fuerza, como el cuerpo de un atleta»[122].

Platón decía que el bien es difusivo en sí mismo. Para Clemente, en la vida del gnóstico el acto supremo de caridad es compartir con otros su conocimiento. No cabe duda de que compartir los bienes perecederos con los necesitados forma parte del modo de vida del gnóstico; pero, por grave que sea el deber de compartir los bienes de este mundo, lo es aún más el de compartir la verdad celestial. Y, además de un deber, es también el mayor gozo del gnóstico. Sí: Clemente dirige la escuela catequética, pero todo auténtico gnóstico, todo cristiano que desee la perfección debe ser evangelizador y catequista. Los herejes gnósticos eran elitistas y mantenían en secreto su conocimiento. El verdadero gnóstico comparte esa verdad con todos y cada uno.

> El que asume también la tarea de educar a los demás aumenta más y más la estimación gnóstica, administrando de palabra y de obra el mayor bien que existe sobre la tierra; y haciendo de mediador entre la relación y la convivencia [humanas] con lo divino[123].

Para Clemente, enseñar a otros es un asunto de palabra y de obra. Tanto Ignacio como Justino dedicaron todas sus energías a la instrucción hablada y escrita, pero su testimonio definitivo fue la entrega de sus vidas. Según Clemente, que vivió en tiempos de una paz relativa, la enseñanza debe ir acompañada por el «martirio blanco» de una vida virtuosa entregada a la perfección cristiana.

EL MATRIMONIO

Pese a la sensualidad de la sociedad pagana de su tiempo, la abstinencia sexual gozaba de gran estima entre aquellos que poseían una mentalidad filosófica, quienes se preguntaban si realmente se podía vivir centrado en la filosofía en medio de las preocupaciones derivadas del matrimonio y de los hijos. Marción, cuya iglesia herética se había extendido por Alejandría y por todo el Imperio, condenaba tajantemente el matrimonio por considerarlo una cooperación al mal. «Creced y multiplicaos», había ordenado el malévolo Demiurgo; y lo último que deseaba Marción era animar a nadie a colaborar con ese demonio en su perverso plan de atrapar a más almas en el fango de la materia.

Clemente vio la necesidad de combatir esos errores con una defensa del matrimonio, realizando así una temprana aportación de primer orden a la teología cristiana del matrimonio y la familia.

Para Clemente, el matrimonio y la procreación, además de estar permitidos, no constituyen simplemente –como enseñaban los estoicos– un deber de la sociedad, sino que son mucho más que algo natural y bueno. De hecho, el matrimonio es sagrado: al convertirse en padres, el hombre y la mujer compar-

ten con Dios su obra creadora: «El hombre resulta ser a imagen de Dios, en cuanto que el mismo hombre coopera a la creación del hombre»[124].

Clemente apreciaba tanto el celibato como el matrimonio: cada persona recibe una llamada y un carisma de Dios particulares. No obstante, no dudaba en manifestar su opinión acerca de cuál de ellas es la llamada superior. Al revés que al resto de los Padres que abordan este tema, las ocasiones de renuncia de uno mismo y de ejercicio de la virtud que comporta el matrimonio le hacían inclinarse por este:

> También en realidad se muestra varón no asumiendo una vida solitaria, sino que quien vence a los varones es el que en el matrimonio, en la procreación y en la previsión de la casa se ha ejercitado con dificultad y sin sentir pena; después del cuidado de la casa deviene inseparable del amor de Dios, y se alza vencedor de toda prueba que se le presente por culpa de los hijos, de la esposa, de los familiares y de las posesiones. Pero para quien no tiene hogar todo el conjunto [de esas cosas] no le tientan[125].

Clemente no defiende que la procreación sea la única razón del matrimonio. Compartirlo todo en íntima comunión y el apoyo mutuo entre los esposos constituyen lo más precioso del matrimonio cristiano:

> La virtud es la misma para el hombre que para la mujer. Porque, si existe un único Dios para los dos, también hay un único Pedagogo; para ambos una sola

> Iglesia, una única moral, un único pudor, alimento común y común vínculo matrimonial. La respiración, la vista, el oído, el conocimiento, la esperanza, la obediencia y el amor, todo es igual. Los que tienen en común la vida también tienen en común la gracia y la salvación; y, en común también, la virtud y la educación[126].

En la familia cristiana está presente el Señor. Algunos Padres de la Iglesia posteriores a Clemente desarrollaron el tema de la familia como iglesia doméstica, una idea que aparece ya sugerida en su preciosa interpretación de las conocidas palabras de Jesús: «¿Y quiénes son los dos o tres que están reunidos en el nombre de Cristo y en medio de los cuales se encuentra el Señor? ¿No alude con esos "tres" al marido, a la mujer y al hijo, puesto que la mujer se une al marido [por querer] de Dios?»[127].

EL PRIMER INTELECTUAL CRISTIANO

No es este el único evangelio citado por Clemente: aunque su obra se escribió tan solo unos pocos años después de la aparición del libro de Ireneo, sabemos que coincide con él al reconocer «los cuatro evangelios transmitidos a nosotros»[128]. Las citas de Clemente, como las de Ireneo, están tomadas de prácticamente todos los libros que acabaron conociéndose como Nuevo Testamento. En sus cuatro obras conservadas en 2.000 ocasiones cita pasajes tomados de él, unas 1.500 veces, textos del Antiguo Testamento y unas 360, a los clásicos griegos. Dos siglos después, san Jerónimo considera a Clemente el más culto de todos los primeros Padres.

Si Justino puede considerarse el explorador que estableció la primera conexión entre la sabiduría divina del Evangelio y la fi-

losofía griega, Clemente fue el pionero que echó raíces, despejó el terreno y plantó un huerto en el campo de la filosofía cristiana: un huerto que dio fruto abundante. El famoso especialista patrístico Johannes Quasten dice de él: «Si el pensamiento y la investigación de tipo científico tienen hoy derecho de ciudadanía en la Iglesia, se lo debemos principalmente a él. Demostró que la fe y la filosofía, el Evangelio y el saber profano no se oponen, sino que se completan mutuamente»[129].

Solo cabe imaginar qué más habría hecho Clemente de haber dispuesto de más tiempo para cultivar su huerto. Pero su labor al frente de la escuela catequética sufrió una interrupción inesperada. No se conoce bien el motivo de que en el 202 d.C., bajo el gobierno del emperador Septimio Severo, estallara en Alejandría una violenta persecución. La escuela catequética cerró sus puertas y Clemente abandonó el país. Nunca más regresó a su amada Alejandría antes de partir hacia su patria celestial en el año 215.

Capítulo 11

ORÍGENES: FERVOR Y GENIALIDAD

Leónidas vigilaba henchido de orgullo el sueño del joven. Alzando los brazos, glorificaba a Dios por haberle concedido un hijo tan extraordinario. Él le había asegurado la mejor educación que podía ofrecer Alejandría. A sus diecisiete años era a todas luces el alumno más brillante de Clemente. Lástima que los recientes conflictos hubieran causado el cierre de la escuela… Pero no importaba: el caso es que el muchacho progresaba en la oración y en el estudio de la Palabra de Dios, y podía continuar haciéndolo en casa. Leónidas daba gracias porque la piedad de su hijo fuese aún mayor que su devoción por el estudio.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos. Los mismos problemas que habían motivado la salida de Clemente de la ciudad acababan de presentarse en su casa. Los soldados arrestaron a Leónidas y se lo llevaron con ellos. Cuando Orígenes se despertó y se enteró de lo ocurrido, se apresuró a despedirse de su madre, decidido a salir en busca de los soldados y morir junto a su padre. Ella se cansó de suplicarle hasta que se le ocurrió una idea. El muchacho se había levantado de la cama en paños menores y su madre lo conocía bien: era demasiado pudoroso para salir desnudo a la calle; así que, mientras él se despedía de sus cinco hermanos menores, hizo desaparecer a hurtadillas hasta la última prenda de ropa que poseía.

Pasado el calor del momento, intentó hacerle razonar. Los que se entregan –le recordó– no son mártires, sino suicidas. El martirio es un honor que no puede alcanzar uno mismo. Ahora

tu deber es cuidar de mí y de tus cinco hermanos pequeños, y proseguir tus estudios. ¿Quién sabe? Quizá tu oportunidad de sufrir por Cristo aún esté por llegar.

Y, efectivamente, lo conocía bien: alguien tan apasionado, brillante e impetuoso como Orígenes era también profundamente humilde. Tal y como imaginaba, el joven aceptó lo que era claramente voluntad de Dios. Aun así, nadie pudo impedirle escribir una nota a Leónidas, quien aguardaba su ejecución en la cárcel. El último mensaje que dirigió a su padre contenía el ruego de que resistiera, de que no desfalleciese y se mantuviera firme y fiel a Cristo hasta la muerte. Leónidas fue al encuentro de la muerte agradecido: el legado que dejaba tras él eran su testimonio y aquel hijo tan extraordinario.

Este episodio, recogido por Eusebio[130], un historiador de la Iglesia primitiva, nos cuenta todo lo que necesitamos saber sobre la increíble y joven promesa alejandrina llamada Orígenes.

Aunque no le fue posible dar testimonio de Cristo con su martirio, Orígenes sabía que era libre de morir por Él con una vida de sacrificio. Y desde ese momento puso en práctica al pie de la letra el consejo de Jesús a los apóstoles de no llevar sandalias ni permitirse más de una túnica: prescindió de la cama y hasta el día de su muerte durmió tumbado en el suelo; y consagró su sexualidad a Cristo, abrazando el celibato por el Reino de los Cielos (cfr. *Mt* 19, 12).

EL DISCÍPULO CONVERTIDO EN MAESTRO

El gobierno castigó el grave delito de Leónidas de dar a conocer a Cristo confiscando todos los bienes familiares; y es que la mano dura del gobierno no se aplicaba tanto contra el hecho de ser cristiano como contra el de convertir a otros. Para man-

tener a su familia Orígenes se dedicó a hacer lo que sabía: la enseñanza de los clásicos griegos. Pero la persecución no duró mucho y el obispo Demetrio decidió reabrir la escuela catequética. Con Clemente perdido en algún lugar de Asia Menor, ¿quién iba a dirigirla? Y eligió a aquel niño prodigio, que aún no había cumplido los dieciocho, para suceder a un reconocido experto en la plena madurez de sus cincuenta años.

Cuando pensamos en una escuela catequética, es lógico imaginar que en ella se impartían clases sobre la Biblia y el catecismo, puesto que su principal objetivo consistía en preparar a los nuevos conversos para el bautismo; y, efectivamente, así era. Pero recordemos cuál era la visión de Clemente de la vida cristiana: el verdadero «gnóstico» tiene que entender qué es lo que cree y compartirlo con los demás. Eso significaba orar y prepararse como un atleta. De ahí que en tiempos de Orígenes la escuela catequética de Alejandría incluyera el estudio de la astronomía, las matemáticas, la física y la filosofía: todo cuanto ayudara al alumno no solo a comprender la doctrina cristiana, sino a explicarla al que tenía a su lado.

Orígenes dirigió esta actividad de forma ininterrumpida durante diez años. Pero, cuando la fama de su genio y su santidad se extendió por todo el mundo cristiano, comenzó a recibir invitaciones para hablar y prestar consejo fuera de su país. En el año 212 viajó a Roma, donde escuchó predicar al brillante –y conflictivo– Hipólito. Años después algunos obispos le invitaron a Palestina. Al enterarse de que Orígenes, que era laico, había predicado durante la liturgia divina, el obispo Demetrio montó en cólera: en Alejandría no se permitía algo así. Y Orígenes recibió la orden de regresar a casa.

Entonces comenzó a escribir; o, para ser más exactos, a dictar. Orígenes le había abierto los ojos a un gnóstico valenti-

niano que acabó abandonando la herejía y aceptando la fe verdadera y ortodoxa. Ese hombre, Ambrosio, contrajo con él una deuda de por vida y quiso que otra gente se beneficiase de su enseñanza. Como disponía de medios, se ofreció a pagarle un secretario a Orígenes, demasiado ocupado para escribir de su propia mano. A los pocos días el ayudante estaba exhausto, así que contrataron a otro, y luego a otro más. Al final reunieron a más de quince empleados capaces de seguir el ritmo de aquel maestro incansable: siete taquígrafos hacían turnos tomando notas a mano, otros tantos convertían esas notas en un texto y unos terceros le daban la forma definitiva. Orígenes es uno de los genios más indiscutibles de la historia de la Iglesia: a lo largo de los cuarenta años siguientes adquirió la costumbre de dictar cuatro libros distintos a la vez.

DE EGIPTO A LA TIERRA PROMETIDA

Habían pasado unos quince años desde el incidente de Palestina cuando Orígenes fue invitado a Atenas con el fin de resolver cierto asunto, para lo cual obtuvo el permiso de Demetrio. De camino hizo una breve parada en Palestina. Una vez más, los obispos le pidieron que predicara durante la liturgia. Orígenes declinó la oferta, recordándoles que su obispo era contrario a la predicación de los laicos. Sus anfitriones se mostraron comprensivos y hallaron una solución muy sencilla: le ordenaron sacerdote sobre la marcha. Demetrio, lejos de aplacarse, se enfureció. Según Eusebio, lo que motivó los siguientes acontecimientos fue la envidia. Demetrio hizo circular la historia de que, en el calor del momento, movido por el fervor juvenil que siguió al martirio de su padre, Orígenes no solo abrazó el celibato, sino que, llevando al extremo las palabras de Mateo 19, 12, se castró. Puesto que la tradición prohibía ordenar a los eunucos, su ordenación –decía– no era válida[131].

Una vez más, Demetrio mandó llamar a Orígenes, para quien aquello supuso la cruz más penosa de su vida: su mayor temor era verse tentado a rebelarse contra la injusticia. Pero el Señor le ayudó a frenar la lengua y a perdonar de corazón: aguantó humildemente y no pronunció una sola palabra en su defensa[132]. Demetrio murió al poco tiempo y los obispos palestinos invitaron a Orígenes a abrir una nueva escuela en la ciudad costera de Cesarea[133]. Así comenzó su etapa más productiva, que se prolongó durante unos veinte años.

¿Cuántos libros escribió en total? No lo sabemos con seguridad, aunque solo se han conservado unos pocos. Doscientos años después, san Jerónimo afirmaba haber visto en la biblioteca de Cesarea un catálogo de las obras de Orígenes que recogía unas dos mil, y en una de sus cartas[134] enumeraba cerca de ochocientas.

EL PRIMER TEÓLOGO

La teología cristiana, entendida tradicionalmente como «la fe aplicada a la inteligencia»[135], nació con Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Pero la teología en cuanto exposición científica y sistemática de toda la doctrina cristiana, explicada de forma lógica como un todo coherente, comenzó con Orígenes. Su libro *De principiis (Sobre los principios)* es la primera tentativa formal de reunir todo ello en una obra de teología sistemática.

Pese a su originalidad, conviene tener muy presente que la humildad de Orígenes prevalecía por encima de todo. Como otros Padres de la Iglesia antes que él, se sometía plenamente a la tradición apostólica. No era un disidente arrogante, sino ante todo un discípulo y un hijo fiel de la Iglesia; y, solo en segundo lugar, un teólogo:

> Quisiera que se me conociera como un hijo de la Iglesia, no como el fundador de alguna herejía, sino como alguien que lleva el nombre de Cristo. Quisiera llevar siempre este nombre, que es una bendición sobre nuestra tierra. Este es mi deseo: que mi espíritu, así como mis obras, me den derecho a ser llamado cristiano[136].

Lejos de desear que no le vigilen ni le pidan cuentas, Orígenes lanza una invitación a ello: «Si yo, que a los ojos de los demás soy tu mano derecha, yo, que llevo el nombre de sacerdote y tengo por misión anunciar la Palabra, llegase a cometer alguna falta contra la enseñanza de la Iglesia, o contra las normas del Evangelio y convertirme así en escándalo para la Iglesia, que toda la Iglesia, por decisión unánime, me separe, a mí, su derecha, y me eche lejos de ella»[137].

En todos los textos de los primeros Padres hallamos pruebas constantes de la fe de la Iglesia en la divinidad de Cristo. En este punto Orígenes es un claro testigo de la tradición apostólica. Antes de la creación y del tiempo, Dios Padre engendró al Hijo: esta generación del Verbo es un acontecimiento eterno. «No hubo un tiempo en que no fue»[138], dice Orígenes. Esto no es nada nuevo. Sin embargo, una de sus contribuciones a la tradición reviste particular importancia. En su intento de explicar la verdad de la Trinidad y el misterio de la unión de lo divino y lo humano en la persona de Jesús (cristología), acuñó algunas expresiones y términos griegos que se convirtieron en clásicos: el ser (*ousia*), la naturaleza (*physis*), Jesús «Dios-hombre» (*theantropos*). Uno de los términos que tomó prestados de los gnósticos valentinianos para introducirlo en la teología católica ha quedado consagrado en el Credo que muchos cristianos rezan

todos los domingos: el Hijo es uno en el ser con el Padre, es decir, «consustancial» (*homoousios*) al Padre o «de la misma naturaleza del Padre».

Con respecto a la Virgen María, es el primer teólogo en cuyos escritos se halla la expresión «Madre de Dios» o «portadora de Dios» (*theotokos*)[139]. En su innovador *Comentario al evangelio de san Juan* ofrece un testimonio de la importancia de la devoción a la Virgen en los primeros días de la Iglesia: nadie puede captar el significado del Evangelio de san Juan «si no ha reclinado su cabeza sobre el pecho de Jesús y no ha recibido de Él a María como madre»[140].

Como hombre de Iglesia, la vida de Orígenes transcurrió en el contexto de la vida eclesial litúrgica y sacramental. Su principal responsabilidad consistía en preparar a los conversos adultos para el bautismo; por eso resulta significativa su insistencia en señalar que el bautismo de los recién nacidos se remonta a los apóstoles. «La Iglesia –escribe– ha recibido de los apóstoles la costumbre de administrar el bautismo incluso a los niños. Pues aquellos a quienes fueron confiados los secretos de los misterios divinos sabían muy bien que todos llevan la mancha del pecado original, que debe ser lavado por el agua y el espíritu»[141].

Orígenes ofrece también el testimonio de esa fe práctica en la Eucaristía como Cuerpo de Cristo, tan extendida en la Iglesia de su tiempo:

> Los que asistís habitualmente a los santos misterios sabéis con qué respetuosa precaución conserváis el Cuerpo del Señor cuando se os entrega, evitando que caiga al suelo alguna partícula y que se pierda una parte del tesoro consagrado (*consecrati muneris*). Pues os con-

sideraríais culpables, y en esto tenéis razón, si por vuestro descuido se perdiera alguna parte[142].

EL PRIMER EXEGETA DE LA ESCRITURA

Las aportaciones de Orígenes al desarrollo del cristianismo son demasiadas para enumerarlas todas. Lo más importante que cabe destacar de él es que fue por encima de todo un hombre de la Biblia y un pionero en todos los campos de la investigación bíblica.

La traducción de la Ley y los Profetas del hebreo al griego data de cuatrocientos años antes que él. Según la tradición judía, el rey de Egipto deseaba una versión griega de las Escrituras para su biblioteca de Alejandría, de modo que aisló a setenta rabinos en cámaras separadas y les pidió que tradujeran a Moisés y a los Profetas. Cuenta la historia que, milagrosamente, todos salieron de sus celdas con una traducción idéntica que acabó conociéndose como Septuaginta en honor de los setenta (LXX) traductores.

Pese a la leyenda, Orígenes se planteó la misión de contrastar esa traducción con el original hebreo y con otras versiones griegas, y acometió una difícil tarea que pocos maestros cristianos emprendieron después de la época apostólica: aprender hebreo. Con ese bagaje a sus espaldas, se embarcó en un proyecto sin precedentes conocido como la *Hexapla*, consistente en colocar en columnas paralelas el original hebreo, la Septuaginta y otras cuatro versiones griegas con todos los textos del Antiguo Testamento para poder compararlos. Su intención era obtener la mejor comprensión posible de la letra de los textos sagrados.

No obstante, la letra del texto no constituía el principal objetivo de Orígenes, quien, como san Pablo, pensaba que no debía ser ese el principal objetivo de ningún cristiano: «La letra mata,

pero el Espíritu da vida» (*2 Co* 3, 6). Para Orígenes, la Escritura era como otro cuerpo del Señor. El cuerpo muere y se corrompe sin el alma y el espíritu. Nuestro objetivo ha de ser penetrar el espíritu del texto.

Es cierto que el Logos o Verbo divino no se ha encarnado en la letra de la Escritura del mismo modo que en el cuerpo humano de Jesús o en la Eucaristía. Pero en términos de analogía podría decirse que el Verbo divino está incorporado a las palabras de la Escritura y habita en ella como en un sagrario. La Iglesia, la Eucaristía y las Escrituras son tres cuerpos de Cristo que revelan todos ellos al Verbo y lo hacen presente. El Logos Divino se ve en la letra de la Biblia como se ve en la carne de Jesús.

Siguiendo la tradición que le había sido transmitida, Orígenes creía que la Escritura es el aliento de Dios: está inspirada por el Espíritu Santo. Para él la inspiración bíblica no significa solo que los autores humanos *fueron* inspirados, sino que el texto *es* inspirado. La Biblia se encuentra llena del Espíritu, que continúa habitando en el texto como en un templo. Orígenes sabía muy bien que los autores humanos de los libros eran muchos y que escribían en estilos muy diferentes; pero, al estar inspirados por el mismo Espíritu, todos los libros forman una unidad viva, igual que el alma es una con el cuerpo y lo anima. Siempre hemos de acercarnos al texto como a un cuerpo unitario que la Vida divina hace palpitar[143]. Orígenes realizó una labor muy meticulosa de estudio preparatorio y de crítica textual; pero, una vez concluida la composición del texto, acudió a él para encontrar a Dios y adorarle.

En lo relativo a la interpretación de la Biblia, Orígenes seguía las huellas de san Pablo: «Las cosas del Espíritu de Dios solo se pueden enjuiciar según el Espíritu» (cfr. *1 Co* 2, 10-16). Si alguien quiere trascender la letra para llegar al Espíritu, necesita

la ayuda del mismo Espíritu Santo que inspiró el texto. Por eso quienes estudian la Escritura tienen que estar dispuestos no solo a estudiar, sino también a orar. Orígenes emplea «todo su talento» implorando al mismo tiempo la ayuda del Espíritu[144].

> No solo debemos aplicarnos con interés para aprender las sagradas letras, sino incluso suplicar al Señor y conjurarlo día y noche, para que venga el Cordero de la tribu de Judá y Él mismo, tornando el libro sellado, se digne abrirlo[145].

Hemos visto que tanto Ireneo como otros autores emplean la imagen de la armonía para describir la relación entre los dos Testamentos. Orígenes aclara que esa armonía mezcla las distintas notas de cada texto individual en una espléndida sinfonía. Por eso le gustan tanto las palabras empleadas por san Pablo en Romanos 12, 6: la analogía (o concordancia) de la fe (*analogia fidei*). Considerando estas palabras a la luz de la exhortación de Pablo a enjuiciar las cosas del espíritu según el Espíritu, para Orígenes la analogía de la fe significa que el intérprete debe comparar las cosas espirituales de la Escritura con otras cosas espirituales de la Escritura, y emplear partes de ella para aclarar otras partes: un principio interpretativo tradicional que nace de Orígenes[146]. Esta misma concordancia o conexión se da entre la verdad de la Escritura y la verdad transmitida a través de la tradición apostólica, reflejada en la liturgia y el Credo de la Iglesia. Existe una resonancia armónica entre las distintas partes del libro, pero también entre el libro y la tradición de la Iglesia, de manera que todas esas realidades se iluminan mutuamente.

Muchos han criticado el método alegórico o espiritual de Orígenes y de otros Padres de la Iglesia por considerarlo subjetivo. Pero Orígenes lo ve de un modo muy diferente. El objeto de toda la Escritura, su contenido último –también en el Antiguo Testamento–, es Jesucristo. Todo prepara, prefigura o predice a Cristo, por lo que descubrir a Cristo en toda la Biblia es absolutamente objetivo. Veamos un ejemplo de su planteamiento en esta hermosa interpretación del relato de Abraham en el monte Moria:

> Isaac dijo a su padre Abraham: «¡Padre!». En este momento, la voz del hijo es una tentación para el padre. ¡Cuán fuerte tuvo que ser la conmoción que produjo en el padre esta voz del hijo, a punto de ser inmolado! Y, aunque su fe le obligaba a ser inflexible, Abraham, con todo, le responde con palabras de igual afecto: «¿Qué deseas, hijo mío?». E Isaac: «Tenemos fuego y leña; pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?». Abraham le contestó: «Dios proveerá el cordero para el sacrificio, hijo mío».
>
> Me conmueve la respuesta de Abraham, tan cuidadosa y cauta. Algo debía de prever en espíritu, ya que dice, no en presente, sino en futuro: Dios proveerá el cordero; al hijo que le pregunta acerca del presente, le responde con palabras que miran al futuro. Es que el Señor debía proveerse de cordero en la persona de Cristo (…).
>
> Abraham cogió el cuchillo y extendió luego su brazo para degollar a su hijo. Pero el Ángel del Señor le gritó desde el cielo: «¡Abraham, Abraham!». Él contestó: «Aquí me tienes». Y le dijo: «No extiendas tu brazo so-

> bre el niño, ni le hagas nada. Ahora sé que en verdad temes a Dios» (…). Comparemos estas palabras con aquellas otras del Apóstol, cuando dice que Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte par todos nosotros. Ved cómo rivaliza Dios con los hombres en magnanimidad y generosidad: Abraham ofreció a Dios un hijo mortal, sin que de hecho llegara a morir; Dios entregó a la muerte, por todos, al Hijo inmortal[147].

Orígenes se conmueve al predicar sobre este episodio y extrae de él su sentido más profundo. Esta es la cuestión de fondo del significado espiritual de la Escritura para Orígenes y para otros Padres de la Iglesia. Lo que mueve a Cristo a salir a nuestro encuentro en la Escritura es, además de informarnos, transformarnos. Por eso la comprensión espiritual de la Escritura o su significado alegórico no es algo meramente imparcial, histórico o catequético. Dios nos habla a través de la Escritura y aguarda una respuesta personal. Para Orígenes la comprensión espiritual de la Escritura y el proceso de conversión son una única y misma cosa. Si la Escritura no se aplica personalmente, la interpretación bíblica está incompleta.

Aún queda una cuestión más que entender acerca de la «aplicación» de la Escritura. Nosotros no somos capaces de llegar al significado del texto y de intentar aplicarlo a nuestras vidas. En realidad, cuando nos ponemos delante de Dios en la Biblia, es el Espíritu que habita en las palabras el que llega hasta nosotros y nos asimila a Él. La palabra de Dios es viva y eficaz. Así intentaba Orígenes hacérselo entender a Celso, su oponente pagano, en respuesta a sus burlas. Las Escrituras cristianas no son como los textos de los gentiles –hermosos discursos que no cambian

nada–, sino como el propio Dios: poseen el poder eficaz de cambiar los corazones y hacer realidad lo que dicen. Ese poder –afirma Orígenes– es la prueba de su origen divino[148].

EL CONFESOR

En el telón de fondo de su prodigiosa labor acechaba siempre el fantasma de la persecución. Tras las dos décadas de paz que siguieron al martirio de su padre se produjo una nueva crisis. Ahora eran Ambrosio, su mecenas, y otro amigo los que corrían peligro. Igual que había escrito una carta a su padre encarcelado, esta vez dirigió otra mucho más extensa a sus amigos: la *Exhortación al martirio* se ha convertido en un clásico de la espiritualidad cristiana.

> Dice Dios por boca del profeta: «En el tiempo de gracia te he respondido, en el día de salvación te he auxiliado». ¿Y qué mejor tiempo de gracia que aquel en que, por nuestro amor a Dios en Cristo, somos conducidos públicamente bajo custodia en este mundo, en realidad como vencedores más que como vencidos? En efecto, los mártires de Cristo despojan con Él a los principados y potestades, con Él triunfan sobre los mismos y, de este modo, al participar en su sufrimiento, tienen parte en lo que Él alcanzó por su fortaleza en padecer. Por tanto, el día de salvación no es otro que aquel en que de este modo salís de este mundo[149].

Como en la ocasión anterior, las aguas volvieron a su cauce. Pasados diez años, un nuevo emperador se decantó por otra estrategia y, en lugar de persecuciones esporádicas, punitivas y locales, planeó un movimiento sistemático que abarcaba todo el

territorio para aplastar de una vez y para siempre a los cristianos no conformistas. Decio decretó que se exigiera a todos los habitantes del Imperio aportar documentos que certificasen que habían ofrecido incienso a los dioses y al emperador. Aquello obligó a todas las Iglesias a pagar un precio muy alto. En Roma el papa fue ejecutado. En Cesarea Orígenes fue encarcelado y despiadadamente torturado durante un largo período de tiempo. Pero, antes de poder ver cumplido su deseo de juventud de morir por Cristo, el emperador que había desenvainado su arma contra los cristianos cayó a su vez a golpe de espada y Orígenes recuperó la libertad. No obstante, las torturas, sumadas a su ingente y agotadora labor, le pasaron factura. Al cabo de uno o dos años, aquel maestro incansable, aquel valiente confesor[150] se reunió con el Señor.

EL LEGADO DE ORÍGENES

Hay que reconocer que en el genio de Orígenes la paja está mezclada con el trigo. Fue un pionero intrépido y, como tal, de vez en cuando extravió el camino, pero solo porque la Iglesia aún no había acabado de señalarlo. Algunas de sus ideas, como la preexistencia del alma y la salvación final de todos, incluidos los demonios, derivaban del platonismo, una filosofía que impregnaba el aire que respiró en Alejandría y que intentó emplear como herramienta para su teología. Centenares de años después de su muerte, algunos de sus partidarios convirtieron las especulaciones de Orígenes en posturas doctrinales condenadas por la Iglesia, arrojando una sombra de sospecha sobre su fama y sobre el conjunto de su incomparable labor. El emperador Justiniano apoyó las condenas contra diez doctrinas atribuidas a Orígenes, con el trágico resultado de la destrucción de sus textos, y puede que muchos de ellos los hayamos perdido para siempre.

No obstante, Orígenes hizo lo que Dios le había llamado a hacer. A lo largo de los doscientos años previos a su condena, su enfoque de la teología, de la Escritura y de la oración influyeron poderosamente sobre la flor y nata del mundo cristiano de Oriente y Occidente. Su legado se encuentra entrelazado en el tejido de la fe y la vida de la Iglesia: ningún emperador puede deshacerlo. Las condenas y la historia de su automutilación han impedido su canonización, pero en la historia de la Iglesia son pocos los maestros a los que debamos tanto. Y creo que también tenemos una deuda de gratitud con su padre por el ejemplo de fe heroica que dio a su hijo… y con su madre por esconderle la ropa.

Capítulo 12

LA TRAGEDIA DE TERTULIANO

Hoy Túnez evoca la imagen de desiertos de arena y el sonido de la llamada a la oración musulmana. Pero en tiempos de la Iglesia primitiva el Mediterráneo era un lago de Roma y la costa norteafricana estaba salpicada de ciudades tan romanas como cualquiera de la cercana Sicilia. Antes de ser conquistada por las legiones varios siglos atrás, Cartago, la ciudad más importante del norte de África, fue un centro de sacrificios infantiles[151]. En el siglo II d.C. seguía derramándose sangre en ella, pero ahora la sangre era de los mártires.

En ese mundo exigente de la provincia romana africana, un centurión y su mujer vieron nacer a su hijo. Quinto Septimio Florente Tertuliano –Tertuliano, en resumen– recibió una educación exhaustiva que le facilitó el dominio de los clásicos griegos y de la jurisprudencia romana. Después de ejercer la abogacía en Roma durante unos años, regresó a su ciudad de origen. Como tantos otros jóvenes de su tiempo, Tertuliano se entretenía con frecuentes aventuras sexuales que no se interrumpieron ni siquiera después de contraer matrimonio. La falta de sentido de una vida dominada por la lujuria lo había sumido en un sentimiento generalizado de hastío cuando, durante un espectáculo público, presenció el martirio de algunos cristianos. Escuchó cómo respondían al magistrado y contempló cómo se apoyaban los unos a los otros. Era abogado y conocía a los delincuentes; y aquella gente era virtuosa y contaba con el valor suficiente para morir por alguien, y con alguien por quien merecía la pena mo-

rir. Quedó tan impactado que quiso saber más y poco después pidió el bautismo. Tenía unos treinta y cuatro años.

A los dirigentes de la Iglesia les faltó tiempo para constatar su apasionado fervor y su notable elocuencia. Un autor posterior afirma que fue ordenado presbítero, dato que no se ha podido confirmar. Lo que sí sabemos es que a los pocos años de su conversión se le confió –como a los laicos Clemente y Orígenes– la tarea de preparar a los candidatos al bautismo.

Y entonces empezó a escribir. Hasta ese momento, en la comunidad cristiana de Cartago la lengua nativa era la misma que en cualquier otro lugar del mundo cristiano: el griego. Pero poco a poco la cultura estaba empezando a cambiar en toda la zona occidental del Imperio: el conocimiento del griego se iba perdiendo lentamente y cada día era más necesario escribir en latín. Tertuliano fue el primer teólogo cristiano en hacerlo, demostrando su dominio tanto de la prosa latina como de la teología. Su elocuencia, sus giros y la concisión e ironía de su forma de expresarse lo convirtieron en el Padre más citado… a excepción de otro teólogo africano llamado Agustín.

UN ABOGADO CONTRA UN IMPERIO

Tertuliano no dejó nunca de ser abogado. Siempre escribía sin perder de vista al adversario y peleaba como si tuviera que ganar un caso. El primer oponente al que decidió enfrentarse fue el Estado. El apologista romano Justino había enfocado la apologética como lo haría un filósofo; el enfoque de Tertuliano, derivado de su formación, era mucho más jurídico. Su *Apología*, considerada una de sus principales obras maestras, es una mina de citas célebres.

Lo primero que hay que destacar de él es que hizo que la acusación de irreligiosidad formulada por el Estado se volviera

contra este: con su intento de obligar a la devoción religiosa –escribió– el Estado cometía un delito contra la religión, pues violaba su carácter más profundo. La auténtica devoción debe ser una ofrenda libre, no un sacrificio obligatorio:

> Mirad no pertenezca también al título de irreligiosidad quitar la libertad de la religión y prohibir la elección de la divinidad, de manera que no pueda adorar yo lo que quiero, y que se me fuerce a venerar lo que no quiero. Si un hombre no gusta de servicios ni cortesías involuntarias, ¿cómo se puede agradar Dios de una forzada adoración?[152].

Más tarde, en una carta dirigida al procónsul del norte de África, elabora lo que puede considerarse un manifiesto a favor de la libertad religiosa: «Es un derecho humano fundamental, un privilegio de la naturaleza, que todos los seres humanos procedan de acuerdo con sus propias convicciones; la religión de una persona humana ni perturba ni ayuda a otro. No es conveniente obligar a la religión»[153].

Esta afirmación es importante porque corrobora la tradición apostólica mencionada por otros Padres primitivos: la fe es esencialmente un acto libre al que el gobierno no puede obligar y en el que tampoco puede interferir. En el siglo XXI la libertad religiosa vuelve a ser un tema candente no solo en Oriente Medio, donde muchos desean imponer la ley islámica, sino también en las democracias liberales occidentales, en las que el liberalismo secular va aplicando cada vez más restricciones a la expresión de la fe.

Tertuliano prosigue con el argumento de que, si el Estado quiere frenar el crecimiento del cristianismo, su programa de persecuciones es –por irónico que parezca– contraproducente: «No medra vuestra crueldad por ingeniar tormentos exquisitos, que para nosotros la mayor pena es caricia más sabrosa para morir más gustosos. Segando nos sembráis: más somos cuanto derramáis más sangre»[154]. Esta última frase, con alguna variación, constituye una de las citas más famosas de los primeros Padres: «La sangre de los mártires es semilla de cristianos».

Unos años después, dirigiéndose al gobernador local, Tertuliano menciona que el emperador tendrá que responder ante el tribunal de Dios por la sangre inocente derramada. Esta advertencia recoge, por un lado, lo ocurrido con su propia conversión; y, por otro, predice la victoria de la Iglesia sobre el paganismo cien años después:

> Aquellos a quienes tú consideras como soberanos son hombres, destinados a morir un día. Pero esta secta no perecerá. Tú sabes que, precisamente cuando parece que es aniquilada, crece con más fuerza. Ante tan gran constancia, todos se sienten sobrecogidos por una inquietud. Desean ardientemente indagar la causa; tan pronto como conocen la verdad, ellos mismos la abrazan inmediatamente[155].

Tertuliano hace ver a sus adversarios que lo que despierta el interés de sus correligionarios paganos no es solo el valor que los cristianos demuestran en el martirio, sino el amor que se profesan a diario entre ellos:

> Que cada uno da una monedilla cada mes, o cuando quiere o cuando puede, o de la manera que quiere; que la donación es graciosa. Esta suma es el depósito de la piedad que de allí se saca, no para gastos de banquetes, ni para bebidas desordenadas, ni para voluntarias glotonerías, sino para sustentar y enterrar pobres, para alimentar niños y niñas huérfanos de padres y de hacienda, para viejos que no pueden salir de casa, para los que padecieron naufragio, para los presos en las cárceles, para los desterrados a las islas y para los condenados a las minas por causa de religión tan solamente (…). Pero también esta demostración de grande amor lo notan con murmuración algunos. «Mirad», dicen, «cómo se aman entre sí»: admíranse, porque ellos recíprocamente se aborrecen. «Mirad cómo cada uno está aparejado a morir gustosamente por el otro»: extráñanlo porque ellos más dispuestos están para matarse[156].

LA INICIACIÓN EN LA IGLESIA PRIMITIVA

Tertuliano estaba entregado a su labor con los catecúmenos cuando sus alumnos cayeron en las redes de una Jezabel sectaria que atacó la importancia del bautismo, y él pasó a la acción como abogado defensor. De la ofensiva lanzada contra aquella atacante herética nació el primer tratado sobre el bautismo y, de paso, sobre el resto de los sacramentos. Todo lo que nos cuenta es de suma importancia para conocer la tradición apostólica relativa al significado del bautismo y la confirmación. Tertuliano demuestra que en el África del siglo II el acontecimiento iba precedido del ayuno y la oración, como recogen todos los testigos antenicenos del bautismo. Pero añade además qué sucede inmediatamente después del baño bautismal, cosa que no explican claramente ni el Nuevo Testamento ni los anteriores Padres

de la Iglesia. El nuevo bautizado era ungido con el óleo especial con que en el Antiguo Testamento se ungía a sacerdotes, profetas y reyes. Con ese «crisma» –término relacionado con la palabra *Cristo*, que significa «el ungido»– los fieles bautizados tomaban el nombre de «cristianos». Luego venía la imposición de manos por parte del obispo, sucesor de los apóstoles, para concederles el Espíritu Santo. Este es el sacramento de la confirmación o crismación que seguimos viendo hoy en las Iglesias ortodoxa, católica y anglicana[157].

Según las palabras del Señor recogidas en el capítulo 3 de san Juan, para entrar en el Reino de Dios es necesario el bautismo. No obstante, a los catecúmenos que han sufrido martirio antes de poder recibirlo también se les considera bautizados, aunque en su propia sangre. Y, dado que el bautismo es tan necesario para la salvación, en caso de extrema urgencia, cualquiera puede y debe administrarlo. Naturalmente, en circunstancias normales se trata de una prerrogativa del obispo, a quien Tertuliano llama «sumo sacerdote». Y, para concluir, instruye de este modo a los catecúmenos:

> Vosotros (…) que vais a salir del baño santísimo del nacimiento nuevo y vais a extender, por vez primera, vuestras manos para orar en el seno de una Madre, juntamente con vuestros hermanos, pedid al Padre, pedid al Señor como don especial de su gracia la abundancia de sus carismas[158].

Estas palabras demuestran que los dones del Espíritu Santo mencionados en el capítulo 12 de la primera carta a los co-

rintios eran algo implorado y esperado como fruto ordinario de los sacramentos de la iniciación.

En este caso, con «el seno de una Madre» Tertuliano alude a la Iglesia. Es este el primer testimonio escrito conservado del apelativo «madre» aplicado a la Iglesia, aunque en la imagen de la mujer encinta vestida de sol que aparece en el Apocalipsis (capítulo 12) puede verse tanto a la Iglesia como a la Virgen. Tertuliano vuelve a llamar «madre» a la Iglesia en otros pasajes de sus escritos[159]. De hecho, su expresión preferida para referirse a María, la Virgen Madre, es –como en el caso de Ireneo y Orígenes– la de «nueva Eva»[160].

LA EUCARISTÍA: COMUNIÓN Y RESERVA

Tertuliano no nos ha dejado un tratado sobre la Eucaristía, pero a lo largo de su abundante obra destacan sus referencias a este sacramento. Como para los demás Padres anteriores a él, también para Tertuliano la Eucaristía es el auténtico Cuerpo de Cristo: «La carne es alimentada con el cuerpo y la sangre de Cristo, para que el alma se harte de Dios»[161]. Afirma que el pan representa el Cuerpo del Señor, entendiendo por «*re*-presentar» volver a «hacer presente»[162]. El hecho de que –como parece evidente– en esa época se comulgara en la mano no significa que se considerase algo trivial. Tertuliano muestra un inmenso respeto hacia la comunión y le horroriza que alguien pueda profanar el sacramento recibiéndolo con manos indignas a causa de la idolatría[163].

Conviene tener en cuenta que por entonces no existían las iglesias: las reuniones para el culto solían celebrarse en las casas más espaciosas de la gente acomodada. Aun así, Tertuliano atestigua la práctica de reservar el sacramento entre una y otra celebración eucarística. Sus textos nos revelan cómo después de la liturgia los fieles solían llevarse a casa las formas consagradas pa-

ra conservarlas allí y poder recibir la comunión a diario[164]. De hecho, en su tratado sobre la oración del Señor, Tertuliano explica que, cuando Jesús nos enseña a pedir «nuestro pan de cada día», se está refiriendo a la Eucaristía[165].

CONFESIÓN Y PENITENCIA

El bautismo es el principal sacramento para la remisión de los pecados: todo se perdona gratuitamente y la vestidura blanca recibida simboliza la pureza del cristiano vuelto a nacer a ojos de Dios. Como hemos visto en Padres anteriores, el bautismo se consideraba un compromiso muy grave, semejante al *sacramentum* o al juramento sagrado de iniciación de un legionario romano. Los primeros cristianos tenían horror a traicionar las promesas bautismales y manchar con pecados graves la blanca vestidura bautismal[166]. Pero era inevitable que aquello sucediera. ¿Qué respuesta daba la Iglesia? Un documento fechado en torno al año 100 d.C., el *Pastor de Hermas*[167], contiene una vaga alusión a una segunda oportunidad para el perdón de los pecados graves posteriores al bautismo.

Es Tertuliano el primer Padre que nos proporciona una descripción general de lo que aquello implicaba. En su tratado *Sobre la penitencia* se refiere a un proceso de arrepentimiento con un nombre griego específico, un término técnico que se siente obligado a continuar empleando también en su texto en latín: *exomologesis (confesión)*. Con ello demuestra que no se está refiriendo a una práctica novedosa, sino a algo tradicional y sólidamente establecido dentro de la Iglesia: un proceso de arrepentimiento público. Tertuliano cuenta cómo los penitentes se revestían de tela de saco y cenizas, pedían oraciones a los fieles de la comunidad y confesaban sus pecados a los presbíteros. Después de un tiempo prolongado (no especificado) de oración y ayuno, el obispo les concedía la «absolución»[168]. Gracias a Padres

posteriores sabemos que una persona podía formar parte de la categoría de penitente durante un período prolongado de tiempo –que en función de la gravedad de la ofensa se alargaba durante años– antes de recibir la absolución y ser readmitida a la comunión. Tertuliano afirma que dicho proceso solo se podía llevar a cabo una vez; autores más tardíos explican que quienes volvían a caer después de la absolución únicamente eran absueltos y admitidos a la comunión en su lecho de muerte. Así era como se administraba el sacramento de la penitencia durante toda la etapa patrística (hasta el año 800 d.C. aproximadamente).

CRISTO Y LA TRINIDAD

Los apóstoles, igual que su maestro, eran judíos que crecieron proclamando varias veces al día: «El Señor es nuestro Dios, el Señor es Uno» (*Dt* 6, 4-5). El rasgo distintivo del judaísmo consistía en que el Dios de Israel es un solo Dios. No obstante, el Nuevo Testamento y todos los primeros Padres afirman que Jesús es Dios. Y, por otro lado, está el Espíritu Santo, que también se presenta como divino.

Tampoco el Nuevo Testamento ofrece una explicación clara de cómo Dios puede ser uno y trino a la vez, por lo que algunos Padres de la Iglesia primitiva intentaron dar respuesta a la pregunta. Como hemos visto, el primer teólogo sistemático, Orígenes, realizó una importante contribución en ese sentido.

En vida de Tertuliano hubo un maestro de Asia Menor que creyó dar con una aportación original. Para insistir en la unidad de Dios, Práxeas enseñaba que el Padre descendió como Verbo al vientre de María y ascendió de regreso al cielo antes de volver como Espíritu Santo; de modo que Padre, Hijo y Espíritu eran solamente tres papeles desempeñados por un único Dios, tres máscaras empleadas en momentos distintos de la historia de la

salvación. Algunos pusieron a esta doctrina el nombre de modalismo, ya que el Padre, el Hijo y el Espíritu no eran más que los tres «modos» distintos en que Dios se manifiesta ante nosotros. Otros se mofaban de ella llamándola «patripasianismo» al atreverse a insinuar que el Padre padeció en la cruz.

Entonces Tertuliano volvió a pasar a la acción. Esta herejía, hacia la que no mostraba ninguna tolerancia, le sirvió de acicate para realizar una de sus principales contribuciones a la teología cristiana. Intentando explicar el modo adecuado de conciliar en Dios las nociones de uno y trino, acuñó el término latino *trinitas* o trinidad, e introdujo el término clave de *persona*. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres Personas, pero una sola sustancia, una sola naturaleza y un solo poder divinos. Las tres Personas son distintas sin estar divididas: por eso existe un solo Dios y no tres[169]. Es cierto que, en relación con la Trinidad, Tertuliano incurrió en graves errores condenados más tarde por la Iglesia, pero su nueva terminología pasó a ser clásica y acabó incorporándose –como algunos de los términos introducidos por Orígenes– a posteriores declaraciones oficiales de la fe de la Iglesia.

Con su explicación de cómo se unen en Jesucristo lo humano y lo divino, Tertuliano realizó otra brillante aportación de importancia decisiva al enseñar que en Cristo existe una sola persona con dos naturalezas (*substantiae*), la humana y la divina. En Jesús no hay confusión ni mezcla de naturalezas: en Él la humanidad y la divinidad son distintas, pero no están en absoluto separadas; por eso se puede decir que Dios murió y que un hombre resucitó a los muertos. Tertuliano fue tan claro en este sentido que se anticipó a las definiciones dogmáticas del Concilio de Calcedonia, celebrado unos 250 años después. Por otra parte, las grandes controversias cristológicas sobre cómo Jesús es

a la vez humano y divino zarandearon durante varias generaciones a las Iglesias orientales, derivando en dos graves cismas. La ayuda proporcionada por Tertuliano libró a la Iglesia occidental de esas tensiones.

EL RIGORISMO: UN FINAL TRÁGICO

En el siglo XIX, el especialista en historia de la doctrina John Henry Newman afirmó que el pecado original de todos los herejes es la impaciencia; un pecado hacia el que por desgracia Tertuliano, pese a todo su celo, se mostró muy inclinado, no sin reconocer su debilidad: de hecho, al inicio de su tratado *Sobre la paciencia* confiesa que en su caso hablar de esa virtud es como para un enfermo hablar de la salud.

Cuando escribía, siempre lo hacía enfadado; y no se conformaba con vencer a sus adversarios, sino que se mostraba dispuesto a acabar con ellos. Primero los paganos y luego los herejes fueron víctimas de sus hirientes y sarcásticas invectivas, antes de acabar dirigiendo su batería contra los obispos de la Iglesia.

La reacción a su propia forma de vida previa al bautismo se tradujo en una predisposición a la severidad y el rigor. Por eso no es de extrañar que simpatizara con la «nueva profecía» de los montanistas. Su teología de la revelación, que defendía que una nueva profecía podía venir a sustituir la revelación anterior, recibió los ataques de Ireneo. Pero había otro aspecto más de esa herejía que era el rigorismo, la idea de que la Iglesia no podía ni debía perdonar los pecados sexuales graves posteriores al bautismo como la fornicación[170] y el adulterio, ni tampoco el asesinato y la apostasía[171]. Según las profecías montanistas, los obispos carecían de autoridad para hacerlo. Solo los santos e inspirados como ellos –afirmaban estos profetas– podían perdonar los pecados en el nombre de Cristo, y no los obispos corruptos de una Iglesia relajada[172].

Tertuliano fue cayendo poco a poco bajo el hechizo de esta secta y quedó atrapado en ella cerca de veinte años. Al parecer murió amargado y resentido, autoimponiéndose un exilio de la paz y la comunión de la Iglesia católica. Pero ni siquiera así impidió a Dios sacar partido de él. Sus escritos son un testimonio decisivo de la tradición apostólica, aunque al final de su vida rompiera con ella. Curiosamente, sus aportaciones más originales al esclarecimiento y desarrollo de la tradición en relación con Cristo y con la Trinidad las realizó mientras navegaba a la deriva.

Capítulo 13

CIPRIANO Y LA UNIDAD DE LA IGLESIA

Habían cambiado muchas cosas desde tiempos de Tertuliano. Apenas una generación después, los gnósticos y los marcionitas desaparecieron prácticamente del escenario norteafricano. Aunque es cierto que ser cristiano seguía siendo técnicamente un delito, en torno al 240 d.C. había que hablar con los mayores para oír las historias de los mártires. La paz duraba casi cuarenta años.

Entre los muchos que se unieron en aquellos días a la Iglesia se hallaba alguien que pertenecía a una de las familias más acomodadas y cultas de Cartago: se llamaba Cipriano y era un célebre profesor de retórica, es decir, de hablar en público. Sabía cómo combinar las palabras para convencer a la gente; y sabía también cómo ganar dinero: no había hecho más que empezar su carrera y ya era un hombre rico.

Aun así, la insatisfacción derivada de su vida disoluta lo llevó a la pila bautismal en torno al año 246. Poco después de su iluminación, tomó pluma y pergamino y compartió su experiencia:

> Como me hallaba retenido y enredado en tantos errores de mi vida anterior, de los que no creía poder desprenderme, yo mismo condescendía con mis vicios inveterados (…). Mas después que quedaron borradas con el agua de regeneración las manchas de la vida pasa-

> da y se infundió la luz en mi espíritu transformado y purificado, después que me cambió en un hombre nuevo por un segundo nacimiento la infusión del Espíritu celestial, al instante se aclararon las dudas de modo maravilloso[173].

Aunque compartía la profesión de Tertuliano, su carácter era totalmente distinto. Hay que reconocer que carecía de su originalidad y de su agudo ingenio, pero poseía lo que al otro le faltaba: amabilidad, autodominio y un espíritu cálido y generoso. Estas cualidades, unidas a su magnífica elocuencia, pueden explicar por qué se ordenó sacerdote al año. Y pueden explicar también que, cuando un año después quedó vacante la sede de Cartago, la gente lo eligiera obispo a pesar de las clamorosas protestas del clero de más edad[174].

UN NUEVO TIPO DE PERSECUCIÓN

Cipriano acababa de iniciar su ministerio episcopal cuando ascendió al poder el emperador Decio, quien promulgó una ley que venía a reforzar el antiguo decreto contra el cristianismo[175]. Ahora se exigía a todos los ciudadanos la obtención de un documento oficial que certificara que habían ofrecido sacrificios al César y a los dioses. El objetivo consistía en decapitar rápidamente a la Iglesia arremetiendo contra sus líderes. La nueva ley pasó a tener efecto el 1 de enero del 250 d.C.; tres semanas después se producía el martirio del papa Fabián. El desastre se abatió sobre la Iglesia como un meteorito. Después de tantos años de paz y de tantos nuevos conversos, la plácida comunidad cristiana no estaba preparada para un ataque tan brutal.

Naturalmente, las autoridades fueron en busca de Cipriano, pero no lo encontraron: Dios le advirtió en sueños de que se escondiera y él halló refugio en la hacienda de un amigo. Por mediación de los únicos diáconos que conocían su paradero dirigió tres cartas a su rebaño.

Aunque solo duró catorce meses, la persecución se saldó con muchas rupturas. Cipriano volvió feliz de encontrarse con su rebaño y orgulloso de los muchos que habían muerto por Cristo; pero le dolió comprobar cuántos habían claudicado: unos ofreciendo sacrificios, otros comprando documentos falsos que certificaban que lo habían hecho.

¿Y ahora pedían que los perdonaran y los admitieran de vuelta; que los readmitieran los mismos que, por permanecer fieles, habían perdido todos sus bienes e incluso a sus seres queridos?

Desde luego, en el norte de África no existía la costumbre de readmitir a los lapsos a la comunión, pero la intensa y sistemática persecución de Decio originó un número de ellos sin precedentes. Algunos fieles pensaban que en ningún caso se les debía readmitir; otros decían que solo en el lecho de muerte. Pero también los había que querían prescindir de la tradición local y readmitirlos inmediatamente, sin necesidad de un tiempo de penitencia. Los presbíteros que se habían opuesto a la elección de Cipriano defendían esta tolerancia y lograron incluso que algunos confesores le presionaran para que se uniese a ellos. Los confesores gozaban del respeto general. Ellos sí que poseían el Espíritu Santo: así lo habían demostrado con su fidelidad pese a las torturas. Algunos los tenían en tanta estima que aseguraban que podían mandar incluso sobre el obispo. Unos pocos llegaban a decir que contaban con el poder de perdonar los pecados, ya que estaban llenos del Espíritu.

Cipriano, el pastor encargado de guiar a su rebaño en medio de la crisis, ordenó esperar hasta poder reunirse con sus hermanos obispos en un sínodo, en el curso del cual tomarían una decisión de común acuerdo.

LA TÚNICA SIN COSTURAS

Entretanto Cipriano recibió noticias preocupantes de Roma. Una vez que la paz volvió a la Iglesia, se procedió a elegir a un nuevo papa en sustitución del mártir Fabián. El presbítero más famoso e ilustre, Novaciano, fue desbancado por Cornelio, un hombre menos instruido. Para muchos –incluido Novaciano– aquello significó un duro golpe. Cuando el papa Cornelio concedió la absolución a algunos lapsos, Novaciano halló la excusa que necesitaba y, con el argumento de que el nuevo papa había manchado la santidad de la Iglesia acogiendo a los apóstatas, declaró que la comunidad de Cornelio ya no era la Iglesia santa y católica. Luego acudió a varios obispos del país, se los llevó a la ciudad e hizo que lo consagraran y declararan el obispo legítimo de la Iglesia de Roma verdaderamente santa.

Enterado de la disputa, Cipriano se informó minuciosamente sobre las dos opciones y decidió que el sucesor legítimo del papa Fabián era Cornelio. Entonces comprendió que el resentimiento creciente, las recriminaciones y el cisma creado por Novaciano y algunos más constituían una amenaza mucho más seria que cualquier persecución.

Por eso decidió escribir un tratado que se leyó ese mismo año durante el sínodo de obispos africanos y que envió también a los confesores romanos a favor de Novaciano. En él contribuía a desarrollar la enseñanza sobre la Iglesia contenida en las Escrituras y en los Padres.

La Iglesia –afirma– es en esencia una e indivisible. Está simbolizada por la túnica sin costuras del Señor, que no se puede partir. «Por el signo revelador y por el símbolo de su túnica proclama la unidad de la Iglesia»[176]. Quienes aparentemente dividen a la Iglesia no lo hacen *realmente*, sino que la *abandonan* y constituyen una asamblea que no forma parte de la única Iglesia de Cristo.

Para Ireneo y Tertuliano la sucesión apostólica era la garantía de la Iglesia frente a las pretensiones heréticas, ya que indicaba dónde buscar la verdadera enseñanza apostólica. Cipriano, que no se enfrentaba a la herejía, sino al cisma, empleaba la sucesión apostólica como salvaguardia de la unidad señalando dónde se hallaba la auténtica Iglesia. ¿Cuál es el verdadero obispo? Aquel que pertenece legítimamente a la línea sucesoria iniciada en los apóstoles. ¿Cuál es la verdadera Iglesia? El grupo en comunión con el verdadero obispo. Cuando Jesús cambió el nombre de Simón por el de Pedro y dijo: «Sobre esta piedra edificaré mi iglesia» (cfr. *Mt* 16, 18), estableció un principio fundamental para la constitución de la Iglesia. «Sobre un solo hombre edifica la Iglesia». Cipriano admitía que los otros once participaban todos del ministerio apostólico, pero el Señor quiso que ese ministerio apostólico fuese uno: «Para manifestar la unidad estableció una sola cátedra, y con su autoridad decidió que el origen de la unidad estuviese en uno solo»[177].

Aunque puede que hoy nuestro primer impulso sea considerar las implicaciones que esto conlleva para la Iglesia universal, el problema de Cipriano se ceñía sobre todo a la Iglesia local, tanto la de Roma como la de Cartago. Por eso insistía en algo que ya hemos visto en Ignacio: el obispo local es signo visible e instrumento de la unidad de la Iglesia. Igual que Pedro fue el portavoz y la cabeza de los Once y de todos los discípulos (cfr.

Hch 2, 14), el obispo es el portavoz y la cabeza de los presbíteros y de toda la Iglesia local; es la roca sobre la que esta se halla edificada. La unidad de la Iglesia se construye en torno a una estructura: el obispo de cada Iglesia local que se halla dentro de la sucesión apostólica. Los confesores que han sufrido la prisión y la tortura por Cristo son sin duda dignos de veneración, pero es el obispo, y solo el obispo, quien habla con autoridad en nombre de la Iglesia, el único al que Cristo ha confiado el poder de las llaves. Y no hay pecado que quede excluido del poder de atarlo y desatarlo que Cristo confirió a Pedro y a los apóstoles[178].

La enseñanza de Cipriano sobre el episcopado posee otro rasgo esencial. Aunque a cada uno se le confía una porción del rebaño del Señor, los obispos no funcionan independientemente, sino que forman una especie de colegio o senado. Igual que la paz y la comunión de cada uno con el obispo local es signo e instrumento de la unidad de la Iglesia a nivel local, la comunión personal de cada obispo con los demás es signo e instrumento de la unidad de la Iglesia católica. «La Iglesia, que es católica y única –afirma Cipriano–, no está ni destajada ni dividida, sino que efectivamente está unida y asegurada por el cemento de los sacerdotes en concordia unos con otros»[179]. La enseñanza del Concilio Vaticano II sobre la colegialidad de los obispos le debe mucho a este antiguo obispo de Cartago.

Si los obispos del mundo tienen una responsabilidad común en la unidad y la ortodoxia de la Iglesia católica, ¿qué papel desempeña el papa? Cipriano considera sucesor de Pedro de un modo particular al obispo de Roma, que sirve de piedra angular a la unidad de todo el episcopado:

> Después de resucitado, le dijo [a Pedro]: «Apacienta mis ovejas». Edifica su Iglesia sobre uno solo y le ordena apacentar a sus ovejas. Y aunque después de resucitar otorga el mismo poder a todos los Apóstoles (…) para manifestar la unidad estableció una sola cátedra, y con su autoridad decidió que el origen de la unidad estuviese en uno solo. Cierto que los demás Apóstoles eran lo mismo que Pedro (…); pero se le otorga el primado a Pedro (*primatus Petro datur*) para manifestar que es una la Iglesia y una la cátedra de Jesucristo. También son todos pastores y, a la vez, uno solo es el rebaño, que debe ser apacentado por todos los Apóstoles de común acuerdo. Quien no guarda esta unidad de la Iglesia, ¿piensa acaso que conserva la fe? Quien resiste obstinadamente a la Iglesia, quien abandona la cátedra de Pedro, sobre la que está cimentada la Iglesia, ¿puede confiar que se halla en la Iglesia?[180].

No obstante, conviene señalar que Cipriano hablaba en términos de comunión personal, no en términos de jurisdicción. La Iglesia es un solo cuerpo en el que los miembros del episcopado están unidos entre sí por las leyes de la caridad y la concordia[181]. Se conservan cartas que dan fe de la comunicación constante entre Cipriano y la Iglesia de Roma, incluso durante los catorce meses en que la capital del Imperio careció de obispo. Para Cipriano el primado de Roma no significaba que el papa pudiera decretar, por ejemplo, cómo debían enfocar los obispos del norte de África los problemas locales. Cada obispo es sucesor de los apóstoles en su propia sede, y no un delegado nombrado por un presidente con sede en Roma. Cipriano recoge todos los elementos de la estructura apostólica y episcopal de

la Iglesia –las prerrogativas de cada obispo, la colegialidad episcopal y el primado de Roma–, pero no junta todas las piezas del modo sistemático que daría respuesta a todas las preguntas.

EUCARISTÍA Y ORACIÓN

La Iglesia es una y por eso la Eucaristía es una. En su extensa carta a su amigo Fidus, Cipriano nos ofrece el primer escrito dedicado enteramente al tema de la Eucaristía. Como Tertuliano y el resto de los Padres que hemos analizado hasta el momento, Cipriano hace hincapié en que la Eucaristía es un sacrificio. Pero cada Eucaristía no es un nuevo sacrificio que se añade a sacrificios pasados. Hay un único sacrificio: el sacrificio de Cristo en la cruz. En la Última Cena se ofrecía ese sacrificio como un adelanto de la ofrenda hecha el Viernes Santo. Todas las Eucaristías siguientes lo *re*-presentan, es decir, hacen presente y eficaz ese único sacrificio aquí y ahora. «Para que en todos nuestros sacrificios se mencione su pasión, no tenemos que hacer nada más que lo que Él hizo, ya que la pasión del Señor es el sacrificio que nosotros ofrecemos»[182]. Igual que la muerte de Cristo en la cruz fue un sacramento de amor que dio lugar a la unidad de todos los creyentes en un solo cuerpo, así la Eucaristía es un sacramento de unidad. En su comunión eucarística la Iglesia proclama e intensifica su unidad como Cuerpo de Cristo: «En el mismo sacramento aparece nuestro pueblo vinculado de tal modo que, así como muchos granos reducidos a la unidad y molidos y amasados juntos forman un solo pan, así en Cristo, que es pan celestial, sepamos que hay un solo cuerpo al que está unida y vinculada nuestra multitud»[183].

Pese a su insistencia en la correcta comprensión del episcopado como salvaguardia de la unidad, para Cipriano –como para Clemente– el cisma era en esencia una enfermedad espiritual que nace, en último término, de la ambición, el resentimiento y

un desprecio farisaico hacia los pecadores y hacia cualquiera «blando» con los pecadores. No obstante, Cipriano, autor de un tratado sobre la oración del Señor que se convirtió en un clásico, hacía de la «ley de la oración» (*lex orandi*) el requisito indispensable para el perdón y la reconciliación. Sin él no puede haber oración ni sacrificio remotamente agradable a Dios.

> Por eso también al dar la ley de la oración [*lex orandi*] añadió: «Y cuando estuviereis de pie orando, si tenéis algo contra alguno, perdonad, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone los pecados». Y al que llega con una enemistad al sacrificio le aleja del altar y le manda que haga primero las paces con su hermano; entonces, volviendo con paz, que ofrezca a Dios su ofrenda, porque tampoco a los dones de Caín miró Dios; pues no podía tener a Dios pacífico quien no tenía paz con su hermano por causa de la discordia de los celos. ¿Qué paz, pues, se prometen los enemigos de los hermanos, qué sacrificios creen celebrar los émulos de los sacerdotes? ¿Acaso creen que Cristo está con ellos cuando se reúnan los que se reúnen fuera de la Iglesia de Cristo?[184].

Sin amor fraterno, morir por la fe no es un auténtico martirio, ya que el martirio es un testimonio de caridad. Eso es lo que dice san Pablo en su célebre canto sobre el amor del capítulo 13 de la primera carta a los corintios: «Aunque entregara mi cuerpo para dejarme quemar, si no tengo caridad, de nada me aprovecharía». Este es el comentario que hace Cipriano en el contexto del cisma:

> Por lo demás, los discordes, los disidentes, los que no están en paz con sus hermanos no se librarán del pecado de su discordia, aunque sufran la muerte por el nombre de Cristo, como atestiguan el Apóstol y otros lugares de la Sagrada Escritura, pues está escrito: Quien aborrece a su hermano es un homicida, y el homicida no puede alcanzar el reino de los cielos y vivir con Dios. No puede vivir con Cristo el que prefiere imitar a Judas y no a Cristo. Qué grande es este pecado de odio, que no se puede lavar con el bautismo de sangre, ni con el martirio se puede limpiar[185].

FUERA DE LA IGLESIA NO HAY SALVACIÓN

La carta de Cipriano causó una honda conmoción entre sus hermanos obispos. En cuanto a la controversia sobre los lapsos, decidieron de común acuerdo seguir su consejo y evitar ambos extremos. Se rechazó la visión laxa de la reconciliación sin un tiempo de penitencia: quienes habían puesto en peligro su fe debían fortalecerla mediante la penitencia, que los obispos consideraban una terapia espiritual antes que un castigo. Pero también se rechazó a los rigoristas: a quienes hicieran penitencia –declararon los obispos– no se les podía negar su fruto, es decir, el perdón y el regreso a la comunión.

Como era de prever, la decisión no fue del gusto de todos. El sector laxo de Cartago ordenó a su propio obispo. Luego el rigorismo de Novaciano se extendió por la ciudad y sus partidarios consagraron a otro obispo. Entonces Cipriano tuvo que enfrentarse a dos grupos cismáticos, cada uno de los cuales afirmaba ser la auténtica Iglesia santa y católica.

Algunos conversos recibieron el bautismo dentro de estos grupos, para enseguida darse cuenta de que se habían unido a quien no debían; y acabaron llamando a la puerta de Cipriano buscando la comunión con la Iglesia católica. Cipriano y los obispos en comunión con él exigieron que volvieran a bautizarse. Cuando llegó a oídos del papa Esteban, este envió una carta a los africanos afirmando que su actitud iba en contra de la tradición. Mientras se hubieran bautizado con agua en el nombre del Dios Trino –decía el papa–, el sacramento era válido aunque lo hubiese administrado un cismático.

Cipriano y los africanos contestaron que, al separarse del obispo legítimo, los cismáticos habían abandonado la Iglesia. Los sacramentos son instrumentos de salvación conferidos por el Espíritu que solo existen dentro de la Iglesia. En el contexto de esta disputa, Cipriano pronunció algunas de sus frases más célebres: «Fuera de la Iglesia no hay salvación»[186] y «no puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia como Madre»[187].

La opinión de Cipriano era lógicamente coherente. Pero, llevada al extremo, implicaba que todo el que no fuese miembro oficial de una Iglesia cuyo obispo formara parte de la legítima sucesión apostólica estaba condenado; e implicaba también que la unción sacramental de la ordenación no otorgaba un poder o una autoridad permanentes. Si podía quedar suspendida por el cisma, ¿podía quedar suspendida también por otras cosas como, por ejemplo, el pecado personal del ministro? La postura del papa Esteban parecía más moderada, pero ¿qué base teológica poseía? ¿Qué era lo que hacía válido o inválido un sacramento? ¿Cómo se podía encontrar la gracia, la salvación y el Espíritu Santo fuera de los límites visibles de la verdadera Iglesia? Estas preguntas quedaban sin contestar.

EL FINAL DE LA HISTORIA

La persecución de Decio fue la más devastadora habida hasta la fecha, pero no la última: solo seis años después de que Cipriano volviera a tomar el timón de Cartago estalló la siguiente bajo el gobierno del emperador Valeriano. Primero se ordenó el destierro de todos los obispos, lo que obligó a Cipriano a dejar nuevamente a su rebaño para trasladarse a vivir al campo, esta vez bajo el control imperial. Al poco tiempo los obispos contumaces fueron condenados a muerte. Cipriano dio testimonio de su fe y fue decapitado en el 258 d.C., poco después de que el papa Esteban, como Fabián, entregara su vida por sus ovejas.

Los cismáticos laxos de Cartago no duraron mucho. No obstante, tras la muerte de Novaciano en tiempos de Valeriano, el cisma rigorista sobrevivió varios siglos en Cartago y en muchas otras ciudades. La crisis de los lapsos no se zanjó y tuvieron que pasar cerca de dos siglos para que las preguntas que suscitó hallaran respuestas. Paradójicamente, algunas de esas respuestas procedieron de un obispo norteafricano llamado Agustín que reverenciaba a Cipriano y, al mismo tiempo, disentía amablemente de él.

Capítulo 14

HIPÓLITO Y LA *LEX ORANDI*

Uno de los hitos de la vida de Orígenes fue su visita a la antigua ciudad de Pedro y Pablo, donde escuchó predicar a uno de los clérigos más ilustres de la ciudad una espléndida homilía: «Sobre la alabanza del Señor, nuestro Salvador»[188]. No sabemos mucho de los antecedentes de ese predicador, un sacerdote llamado Hipólito, nacido probablemente en torno a la fecha del martirio de Justino.

Lo que sí sabemos es que se trataba de un hombre brillante y enérgico, muy parecido al joven alejandrino que escuchó su sermón ese día del año 212 d.C. Hipólito ya era famoso: llevaba diez años escribiendo. Quizá su ejemplo fuera el espaldarazo que Orígenes necesitaba para empezar a hacer lo mismo. Pocos años antes, Hipólito había redactado el primer comentario bíblico –sobre el libro de Daniel– de la historia cristiana. También era autor de una obra contra numerosas herejías, a la que años después siguió otra (aún más exhaustiva) sobre el mismo tema y que debía mucho a Ireneo.

Este segundo libro en torno a las herejías nos revela una cosa: tanto se insistía en Roma en el hecho de que existe un único Dios que la herejía modalista ganó mucho terreno. El modalismo defendía que Dios es uno y no trino. Solo parece trino porque lo vemos desempeñando tres papeles distintos en momentos diferentes: primero el de Padre, luego el de Hijo y después el de Espíritu Santo; una teoría a la que ya se había enfrentado Tertuliano.

También Hipólito escribió sobre esta herejía. El problema es que, al hacerlo, acusó injustamente al papa Ceferino de mostrarse demasiado blando con ella y con Sabelio, el sacerdote romano que la defendía. Ceferino –al menos eso pensaba Hipólito– también se mostraba blando en otros asuntos: por ejemplo, en el del pecado sexual. Hipólito no negaba el poder del obispo para perdonar a los pecadores arrepentidos, pero creía que el papa se daba demasiada prisa en readmitir a la gente.

En el siglo XVI se halló enterrada en Roma una estatua de Hipólito fechada poco después de su muerte. Hay varios motivos que hacen de este hallazgo algo sensacional. En primer lugar, demuestra la admiración que Hipólito despertó en Roma tanto en vida como años después: de hecho, no conocemos estatuas de otros dirigentes cristianos de esa época. Y, por otro lado, en la base de la estatua se había grabado una lista exhaustiva de todos sus escritos. Como en el caso de Orígenes, muchos de ellos se han perdido, en buena medida, porque fue el último autor cristiano de Roma que escribió en griego. En pocas generaciones, el conocimiento de la lengua griega prácticamente había desaparecido. Como nadie leía sus textos griegos, tampoco había nadie que los copiara. Los que no se tradujeron inmediatamente al latín quedaron en la mayoría de los cosos sepultados bajo las arenas del tiempo.

LA TRADICIÓN APOSTÓLICA

Una de las obras no conservadas, pero sí recogidas en la estatua, tenía un título interesante: *La tradición apostólica*. Los expertos peinaron los archivos antiguos en su busca presumiendo que conservaría mucha información valiosa sobre el cristianismo primitivo, pero no se encontró nada con ese título que pudiera relacionarse con el nombre de Hipólito.

No obstante, a principios del siglo XX un investigador dio a conocer lo que parecía una teoría disparatada. Según él, un documento llamado *Constitución de la Iglesia egipcia*, conservado en un antiguo dialecto egipcio, era en realidad *La tradición apostólica* perdida de Hipólito. Otros estudiosos analizaron el texto y lo compararon con un extraño documento en latín hallado en Verona y con otros documentos antiguos parecidos escritos en unas cuantas lenguas exóticas. Pocos años después, reunidas todas las piezas, el rompecabezas estaba resuelto: ¡se había recuperado *La tradición apostólica* de Hipólito! Era obvio que –como ocurrió con la carta de Clemente de Roma– la obra gozaba de tanta estima que los admiradores del autor la copiaron y la difundieron por todo el Imperio, donde se tradujo a distintas lenguas. Con el tiempo el nombre del autor y el título original acabaron perdiéndose, pero el documento sobrevivió a la espera de ser descubierto.

Este texto reconstruido, que fue publicado entre las dos guerras mundiales, representa un hito en la historia del cristianismo primitivo. En el primer párrafo de la obra, Hipólito, que escribía en torno al 215 d.C., nos dice que algunos hombres ignorantes (léase «el papa y sus consejeros») contemporizaban con la apostasía y que la Iglesia romana corría el peligro de desligarse de la tradición apostólica. Al parecer, Hipólito era un «tradicionalista» radical tanto en cuestiones de liturgia como de doctrina y moral. Por temor a que las formas tradicionales de culto y de estilo de vida transmitidas por los apóstoles cayeran en el olvido, decidió dejarlas por escrito. La nostalgia que él mismo manifiesta de los tiempos pasados de la liturgia tradicional hace suponer que lo que describe es la liturgia y la vida de oración de la Iglesia de Roma de su juventud, es decir, de la segunda mitad del siglo II. Los detalles de la liturgia romana que nos ha dejado

Justino corresponden aproximadamente al año 155; Hipólito nos describe lo que él conoció tan solo una generación después. Si unimos a la información de Hipólito los datos facilitados por Justino, obtenemos un cuadro fascinante y bastante completo del culto cristiano en la Roma del siglo II.

ORDENACIONES Y EUCARISTÍA

Lo primero que nos enseña Hipólito es cómo se ordena un nuevo obispo. Evidentemente, el obispo no era solamente un funcionario que accedía a un cargo institucional. Su ordenación constituía una ceremonia sagrada y solemne. El pueblo se reunía con los sacerdotes y los obispos que acudían probablemente de los lugares más próximos. Todos se unían en oración, pero solo uno de los obispos presentes extendía sus manos sobre el nuevo obispo electo a quien con la imposición de manos no se le confería únicamente autoridad, sino el poder del Espíritu. Este es un fragmento de la oración de la ordenación:

> Derrama también ahora
> el poder que procede de ti,
> el Espíritu soberano,
> el que diste a tu amado Hijo Jesucristo,
> el que Él donó a sus santos apóstoles,
> que establecieron tu Iglesia en todo lugar
> como santuario tuyo,
> para gloria y alabanza incesante de tu nombre (…).
> Que sea siempre agradable en tu presencia
> y ofrezca los dones de tu santa Iglesia;
> que tenga, en virtud del espíritu del supremo sacerdocio,

el poder de perdonar los pecados
según tu mandato[189].

Lo más probable es que el obispo fuese un maestro que predicaba la palabra de Dios. No obstante, el énfasis de la oración de consagración recae en las nociones de sacerdocio, la ofrenda de los dones sacrificiales y el poder de perdonar los pecados.

Inmediatamente después de la ordenación, los nuevos obispos celebraban la Eucaristía. Hipólito nos deja la primera «anáfora» (oración eucarística) completa. El diálogo del prefacio es prácticamente idéntico al que siguen empleando muchas Iglesias hoy día:

– El Señor esté con vosotros.
– Y con tu espíritu.
– Elevad vuestros corazones.
– Los tenemos en el Señor.
– Demos gracias al Señor.
– Es digno y justo[190].

El diálogo «El Señor esté con vosotros. –Y con tu espíritu» debe de remontarse a la Eucaristía de los apóstoles del siglo I, porque no solo lo encontramos en Roma, sino en todas las antiguas liturgias de los primeros centros apostólicos del cristianismo: Jerusalén, Antioquía y Alejandría. En varios textos del Antiguo y del Nuevo Testamento aparece una forma aún más temprana de este saludo dialogado, por lo que cabe suponer que pasó a la Iglesia procedente de los oficios de las sinagogas de tiempos de Jesús[191].

La exhortación «elevad vuestros corazones» la encontramos también en todas las tradiciones litúrgicas de los antiguos centros apostólicos, de modo que se remonta al menos al culto cristiano primitivo, cuando no al de las sinagogas.

La oración eucarística que sigue incluye las palabras de Jesús en la Última Cena unidas a una *epíclesis* o invocación al Espíritu Santo; y concluye con una doxología, «por tu Hijo Jesucristo, nuestro Señor», rubricada con el amén final. Es interesante observar que Justino dice que «quien preside la asamblea» da gracias con palabras improvisadas. Hipólito deja claro que la oración que recoge aquí es únicamente un modelo:

> El obispo dará gracias como se ha dicho más arriba. En modo alguno es necesario que pronuncie las mismas palabras que antes mencionamos, preocupado por decirlas de memoria, dando gracias a Dios, sino que cada uno elevará las preces según su capacidad. Si uno tiene capacidad para orar con determinada suficiencia y con una oración solemne, bueno será. Pero, si uno, al orar, profiere con moderación la súplica, no se pondrán obstáculos a que lo haga así, mientras ore de acuerdo con la sana ortodoxia[192].

Resulta significativo que, cuando la obra se tradujo del egipcio al copto, se omitió este último párrafo, lo que indica que por entonces el obispo o el sacerdote seguramente dejaron de tener la opción de pronunciar una oración improvisada.

Hipólito continúa dando instrucciones relativas a la ordenación de sacerdotes, diáconos, subdiáconos, lectores, etc., para terminar mencionando el ministerio de curación: «Si alguien

dice “he recibido la gracia de curación en una revelación”, no se le impondrá la mano. Su mismo obrar manifestará si hubiera dicho la verdad»[193]. Por lo tanto, los carismas del Espíritu que Tertuliano enseñaba a los recién bautizados que pidieran con fe esperanzada seguían vivos y formando parte de la vida ordinaria de la Iglesia de Roma de aquella época.

LA INICIACIÓN CRISTIANA

La segunda parte de *La tradición apostólica* nos ofrece una descripción espléndida de cómo tenía lugar la iniciación cristiana en la Roma del siglo II. Una vez más, igual que en la Iglesia primitiva de cualquier otro lugar, también en este caso los candidatos al bautismo solían ser instruidos por catequistas laicos[194]. Quienes los habían introducido en el Evangelio y conducido al catecumenado debían dar fe de su disposición a romper con un modo de vida pecaminoso y pagano para abrazar el estilo de vida cristiano. Tenían que renunciar a toda relación sexual fuera del matrimonio y los que cohabitaban debían casarse o separarse: en caso contrario se les rechazaba. A algunos no se les admitía si no accedían antes a abandonar su profesión, ya que muchos trabajos conllevaban la idolatría, la lascivia o la violencia, como era el caso de los actores, los artistas que participaban en la confección de estatuas idólatras, los gladiadores y luchadores, los funcionarios del gobierno con poder para dictar pena de muerte, etc.

El período de instrucción previo al bautismo era de tres años, aunque Hipólito afirma que en casos excepcionales podía acortarse si alguien hacía rápidos progresos. Aunque no expone claramente cuál era el plan de estudios, sí menciona que la oración del catequista sobre los catecúmenos formaba parte de todas las sesiones. Y vemos también cómo se concedía menos importancia al conocimiento intelectual de la doctrina que al cambio de

conducta. «Se examinará la vida de quienes hayan sido elegidos para recibir el bautismo: sobre si han vivido honestamente mientras eran catecúmenos, si han tratado con honor a las viudas, si han visitado a los enfermos, si han ejercido toda buena obra». Y continúa: «Si a alguno no se le ha encontrado bueno o bien puro, se le dejará de lado, porque no ha escuchado con fe la palabra»[195].

Luego viene la descripción de la Vigilia Pascual. Quienes van a ser bautizados deben ayunar el viernes y el sábado. Después de recibir del obispo un último exorcismo, tienen que velar toda la noche del sábado, orando y leyendo la Escritura. A la hora del canto del gallo se bendice el agua y comienza el rito bautismal. Aunque –como decía la *Didaché*– es preferible el agua viva, si no se dispone de ella, vale cualquier otra. Los candidatos se desnudan y, de cara a Occidente, renuncian a Satanás, a su culto y a sus obras. Después de ungirlos para concluir el exorcismo comienza el bautismo.

«Se desnudarán y se bautizará primero a los niños. Todos lo que puedan hablar por sí mismos, hablarán. Los que no puedan hablar por sí mismos, serán sus padres o alguno de su familia quienes hablen por ellos»[196]. En Roma, por lo tanto, se practicaba el bautismo de niños, que se consideraba –como lo consideraba Orígenes– de origen apostólico.

Luego un diácono desciende al agua con el que va a ser bautizado. El que bautiza impone la mano sobre él y pregunta:

> «¿Crees en Dios, Padre omnipotente?». Y el que es bautizado dirá a su vez: «Creo». Inmediatamente, manteniendo la mano impuesta sobre su cabeza, lo bautizará por primera vez. Y después preguntará: «¿Crees en Jesu-

> cristo, Hijo de Dios, que nació de María Virgen por el Espíritu Santo y fue crucificado bajo Poncio Pilato y murió y resucitó vivo, al tercer día, de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre; que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos?». Y, al responder él: «Creo», será bautizado una segunda vez. Y de nuevo preguntará: «¿Crees en el Espíritu Santo y en la santa Iglesia y en la resurrección de la carne?». El que es bautizado dirá: «Creo». Y así es bautizado una tercera vez[197].

En los primeros Padres de la Iglesia escuchamos ecos de este Credo bautismal en los pasajes que reproducen la «regla de fe». Sin embargo, el texto de Hipólito demuestra que el Credo se originó a partir de este interrogatorio de la ceremonia bautismal. Lo que se convirtió en el Credo o «regla de fe» se empleaba inicialmente como expresión del compromiso solemne y personal con las tres Personas divinas. Los artículos de este Credo bautismal únicamente concretan el carácter de las Personas divinas a quienes se entrega el nuevo cristiano. A medida que fueron surgiendo herejías que negaban distintos aspectos de esas tres Personas, los artículos tuvieron que desarrollarse algo más para excluir ciertas negaciones heréticas (por ejemplo, que el Padre no era el mismo que el Creador, o que Jesús nunca llegó a nacer ni a morir realmente).

Inmediatamente después del bautismo, los nuevos cristianos eran conducidos a la asamblea, donde los recibía el obispo, que les imponía las manos, derramaba sobre sus cabezas el óleo de acción de gracias y les hacía la señal de la cruz en la frente[198]. Este «signar con el Espíritu» es la crismación o la confirmación: la primera prueba y la más fehaciente de este sacramento como

un rito separado, distinto del bautismo pero inmediatamente posterior a él[199]. Las Iglesias orientales siguen administrando los dos sacramentos juntos; en la Iglesia de Occidente la costumbre de separarlos se extendió a partir del siglo IX.

Solo «después de haber alcanzado estas realidades»[200] se les permite rezar con los fieles y participar en el beso de paz.

Venía a continuación la primera comunión de los nuevos bautizados. Como en cualquier Eucaristía, el obispo daba gracias sobre el pan y el cáliz. No obstante, en la Iglesia romana de aquella época se colocaban también en el altar un cáliz con agua y otro con una mezcla de leche y miel que se daban a beber a los recién bautizados junto con la Eucaristía. Estos dos cálices simbolizaban el hecho de que a partir de ese momento eran puros como el agua limpia y habían atravesado no solo el Mar Rojo, sino también el Jordán, saliendo de la esclavitud para llegar a la Tierra Prometida de leche y miel[201].

Al repartir la comunión el obispo decía a quien la recibía: «¡El pan celestial en Cristo Jesús!», a lo que el otro respondía: «¡Amén!»[202].

Aunque no hay información sobre la frecuencia con que se celebraba la Eucaristía aparte de los domingos, sí sabemos que la comunión se distribuía «otros días… según lo indique el obispo»[203].

LA VIDA DIARIA DE ORACIÓN

En la tercera y última parte de *La tradición apostólica*, Hipólito describe la vida diaria de oración de los laicos cristianos corrientes. No podemos estar seguros de la fidelidad con que seguían sus instrucciones a este respecto. Lo cierto es que Hipólito se remite a los tiempos en que las cosas se hacían correctamente, quejándose de la relajación de su época. Los primeros

Padres corroboran las palabras de Hipólito: lo que se espera de los cristianos –como aconsejaba san Pablo– no es que oren una vez a la semana, ni una o varias veces al día, sino constantemente (cfr. *1 Ts* 5, 17).

Hipólito describe una oración vespertina (conocida más tarde en la tradición cristiana como lucernario) en la que el encendido de la lámpara que anuncia la puesta de sol va acompañado de la oración dirigida por el obispo. Después se celebra la cena de la comunidad seguida de los salmos que recitan los niños y «las vírgenes»[204]. Este rito parece derivar de la cena sabática judía, patrón sobre el que se desarrolló el ágape de los cristianos en la época apostólica (cfr. *Hch* 20, 7).

Aunque en su época aún no se habían edificado iglesias, Hipólito señala que por la mañana, antes de salir a trabajar, se celebraban con regularidad sesiones de oración y de estudio de la Biblia –probablemente, en alguna vivienda amplia– a las que se animaba a todos a asistir siempre que pudieran. A esto lo llama «acudir a la iglesia» e insiste repetidamente en que la asamblea cristiana es el lugar «donde florece el Espíritu». Tanto si pueden asistir a ellas como si no, deben orar en sus casas nada más levantarse, antes de emprender cualquier tarea[205].

En aquellos días la Eucaristía se celebraba en las casas de los fieles, donde se comulgaba antes de comer. La razón que le lleva a aconsejar comulgar en ese momento demuestra su fe en la naturaleza sobrenatural del «pan del cielo»: «Si se recibe con fe, aunque a alguien le fuera dado un veneno mortal, nada podrá dañarle»[206]. Luego continúa explicando el cuidado con que debe tratarse el sacramento:

> Todos pondrán sumo cuidado a que no guste de la eucaristía ningún infiel, ni un ratón u otro animal, así como velarán para que no caiga o se pierda parte alguna de la misma. Es el Cuerpo de Cristo, alimento de los que creen en Él y que no debe caer en desprecio[207].

Además de la oración al despertarse –a primera hora del día romano (entre las seis y las siete de la mañana)–, Hipólito escribe que los cristianos que estén en sus casas deben hacer una pausa en sus quehaceres para alabar a Dios en voz alta en las horas tercia, sexta y nona, es decir, a media mañana, a mediodía y a media tarde. Si están en la calle, han de elevar sus corazones a Dios en silencio, ya que cada una de esas horas recuerda un momento diferente de la Pasión de Cristo: a la hora tercia clavaron a Cristo en la cruz, a la hora sexta se hizo la noche y a la de nona brotaron de su costado la sangre y el agua[208]. También deben rezar al acostarse e interrumpir el sueño para orar a medianoche (cuando –como recoge san Mateo 25, 6– llega el novio) y de nuevo a la hora del canto del gallo en recuerdo de la negación de Pedro. La parte dedicada a la oración concluye con una exhortación a usar con frecuencia la señal que el obispo hace en la frente de todo recién bautizado, marca o sello de la cruz:

> Si eres tentado, haz con piedad la señal de la cruz en tu frente. Este signo de la pasión es un signo manifiesto y conocido contra el diablo, si lo haces con fe, no para ser visto de los hombres, sino para presentarlo, con sabiduría, como un escudo. Porque el Adversario huye, por el Espíritu que hay en ti, cuando ve la fuerza que proviene del corazón (…). Fue para simbolizar esto, por

> medio del cordero pascual que era inmolado, por lo que Moisés asperjó con sangre los dinteles y ungió las jambas de las puertas. Venía a prefigurar (así) la fe, que nosotros tenemos ahora, en el Cordero perfecto. Haciendo con la mano la señal de la cruz sobre nuestra frente y nuestros ojos, alejamos al que intenta exterminarnos[209].

Advirtamos que no se trata de un uso mecánico y supersticioso de la señal de la cruz, ni de una especie de amuleto. De hecho, Hipólito anima a hacerlo como un acto de fe consciente, una proclamación del poder de la muerte de Cristo y una renovación del bautismo. La comparación de esta señal en la frente con la protección que brinda un escudo explica que más adelante se extendiera al pecho y a los hombros. El empleo de la señal de la cruz en la vida de piedad diaria de la época lo recoge también Tertuliano.

Hipólito termina explicando la idea de *lex orandi, lex credendi*: «La ley de la oración es la ley de la fe». En otras palabras, si se reza bien, se creerá bien, ya que la doctrina está implícita en la oración y la liturgia. Para un hombre como Hipólito, tan preocupado por la herejía, la tradición de la oración transmitida por los apóstoles es la mejor protección para la fe que también ellos transmitieron:

> Aconsejo, a cuantos tienen cordura, que guarden estas cosas. A todos cuantos siguen la tradición de los apóstoles, que la escucharon y la guardan, no les podrá seducir ningún herético ni hombre alguno en absoluto. Fijaos cómo han crecido gran número de herejías: por-

que quienes están al frente no quisieron aprender la enseñanza de los apóstoles, sino que, según su propio gusto, hicieron lo que quisieron y no lo que debía hacerse[210].

LA RECONCILIACIÓN FINAL

Si había algún dirigente en quien Hipólito confiase menos que en el papa Ceferino, ese era su secretario, el diácono Calixto. Por eso, tras la muerte del papa, la elección de Calixto como su sucesor dejó espantado a Hipólito, quien reunió a sus partidarios, consiguió que le consagraran obispo y se convirtió en el primer antipapa de la historia[211]. Murió Calixto, un nuevo papa llegó y se fue, e Hipólito continuó persistiendo en el cisma.

Pero no hay nada que una tanto como un enemigo común. Tras su llegada al poder, el nuevo emperador Maximino el Tracio tomó medidas contra los dirigentes de la Iglesia. Al emperador no podían importarle menos los cismas ni quién era el verdadero obispo de Roma, así que se limitó a enviar tanto a Hipólito como al papa Ponciano a Cerdeña –conocida como la «isla de la muerte»– a morir en las minas. Fue así como el sufrimiento acabó reconciliando al papa y al antipapa, y ambos decidieron abdicar para dar paso a un nuevo papa y a la reunificación de la Iglesia de Roma. Las abyectas condiciones de las minas tuvieron el efecto deseado. El nuevo papa, Fabiano, trasladó los cuerpos de Hipólito y de Ponciano a Roma, donde fueron honrados como mártires el mismo día. La Iglesia de Roma borró de su memoria el cisma de Hipólito y sus mezquinas críticas contra los predecesores de Fabiano y optó por recordar únicamente lo mejor y más noble de su legado, olvidando el resto. Entre lo más importante que se ha conservado se encuentra la espléndida anáfora que nos dejó como modelo. Si oyes misa en

una iglesia de rito latino y el sacerdote elige la plegaria eucarística II, podrás volver a escuchar las antiquísimas palabras de san Hipólito.

Capítulo 15

LA GRAN PERSECUCIÓN

Con el paso del tiempo los ataques no hicieron sino endurecerse. El primero, auspiciado por Nerón, fue brutal, pero al menos se ciñó a la ciudad de Roma. Sin embargo, a partir de la persecución que dejó huérfano a Orígenes se volvieron más sistemáticos y se extendieron por todo el Imperio. Si la persecución de Decio que obligó a Cipriano a esconderse y acabó con Orígenes en la cárcel fue un duro golpe, el ataque a la Iglesia lanzado por Valeriano pocos años después alcanzó cotas aún más altas de crueldad.

Al año de haber ordenado el martirio de Cipriano, le llegó el turno al propio Valeriano, quien tuvo el honor de ser el único emperador romano capturado en combate. En cuanto los persas le pusieron las manos encima, no se volvió a saber de él. Así que, afortunadamente, su persecución fue tan breve como su reinado.

LA CALMA ANTES DE LA TORMENTA

Tal vez Galieno pensó que la desgracia de su padre era el resultado del juicio de Dios. Eso explicaría lo que ocurrió en cuanto se convirtió en emperador en el 260 d.C. El vástago del perseguidor más cruel de la historia no solo mejoró el trato dispensado a los cristianos, sino que decretó de forma oficial y con fuerza de ley el permiso para rendir culto libremente, conservar sus bienes e incluso acceder a cargos políticos.

Era como un sueño hecho realidad. A lo largo de todo el Imperio se erigieron iglesias y grandes basílicas. Los cristianos comenzaron a incorporarse a las filas del ejército y el gobierno.

No cabe duda de que corrían malos tiempos. En un breve espacio de cincuenta años gobernaron y murieron veinticinco emperadores distintos, la mayoría de ellos asesinados por sus propios soldados. La floreciente economía romana de antaño, basada en un intenso comercio entre las provincias, se iba contrayendo a marchas forzadas. Las provincias fueron menguando por todas partes bajo el martillo de los persas de Oriente y los bárbaros del norte.

Aun así, la Iglesia crecía a pasos agigantados. Un importante historiador calculaba que en el año 260 d.C. vivía en el Imperio cerca de un millón de cristianos, mientras que en el 300 d.C. llegó a haber seis millones: en torno a un 10% o un 15% de la población. Parte de ese crecimiento se debía a las familias influyentes que se unían a la Iglesia. A finales del siglo III era probable encontrar cristianos en la corte imperial y en cualquier profesión del Imperio. En esa época las historias relativas al incesto y el canibalismo hacía tiempo que se consideraban ridículas.

Naturalmente, aún había mucha gente que odiaba a los cristianos. Para la élite intelectual pagana eran ignorantes, ridículos y abominables. Cualquiera con intereses económicos centrados en el culto pagano –sacerdotes, sacerdotisas, adivinos, videntes y fabricantes de imágenes– se mostraba reacio a los cristianos, que estaban acabando con sus negocios. En el ejército y en el gobierno seguía habiendo muchos que dudaban de su lealtad al Imperio: bastaba con fijarse en el descaro con que rehusaban participar en los festivales patrióticos celebrados con motivo de los mil años de la fundación de la ciudad de Roma. ¿Cómo podían negarse a los sacrificios obligatorios ofrecidos a los dioses

autores de la gloria y la riqueza de la ciudad? ¡Fanáticos, ingratos y traidores!

NEGROS NUBARRONES

Esta época de inestabilidad y turbulencias llegó a su fin en el año 284, cuando Diocleciano se revistió de la púrpura imperial: por fin un hombre con el valor suficiente para introducir cambios audaces en respuesta al caos y al declive que llevaban cincuenta años acosando al Imperio. Diocleciano se limitó a hacer frente a los hechos: el Imperio, sencillamente, era demasiado grande para el gobierno de un solo hombre. En tiempos de la república la toma de decisiones estaba en manos de muchos, de modo que Diocleciano elaboró un plan reestructural de largo alcance: el Imperio debía dividirse por la mitad, el Este y el Oeste; y ambas regiones, a su vez, en otras dos mitades. Habría cuatro emperadores: un emperador mayor o «Augusto» en Oriente y otro en Occidente. A los emperadores jóvenes se les llamaba «Césares». Cada emperador gobernaba de forma directa una cuarta parte del Imperio: los Césares despachaban con su respectivo Augusto y los dos *Augusti* mantenían un estrecho contacto para aplicar una política común y salvaguardar la unidad. Se eligieron cuatro capitales próximas a las fronteras de modo que los emperadores pudiesen reaccionar con más rapidez frente a cualquier incursión bárbara y persa. Fue un acto de humildad y magnanimidad por parte de Diocleciano compartir voluntariamente el poder con los otros tres.

Diocleciano no previó una de las consecuencias a largo plazo de esta reorganización que, vista a posteriori, resulta evidente. La línea que trazó separando la mitad oriental del Imperio de la mitad occidental aceleró algo que ya se había iniciado discretamente: la creciente divergencia cultural entre el Occidente de habla latina y el Oriente de habla griega. Antes de Diocleciano,

en el 200 d.C., un autor africano como Tertuliano escribía con tanta soltura en griego como en latín. Veinte años después, en Roma, Hipólito todavía redactó su teología en griego y no en latín. Concluido el reinado de Diocleciano, sin embargo, en Roma o en Cartago eran pocos los que podían leer un texto griego con fluidez; y en Oriente nadie –aparte de los empleados del gobierno– se molestaba en aprender latín, que se consideraba una lengua bárbara.

Aun así, el programa de Diocleciano para frenar la desintegración del gobierno romano obtuvo un éxito notable. Reformó el código fiscal, reorganizó el ejército y frenó al enemigo. También quiso restaurar los gloriosos días del Imperio; lo cual, como es lógico, pasaba por volver a rendir culto a los dioses autores de la grandeza de Roma.

Al principio no hubo indicios de presión sobre los cristianos. De hecho, frente a la residencia imperial de Nicodemia, la nueva capital del Imperio de Oriente, se alzaba una imponente basílica cristiana, y en la corte imperial había algunos cristianos. Por lo general, a Diocleciano le gustaba rodearse de toda clase de gente de la variada sociedad romana. Su temperamento le hacía muy distinto de los gobernantes crueles e intolerantes en que se habían convertido muchos de sus predecesores.

La mentalidad de Galerio, el «César» de Diocleciano, era totalmente distinta de la de su «Augustus». El segundo del emperador compartía el perfil de los intelectuales paganos y los asesores militares que despreciaban a los cristianos, considerándolos un elemento de la sociedad impredecible y heterogéneo. Alentados por Galerio, los asesores imperiales intentaron convencer a Diocleciano de que el cristianismo representaba un obstáculo para ese proyecto suyo de restaurar la tradición romana. Diocleciano se mostró reacio a darles la razón. Pero, cuando

Galerio expuso el argumento de que se hallaba en peligro la lealtad del ejército, accedió con ciertas reservas a concederle carta blanca para que reforzase la disciplina militar haciendo uso de los medios que considerara oportunos.

Al principio las cosas no fueron demasiado mal. A los soldados cristianos no se les encarceló ni ejecutó: sencillamente, o bien ofrecían sacrificios, o renunciaban. No obstante, esa renuncia conllevaba la retirada de su jubilación, que incluía un terreno y unos ingresos vitalicios. Pese a las consecuencias económicas, la mayoría de los oficiales cristianos prefirieron renunciar antes que renegar de su fe. Y unos pocos, claro está, cedieron: nunca faltan esos pocos.

El año 299 vio concluir con éxito una importante campaña contra los persas, de donde nació el proyecto de una celebración oficial en Antioquía con la presencia de Diocleciano, Galerio y su corte. Naturalmente, ocasiones como aquella incluían sacrificios y sortilegios. Pero, cuando dieron comienzo las fiestas, surgió un problema inesperado. Ni siquiera pese a sus repetidos intentos los augures responsables de interpretar los presagios de los dioses fueron capaces de descifrar las entrañas de los animales sacrificados: un molesto inconveniente para lo que debía haber sido una ceremonia victoriosa. Cuando Diocleciano pidió una explicación de aquel ultraje, los augures dijeron que habían visto santiguarse a los cristianos que formaban parte de la corte del emperador, lo cual había impedido sus predicciones. Diocleciano montó en cólera y ordenó castigar a los cristianos de palacio. Era la primera sangre que se derramaba y los nubarrones empezaron a acumularse.

ESTALLA UNA VIOLENTA TORMENTA

Galerio vio la ocasión que se le presentaba y aprovechó el incidente para instar a la aplicación de medidas enérgicas y siste-

máticas contra los cristianos, pero Diocleciano seguía albergando dudas. Entonces hallaron la solución: pedir consejo al oráculo de Apolo de Mileto. La sacerdotisa pagana que planteó la pregunta al dios obtuvo esta respuesta: el «justo en la tierra» había silenciado a los oráculos. Los consejeros de Diocleciano insistieron en que aquello tenía que ver claramente con los cristianos y le acabaron convenciendo de que algo había que hacer.

Así pues, tras cuarenta años de paz, estalló la tormenta. El 23 de febrero del 303 d.C. la basílica cristiana edificada frente al palacio imperial quedó arrasada. Al día siguiente se publicó un edicto de aplicación inmediata extensivo a todo el Imperio: había que destruir todos los edificios cristianos, requisar las Sagradas Escrituras y los efectos litúrgicos y prohibir las reuniones. Todo cristiano que ocupara un cargo en el ejército o en el gobierno debía ser destituido inmediatamente. Aquello afectaba también a los senadores y miembros de la Orden Ecuestre. Los libertos cristianos –ordenaba el decreto– recuperaban su anterior condición de esclavos.

Muchos oficiales cumplieron las órdenes de mala gana. Llamaban a las puertas de los cristianos y les pedían sus libros sagrados, y a quienes se negaban los arrestaban para después procesarlos. Algunos les daban las Escrituras y otros entregaban a los gendarmes, que solo sabían leer en latín, libros heréticos e incluso manuales de medicina escritos en griego haciéndolos pasar por textos sagrados. Por lo general a las fuerzas del orden les importaba muy poco qué era lo que se llevaban mientras pareciera que estaban cumpliendo con su cometido.

Al año siguiente se publicó un edicto aún más duro por el que se encarcelaba a todo el clero cristiano, fuese cual fuese su cargo. Los historiadores de la época afirman que el número de obispos, sacerdotes, diáconos, subdiáconos, lectores y exorcistas

que abarrotaban las prisiones era tal que no quedó espacio libre para los delincuentes comunes. Diocleciano decidió suavizar su segundo edicto y autorizó que el clero recuperase la libertad siempre que estuviera dispuesto a ofrecer sacrificios.

Este segundo decreto de Diocleciano fue ignorado por el César del Imperio de Occidente, un hombre llamado Constancio, cuyos dominios abarcaban principalmente la Galia y Bretaña. Su Augusto, a cargo de Italia y el norte de África, se tomó más en serio ambos edictos, aplicados con firmeza en todo Oriente. Parte del clero cedió y ofreció sacrificios. Muchos carceleros o bien simpatizaban con el clero cristiano, o bien querían verlo fuera de unas cárceles atestadas: con tal de librarse de ellos, muchas veces quienes se negaban a ofrecer sacrificios obtenían también el certificado.

No obstante, hubo otros funcionarios locales que aprovecharon la ocasión para adoptar medidas contra los cristianos. Los decretos imperiales no incluían la condena a muerte… todavía. Pero los gobernadores tenían derecho a aplicar la pena capital a voluntad. Y, tratándose de cristianos, algunos estaban encantados de hacer uso de aquella prerrogativa con la mayor frecuencia posible.

Durante el segundo año de la persecución comenzó a declinar la salud de Diocleciano, quien hizo algo que ningún otro emperador había hecho hasta entonces: abdicó voluntariamente, se retiró a su espléndido palacio a orillas del mar y dedicó el resto de su vida a cuidar de su huerto. Galerio pasó a ser el Augusto de Oriente. Sin las limitaciones impuestas por su antiguo jefe, empleó toda su autoridad para obligar a los habitantes del Imperio a ofrecer sacrificios o, en caso contrario, enfrentarse a la muerte. Así empezó la etapa más siniestra de una persecución que duraba ya más que ninguna otra. Se dio un caso en que to-

dos los ciudadanos de una población cristiana de Frigia se negaron unánimemente a ofrecer los sacrificios paganos exigidos. De inmediato los soldados rodearon la ciudad y le prendieron fuego, sin permitir que nadie –fuese hombre, mujer o niño– escapara de ella[212].

«CON ESTE SIGNO VENCERÁS»

Pero la esperanza vino de Occidente. En el año 306 murió Constancio y su ejército proclamó nuevo emperador a su hijo Constantino. Padre e hijo rendían culto al *Sol Invictus*, el Sol Invicto, la deidad elegida por la milicia durante más de una generación. No obstante, en la familia existía cierta influencia cristiana, ya que Constantino tenía una hermanastra llamada Anastasia, que significa «resurrección». Nada más suceder a su padre, Constantino decretó la libertad religiosa en las provincias que se hallaban bajo su control, incluidas Bretaña y la Galia. Su coemperador, un Majencio no demasiado amigable, no estaba dispuesto a permitir que su colega quedara por encima de él a la hora de ganarse la adhesión de una amplia minoría cristiana, de modo que con cierta reticencia siguió su ejemplo y aflojó la presión sobre los cristianos de Roma y África. En Oriente, mientras tanto, no cesaba la persecución.

Lo que ocurrió a continuación se ha demostrado decisivo para la historia del cristianismo y de toda la civilización occidental. Majencio, que controlaba Italia, deseaba consolidar y extender su poder. Después de derrotar a varios rivales, reunió en Italia un ejército de unos cien mil soldados y, viendo en Constantino un obstáculo para sus ambiciones, le declaró la guerra. En lugar de esperar a que Majencio saliera a su encuentro, Constantino decidió adelantarse y conducir audazmente a su ejército desde la Galia hasta los Alpes para atacarle en su propio terreno: una auténtica insensatez, le decían sus consejeros. Constantino

contaba con menos de 40.000 soldados frente a los 100.000 de su rival; y además se vería obligado a combatir en territorio enemigo, donde Majencio controlaba tanto las carreteras como los suministros.

Aun así, Constantino hizo caso a su instinto y emprendió su temeraria campaña. En su trayecto a través de la península italiana fue enfrentándose a ejércitos y ciudades amuralladas. Después de encadenar varias victorias sorprendentes, se encontró con que lo único que lo separaba de las puertas de Roma era el Tíber. Majencio había tenido la astucia de destruir todos los puentes para quedar protegido por el río y las imponentes murallas aurelianas que rodeaban la ciudad.

Ocurrieron entonces dos hechos asombrosos. En primer lugar, Constantino soñó que Dios le mostraba un símbolo que debía convertir en su estandarte: se trataba de eso que en la simbología cristiana se conoce como crismón, es decir, una *X (chi)* con una *P (rho)* superpuesta, las dos primeras letras de la palabra *Cristo* en griego y, por lo tanto, su monograma. Obedeciendo el mandato divino, Constantino hizo grabar el emblema cristiano en los escudos y estandartes de su ejército, confiando en que bajo ese signo y con la ayuda de Dios lograría la victoria.

El segundo hecho reseñable fue la decisión estratégica que tomó Majencio quien, después de consultar a sus dioses, abandonó la seguridad que le brindaban tanto las murallas de la ciudad como el Tíber, que le servía de foso. En contra de toda prudencia, él y su ejército cruzaron el Tíber por un puente construido con barcos para encontrarse con Constantino en campo abierto, de espaldas al río. Pese a su superioridad numérica, Majencio tuvo que retroceder hacia el Tíber, donde el Puente Milvio yacía en ruinas. En la confusión de la retirada y ante la ausencia de un puente sólido, Majencio cayó al agua y se ahogó

junto con muchos de sus soldados. Constantino entró en la ciudad aclamado como libertador. Para rendirle honores, el Senado ordenó que se erigiera un monumental arco del triunfo junto al Coliseo, esculpido con escenas de la crucial batalla del Puente Milvio.

La historia del crismón que nos cuenta Lactancio, consejero del emperador, ha quedado confirmada gracias a las monedas acuñadas en tiempos de Constantino, que contienen el símbolo chi-rho. Por mucho que hasta entonces el objeto de su devoción hubiese sido el *Sol Invictus*, Constantino atribuyó su victoria a Cristo y empezó a considerarse un fiel cristiano.

¿Y qué ocurrió con el instigador de la gran persecución? Galerio cayó enfermo un año antes de la batalla del Puente Milvio. Sabiéndose en su lecho de muerte, publicó un decreto de tolerancia religiosa con los cristianos que –por increíble que parezca– incluía una petición de que rezaran por él.

Antes de morir, Galerio nombró sucesor a Licinio, con quien Constantino se reunió en Milán un año después de la batalla del Puente Milvio. Ambos promulgaron un decreto oficial –de aplicación en todo el Imperio– de tolerancia religiosa no solo con los cristianos, sino con cualquier otro credo. Todo el mundo quedaba autorizado a seguir sus convicciones religiosas en paz. Por otra parte, los cristianos cuyas propiedades habían sido injustamente destruidas por el Estado recibirían una compensación económica; y las Escrituras, los vasos sagrados y las iglesias serían restituidas a expensas del gobierno. Esta ley decisiva promulgada en el 313 d.C. se conoce como el Edicto de Milán.

Constantino cumplió su promesa de restitución antes de que se promulgara el decreto. Dos meses después de la victoria, decidió desprenderse de un palacio histórico situado en la colina de Celio recibido como parte de la dote de su mujer, Fausta.

Este patrimonio, que antes perteneciera a la noble familia de Laterani, se donó a la Iglesia para que sirviera de sede de la catedral de la ciudad y de residencia episcopal. Lo que acabó conociéndose como San Juan de Letrán fue residencia papal durante otros mil años. Hoy la basílica continúa siendo la catedral oficial de Roma y la iglesia madre de la cristiandad occidental. La actual residencia papal fue originariamente otro regalo de Constantino a la Iglesia. A los pocos años del Edicto de Milán, Constantino erigió una basílica sobre la tumba de san Pedro en la colina al otro lado del Tíber conocida como Vaticana, donde fue martirizado Pedro.

Cuando el pagano Licinio comenzó a incumplir su promesa y a acosar a los cristianos de Oriente, Constantino retomó la actividad militar. Y en el año 324, tras derrotar fácilmente a Licinio por mar y tierra, se convirtió en el único gobernante del Imperio.

En Oriente la gran persecución se prolongó durante once largos años. La paz que vino a continuación puso fin a trescientos años de persecución intermitente de una joven Iglesia por parte del Estado romano. Constantino no impuso el cristianismo en el Imperio, pero mientras vivió mantuvo la decisión de que no se volviera a forzar nunca más a los cristianos al paganismo.

CONSECUENCIAS

La paz de Constantino fue para la comunidad cristiana motivo de júbilo, pero a la vez también de división. En Egipto y Cartago surgieron nuevos grupos rigoristas que rechazaban a cuantos habían colaborado con las fuerzas del orden de uno u otro modo durante la gran persecución. Si realmente ofrecieron sacrificios a los dioses o si entregaron de verdad las Escrituras (o manuales de medicina y textos heréticos en su lugar), carecía de importancia. Todos ellos eran *traditores* –«traidores»– que ha-

bían puesto en peligro su fe y en quienes ya no se podía confiar. Su mancha se transmitiría a cualquiera que los admitiera a la comunión. Este nuevo cisma rigorista convirtió el de tiempos de Cipriano en un juego de niños y siguió acosando a la Iglesia del norte de África durante los tres siglos siguientes.

No obstante, antes de la victoria final de Constantino sobre Licinio, en Alejandría comenzó a fraguarse una amenaza para la unidad de la Iglesia: un ataque a la verdadera identidad de Jesucristo y a su relación con Dios Padre capaz de envenenar la esencia de la fe cristiana. A esta doctrina no le llevó más de un par de años salpicar a la Iglesia de Alejandría. Sin freno que la detuviera, parecía evidente que podía dividir a la Iglesia de todo el Imperio. Constantino no estaba aún bautizado y entendía poco de teología, pero incluso él se daba cuenta de que había que actuar decididamente contra ese desafío, y hacerlo pronto.

Capítulo 16

NICEA: EL PRIMER CONCILIO ECUMÉNICO

Los contemporáneos de Arrio lo describen como un hombre complicado, austero y serio, cuando no adusto. La descripción encaja con su pasado, porque Arrio había formado parte de una secta egipcia rigorista que se negaba a tener trato con pecadores o con cristianos que lo tuvieran. El obispo de Alejandría hizo lo imposible por acabar con el cisma. Probablemente este afable anciano se mostró demasiado benévolo no solo al admitir de nuevo al sombrío clérigo a la comunión, sino al encomendarle una de las iglesias más famosas del bullicioso distrito portuario de la ciudad, donde a principios del año 313 Arrio ganó muchos partidarios: se dice que más de setecientas vírgenes consagradas y muchas viudas adineradas vivían pendientes de sus labios.

En otros, sin embargo, sus palabras generaban inquietud. «Dios es uno», decía: hasta aquí nada que objetar. No obstante –seguía argumentando–, si Dios es uno y único, entonces Jesús no puede ser también Dios. No cabe duda de que Jesús es la encarnación del Verbo[213]: así lo enseña la Escritura claramente (cfr. *Jn* 1, 1-4). Pero el Verbo es distinto de Dios: no es más que el Hijo Unigénito, el Primogénito, es decir, el único creado directamente por Dios. En otras palabras, Dios creó primero al Verbo de la nada con el fin de poder emplearlo para crear todo lo demás: algo necesario porque las criaturas finitas que Dios quería crear no podrían soportar el formidable poder al que se enfrentarían en caso de que las creara directamente. Por eso el

Dios Omnipotente necesitaba un instrumento, un intermediario; por eso Dios creó el Verbo, la primera de sus criaturas: un Verbo que iba a ser el pincel guiado por la mano del Artista Divino.

Evidentemente –decía Arrio–, puesto que el Hijo fue creado de la nada igual que todo lo demás, hubo un tiempo en que no existía. El Hijo es excelente, no cabe duda; pero, si se trazara una línea para separar al Dios infinito e increado de la naturaleza finita y creada, solo Dios Padre quedaría del lado divino, «sobrenatural», de la línea, mientras que el Verbo quedaría del otro lado junto con nosotros y con el resto del universo creado.

La consecuencia adicional de esta enseñanza resultaba igualmente inquietante: Dios Padre es tan absolutamente trascendente que el Verbo no puede conocerle tal como es. De ahí que tampoco pueda revelárnoslo plenamente a nosotros. Y, si ni siquiera el Verbo es capaz de conocer a Dios, ninguno de nosotros somos capaces de hacerlo. Además, el Verbo, en cuanto criatura, puede cambiar. Eso significa que podría haber pecado, igual que Lucifer; aunque Dios, previendo sus méritos, le concedió la gracia necesaria para evitar que cayera. De modo que, en efecto, se le llama «Hijo», pero solo por adopción y en virtud de la gracia de Dios, que Él necesita tanto como nosotros. Según Arrio y sus discípulos, este Hijo de adopción es completamente distinto e inferior a Dios Padre.

LA HEREJÍA DE LA ELECCIÓN ARRIANA

Al menos tres veces se llama «Dios» a Jesús, el Hijo de Dios Padre, en el Nuevo Testamento, y dieciséis en las *Cartas* de Ignacio de Antioquía[214]. Llamar «Dios» a Jesús y adorarle como tal formaron parte desde un principio del entramado de la vida cristiana. Así lo atestigua claramente el relato más antiguo que nos ha llegado de un martirio cristiano, el de Policarpo:

«Será imposible que nosotros abandonemos a Cristo (…) ni adorar a otro. Porque a Él, siendo el Hijo de Dios, le adoramos, pero a los mártires (…) les respetamos y queremos»[215]. Sin embargo, desde tiempos de Moisés y los profetas, la tradición proclamaba al Señor, nuestro Dios, el único Señor. Hay que reconocer que existe algo más que una ligera tensión entre estas dos afirmaciones aparentemente contradictorias. ¿Cómo se puede adorar como Dios al Padre *y* a su Hijo, y seguir manteniendo que existe un único Dios? No hay ningún texto del Nuevo Testamento que reconcilie intelectualmente y con claridad ambas verdades. Generalmente los cristianos de los dos primeros siglos se abstuvieron de ofrecer una explicación: se limitaban a confesar esa doble verdad, la vivían y se inclinaban con reverencia ante ella.

Para Arrio, ese enfoque piadoso del asunto no hacía sino eludir el riguroso razonamiento necesario para explicar el enigma. Y no fue el primero en ofrecer una explicación racional: en el siglo III ya lo habían intentado otros. En Roma, por ejemplo, los modalistas[216] partían de la unidad esencial de Dios. Su solución fue decir que Dios irrumpió en nuestra historia como Jesús, para luego, tras su ascensión al cielo, regresar de nuevo como Espíritu Santo. Dios es siempre uno: la «Trinidad» no es más que los tres papeles sucesivos desempeñados por el mismo Dios supremo en el transcurso de la historia de la salvación. El modalismo reduce la Trinidad a un espectáculo divino.

Partiendo de la visión típicamente oriental de tres entidades distintas, Arrio resolvió el problema al contrario. Dios es uno porque solo el Padre es verdadero Dios: tanto el Hijo como el Espíritu Santo son criaturas suyas, igual que lo son los ángeles.

Pero, en realidad, Arrio y los modalistas no se contradicen: sus teorías son un ejemplo de la misma clase de elección unila-

teral. Y «elección» es –dicho sea de paso– el significado del término griego *hairesis* o herejía.

Si Dios es verdaderamente infinito y trascendente, la mente humana finita es incapaz de captar enteramente la verdad acerca de Él. Como diría Agustín un siglo más tarde, «si lo comprendes, no es Dios»[217]. Dios no puede resolverse como un problema de matemáticas, ni solucionarse definitivamente como un crucigrama. La obra –y más aún la verdadera naturaleza– de Dios solo puede aparecer ante la mente humana como cualquier otro misterio que se nos suele presentar como un conjunto de paradojas. Dios es uno, pero es tres. Jesús es humano, pero divino. Estas paradojas son verdades en tensión: fuerzan a nuestro cerebro hasta el límite y obligan a la mente humana a inclinarse en señal de reverencia y adoración.

Las herejías surgen cuando un pensador, inquieto por esa tensión, intenta mitigarla eliminando una de las verdades aparentemente contradictorias. La impaciencia ante el misterio lleva a la herejía a intentar dominarlo. Optando por una de las dos partes de la paradoja, pretende racionalizar lo que trasciende la razón humana. Los modalistas preservaban la divinidad del Hijo a costa de su individualidad: el Hijo no es más que un papel representado por Dios, una máscara que Dios se pone temporalmente. Arrio, por su parte, convirtió la distinción entre el Hijo y el Padre en una rígida separación y preservó la unidad de Dios sacrificando la divinidad del Hijo.

Según Arrio, el Padre y el Hijo son dos seres totalmente distintos. El Padre es Dios y el Hijo no lo es. Su explicación atrajo a muchos porque parecía clara, sencilla y lógica. Si es Hijo, ha sido engendrado; y, si ha sido engendrado, ha tenido un principio; y, si ha tenido un principio, no es infinito; y, si no es infinito, no es Dios. La elección de reducir el misterio de Dios a silo-

gismos tan breves y claros como estos constituye una de las señales distintivas de las herejías.

LA ARROGANCIA DE LA HEREJÍA

El obispo de Alejandría, Alejandro, se dio cuenta de que la enseñanza de Arrio atentaba contra la regla de la fe cristiana y creyó que debía de tratarse de un error no intencionado del venerable y anciano sacerdote. Seguramente –pensaba el obispo–, si lo llamamos aparte y le hacemos ver su error, lo entenderá y lo corregirá. Pero Arrio ignoró al obispo y al resto del clero alejandrino, excepto a los pocos que estaban de acuerdo con él.

En el año 320 d.C. Alejandro convocó una reunión de los obispos de Egipto y alrededores. De los cerca de cien que asistieron a ella, ochenta coincidieron en excomulgar a Arrio si no se retractaba de su doctrina errónea, cosa que Arrio, por supuesto, se negó a hacer.

Es esta una muestra típica del otro sello distintivo de la herejía, que se aferra obstinadamente a una opinión particular pese a la rectificación de la Iglesia y de la autoridad establecida[218]. El hereje se considera más sabio que sus colegas, más sabio que sus superiores y más católico que la Iglesia. Obligado a elegir entre la doctrina de la Iglesia y la suya, prefiere la suya. De ahí que la herejía se caracterice por una doble arrogancia: al negarse a inclinarse ante el misterio, se niega a inclinarse ante la Iglesia.

El orgullo de Arrio se hace aún más evidente si lo comparamos con la actitud de Orígenes, el gran teólogo alejandrino que vivió y enseñó un siglo antes:

> Quisiera ser un hijo de la Iglesia; no ser conocido como el fundador de alguna herejía, sino llevar el nombre de Cristo; quisiera llevar este nombre que es bendición

> en la tierra. Este es mi deseo: que mi espíritu, como mis obras, me den derecho a ser llamado cristiano (…). Si yo, que a los ojos de los demás soy tu mano derecha, yo, que llevo el nombre de sacerdote y tengo por misión anunciar la Palabra, llegase a cometer alguna falta contra la enseñanza de la Iglesia o contra las normas del Evangelio y convertirme así en escándalo para la Iglesia, que toda la Iglesia, por decisión unánime, me separe, a mí, su derecha, y me eche lejos de ella[219].

En vez de adoptar la actitud de Orígenes y someterse humildemente, Arrio huyó a Egipto y encontró refugio junto a Eusebio, obispo de Nicomedia y antiguo compañero de estudios. Estos dos aliados teológicos habían recibido la enseñanza de la inferioridad del Hijo de su maestro, Luciano de Antioquía, que murió mártir en el 312 d.C. durante la gran persecución. Ambos empezaron a buscar apoyos entre los obispos de varias ciudades –la mayoría exalumnos de Luciano– hasta formar un compacto grupo de líderes influyentes. Además de estas maniobras políticas, Arrio transmitió sus ideas a las masas a través de tonadas pegadizas. Los marineros alejandrinos que hacían escala en el puerto de Nicomedia aprendieron estas salomas teológicas y las trasladaron a Alejandría y a todos los puertos del Mediterráneo.

EL PRIMER CONCILIO ECUMÉNICO

Esta era la inestable situación con que se encontró Constantino nada más llegar a Nicomedia para ocupar el palacio imperial. Inmediatamente, encargó a su asesor eclesiástico, el obispo hispano Osio, el examen de la controversia y convocó una asamblea de obispos en la cercana ciudad de Nicea[220] con intención de resolver el asunto.

Las reuniones de obispos, llamadas sínodos o concilios, se celebraban desde finales del siglo II para tratar temas de disciplina y doctrinales[221]. Tenían un alcance fundamentalmente local y no pretendían dirigirse de forma categórica a toda la Iglesia católica. Hasta entonces ningún emperador cristiano había convocado nunca un concilio, como tampoco ningún concilio se había enfrentado a un asunto tan crucial para la esencia de la fe cristiana desde el Concilio apostólico de Jerusalén (cfr. *Hch* 15). Poco después de celebrarse, fue calificado de concilio «ecuménico» o universal para distinguirlo de los sínodos regionales que formaban parte de la vida diaria de la Iglesia. El término *ecuménico* deriva de la palabra griega *oikia* («casa») y significa «perteneciente al mundo entero», cuyos límites solían identificar los romanos con los del Imperio. Desde el punto de vista de la Iglesia, un concilio ecuménico puede entenderse como una reunión representativa de obispos procedentes de toda la «casa» de la fe –la Iglesia católica o universal– que se ocupa de asuntos vitales para todos y, por lo tanto, toma decisiones vinculantes para todos.

Ni el término ni la definición de «concilio ecuménico» se empleaban todavía cuando en el año 325 el concilio se reunió en Nicea. Aun así, cuantos asistieron a aquel solemne encuentro eran claramente conscientes de que participaban en un acontecimiento histórico sin precedentes.

Naturalmente, allí estaban Arrio, Eusebio y sus partidarios, así como el obispo de Alejandría –que había excomulgado a Arrio– y los de Antioquía y Jerusalén, que lo apoyaban; y también el emperador, acompañado de su asesor, el obispo Osio. Quince años antes, durante la gran persecución, varios de los obispos presentes habían sufrido la cárcel y las torturas, que hicieron perder a Pablo de Neocesarea el uso de ambas manos.

Pafnucio de Egipto, a quien le habían sacado un ojo e inutilizado una pierna, recibió un beso y un abrazo de Constantino cuando el anciano guerrero entró cojeando en el concilio.

Los sínodos anteriores habían seguido por regla general los procedimientos senatoriales romanos. Según la tradición, el emperador asistía a las deliberaciones, pero carecía de voto. Eso fue lo que ocurrió en Nicea. El procedimiento romano establecía también que el senador veterano fuese siempre el primero en tomar la palabra, en votar y en firmar cualquier decreto: un puesto de honor reservado al obispo de Roma debido a la importancia de su sede. Aunque este no pudo asistir, se hallaba representado por dos legados que firmaban en su lugar. El obispo allí presente cuyo nombre nos resulta más familiar –otro confesor de la fe durante la persecución– no era otro que Nicolás de Mira, el querido Santa Claus[222].

Nadie sabe con certeza cuántos obispos asistieron al concilio: uno de los participantes afirma que 250 y otro apunta a 300. El número acabó fijándose simbólicamente en 318, tantos como los criados de Abraham que acudieron armados al rescate de su familia (cfr. *Gn* 14, 14). Sería maravilloso poder disponer de una copia de las actas del concilio, junto con una lista de los asistentes y el texto de sus intervenciones; pero, si dicha información existió alguna vez, no nos ha llegado.

Lo que sí sabemos en que en Nicea los obispos hicieron algo que no había sucedido en los concilios de la Iglesia anteriores al año 325 d.C., y que consistió en plasmar su enseñanza redactando un Credo que todos estaban obligados a aceptar y promover como principios universales de la verdadera fe cristiana. Hasta entonces los credos se empleaban casi exclusivamente para la instrucción y el bautismo de los nuevos cristianos. Su expresión literal variaba ligeramente de unas ciudades a otras. Los

obispos o «padres» del Concilio de Nicea –así se les acabó conociendo– tomaron un credo bautismal local y lo corrigieron cuidadosamente para que las palabras definieran con nitidez la divinidad de Cristo, excluyendo la doctrina de Arrio. Después de afirmar positivamente lo que la Iglesia cree, la declaración dogmática prosigue condenando las opiniones de Arrio incompatibles con la auténtica fe cristiana. Quienes continuaran manteniendo con contumacia esas opiniones quedarían automáticamente excomulgados o –haciéndose eco de las palabras de san Pablo– anatematizados[223]:

> Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador de todo lo visible e invisible; y en un solo Señor Jesucristo, Hijo de Dios, engendrado como unigénito del Padre, es decir, de la substancia [*ousia*] del Padre,
>
> Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza [*homoousios* o consubstancial] del Padre, por quien todo fue hecho, lo que hay en el cielo y en la tierra;
>
> que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió, se encarnó e hizo hombre, padeció, fue crucificado y resucitó al tercer día, ascendió a los cielos y vendrá a juzgar a vivos y muertos; y en el Espíritu Santo.
>
> Pero quien afirme que «hubo un tiempo en que el Hijo no existía», y que, «antes de ser engendrado, no existía», y que «surgió de la nada», o quien afirme que el Hijo de Dios es de otra hipóstasis o naturaleza [*ousia*], o que es mudable o cambiable, caiga sobre él el anatema de la Iglesia católica[224].

Aunque se habían hecho varios intentos de redactar este Credo empleando únicamente lenguaje escriturístico, los resultados carecían de la claridad y la firmeza necesarias para expresar la fe de la Iglesia de un modo que descartase completamente cualquier interpretación arriana. Por eso se decidió utilizar dos términos técnicos ausentes en la Escritura: *ousia* («ser» o «sustancia») y *homoousios* («consustancial» o «de la misma sustancia»). Se trataba de dejar perfectamente claro que Jesús no es un ser inferior a Dios Padre, sino que el Padre y el Hijo son igualmente divinos. Para Arrio los términos «engendrado» y «creado» eran sinónimos, al contrario que para el concilio. El Padre genera o engendra al Hijo desde toda la eternidad: *no* lo crea de la nada en un momento determinado del tiempo.

Casi todos los padres conciliares se mostraron dispuestos a descartar por completo el arrianismo como una forma de cristianismo admisible y accedieron a utilizar el término *homoousios* por considerarlo una ayuda para llevar a cabo su misión. No obstante, muchos de los que admitieron el uso del término albergaban ciertas reservas. Sus objeciones pueden resumirse fundamentalmente en cuatro:

1. Aunque Orígenes, el ilustre alejandrino, había empleado *homoousios* para ayudar a esclarecer la doctrina de la Trinidad, al parecer había tomado el término de los herejes gnósticos. Otro hereje del siglo III que utilizó el término con un sentido totalmente heterodoxo también había sido condenado. Por lo tanto, el término estaba teñido de connotaciones heréticas.
2. En griego *homoousios* puede significar «de la misma materia», pudiendo dar a entender que la divinidad es algo material dividido en Padre e Hijo.

3. *Homoousios* se podía emplear también para insinuar que el Padre y el Hijo eran exactamente la misma persona, como hacían los herejes modalistas. De hecho, uno de los obispos que defendían el uso del término mostraba una fuerte tendencia modalista; lo cual venía a confirmar las sospechas de otros obispos de que el empleo del término era desaconsejable.
4. *Homoousios* no es un término escriturístico. Esto era quizá lo que más inquietaba a muchos obispos conservadores.

Solo dieciocho obispos se plantearon si suscribir o no el Credo. Al final, todos menos Arrio y dos de sus partidarios más acérrimos estamparon su firma en él. Después de abandonar Nicea, Constantino escribió a todas las Iglesias del Imperio exhortando a obedecer al concilio:

> Lo que se ha recomendado al juicio de trescientos obispos no puede ser sino la doctrina de Dios, ya que el Espíritu Santo, quien mora en las mentes de todos estos hombres formales, los ha iluminado eficazmente respecto a la voluntad divina. Así pues, no vacile ninguno ni se resista, sino regresemos todos con presteza al camino indubitable de la fe; para que, cuando me reúna con vosotros, sea lo antes posible, pueda junto con vosotros dar merecidas gracias a Dios, conocedor de todas las cosas, por haber revelado la fe verdadera y haberos restaurado en el amor que habéis implorado[225].

Arrio y los otros dos rebeldes fueron desterrados. Al cabo de un año, el astuto cabecilla arriano Eusebio de Nicomedia fue a reunirse con ellos. Constantino y la mayoría de los obispos esta-

ban exultantes: el Espíritu Santo había hablado a través de los padres conciliares. Asunto concluido.

Capítulo 17

ATANASIO CONTRA EL MUNDO

No fueron solo emperadores y obispos los que ocuparon las salas del concilio en Nicea. Algunos obispos llevaban asistentes personales que estaban presentes en las sesiones. El obispo de Alejandría, Alejandro, iba acompañado de un joven secretario llamado Atanasio que le servía también de consejero. El muchacho, que rondaba los veinte años, no tenía derecho a voto: al fin y al cabo, solo era diácono; pero no cabe duda de que dejó su huella en el concilio al presentarse como defensor de la causa nicena. Este joven precoz tenía algo en común con Miguel Ángel, el insigne escultor. Ambos fueron autores de una célebre obra maestra recién cumplidos los veinte: en el caso del italiano, su famosa Pietà; en el del diácono Atanasio, un breve tratado titulado *Sobre la encarnación*, reconocido como uno de los clásicos teológicos más importantes de todos los tiempos.

LA OBRA MAESTRA DE UN AUTOR NOVEL

Atanasio no escribió su librito para ofrecer argumentos en contra del arrianismo; de hecho, ni siquiera lo menciona[226]. En realidad, se trata de una profesión positiva de la fe en Cristo recibida de su maestro mártir, el obispo Pedro, y de una alabanza al Verbo divino que se hizo hombre para dar su vida por nosotros. El tratado iba dirigido en buena medida a sus hermanos creyentes, aunque Atanasio lo concluye con un vehemente llamamiento a los no creyentes a aceptar la persona de Jesucristo y la victoria de su cruz.

Escrito antes del año 318, que marca el inicio de la herejía arriana, es posible que el tratado contribuyera a avivarla, ya que en él se insiste una y otra vez en la divinidad del Hijo. A lo largo de toda la obra Atanasio se refiere a Cristo como el «Dios Verbo». Aunque admite claramente la dificultad de entender cómo el Dios infinito ha podido unirse a un cuerpo humano finito, en lugar de resistirse a esta paradoja, Atanasio se deleita en ella, se maravilla y la celebra. Una de las propiedades de Dios es que puede estar presente en todas partes al mismo tiempo, cosa que ninguna criatura finita, ni siquiera un ángel, es capaz de hacer. Este Dios Verbo omnipresente, al unirse a la carne de Jesús de Nazaret, se halla simultáneamente presente en toda la creación, ordenándolo todo:

> Al estar en el cuerpo humano y darle vida, daba vida igualmente a todas las cosas y a la vez nacía en todos y estaba fuera de todos (…). No estaba atado al cuerpo, sino más bien lo dominaba, de tal manera que estaba en él y en cada ser[227].

El hecho de que el Inmortal muriera, y que lo hiciera con la muerte más ignominiosa de todas, clavado en la cruz, es una magnífica paradoja; que la cruz, símbolo de la deshonra y la tortura, se convirtiera en símbolo de la victoria constituye la espléndida ironía del Evangelio:

> No ha permitido que la propia creación guarde silencio, sino que –y esto es admirable– incluso en su muerte, o más bien en su victoria sobre la muerte, quiero decir en la cruz, toda la creación confesaba que el que se

> hacía conocer y sufría en su cuerpo no era simplemente un hombre, sino el Hijo de Dios y el Salvador de todos. En efecto, cuando el sol retrocedió, cuando la tierra tembló, cuando las montañas se hendieron, todos fueron asaltados por el temor; pero todos estos prodigios indicaban que el que estaba sobre la cruz era el Cristo Dios y que toda la creación era su esclava, dando testimonio por su temor de la presencia de su Señor. Es así, pues, como el Dios Verbo se manifestó a los hombres mediante sus obras[228].

En el transcurso de los años –y también hoy en día– hay quienes se han preguntado qué diferencia hay entre que Jesús sea o no sea verdadero Dios. Al propio Constantino, cuando oyó hablar por primera vez de la controversia arriana, le extrañó el motivo de tanto revuelo. Atanasio, sin embargo, comprendía que la divinidad de Cristo es en realidad el eje de nuestra salvación. Si Cristo solo es una criatura, el Evangelio no sería tan buena nueva.

En el Nuevo Testamento la salvación no se presenta únicamente como la anulación de nuestra condena causada por el pecado. Tampoco el pecado es solamente una transgresión inscrita en el registro de Dios. Para Atanasio y para la tradición católica que este representa, el pecado ha causado en nosotros, en esta vida y en la otra, «disolución… ruina… muerte… corrupción… debilidad»[229]: ha corrompido la imagen gloriosa de Dios en nosotros y dañado horriblemente la magnífica creación de Dios. Pero, como señala Atanasio, la creación solo puede ser renovada por su Creador, y solo quien nos ha hecho a su imagen y semejanza es capaz de restaurar esa imagen en nosotros[230].

No obstante, la salvación implica algo más que sanar nuestra humanidad herida: conlleva también elevarnos a nosotros, simples criaturas, a participar de la naturaleza divina (cfr. *2 P* 1, 3-4). Esa naturaleza divina que hemos de compartir ya ahora es la entrega de uno mismo, la energía creadora llamada *agape* o caridad. En otras palabras, la vida eterna que nos ha sido ganada no es eterna porque se trate de una experiencia sin final de la existencia humana que ya conocemos. No: es una clase de vida cualitativamente diferente; es eterna porque consiste en una participación en la vida del Eterno. La salvación es origen del mismo amor que creó el universo y resucitó de la muerte para habitar en los corazones de los hombres. Solo Aquel que es Dios y posee en plenitud la naturaleza divina puede conferirnos esa naturaleza por medio de la gracia. Si Cristo nos diviniza, necesariamente tiene que ser divino. Solo Aquel que es Dios puede hacernos semejantes a Dios. Siglo y medio antes, Ireneo había dicho que Jesucristo se hizo como nosotros para que nosotros nos hiciéramos como Él. Retomando esta tradición, Atanasio la expresa en una sentencia que se ha hecho clásica: «Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios»[231].

Si Cristo no es más que un semidiós, un intermediario inferior a Dios, no se trata realmente del Emmanuel, del Dios con nosotros, sino de un emisario enviado por un Dios tan lejano y trascendente que prefiere mantenernos a distancia; y, si ese emisario transmite las órdenes del Soberano, pero no lo conoce directamente, no puede revelarnos a Dios tal cual es. Entonces estaríamos condenados a obedecer a Dios sin conocerlo realmente. Puede que nos hayamos salvado del fuego del infierno, pero nunca seremos admitidos a la visión beatífica del cielo en que lo contemplaremos cara a cara en todo su esplendor y belleza.

Atanasio es plenamente consciente de que la salvación que se nos da incluye el conocimiento del Padre y una intimidad real con Él; y sabe también que comienza aquí y ahora, aunque solo alcance su plenitud en la eternidad. Esto solo es posible si el Verbo que se ha hecho hombre es verdadero Dios. Según Atanasio, no valdría la pena vivir si no tuviéramos la esperanza de conocer a Dios:

> [Dios] se compadeció de nuevo del género humano, porque era bueno, y no los dejó vacíos de su conocimiento, para que no tuvieran una existencia inútil (…). ¿Por qué Dios los había creado, si no quería ser reconocido por ellos? De ahí que, para que no ocurriera esto, como era bueno, los hizo partícipes de su propia imagen, nuestro Señor Jesucristo, y los creó a su imagen y semejanza. De modo que, comprendiendo la imagen a través de una gracia tal (me refiero al Verbo del Padre), fueran capaces de hacerse una idea, a través de él, del Padre y, conociendo a su creador, vivieran una vida realmente feliz y bienaventurada[232].

NICEA SE DESINTEGRA

El libro de Atanasio expone la tradición continuada de la Iglesia desde el Nuevo Testamento hasta nuestros días, que quedó cristalizada en el Credo niceno, el primer dogma definido de la historia cristiana. Por desgracia, lo que parecía un consenso definitivo no tardó mucho en deshacerse.

Desterrado o no, Eusebio, el zorro de Nicomedia, guardaba estos ases en la manga: su parentesco con la familia de Constantino; a Helena, la madre de Constantino, muy apegada a Luciano, el mentor mártir de Arrio y Eusebio; y a Constancia, la

hermanastra de Constantino, que tenía en Eusebio a su guía espiritual. Tres años después del concilio, y probablemente influido por Helena y Constancia, Constantino decretó una amnistía que devolvió a Eusebio y a otros arrianos sus sedes episcopales. Habrán aprendido la lección –pensaba ingenuamente Constantino-: ahora se trata de olvidar, perdonar y seguir adelante.

Ese mismo año murió el obispo de Alejandría y, con apenas treinta años, el diácono Atanasio fue elegido su sucesor. Pocos años después, el emperador hizo llamar a Arrio del destierro y ordenó a Atanasio, su nuevo obispo, que lo readmitiera. Atanasio, convencido de que su arrepentimiento era una pantomima, se negó rotundamente. Viéndose rechazado por Alejandría, Arrio se trasladó a Constantinopla. Por ironías de la vida, la noche antes de su reconciliación sufrió un problema intestinal y murió a consecuencia de una hemorragia. Hacía mucho tiempo que lo habían sustituido como líder de la facción que llevaba su nombre, por lo que la rebelión continuó adelante sin él.

Eusebio, que había recuperado su posición como principal consejero eclesiástico del emperador y guardaba en su memoria el daño infligido por Atanasio a la causa arriana en Nicea, comenzó a maquinar su caída. Por si acaso, planeó también la desaparición de todos los que, junto con Atanasio, defendían la fe nicena. En pocos años, valiéndose de insinuaciones y falsas acusaciones, se las arregló para que todos los principales líderes nicenos acabaran destituidos o desterrados. Y Atanasio se encontró de camino a Tréveris[233], en Alemania, donde recibió una cálida acogida del obispo.

Constantino murió dos años después, en el 337 d.C. No fue enterrado con la púrpura imperial, sino con las vestiduras blancas de los recién bautizados después de recibir el sacramento de manos del arriano Eusebio. A Atanasio y a otros desterrados se

les permitió volver; pero el sucesor de Constantino en Oriente, su hijo Constancio, no había asistido al concilio y cayó enseguida bajo el hechizo de su primo Eusebio, quien le convenció de que el «estricto» Credo niceno era poco conveniente políticamente. La unidad del Imperio estaría mejor asegurada con un Credo impreciso y lo suficientemente inclusivo para aunar a todos: entre ellos, a Eusebio y a sus amigos arrianos. De modo que Atanasio acabó de nuevo en el destierro. Esta vez el papa Julio le invitó a Roma, donde se refugió los seis años siguientes.

El pueblo egipcio quería a Atanasio y deseaba que volviera. Antonio, el célebre eremita, llegó a escribir una carta al emperador protestando por su destierro. Así que, cuando Constancio precisó el apoyo militar del emperador de Occidente, entusiasta partidario de Atanasio, decidió invitar al célebre alejandrino a recuperar su sede. Las multitudes salieron a recibir a Atanasio antes incluso de su llegada a la ciudad, felices de ver a su padre de vuelta. Mientras tanto, Constancio aguardaba su momento.

El emperador de Occidente, partidario de la fe nicena, murió en el año 350, dejando a Constancio al frente de todo el Imperio. Dos años después al papa que había protegido con firmeza a Atanasio le sucedió Liberio, de temperamento mucho más débil. Constancio aprovechó la ocasión para animar a los ochenta obispos de Oriente a firmar una carta condenando a Atanasio que le fue remitida al nuevo papa, quien se limitó a ignorarla. Constancio y la facción arriana comprendieron que, si querían acabar con Atanasio, antes debían socavar el sólido apoyo con que contaba en Occidente. Entonces el emperador convocó sínodos en la Galia y en Italia y envió a algunos obispos arrianos de Oriente para controlarlos. Los representantes imperiales presionaron a los obispos asistentes para que firmaran una condena contra Atanasio, lo que implicaba la reprobación de Nicea. A

quienes opusieron resistencia los destituyeron y ordenaron su destierro. El papa Liberio, que se negó a colaborar, fue detenido y sometido a arresto domiciliario en Tracia con un obispo arriano como carcelero. En el 356 d.C. el anciano consejero de Constantino, Osio de Córdoba, a quien también se le ordenó firmar, escribió a Constancio:

> Yo fui confesor de la fe cuando la persecución de tu abuelo Maximiano. Si tú la reiteras, dispuesto estoy a padecerlo todo, antes que a derramar sangre inocente ni ser traidor a la verdad (…). No te mezcles en cosas eclesiásticas ni aspires a enseñarnos, puesto que debes recibir lecciones de nosotros. Dios te confió el Imperio, a nosotros las cosas de la Iglesia. El que usurpa tu potestad, contradice a la ordenación divina: no te hagas reo de un crimen mayor usurpando los tesoros del templo (…). Ni a nosotros es lícito tener potestad en la tierra, ni tú, emperador, la tienes en lo sagrado[234].

La respuesta de Constancio al amigo de su padre consistió en arrestarlo. Una vez sometidos los obispos de Oriente y Occidente, Constancio se hallaba en condiciones de ir por Atanasio. La noche del 8 de febrero del 356, mientras Atanasio asistía a una vigilia entonando salmos con sus fieles, las fuerzas imperiales irrumpieron en la catedral y lanzaron una lluvia de flechas. Entre los gritos de los heridos y los cuerpos de los muertos, algunos miembros del clero consiguieron sacar de la catedral al obispo, quien desapareció inmediatamente en pleno desierto egipcio, refugiado entre los monjes que se contaban entre sus más acérrimos partidarios.

Durante los seis años siguientes, los monjes lo mantuvieron oculto trasladándolo de escondite en escondite, siempre un paso por delante de los gendarmes. Entretanto, Atanasio entabló una guerra de guerrillas contra los arrianos, lanzando un constante bombardeo de textos que los condenaban y exponían la fe de la Iglesia tal y como había quedado definida en Nicea.

LA VIDA DE ANTONIO

¿Quiénes eran esos hombres que dieron asilo al obispo proscrito durante seis largos años? Ya en tiempos del Nuevo Testamento hubo algunos cristianos que optaron por llevar una vida de oración, celibato y penitencia por el reino de Dios. Se trataba de vírgenes y viudas consagradas que vivían en las ciudades y participaban en la vida de las Iglesias locales. Había también hombres célibes, como san Pablo y Orígenes, que llevaban una vida activa de predicación y enseñanza. No obstante, desde al menos el siglo III existen datos de hombres que abandonaban la vida corriente y se instalaban a las afueras de las ciudades egipcias, donde se entregaban a una vida de oración más contemplativa. Algunos los llamaban «ascetas», a partir del término griego que significa disciplina; otros los conocían como «anacoretas» –de la palabra griega aplicada a quienes «se retiran de la ciudad»–, ya que vivían al margen de la vida organizada de las ciudades; y otros, como «monjes» –o los que viven solos, del griego *monos*–.

De todos ellos el más conocido era uno llamado Antonio. Los relatos acerca de él corrían de boca en boca por todo el Imperio. Atanasio lo conoció cuando aún era un joven obispo y, en la época en que salió huyendo de Constancio, mantenía una estrecha y cálida relación con este hombre santo. Antonio murió durante el primer año de destierro de Atanasio en el desierto, a la avanzada edad de 104 años. Poco después Atanasio deci-

dió escribir su biografía, la cual –sacada clandestinamente del desierto– se tradujo al latín y se convirtió enseguida en un auténtico éxito tanto en Oriente como en Occidente. Pese a la importancia de *Sobre la encarnación* y sus posteriores escritos antiarrianos, esta biografía ha sido la obra de Atanasio con mayor influencia y difusión, y se cuenta entre los libros cristianos más famosos de todos los tiempos.

La obra, la primera vida de santos de la historia cristiana, se convirtió en el paradigma de todo un nuevo género de la literatura cristiana. Además de difundir la vida monástica, contribuyó a innumerables conversiones en el transcurso de la historia[235] y a muchas reformas monásticas. Cerca de una década después, san Basilio la calificó de Regla de vida monástica en forma de narración.

No obstante, la *Vida de Antonio* trataba de algo más que de la vida monástica: ofrecía también un ejemplo del significado de esa fe en Dios Verbo acerca de la cual Atanasio había escrito en *Sobre la encarnación* y que Nicea había definido como dogma. De hecho, la vida de Antonio demostraba que el poder de Cristo solo podía ser divino. En el caso de Antonio, ese poder hizo de un joven inculto un sabio cristiano cuya intimidad con Dios fue intensificándose hasta el momento de su muerte. A lo largo de ese viaje espiritual, Antonio venció una y otra vez a los demonios, consciente de que era el poder de Cristo que actuaba en él el que le daba la victoria. A través de él Cristo obraba curaciones y exorcismos, pero Antonio no se cansa de repetir que también los demás pueden ganar las batallas contra el demonio y la enfermedad, ya que ese mismo Verbo divino obrará en y a través de ellos. El libro recoge la anécdota de varios filósofos griegos paganos que acuden a entablar un diálogo con el inculto Antonio y descubren que sus racionales silogismos no igua-

lan esa sabiduría sencilla y clara que es fruto de una fe humilde. En Antonio hallamos encarnada la divinización que Atanasio había descrito en *Sobre la encarnación*, algo que jamás podría surgir del Cristo de los arrianos.

Cuenta Atanasio que, cuando Antonio se enteró de que los arrianos le pedían que apoyara su doctrina, aquel monje habitualmente pacífico se enfadó tanto que salió de su reclusión para dirigirse a Alejandría a dejar las cosas claras. Allí condenó públicamente a los arrianos, afirmando que no eran mejores que los paganos que «adoran a la criatura en lugar del Dios creador»[236].

UN SUEÑO Y UNA PROFECÍA

Atanasio recoge un sueño de Antonio durante los últimos años de su vida tras el cual quedó deshecho en lágrimas. Esto fue lo que contestó cuando el resto de los monjes le preguntaron qué ocurría:

> «La ira de Dios está a punto de golpear a la Iglesia, y ella está a punto de ser entregada a hombres que son como bestias insensibles. Pues vi la mesa de la casa del Señor y había mulas en torno rodeándola por todas partes y dando coces con sus cascos a todo lo que había dentro, tal como el coceo de una manada briosa que galopaba desenfrenada. Vosotros oísteis cómo me lamentaba; es que escuché una voz que decía: "Mi altar será profanado"». Así habló el anciano. Y dos años después llegó el asalto de los arrianos y el saqueo de las iglesias, cuando se apoderaron a la fuerza de los vasos y los hicieron llevar por los paganos[237].

No obstante, en cuanto terminó de describir ese horrible espectáculo y contempló los rostros abatidos de los suyos, continuó con esta profecía:

> «No os descorazonéis, hijos míos, aunque el Señor se ha enojado, nos restablecerá después. Y la Iglesia recobrará rápidamente la belleza que le es propia y resplandecerá con su esplendor acostumbrado. Verán a los perseguidos restablecidos y a la irreligión retirándose de nuevo a sus propias guaridas, y a la verdadera fe afirmándose en todas partes con completa libertad. Pero tened cuidado de no dejaros manchar con los arrianos. Toda su enseñanza no es de los Apóstoles, sino de los demonios y de su padre, el diablo. Es estéril e irracional, y le falta inteligencia, tal como les falta el entendimiento a las mulas»[238].

Es probable que Atanasio escribiera estas palabras en el año 357, el siguiente a la muerte de Antonio. Al obispo ya lo habían desterrado tres veces y en ese momento un usurpador arriano ocupaba su catedral. Por eso es lógico que pensara que ya había presenciado lo que Antonio describía en su inquietante sueño. Sin embargo, Atanasio no sabía que lo peor aún estaba por llegar. En los años siguientes los arrianos radicales fueron ganando terreno y obligaron a muchos a suscribir un Credo que san Hilario de Poitiers llama «la blasfemia» y que contradice en lo esencial al de Nicea:

> Puesto que muchas personas se han perturbado sobre las cuestiones sobre la sustancia, que en griego se llama

> *ousía* (…) sobre el *homooúsion* u *homoioúsion*, tales cosas no han de mencionarse (…). No hay duda alguna de que el Padre es superior. Nadie puede dudar de que el Padre es mayor que el Hijo en honor, dignidad, esplendor, majestad… que el Padre es mayor y que el Hijo está subordinado al Padre, juntamente con todas las cosas que el Padre le subordinó; y que el Padre no tiene principio y es invisible, inmortal e impasible, mientras que el Hijo fue engendrado por el Padre[239].

La maniobra de los radicales causó la indignación de todas las partes. A algunos obispos moderados les preocupaba el uso del término *homoousios* porque podía interpretarse como que el Padre y el Hijo eran exactamente la misma persona y propusieron otro término, *homoiousios* (de naturaleza *semejante*, y no de la *misma* naturaleza)[240]. Con este nuevo Credo los nicenos acérrimos como Atanasio y un buen número de orientales moderados quedaban condenados. De ahí que el inquieto sector «moderado» convenciera al emperador de que este Credo le convenía aún menos que el de Nicea, por lo que eran necesarios un nuevo concilio y un nuevo Credo. No obstante, el Credo que tanto los obispos de Oriente como los de Occidente se vieron obligados a suscribir en el concilio[241] convocado no era mucho mejor que «la blasfemia»:

> Como el término *ousia* (esencia), que fue usado por los padres en una forma simple e inteligible, no ha sido entendido por la gente y ha sido causa de tropiezo, consideramos apropiado rechazarlo, al no estar contenido en los escritos sagrados, y que no se mencione en el futuro, en vista de que las santas Escrituras en ninguna

> parte hablan de la sustancia del Padre y del Hijo (…) Pero afirmamos que el Hijo es semejante (*homoios*) al Padre[242].

Constancio estaba entusiasmado: por fin un Credo lo suficientemente vago para que prácticamente cualquiera pudiera suscribirlo; que prohibía el uso de la controvertida palabra de Nicea; y que en realidad no contenía ninguna afirmación positiva, ya que se abstenía de especificar de qué modo o en qué grado el Hijo es semejante al Padre. Prácticamente todos los obispos de Oriente y Occidente presentes suscribieron el Credo, bien engañados, bien a la fuerza. Dos generaciones después, refiriéndose a su aprobación, san Jerónimo escribía: «El mundo despertó con un gemido sabiéndose arriano»[243]. Entretanto, desde su guarida en el desierto, Atanasio clamaba contra ellos y exhortaba a la resistencia.

UNA SALIDA INSÓLITA

En el año 361, unas fiebres acabaron con la vida de Constancio poco después de recibir el bautismo de un obispo arriano. Antes de exhalar su último suspiro, nombró sucesor a su primo Juliano, quien de niño había recibido instrucción de Eusebio de Nicomedia, por lo que estaba formado y bautizado en el cristianismo arriano. No obstante, nada más subir al poder abjuró públicamente de Cristo y anunció su intención de devolver a Roma su grandeza pagana. Atanasio y otros obispos desterrados fueron restituidos en sus sedes: Juliano confiaba en que, dejándolos a su suerte, arrianos y nicenos se lanzaran mutuamente al cuello y se aniquilasen entre ellos.

No obstante, el empleo que hizo Atanasio de su nueva libertad una vez en Alejandría tomó por sorpresa a Juliano. El obis-

po se dio cuenta de que los arrianos radicales habían cometido un error táctico al imponer el Credo conocido como «la blasfemia», pues habían quedado desenmascarados y revelado sus planes. La razón de haber llegado tan lejos era el hábil engaño utilizado con los moderados –empezando por el emperador Constantino– al hacerles creer que en realidad ellos no negaban la divinidad de Cristo: simplemente querían expresarla de un modo diferente. Su extremismo descarado había enojado a sus antiguos aliados, cuya divisa era la palabra «*homoiousious*» (de naturaleza semejante al Padre).

Algunos nicenos acérrimos no estaban dispuestos a tratar con estos obispos, a quienes consideraban de la facción arriana. Pero Atanasio comprendió un principio que nunca ha sido suficientemente valorado en las controversias en torno a la doctrina cristiana: que la ortodoxia no es cuestión de terminología. Lo verdadero o falso no es el término en sí, sino el significado que se pretende con él. Las palabras son intrínsecamente equívocas: distintas personas pueden emplear los mismos términos con significados muy diferentes.

De ahí que invitara a los «viejos» nicenos, que defendían el *homoousios*, y a los moderados, que preferían el término *homoiousios*[244], a asistir a una «conferencia de paz» en Alejandría, donde fue preguntando uno a uno a los primeros qué querían decir con el término por el que habían optado. A los que le explicaban que no eran modalistas –los cuales negaban la distinción de personas entre el Padre y el Hijo– los admitía a la comunión. A continuación preguntó a los «semiarrianos» por qué preferían el otro término, y a quienes le explicaban que no negaban la igualdad del Padre y del Hijo los admitía también a la comunión. Al escuchar las explicaciones de la otra parte, los dos grupos hasta entonces antagonistas comprendieron que estaban

luchando por la misma verdad empleando términos distintos y se convirtieron en aliados. Aquello significó un logro épico que sentó las bases de una sólida coalición contra la minoría arriana, la cual, gobernada por un emperador apóstata, había dejado de contar con el apoyo imperial.

En cuanto Juliano se enteró de lo que había hecho Atanasio, montó en cólera y lo desterró por cuarta vez acusándolo de «perturbar la paz y mostrarse hostil a los dioses». Esta vez el obispo no se escondió muy lejos de la ciudad. En una ocasión, mientras navegaba por el Nilo, uno de sus amigos le informó de que una galera imperial los seguía de cerca. Atanasio ordenó dar media vuelta y su barco enfiló directamente hacia la galera. Al acercarse, un oficial les dio el alto y preguntó: «¿Habéis visto a Atanasio, el enemigo del emperador?». Y fue el propio Atanasio quien contestó gritando: «¡No está lejos! ¡Remad aprisa si queréis alcanzarlo!». Ellos le agradecieron la información y enseguida dejaron atrás el barco de Atanasio, quien regresó a puerto sano y salvo[245].

¿EL FINAL DE LA HISTORIA?

En el año 363, a la muerte de Juliano, la victoria parecía decantarse del lado de los nicenos. El nuevo emperador, Joviano, estaba claramente de su parte. A Atanasio se le restituyó de nuevo en su sede. Pero ese mismo año murió Joviano y, por desgracia, Valente, el nuevo emperador de Oriente, demostró ser aún más proarriano que Constancio. Atanasio volvió a sufrir el destierro, pero esta vez recuperó su sede tras una batalla legal que se prolongó varios meses. No obstante, Valente se mostró mucho más cruel que Constancio. Cuando quedó vacante la sede de Constantinopla, promocionó a un puesto tan ilustre al obispo tracio que había actuado como carcelero del papa y ordenó

quemar vivos a los ochenta eclesiásticos que protestaron por ello.

En cuanto a Atanasio, durante sus cuarenta y cinco años de episcopado vivió cinco veces desterrado: diecisiete años en total. En el momento de su muerte (373 d.C.) había sobrevivido a la mayoría de sus enemigos. Luchó incansablemente –a veces, prácticamente solo– por la verdad de la fe católica nicena, pero tras cada triunfo surgía un nuevo enemigo peor que el anterior. En la historia cristiana son pocos los que han combatido tanto tiempo contra enemigos tan terribles. A Atanasio el Señor no lo eligió como a Moisés –que anduvo errante cuarenta años por un desierto hostil– para guiar al pueblo de Dios hasta la Tierra Prometida. No obstante, Moisés al menos fue capaz de contemplar con sus propios ojos, siquiera desde la cima del Monte Nebo, la tierra que manaba leche y miel. Atanasio, por su parte, lo único que pudo ver la víspera de su muerte fue a su fiel Iglesia de Egipto amenazada por las sombras que se cernían sobre el Imperio de Oriente.

Al morir Atanasio, los egipcios eligieron como sucesor a su hermano Pedro, pero Valente no estaba dispuesto a consentirlo e impuso al arriano Lucio. Las fuerzas del orden y una multitud de la peor calaña invadieron la catedral. El triste espectáculo que siguió hizo realidad el mal sueño de Antonio. Un joven vestido de mujer bailó obscenamente sobre el altar mientras un pervertido, completamente desnudo, procedía a pronunciar sermones ofensivos y pornográficos desde la silla episcopal de Atanasio. Era como si demonios y arrianos se estuvieran vengando de él. Sobre los fieles de Egipto se abatió un reinado de terror: doce obispos y más de un centenar de sacerdotes fueron desterrados, mientras Pedro, el verdadero obispo, huía a Roma siguiendo los pasos de su hermano.

La pesadilla de Antonio se había cumplido. Ahora bien, ¿cuándo vería la Iglesia la restauración profetizada por ese hombre de Dios?

Capítulo 18

BASILIO EL GRANDE

Siempre que en la Iglesia primitiva se daba alguna controversia doctrinal, lo más probable era que el campo de batalla fuese Alejandría, cuya condición de sede intelectual de la enseñanza tanto pagana como cristiana la hacía hallarse siempre en plena efervescencia teológica.

El caso de Capadocia, una provincia fundamentalmente rural de lo que hoy es el este de Turquía, era completamente distinto. Ni siquiera san Pablo, que viajó prácticamente a todas partes, llegó a un lugar tan remoto como este. Cuando en torno al año 250 d.C. un célebre discípulo de Orígenes fue enviado allí para convertirse en su primer obispo, en la capital de la provincia no había más que diecisiete cristianos. En tiempos de la gran persecución, la comunidad cristiana de aquella región tan rústica había crecido hasta abarcar a la mayoría de la población, incluidas algunas familias terratenientes.

UN CABALLERO RURAL

Dos de esas nobles familias cristianas quedaron unidas por vínculos matrimoniales poco después del final de la persecución. La fe de los padres del novio había sido castigada con la confiscación de todos sus bienes, que eran considerables. El padre de la novia, además de sus posesiones, perdió la vida; y la madre era una santa confesora.

Muy pronto Basilio, el joven esposo, renombrado orador y profesor de retórica, logró rehacer la fortuna familiar, cosa que

resultó providencial, ya que él y su mujer, Emelia, fueron bendecidos con diez hijos. El mayor de los chicos, que también se llamaba Basilio, nació al año siguiente del inicio del ministerio episcopal de Atanasio. Era inteligente y tenaz, y tenía talento. Con la esperanza de que siguiera los pasos del padre, recibió la mejor educación posible. Su formación empezó en su propia casa, donde el aprendizaje cristiano y clásico era parte de la vida y las conversaciones diarias. El joven Basilio continuó sus estudios en la capital, Neocesarea, y luego en Constantinopla, para acabar en la estimulante atmósfera de Atenas. Fue allí donde se reencontró con Gregorio Nacianceno, un antiguo compañero de escuela de Capadocia, de quien se hizo íntimo amigo. Más tarde ambos recordaban la irritación que les producía el pretencioso pseudointelectualismo de uno de sus condiscípulos de Atenas, un joven cargante que resultó ser sobrino de Constantino y que años después se convertiría en el emperador neopagano que la historia conoce como Juliano el Apóstata.

Basilio rondaba los veinticinco años cuando regresó a Capadocia y emprendió su carrera de retórico[246]. El éxito fue inmediato, para gran satisfacción de Basilio: una satisfacción que no todos compartían. Su hermana mayor, Macrina, fue una de sus primeras maestras; llegada a la adolescencia, abrazó la vida ascética, renunciando al matrimonio y dedicándose a la oración, el sacrificio y el servicio infatigable tanto a su familia como a los pobres. Para ella, igual que para el mártir Justino, la filosofía significaba el amor a la *verdadera* sabiduría: Cristo crucificado. Gregorio de Nisa, otro de los hermanos, explica cómo influyó Macrina en la joven promesa de la oratoria:

> Basilio retornó de la escuela donde se había ejercitado largo tiempo en la retórica. Ella, advirtiendo que él

> estaba exageradamente engreído con sus conocimientos de oratoria, que (con soberbia) despreciaba todas las dignidades y que se sentía por encima de todos los notables en el gobierno de las provincias, le atrajo con tal rapidez al ideal de la filosofía que él renunció a la gloria mundana, despreció la admiración que podía recibir por su elocuencia y se entregó a una vida de trabajo manual[247].

El propio Basilio cuenta así la misma historia:

> He perdido casi toda mi juventud en el vano trabajo al que yo me aplicaba para adquirir las enseñanzas de la sabiduría que Dios proclamaba loca. Un día, me desperté como de un profundo sueño, volví los ojos hacia la admirable luz de la verdad evangélica, y vi la inutilidad de la sabiduría de los príncipes de este mundo, abocados a la destrucción. Entonces lloré mucho por mi vida miserable, y pedía que alguien me diese la mano para introducirme en las doctrinas de la piedad[248].

BASILIO EL LEGISLADOR

Si había estado dispuesto a viajar en busca de la sabiduría del mundo, con más razón lo estaba ahora a salir en busca de la sabiduría espiritual. Basilio oyó hablar de los hombres santos del desierto de Egipto y se dirigió a tierras del Nilo, donde llegó cuando el proscrito Atanasio vivía escondido entre los monjes escribiendo la *Vida de Antonio*. Tanto si conoció al curtido obispo durante su visita al desierto como si no, el caso es que, además de hacerse una idea de la vida monástica, Basilio se lle-

vó de Egipto una eterna admiración hacia Atanasio, a quien siempre consideró su padre espiritual[249].

De regreso en Capadocia, Basilio y su hermano menor, Pedro, se retiraron a un lugar apartado para imitar la vida monacal que había conocido en Egipto. Su hermana Macrina, junto con su madre viuda y algunas mujeres más, fundaron un convento en las cercanías. Las mujeres se unían en manada a Macrina, mientras que los hermanos recibían un aluvión constante de hombres. En el desierto egipcio, además de los eremitas que vivían en total soledad, Basilio conoció otro estilo de vida monástica en comunidad a cuya cabeza se hallaba san Pacomio; y, al comprender con acierto que el modelo cenobita o comunitario era mucho más sólido e imitable, organizó su monasterio sobre ese patrón. Como era un líder nato, se dio cuenta también de que sin unas instrucciones sobre cómo vivir en la práctica el ideal monástico en las circunstancias concretas de la vida diaria sería muy difícil trasladar con consistencia esa vida de un monasterio a otro a medida que el movimiento fuese creciendo; de ahí que redactara una Regla de vida para sus monjes: la primera Regla monástica escrita de la historia, destinada a proporcionar la plantilla básica de la vida religiosa del cristianismo oriental desde entonces hasta nuestros días. De hecho, la Regla de Basilio ejerció tanto impacto en el futuro del monacato que las generaciones posteriores pusieron a su autor el nombre de «Basilio el legislador».

BASILIO EL PASTOR

La extraordinaria capacidad de liderazgo de Basilio no podía pasar mucho tiempo desapercibida. Solo llevaba cinco años disfrutando de su vocación monástica cuando Gregorio Nacianceno, su amigo y hermano monje, fue enviado en su busca para llevárselo de vuelta a la capital de la provincia, cuyo obispo y

comunidad católica se hallaban entregados a defenderse del proyecto proarriano del emperador Valente y necesitaban desesperadamente su ayuda. El obispo estaba mayor y su salud era frágil, de modo que fue Basilio quien, pese a ser solo sacerdote, estuvo al frente de la diócesis durante los cinco años siguientes.

Cuando emprendió la tarea de fortalecer la comunidad católica, sus prioridades eran dos: en primer lugar, la reforma de la liturgia. Basándose en sus conocimientos de la Escritura y de la tradición de la Iglesia, así como en su dominio de la lengua griega, tomó la antigua liturgia eucarística de Capadocia e hizo una revisión de sus oraciones y ceremonias. El resultado fue una obra de tanto esplendor y belleza que la han conservado hasta hoy las Iglesias griega, copta y rusa. La liturgia de san Basilio se sigue celebrando en las Iglesias ortodoxa y católica de herencia bizantina durante la Cuaresma y, en ocasiones especiales, del año eclesiástico.

Aunque la vida litúrgica de la Iglesia se centra en la eucaristía dominical, incluye mucho más. Basilio y los cristianos de Neocesarea recibían la comunión los domingos, miércoles, viernes y sábados, y se reunían a diario antes del amanecer y de la cena para cantar salmos y escuchar la Palabra de Dios. Él predicaba en ambos servicios, dos veces al día, ante multitudes que fueron creciendo tanto que abarrotaban incluso las calles.

Su predicación no siempre era afable. Un caballero como él, miembro de una familia muy próspera, reconoció entre sus fieles a gente de su misma condición social. En el año 368 d.C. Capadocia sufría una terrible hambruna y el sufrimiento era mucho. Basilio repartió toda su herencia entre los pobres y empleó fondos de la Iglesia para abrir comedores sociales, donde se le podía ver a menudo sirviendo la comida con un mandil ceñido a la cintura. Algunos miembros de su misma clase social, sin

embargo, se aferraban a su dinero y se lucraban gracias al aumento de los precios derivado de la escasa oferta y la creciente demanda. Tenemos la suerte de conservar el texto de una de las homilías predicadas a sus iguales durante esa crisis:

> ¡Os negáis a dar con el pretexto de que no tenéis lo suficiente para vuestras necesidades! Pero, en tanto que vuestra lengua os excusa, vuestra mano os acusa: ¡cuántos deudores podrían ser rescatados de la prisión con uno de esos anillos! ¡Cuántas pobres gentes ateridas por el frío se cubrirían con uno solo de vuestros guardarropas! ¡Y, sin embargo, vosotros dejáis ir a los pobres de vuestras puertas con las manos vacías![250].

BASILIO EL ESTADISTA

En el año 370, tras la muerte de su obispo, Basilio fue elegido su sucesor, para regocijo de Atanasio y disgusto del emperador. Valente no tardó en plantearse una visita a Basilio con el propósito de mantenerlo a raya y decidió enviar por delante a su mano derecha, Modesto, con vistas a obtener su sometimiento al proyecto arrianizante imperial. Modesto llegó cargado de amenazas de confiscación de bienes y de destierro para los obispos que se resistieran. Acostumbrado a tratar con aduladores cuyo principal deseo era mantener a salvo su posición y ganarse el favor del emperador, no estaba preparado para enfrentarse a las formas de Basilio, quien se resistió a sus presiones con estas palabras:

> «Cuando lo que está en juego y en peligro es Dios, todas las demás cosas se tienen por nada y a Él solo atendemos. Fuego, espadas, bestias e instrumentos que

> desgarran la carne son para nosotros más bien causa de deleite que de consternación. Aflígenos con esas torturas, amenaza, pon por obra todo cuanto se te ocurra, disfruta con tu poder. Que el emperador oiga también esto: de todas formas no nos convencerás ni nos ganarás para la impía doctrina [el arrianismo], aunque nos amenaces con los más crueles tormentos». Estupefacto ante estas palabras, Modesto replicó: «Hasta ahora nadie me ha hablado a mí de esta manera y con tanta libertad de palabra». A lo que Basilio respondió: «Quizá tampoco has tropezado nunca con un obispo hasta ahora»[251].

Modesto regresó a informar a Valente: «Con este hombre no sirve de nada la violencia». Por una u otra razón, el emperador descartó el empleo de la fuerza y tramó otro plan para quitarse de en medio a Basilio. Pero, cuando visitó Neocesarea y descubrió la magnífica belleza de la liturgia de Basilio, la fuerza de su predicación y sus múltiples esfuerzos por socorrer a los pobres, no solo abandonó sus planes de destierro, sino que aportó dinero para su labor caritativa.

Aunque Basilio ganó esta batalla, aún tenía pendiente otra guerra. Gracias a Dios, Atanasio seguía ocupando la sede de Alejandría, pero la mayoría de las Iglesias orientales se hallaban bajo las garras de un arrianismo respaldado por el gobierno. Por suerte, Neocesarea era la capital de la provincia, lo que significaba que unos cincuenta obispos estaban bajo la jurisdicción de Basilio, quien emprendió enseguida la tarea de nombrar nuevos obispos leales a la fe nicena; y empezó por convencer a su mejor amigo, Gregorio Nacianceno, para que recibiera la ordenación episcopal. A continuación consagró obispo de Nisa a su hermano Gregorio.

Los arrianos habían logrado ganar y conservar su influencia durante cuarenta años ayudados de varias tácticas: (1) el apoyo imperial y (2) el fomento de la separación del sector niceno tanto de Roma como dentro de sus propias filas mediante una serie de riñas terminológicas y jurisdiccionales. Frente a la estrategia arriana del «divide y vencerás», Basilio sabía que la victoria nicena dependía de la unidad. Si su intento de mediar en la disputa sobre quién era el legítimo obispo católico de Antioquía no obtuvo éxito, uno de sus esfuerzos para lograr la unidad teológica fue tan eficaz que sentó las bases para la victoria definitiva.

Atanasio había comprendido que la semántica era la principal causa del desacuerdo entre los verdaderamente fieles a Nicea. Unos defendían el *homoousios* (misma esencia) como el mejor modo de expresar la relación entre el Padre y el Hijo; otros estaban a favor del *homoiousios* (esencia semejante). Atanasio contribuyó a hacerles ver que, aunque empleaban términos distintos, en realidad querían decir lo mismo. Este fue el primer paso para edificar un nuevo consenso.

Basilio se centró en otro embrollo terminológico que, una vez desenredado, continuaría el plan de Atanasio y abriría el camino a un consenso aún más amplio. En griego la terminología disponible para expresar la unicidad de Dios y la trinidad del Padre, el Hijo y el Espíritu era cuando menos problemática.

En el Occidente de lengua latina, sin embargo, no existía ese problema. La fórmula latina tradicional desde Tertuliano de «una sola naturaleza y tres personas» no era fácilmente traducible al griego, ya que la palabra griega *prosopon* (persona), derivada del término referido a la máscara que llevaban los actores en escena, estaba mucho más asociada que la latina a la idea de suplantación, impostura o disfraz. De hecho, así era como ha-

bían empleado el término los modalistas, negando la existencia de una individualidad real y permanente de las tres personas divinas; de ahí que Basilio optara por no hablar de tres personas, sino de tres *hypostases*: un término que contenía un significado mucho más claro de una individualidad real y permanente.

Pero había otro problema añadido. La palabra *hypostasis* (ser o naturaleza) solía considerarse sinónima de otro término griego, *ousia*. Ambos podían referirse bien a una esencia común (como «naturaleza humana»), bien a una entidad concreta e individual («Fulano»). Esto había generado una confusión considerable entre los cristianos que intentaban emplear ambos términos para describir a la Trinidad. Basilio fue el primero en diferenciarlos nítidamente y los definió del siguiente modo: *ousia* se refiere al ser o a la naturaleza única de Dios; *hypostasis* se refiere al modo propio en que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo manifiestan y participan de una única naturaleza divina. Según Basilio, la única fórmula trinitaria aceptable es la de «una única *ousia* y tres *hypostases*». Su aclaración proporcionaba una fórmula capaz de ganarse el apoyo de prácticamente todos los obispos orientales nicenos y contaba con el mérito de ser fácilmente admitida como ortodoxa por los obispos latinos de Occidente. De ahí que, a lo largo de los siguientes años, aunque el emperador Valente continuó promoviendo su proyecto arriano, fue tomando impulso la consolidación de la fe de Nicea entre una base cada vez más amplia de eclesiásticos de ambas partes del Imperio. La clarividencia de Basilio como estadista y teólogo dio mucho fruto.

LA ESCRITURA, LA TRADICIÓN Y EL ESPÍRITU SANTO

Tras consolidar las fuerzas aliadas, Basilio se dedicó a defenderse de otro ataque teológico. Entre los problemas suscitados a

partir de Nicea estaba la correcta comprensión del Espíritu Santo sobre el cual el concilio, centrado en la batalla en torno a la divinidad del Hijo, no llegó a desarrollar una doctrina. No obstante, ya antes de Nicea, Arrio había negado no solo la divinidad del Hijo, sino también la del Espíritu. Además de quienes apoyaban esta postura típicamente arriana, había otros que admitían la divinidad del Hijo, pero se negaban a afirmar la divinidad del Espíritu Santo. El obispo semiarriano de Constantinopla, Macedonio, era el principal portavoz de quienes negaban que hubiese un fundamento bíblico para llamar «Dios» al Espíritu Santo. Sus seguidores acabaron conociéndose como «macedonianos» o «pneumatómacos» (los que combaten contra el Espíritu).

Consciente de este problema, Atanasio lo abordó durante sus últimos años de vida. Después de la muerte del héroe en el 373 d.C., Basilio comprendió que ahora caía sobre él la responsabilidad de afrontarlo sin rodeos y zanjarlo definitivamente. Por eso, en torno al año 375 escribió el tratado *Sobre el Espíritu Santo*.

En este breve libro Basilio analiza la afirmación de que la Escritura no enseña que el Espíritu Santo es Dios y aborda esta objeción por dos caminos. En primer lugar, admite que no hay pasaje del Nuevo Testamento que diga *explícitamente* que «el Espíritu Santo es Dios», pero demuestra que son muchas las ocasiones en que las Escrituras enseñan *implícitamente* la divinidad del Espíritu Santo. Jesucristo, por ejemplo, dijo que el único pecado imperdonable es la blasfemia contra el Espíritu Santo. La blasfemia es una ofensa al nombre de Dios. Así pues, ¿no es esa una enseñanza de la divinidad del Espíritu?, se pregunta[252]. Además, se dice del Espíritu que llena el mundo. Ningún ser creado puede hallarse en todas partes al mismo tiempo,

señala Basilio: solo Dios. Si donde está Dios también está presente el Espíritu, ¿qué naturaleza supondremos que tiene?[253]. Por otra parte, al Espíritu Santo se le llama «Señor», un título claramente divino[254]. La Escritura –dice Basilio– muestra que el Espíritu Santo es

> una sustancia inteligente, infinita en cuanto a su poder, no situada en un lugar por su magnitud, no sujeta a la medida de los tiempos ni de los siglos (…). Hacia el Espíritu Santo converge todo lo que necesita de santificación. Es apetecido por todo lo que tiene vida, ya que con su soplo refresca y socorre a todos los seres para que alcancen su fin propio y natural. Es el que perfecciona todas las cosas, pero sin faltarle nada; no vive por renovación, sino que mantiene la vida; no aumenta con añadidos, sino que constantemente está lleno, firme en sí mismo, se encuentra en todas partes. El Espíritu Santo es origen de la santificación, luz inteligible que a toda potencia racional confiere cierta iluminación para buscar la verdad[255].

Solo Dios puede santificar, afirma Basilio. Solo Dios es dador de vida. Por lo tanto, la Escritura *sí* enseña la divinidad del Espíritu Santo sin emplear las palabras «el Espíritu Santo es Dios».

Por otra parte, podemos estar seguros de que el Espíritu es igual en naturaleza al Padre y al Hijo porque la tradición no escrita del culto que nos ha llegado a través de la Iglesia nos enseña a adorar y a glorificar al Espíritu Santo junto con el Padre y el Hijo. Basilio señala que en su iglesia de Neocesarea la doxolo-

gía tradicional empleada para concluir las oraciones es «Gloria al Padre con el Hijo y con el Espíritu Santo». Él mismo ha comprobado que su uso se remonta cien años atrás, a los inicios de la Iglesia de Capadocia, pero sabe que es mucho más antiguo aún. La Escritura nos enseña a bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Cuando recibimos el bautismo, la tradición oral de la Iglesia nos enseña a confesar nuestra fe en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El objeto de nuestra fe solo es Dios. De ahí que estas pruebas, desde la doxología de la Iglesia hasta su tradición bautismal, demuestran la divinidad del Espíritu Santo. Los que se oponen a Basilio afirman: «Si no está en la Escritura, no se puede admitir». Basilio condena esta idea de la *sola scriptura* por ser totalmente ajena tanto a la Escritura como a la experiencia cristiana:

> Las enseñanzas y los mandamientos se conservan en la Iglesia. Algunas están y otras las recibimos por Tradición Apostólica. Todas tienen la misma fuerza mediante la devoción. Lo dicho no puede ser impugnado, aun por los que tienen poco conocimiento en las disposiciones de la Iglesia. Porque si rechazáramos las costumbres no escritas, como si tuvieran poca importancia, estaríamos, sin duda alguna, mutilando el Evangelio en lo más importante, o, de lo contrario, de los sermones de los Apóstoles dejaríamos el nombre vacío. Por ejemplo, en primer lugar mencionamos sobre lo más común: para que los esperanzados en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo se signen a sí mismos con la señal de la Cruz, ¿quién lo enseñó por escrito? ¿Qué escritura enseña a dirigirse a Oriente para rezar? Respecto a las Palabras para la transmutación del Pan Eucarístico y del Cáliz de

> las bendiciones, ¿cuál de los santos nos lo dejó por escrito? No nos conformamos con las palabras que el Apóstol dice y el Evangelio registra, sino que antes y después pronunciamos otras, de gran fuerza para el Sacramento, que hemos recibido por enseñanza no escrita. ¿En qué Escritura se nos habla sobre la forma en que debemos bendecir las aguas para el Bautismo, el aceite de la unción y a la persona misma que es bautizada? Por una tradición silenciosa y secreta. ¿Qué más? La práctica misma de ungir con aceite, la norma de la triple inmersión y el resto de las ceremonias del Bautismo, la renuncia a Satanás y sus ángeles, ¿de qué Escritura están tomadas? ¿No son acaso todas esas enseñanzas inéditas y privadas las que nuestros Padres conservaron, por medio del silencio, de la curiosidad y las disquisiciones profanas, habiendo sido instruidos en el principio de resguardar por el silencio la santidad de los misterios? ¿Por qué publicar por escrito la enseñanza referente a lo que no se les permite a los no bautizados siquiera ver? [256].

Basilio cita a continuación *2 Ts* 2, 15, donde dice san Pablo: «Manteneos firmes y observad las tradiciones que aprendisteis, tanto de palabra como por carta nuestra»[257]. Al igual que Hipólito casi dos siglos antes, considera que esas tradiciones apostólicas son, en su mayor parte, un modelo de culto que se remonta a los apóstoles; y corrobora un principio que ya hemos visto: la enseñanza doctrinal de los apóstoles se halla implícitamente expresada en el modo en que nos enseñaron a dar culto. *Lex orandi, lex credendi*: el modo en que rezamos revela lo que creemos. El hecho de que prácticamente todas las oraciones ter-

minen con la misma alabanza a las tres Personas significa que son iguales en naturaleza y dignidad. Si en la ceremonia del bautismo nos enseñan a confesar nuestra fe en las tres Personas por igual, quiere decir que las tres son igualmente divinas.

LAS PRIMERAS LUCES DEL ALBA

Cuando concluyó su obra sobre el Espíritu Santo, eran muchos los logros de Basilio: había creado un sólido marco para la vida monástica, reformado la liturgia, abanderado la caridad y aclarado definitivamente la doctrina sobre la Trinidad y el Espíritu Santo. De hecho, fueron tantos sus logros que la historia lo recuerda como Basilio «el Grande».

Aunque este valiente guerrero –al igual que su héroe, Atanasio– no contempló la victoria final sobre el arrianismo antes de morir, sí se le permitió tener un atisbo de las primeras luces del alba: en diciembre del 378, en su lecho de muerte, recibió la noticia de que el defensor de los arrianos, Valente, había perdido la vida en la batalla de Adrianópolis, y quien quedaba al frente del Imperio era Graciano, un niceno ortodoxo. Se vislumbraba la meta final…

Capítulo 19

DOS GREGORIOS Y UN CONCILIO

Al oeste de Cesarea, en una zona aún más remota, se hallaba la ciudad capadocia de Nacianzo. Mientras los padres de Basilio inauguraban su historia familiar en Cesarea, en los alrededores de Nacianzo dos jóvenes enamorados iniciaban su vida matrimonial. Ella pertenecía a una de las familias cristianas más importantes de la región; él, hombre de carácter y talento, era pagano. No obstante, el ejemplo y las sabias palabras de su piadosa mujer empezaron a calar en él y acabó convirtiéndose al cristianismo. El hecho de ser consagrado obispo de Nacianzo al año de haber recibido el bautismo revela el ardor de su fe y su arraigada virtud[258]. Corría el 325 d.C., año del gran Concilio de Nicea.

También a Gregorio, el hijo del obispo nacido en torno a la misma fecha que Basilio, se le educó para la excelencia. Los dos muchachos coincidieron algún tiempo en la escuela primaria de Cesarea antes de seguir sus respectivos caminos. Cuando volvieron a encontrarse en Atenas durante sus años de estudiantes se hicieron inseparables. Muchos años después, Gregorio reflexionaba así sobre su amistad:

> Nos habíamos encontrado en Atenas, como la corriente de un mismo río que, desde el manantial patrio, nos había dispersado por las diversas regiones, arrastrados por el afán de aprender, y que, de nuevo, como si

nos hubiésemos puesto de acuerdo, volvió a unirnos, sin duda porque así lo dispuso Dios.

Este fue el preludio de nuestra amistad; esta, la chispa de nuestra intimidad; así fue como el mutuo amor prendió en nosotros. Con el paso del tiempo, nos confesamos mutuamente nuestras ilusiones y que nuestro más profundo deseo era alcanzar la filosofía, y, ya para entonces, éramos el uno para el otro todo lo compañeros y amigos que nos era posible ser, de acuerdo siempre, aspirando a idénticos bienes y cultivando cada día más ferviente y más íntimamente nuestro recíproco deseo.

Nos movía un mismo deseo de saber, actitud que suele ocasionar profundas envidias, y, sin embargo, carecíamos de envidia; en cambio, teníamos en gran aprecio la emulación. Contendíamos entre nosotros, no para ver quién era el primero, sino para averiguar quién cedía al otro la primacía; cada uno de nosotros consideraba la gloria del otro como propia.

Parecía que teníamos una misma alma que sustentaba dos cuerpos. Y, si no hay que dar crédito en absoluto a quienes dicen que todo se encuentra en todas las cosas, a nosotros hay que hacernos caso si decimos que cada uno se encontraba en el otro y junto al otro[259].

Aunque ambos jóvenes compartían intereses comunes, tenían un carácter muy distinto. Basilio era mucho más extrovertido e inclinado a la acción. Gregorio, por su parte, se sentía mucho más cómodo a solas con un libro que en medio de una habitación llena de gente. Cuando Basilio se lanzó de lleno a su

carrera como orador, aparentemente sus caminos volvieron a tomar direcciones distintas. El deseo de Gregorio no era sumergirse en el mundo, sino huir de él. Estaba decidido a llevar una vida apacible de oración y estudio.

Por eso es fácil imaginar su alegría cuando Basilio recapacitó, abandonó su carrera y le contó sus planes de fundar un monasterio. Su amistad se hizo aún más profunda. Gregorio llamó a la puerta del monasterio de Basilio, le ayudó a redactar su Regla y colaboró con él en la edición de una selección de textos de Orígenes conocida como *Filocalia*, que se convirtió en un clásico de la Iglesia oriental.

PASTOR A LA FUERZA

La llamada del deber hizo añicos la tranquila vida de Gregorio. Su padre, que rondaba ya los ochenta, se hallaba desesperadamente necesitado de ayuda para poder atender su diócesis. Tras muchos forcejeos, el anciano obispo convenció a su hijo de que se ordenara sacerdote. A regañadientes, Gregorio recibió la unción y no tardó en imitar la respuesta de Jonás a la llamada de Dios: huyó en dirección contraria. Refugiado en el monasterio de Basilio, entabló como Jacob una batalla con Dios. Finalmente, perdonó a su padre, asumió su deber y no solo regresó a su puesto en Nacianzo, sino que empezó a escribir un tratado sobre la dignidad y la responsabilidad del sacerdocio, uno de los más importantes de la historia del cristianismo sobre ese tema.

Pocos años después, Gregorio convenció a Basilio de que el deber le llamaba a dejar su querido monasterio para servir como sacerdote al obispo de Cesarea, y se llenó de orgullo cuando al cabo de unos años Basilio acabó sucediendo al obispo. Pero cuál no sería su espanto cuando su amigo, necesitado de obispos ortodoxos, le presionó –como antes su padre– para que aceptara ser consagrado obispo. Una vez más, Gregorio cedió a regaña-

dientes y fue enviado a hacerse cargo de una iglesia de un pueblo polvoriento y perdido en el límite entre dos provincias. El problema era que en aquel mísero lugar *no había* iglesia, así que Gregorio salió corriendo de nuevo, esta vez a la diócesis de su padre, donde volvió a ponerse a su servicio antes de acabar convirtiéndose en su sucesor. La falta de salud le obligó a dejar Nacianzo cuando solo llevaba un año en el cargo y se refugió en la quietud del campo, disfrutando varios años de lo que más le gustaba: un prolongado retiro monacal.

No pasó mucho tiempo antes de volver a recibir la llamada del deber. En el año 379 murió Basilio. En Occidente surgió un nuevo emperador que parecía afín a la causa nicena. No obstante, la capital del Imperio oriental llevaba cuarenta años siendo arriana. Varios dirigentes ortodoxos le dijeron a Gregorio que alguien tenía que ir a Constantinopla a reunir las tropas, o al menos lo que quedaba de ellas; y estaban convencidos de que Gregorio era la única persona a la altura de esa empresa. A él le horrorizó la perspectiva de dejar la belleza de la soledad monástica para adentrarse inerme en territorio enemigo. Era como descender de la placidez del cielo para caer en una vorágine infernal. El profeta a la fuerza se negó en rotundo, al menos al principio. Pero Dios acabó imponiéndose y Gregorio se marchó.

Todas las Iglesias de Constantinopla se hallaban firmemente controladas por su obispo arriano, el antiguo carcelero del papa Liberio. Dado que era la sede del gobierno imperial, el pueblo estaba acostumbrado a ver a gente importante con apariencia de gente importante; oyó hablar de la próxima llegada de un ilustre obispo, célebre y sabio defensor de la buena doctrina, y se encontró con un Gregorio que entró renqueando en la ciudad pobremente vestido, calvo, con aspecto enfermizo y prematura-

mente encogido. Huelga decir cuál fue su primera impresión. Aquel hombre insignificante ni siquiera era el obispo de la capital, sino el rival del obispo legítimo: además de carecer de cargo oficial, se le consideraba *persona non grata*. Como la propiedad de la iglesia pertenecía al obispo hereje, Gregorio no tenía dónde predicar o celebrar la liturgia, de modo que le pidió prestada la casa a un familiar y la consagró como capilla. Puesto que había venido a despertar en la ciudad la verdadera fe, le puso por nombre *Anastasia* o capilla de la Resurrección.

Gregorio empezó a predicar a todo el que estuviera dispuesto a escucharle. En cuanto abría la boca, la gente recordaba las palabras de Pablo acerca del tesoro de Cristo entregado en vasos de barro (cfr. *2 Co* 4, 7); y es que, pese a su aspecto, la predicación de aquel hombre era más convincente que la de cualquier otro eclesiástico que hubieran conocido hasta entonces. Las multitudes que acudían a oírle crecían de forma incontrolable. De las homilías u oraciones que predicó durante los dos años siguientes nos han llegado cuarenta y tres. Cinco de ellas, las *Oraciones teológicas*, eran un intento de enseñar a esa muchedumbre la doctrina nicena sobre la Trinidad: son tan magistrales y tuvieron tanta influencia en la noción de Dios de la Iglesia universal que la tradición concedió a Gregorio el título especial de «el Teólogo»; un título que solo ha merecido otra persona en la historia de la Iglesia: san Juan evangelista.

Cada vez acudía más gente a borrar de su memoria la herejía e instruirse en la verdadera doctrina, por lo que Gregorio se vio obligado a enmendar muchos errores y a afrontar muchas objeciones. Tuvo que abordar las antiguas negaciones de la divinidad del Hijo y lidiar con las objeciones más recientes a la divinidad del Espíritu. Alguien había dicho que, si el Espíritu Santo era Dios, entonces Jesucristo no era el Hijo Unigénito. Con

su respuesta Gregorio dio un paso más en la teología trinitaria. Fijándose en la expresión empleada por Jesús en *Jn* 15, 26, afirmó que el Espíritu proviene del Padre de un modo completamente distinto: a diferencia del Hijo, no es engendrado por el Padre, sino que *procede* de Él. Gregorio fue el primero en hablar de la «procesión» del Espíritu Santo y diferenciarla de la generación del Hijo unigénito.

Algunos objetaron que, si el Espíritu Santo también es Dios, ¿por qué esa doctrina solo se había formulado claramente por primera vez trescientos años después de Pentecostés? La respuesta de Gregorio hace hincapié en la naturaleza progresiva a lo largo de la historia de la salvación no solo de la revelación divina, sino del desarrollo de la doctrina, es decir, el desarrollo gradual de nuestro conocimiento de la revelación con el paso del tiempo:

> El Antiguo Testamento proclamaba muy claramente al Padre, y más oscuramente al Hijo. El Nuevo Testamento revela al Hijo y hace entrever la divinidad del Espíritu. Ahora el Espíritu tiene derecho de ciudadanía entre nosotros y nos da una visión más clara de sí mismo. En efecto, no era prudente, cuando todavía no se confesaba la divinidad del Padre, proclamar abiertamente la del Hijo y, cuando la divinidad del Hijo no era aún admitida, añadir el Espíritu Santo como un fardo suplementario, si empleamos una expresión un poco atrevida[260].

Aún le quedaba por abordar una herejía más que circulaba en su época. En un principio el obispo Apolinar parecía un fir-

me defensor de la fe en la divinidad del Hijo según la doctrina de Nicea. No obstante, su defensa de la divinidad de Cristo derivó en la negación de su verdadera y plena humanidad. Según Apolinar, el Verbo se unió solo a un *cuerpo* humano para poder morir por nosotros: no se unió a un alma humana, sino que Él, que era el alma de Dios, ocupó el puesto del alma humana de Jesús.

Al combatir este error, Gregorio aportó una idea del modo en que se relacionan en Cristo lo humano y lo divino más honda y clarificadora que todas las expuestas hasta entonces. Explicaba que, al revés que en la Trinidad, en la que existe una única naturaleza y tres Personas distintas, en Jesucristo hay una sola Persona y dos naturalezas plenas: la humana y la divina. La encarnación no tuvo lugar, como decía Apolinar, para dotar al Hijo de un cuerpo que sacrificar en el Calvario y reconciliar así a Dios con la humanidad. No: según Gregorio, la reconciliación entre Dios y el hombre empezó en el mismo momento de la encarnación. Dios salvó el abismo entre Él y nosotros en la persona del niño de Belén, porque en ese niño tomó una naturaleza plena y enteramente humana, redimiéndola y ennobleciéndola. No es el cuerpo, sino el alma lo que nos lleva a pecar; por eso la que tiene más necesidad de ser redimida y restaurada es el alma humana. Si Dios hubiese prescindido de asumir un alma humana cuando asumió un cuerpo humano, nuestras almas no habrían sido redimidas. Y lo expresó con una frase que se ha hecho clásica: «Lo que no ha sido asumido no ha sido redimido»[261].

Gregorio, considerado un orador más excelente aún que su amigo Basilio, predicó esta enseñanza a quienes asistían a su capilla con tanta convicción que aquellas personas sencillas llegaron a un hondo conocimiento del significado de los misterios

de la Trinidad y la encarnación, y cobraron un fuerte aprecio tanto al predicador como a su predicación. Como era de esperar, al clero arriano de la ciudad no le hizo mucha gracia. Las muchedumbres herejes atacaron a Gregorio y en una ocasión estuvieron a punto de asesinarlo junto al altar.

Gregorio no era un luchador nato como Basilio. Al ver su vida amenazada, anunció sus planes de huir de la ciudad, pero el pueblo le suplicó que no les quitara la Trinidad. Una vez más, él reprimió su deseo de salir corriendo, se mantuvo firme y cumplió con su deber.

El emperador niceno de Occidente nombró un nuevo emperador en Oriente, un general hispano llamado Teodosio, que resultó ser cristiano niceno. Cuando llegó a Constantinopla en el año 380 d.C., descubrió que los arrianos conservaban aún la propiedad de las iglesias, pero no los corazones de los fieles. El profeta a la fuerza había cumplido su misión. El terreno estaba preparado. El nuevo emperador obligó al obispo arriano a elegir entre aceptar la ortodoxia y la fe católica nicena, o bien abandonar la ciudad. El obispo se decantó por la segunda opción. En su lugar Teodosio eligió a Gregorio. Naturalmente, este no quiso aceptar; pero, como ocurriera primero con su padre y luego con Basilio, también el emperador se alzó con la victoria y Gregorio se trasladó de la casa prestada y convertida en capilla a la espléndida catedral de la capital imperial.

UN CONCILIO INVOLUNTARIAMENTE ECUMÉNICO

Si Basilio colaboró en la unión de los obispos alrededor de la fe de Nicea, Gregorio hizo lo mismo con el pueblo. Puesto que el Credo niceno era la fe ortodoxa de la Iglesia católica, Teodosio restituyó la propiedad eclesiástica a quienes la confesaban. Privado del apoyo del gobierno, el arrianismo comenzó a derrumbarse como un castillo de naipes. Aun así, Teodosio com-

prendió que las distintas formas de arrianismo llevaban tanto tiempo dominando Oriente que era necesario un nuevo concilio que condenase los diferentes credos arrianos que habían debilitado o negado tajantemente el niceno. De ahí que en el 381 d.C. ciento cincuenta obispos orientales se reunieran en Constantinopla para reafirmar el Credo de Nicea y encargarse de algunos detalles de organización. Lo primero que hicieron fue confirmar la elección de Gregorio Nacianceno como obispo de Constantinopla; y, cuando el presidente del concilio falleció a poco de iniciarse este, eligieron a Gregorio en su lugar.

Basilio no vivió lo suficiente para ser testigo de ese día triunfal, pero su enseñanza había quedado grabada en las mentes de los obispos que participaban en la asamblea. Era evidente que la declaración de Basilio ejerció un fuerte impacto sobre ellos: «No podemos añadir nada al Credo de Nicea, ni siquiera la cosa más leve, a excepción de la glorificación del Espíritu Santo; y esto porque nuestros padres [de Nicea] mencionaron este tema incidentalmente»[262].

Cuando los padres del nuevo concilio discutieron la ratificación de Nicea, decidieron no limitarse a repetir exactamente las mismas palabras, sino llevarlas hasta su conclusión lógica y completarlas con lo que los Padres nicenos dieron por sentado, pero no tuvieron tiempo de desarrollar: la doctrina de la divinidad del Espíritu. Estaban presentes treinta y seis obispos macedonios a quienes había mucho interés en reconciliar con la mayoría ortodoxa, de modo que se adoptó la misma postura –bastante diplomática– de Basilio. En lugar de afirmar claramente «el Espíritu Santo es Dios», o bien –retomando la misma línea técnica de Nicea– que el Espíritu Santo es consustancial (*homoousios*) con el Padre y el Hijo, optaron por establecer la doctrina con claridad –aunque implícitamente– siguiendo la lógica

de la Escritura y la Tradición. Prácticamente todas las frases referentes al Espíritu Santo añadidas al Credo por el concilio están directamente tomadas bien de los apartados del libro de Basilio sobre el Espíritu Santo, bien de la noción de la procesión del Espíritu Santo de Gregorio Nacianceno[263]:

> Y [creemos] en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida,
>
> que procede del Padre;
>
> que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria,
>
> que habló por los profetas[264].

Por desgracia, pese a los esfuerzos de la mayoría, los treinta y seis obispos macedonios se marcharon negándose a suscribir el Credo. A los pocos años los pneumatómacos habían caído en el olvido.

También el texto de este Credo podría haber quedado olvidado, ya que el concilio no se consideraba ecuménico ni encargado de redactar un nuevo Credo: no era más que un sínodo local de Oriente destinado a ratificar y aclarar el Credo niceno, la fe tradicional y ortodoxa de la Iglesia católica; de ahí que la profesión de fe de los obispos pasase setenta años archivada y olvidada. Cuando en el Concilio de Calcedonia se rescató de los archivos episcopales, los obispos lo recibieron como un logro extraordinario guiado por el Espíritu. El concilio autor del mismo pasó a considerarse –involuntariamente– ecuménico, y el propio Credo quedó reconocido como una declaración magistral de la fe nicena que, a partir de ese momento, se llamó simplemente «Credo niceno».

El Concilio de Constantinopla duró varios meses y trató otras cuestiones prácticas de la disciplina de la Iglesia. No conservamos ninguna acta oficial, por lo que no conocemos la secuencia exacta de los acontecimientos; pero sí sabemos que, poco después de la elección de Gregorio para presidirlo, llegaron nuevos delegados que, basándose en las leyes canónicas, cuestionaron su cargo de obispo de Constantinopla. La discusión fue muy acalorada. Gregorio respondió con un emotivo discurso dirigido a los obispos allí reunidos:

> Si mi gobierno de la diócesis produce disturbios, estoy dispuesto, como Jonás, a dejarme arrojar al mar para calmar la tempestad, aunque no la he provocado yo. Si todos siguiesen mi ejemplo, la Iglesia gozaría pronto de la paz. Yo jamás aspiré a la dignidad que ocupo y la acepté contra mi voluntad. Por consiguiente, si lo juzgáis conveniente, estoy dispuesto a partir[265].

Esta vez el emperador, muy a su pesar, aceptó su propuesta de dimisión. Gregorio había logrado por fin lo que quería: cambió el bullicio del concilio por la serena belleza del campo capadocio, donde pasó el resto de sus días dedicado a una vida de oración y austeridad, escribiendo poesía y disfrutando de su huerto mientras preparaba su siguiente y última aventura: el viaje definitivo hasta los brazos de Dios.

EL OTRO GREGORIO

Cuando en la historia de la Iglesia alguien se refiere a «los capadocios», lo más probable es que esté pensando en Basilio o en su amigo Gregorio. No obstante, dentro de esa categoría está incluido un personaje más que forma parte integral del relato:

se trata del «otro Gregorio»[266], el hermano pequeño de Basilio. Su carácter se parecía mucho más al de Gregorio Nacianceno que al de su hermano: era apacible, introvertido y un hombre antes de letras que de armas. No recibió una educación formal tan exhaustiva como la de Basilio. Los principales maestros de este «otro Gregorio» fueron su madre, su hermana Macrina y Basilio, a quien siempre consideró su guía. Quizá fue este quien le transmitió el deseo de seguir los pasos de su padre como profesor de retórica. Gregorio emprendió la búsqueda del éxito en su carrera profesional y contrajo matrimonio. La carrera espiritual no despertaba en él demasiado interés.

En cierta ocasión su piadosa madre le convenció para que asistiera a una vigilia en familia en honor de los cuarenta mártires de Sebaste[267]. Gregorio se aburrió tanto que se quedó dormido en mitad del oficio… y se despertó aterrado: había soñado que, al intentar cruzar una puerta para entrar en un hermoso jardín, los cuarenta mártires lo sacaban a palos. Gregorio, culpable de indiferencia hacia los mártires y hacia Dios en general, se arrepintió y decidió cambiar de vida, para caer de nuevo en la tibieza en cuanto regresó a la realidad. Al parecer fueron los reproches de Gregorio Nacianceno los que finalmente le hicieron darse cuenta de que Basilio y Macrina habían escogido la mejor parte. Así que el «otro Gregorio» se marchó a pasar una larga temporada con Gregorio Nacianceno en el retiro monástico de sus hermanos. Allí Basilio le instruyó en las Escrituras y en la teología, haciendo especial hincapié en la obra de Orígenes.

Basilio, una vez nombrado obispo, reclutó a su hermano a su servicio. Gregorio fue nombrado obispo de un semillero arriano, la aldea de Nisa, donde demostró ser un gran orador. La gente le cobró especial afecto, pero no estaba demasiado do-

tado para los asuntos prácticos ni manejaba bien los conflictos y las intrigas. Al poco tiempo unas falsas acusaciones le valieron el destierro y estuvo dos años recorriendo la región, enfermo y abatido, antes de volver a ser reclamado en el 378, tras la muerte del último emperador arriano. Al año siguiente sufrió una doble tragedia: primero perdió a su hermano Basilio y, pocos meses después, a Macrina[268].

La breve *Vida de Macrina* que escribió más tarde revela la influencia de su hermana sobre él, sobre Basilio y sobre tantos otros. Gregorio disfrutó del privilegio de hallarse junto a Macrina en sus últimos momentos. Lo curioso es que, en lugar de confortarla, se dedicó a desahogarse con su hermana moribunda y a contarle todos los problemas que había tenido con los arrianos y el emperador Valente, así como sus años de amargo destierro. Es impresionante la fortaleza que revelan las palabras de la exhortación que la hermana mayor, auténtico pilar espiritual, dirigió a aquel obispo erudito:

> «¿No cesarás de desconocer los beneficios divinos? ¿No pondrás remedio a la ingratitud de tu alma? ¿Por qué no comparas lo tuyo con lo de tus padres? Y eso que, ante los ojos de este mundo, nosotros podemos enorgullecernos precisamente de aparecer como bien nacidos y proceder de buenos padres.
>
> Nuestro padre –siguió diciendo– gozó en su tiempo de una gran consideración gracias a su cultura, pero su reputación solo llegaba a los tribunales de la región. En consecuencia, aunque aventajaba a los demás por su retórica, su fama no pasó los límites del Ponto; pero a él le era suficiente con ser admirado en su patria. Tú en cambio –prosiguió– eres renombrado en ciudades, pue-

> blos y gentes; a ti te envían las iglesias para que des ayuda y te llaman las iglesias para que pongas orden. ¿No ves la gracia en esto? ¿Tampoco alcanzas a ver la causa de tales bienes, es decir, que las oraciones de tus padres te llevan hacia lo alto, pues no posees dentro de ti ninguna preparación para esto, o muy poca?»[269].

Las oraciones de sus difuntos padres, y más probablemente las de sus abuelos santos, unidas al ejemplo de sus hermanos mayores y de su amigo Gregorio Nacianceno, dejaron en él una honda huella. De hecho, este «otro Gregorio» tímido, melancólico y enfermizo, con una educación básica adquirida en familia, escribió más y con mayor profundidad que los otros dos capadocios juntos.

Por lo que se refiere a la herencia literaria y filosófica clásica, supo integrarla en la tradición cristiana con mayor acierto aún que sus dos colegas educados en Atenas, e incluso que el inigualable Orígenes. Ese acierto resulta especialmente notable en su síntesis del concepto clásico de virtud y la noción bíblica de santidad.

Y hablando de Orígenes: desde la época del genial alejandrino, nadie había intentado llevar a cabo una exposición sistemática y exhaustiva de la teología cristiana. Eso fue precisamente lo que hizo Gregorio de Nisa: aunque su *Oratio catechetica* está más cerca de los manuales prácticos dirigidos a los catequistas que el libro de Orígenes *De principiis*, ofrece algunas explicaciones sumamente originales tanto de la Eucaristía como de la teología de la salvación.

Si Gregorio Nacianceno fue orador y «teólogo», y el monje Basilio «legislador», el otro Gregorio fue ante todo el «padre de

la mística». En sus *Comentarios sobre el Eclesiastés*, en la *Vida de Moisés* y en su tratado *Sobre la virginidad*, Gregorio de Nisa elaboró una teoría de los estados de la vida mística que tuvo un fuerte impacto en el futuro de la espiritualidad cristiana. Los tres estados que establece de purificación [*katharsis*], iluminación [*gnosis*] y contemplación [*theoria*] podrían dar a entender que, cuando alguien alcanza el tercero –de oración contemplativa o unitiva–, significa que «ha llegado»; pero no es así. Según Gregorio, el viaje espiritual es una aventura dinámica de unión cada vez más profunda con Dios que no puede nunca estancarse o caer en el tedio, ya que nuestra naturaleza creada no es capaz de contener o abarcar la plenitud del Dios infinito. Como Dios supera nuestra inteligencia, Gregorio habla de cierta oscuridad que caracteriza a la experiencia mística, un tema que desarrollarán muchos autores con el paso de los siglos.

Es curioso que, pese a iniciar su vida adulta dentro del matrimonio, Gregorio influyera tanto como su hermano en el monacato oriental. Si Basilio dotó de una estructura estable a la vida monástica, su hermano Gregorio dejó una marca imborrable en su espíritu.

Con respecto a la Trinidad, Gregorio de Nisa se basa en el trabajo de sus colegas y da los toques finales a la teología trinitaria capadocia. En primer lugar, el hombre a quien el VII concilio ecuménico llamó «padre de los Padres» aclara en qué se diferencia la procesión del Espíritu Santo de la generación del Hijo. La distinción de las divinas Personas –afirma Gregorio– se basa en sus relaciones interpersonales de origen. El Padre es incausado. El Hijo es eterna y directamente causado por el Padre. También el Espíritu es eternamente causado por el Padre, pero a través del Hijo. Pese a ser consciente de que la analogía no se ajusta exactamente a la realidad, Gregorio emplea el ejemplo de

Adán, Eva y su hijo Set. El ser de Eva procede directamente de Adán. El ser de Set también tiene su causa en Adán, pero a través de Eva.

Además, Gregorio explica la unidad de las tres Personas con mayor hondura aún que sus colegas. Contestando a la pregunta de por qué no existen tres dioses, aclara que no se trata de tres entidades separadas e independientes como lo serían tres hombres distintos, de los que solemos decir que los tres poseen igual naturaleza humana. Las tres Personas divinas, por el contrario, comparten una sola naturaleza divina única e indivisible. Eso significa que no se puede considerar Creador al Padre, Redentor al Hijo y Santificador al Espíritu Santo, como si cada uno actuara por separado e independientemente. No, dice Gregorio: una sola naturaleza significa una sola voluntad y una sola operación. Si una Persona Divina quiere algo, significa que las tres Personas lo quieren simultáneamente. Si una Persona Divina actúa, las tres actúan simultáneamente. El Padre crea a través del Hijo en el Espíritu Santo. El Espíritu Santo santifica según la voluntad del Padre y del Hijo. Aunque solo el Hijo muere en la cruz, en ningún momento se separa del Padre y del Espíritu. Este proceso dinámico del querer y obrar trino recibe en griego el nombre de *perichoresis* y en español, el de «circumincesión» (del latín *circumincessio*); y, desde Gregorio, forma parte integral de la interpretación cristiana ortodoxa de la Trinidad.

Todos los capadocios hacen hincapié en la dignidad de la persona humana, que ha sido creada a imagen y semejanza de Dios, pero en Gregorio de Nisa el hombre como imagen de Dios ocupa de un modo muy particular un lugar central en su teología. Da la impresión de que su exhaustiva reflexión sobre la igualdad y la unidad de las tres Personas divinas le lleva a descubrir sus implicaciones para la igualdad en dignidad de toda

persona humana; y una de esas implicaciones consiste en considerar la condición de esclavo totalmente incoherente con la verdad revelada de la dignidad humana. En una de sus homilías sobre el Eclesiastés, Gregorio condena tajantemente una institución que es intrínsecamente mala:

> Dices: «He adquirido esclavos y esclavas». Dime sinceramente: ¿a qué precio? ¿Qué cosa has encontrado en todo lo existente que fuese de igual valor que la naturaleza humana? ¿En cuánto precio has valorado la razón? ¿Cuántos óbolos has pagado por la imagen de Dios? ¿Por cuántos estateres has evaluado la naturaleza creada por Dios? En efecto, dice Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza». A aquel que ha sido hecho a semejanza de Dios y que tiene el dominio sobre toda la tierra y que ha recibido de Dios poder sobre todos los seres que están en la tierra, dime: ¿quién podrá tasarlo? ¿Quién podrá comprarlo? Solo Dios puede hacer esto. Más aún: ni siquiera Dios puede hacerlo. En efecto, dice la Escritura: «Sus dones son irrevocables». Así pues, ni siquiera Dios podría reducir a esclavitud a la naturaleza humana, Él, que libremente nos ha llamado a la libertad cuando éramos esclavos del pecado. Si, pues, Dios no reduce a esclavitud a quien es libre, ¿quién osará colocar su propio poder más alto que el de Dios?[270].

EL PRIMER SEMINARIO

Cuando leemos acerca de estos tres ilustres capadocios, nos podemos preguntar en qué seminario se formaron. A ellos la pregunta les habría dejado mudos, porque en su época ni existían los seminarios oficiales ni existían las universidades que co-

nocemos hoy día. No obstante, todos ellos fueron sacerdotes santos, magníficos eruditos y predicadores de primera línea.

La palabra *seminario* significa invernadero: un lugar dotado de las condiciones óptimas para que las semillas puedan germinar y nutrirse los retoños antes de ser trasplantados a condiciones exteriores más extremas. Está claro que fueron las dos familias capadocias y las relaciones de amistad que los unían las que facilitaron un suelo fértil para la gestación de la santidad, el genio y la vocación sacerdotal de cada uno de estos grandes hombres. Detrás de estos Padres de la Iglesia se hallan unos padres, abuelos, hermanos y hermanas santos que jugaron un papel decisivo en todo lo que hicieron. Las implicaciones pastorales del caso capadocio son muchas: la familia como iglesia doméstica, los padres como primeros educadores de sus hijos, la necesidad urgente de recuperar y ahondar en el ideal de la familia cristiana frente a una sociedad que pretende acabar con ella.

No obstante, el caso particular de los capadocios posee una significación aún más importante. No es casualidad que su profunda visión trinitaria de Dios –un dinamismo creador y amoroso de las relaciones interpersonales– brotara de una intensa vida interpersonal de la comunidad cristiana iniciada en sus propias familias. Gregorio empleó a la familia de Adán para ilustrar la unidad en la diversidad de las tres Personas. No obstante, la perspectiva capadocia es bidireccional: ¿qué consecuencias tiene el hecho de que Dios, fundamento de todo lo que existe, sea esencialmente una comunión dinámica de personas irreduciblemente únicas, distintas e iguales, sobre nuestra noción del ser humano, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios?

Capítulo 20

AMBROSIO DE MILÁN: EL JONÁS DE OCCIDENTE

Cuando Diocleciano reorganizó el Imperio, se hizo necesaria una segunda capital de Occidente que sirviera de sede central al César, el segundo del emperador. Tréveris, situada en el límite occidental de lo que hoy es Alemania, parecía la opción ideal: era romana desde que Julio César la conquistara hacía más de trescientos años. En ella vivían el César y el gobernador romano de la Galia –un hombre llamado Ambrosio– cuando allí fue desterrado Anastasio en el 355 d.C. El gobernador murió joven, no sin que antes él y su mujer se vieran bendecidos con el nacimiento de una niña y dos varones, uno de los cuales recibió el nombre del padre.

La viuda se llevó a sus hijos de vuelta a Roma, donde la mayor, Marcelina, se aseguró de que sus dos hermanos Ambrosio y Sátiro siguieran los pasos de su padre y lograran las virtudes y la educación capaces de convertirlos en buenos abogados y estadistas. En cuanto a ella, desde muy joven se entregó a la vida del espíritu. Ambos muchachos vieron a su hermana adolescente recibir de manos del propio papa el velo de las vírgenes consagradas en la basílica de San Pedro.

Ambrosio y Sátiro se dedicaron al estudio de los clásicos y de la retórica. En un momento en que el conocimiento del griego estaba desapareciendo del Imperio de Occidente, Ambrosio consiguió un dominio de la lengua de Homero y Platón muy superior al de sus colegas. También su elocuencia y su energía lo distinguían del resto. Poco después de convertirse en aboga-

do, las autoridades descubrieron su talento y le asignaron un cargo político en Roma. Muy pronto iba a recaer sobre él un honor aún mayor: el emperador Valentiniano I le llamó a Milán[271] para encargarle el gobierno del norte de Italia. Ambrosio no tenía mucho más de treinta años.

Su padre habría estado orgulloso. En el año 303 d.C. la corte imperial de Occidente se había trasladado de Roma a Milán. Roma continuaba siendo el corazón histórico del Imperio, pero Milán había pasado a ser su cabeza política; y, como gobernador de la región, Ambrosio ocupaba uno de los cargos más importantes de Occidente.

Su manera de gobernar le ganó el respeto de la gente desde el primer momento. No llevaba ni dos años en Milán cuando estalló la primera crisis. Por desgracia, veinte años atrás el emperador Constancio había nombrado a un obispo empeñado en hacer de la ciudad imperial un bastión del arrianismo, y ese obispo acababa de morir. Para elegir a su sustituto se convocó una asamblea en la catedral, donde la multitud se hallaba equitativamente dividida en arrianos y católicos, que andaban siempre a la greña. En un intento de impedir una revuelta, el gobernador acudió corriendo a la catedral para calmar a las masas. Estaba pronunciando un vehemente discurso sobre los deberes de la caridad cristiana cuando se alzó una voz: «¡Ambrosio obispo!». Inmediatamente, arrianos y católicos empezaron a corear: «¡Ambrosio! ¡Ambrosio!». Las disensiones dieron paso a la unanimidad. Ambrosio estaba aterrado. Aunque, al igual que sus hermanos, era un creyente devoto, la costumbre de la época le había llevado a posponer su bautismo, y un decreto de Nicea prohibía la ordenación de los recién bautizados. «La emoción ha invalidado la ley canónica», dijo bromeando.

Su elección tenía que ser ratificada por los obispos de la provincia. Seguramente –se decía él– la rechazarán por no ajustarse a la ley. Pero todos los obispos consideraron a Ambrosio el candidato perfecto. Aún hay esperanza, pensó Ambrosio. El emperador tiene que ratificarlo y no querrá ceder a su gobernador a la Iglesia. La sorpresa fue que Valentiniano I declaró sentirse honrado de que a uno de sus gobernadores se le considerara merecedor del cargo de obispo. A Ambrosio no le quedó otra opción que imitar al profeta Jonás, darse a la fuga y esconderse en casa de un ilustre senador amigo suyo, el cual, en cuanto se enteró de que el emperador había aprobado su elección, lo delató.

Ambrosio acabó cediendo. Recibió el bautismo y una semana después, el 7 de diciembre del 374, fue ordenado obispo.

PERSISTE LA HEREJÍA

Al nuevo obispo le aguardaba una tarea colosal. Tras veinte años de arrianismo había mucho que hacer. Sátiro, viendo a lo que se enfrentaba su hermano, renunció a su cargo de gobernador de otra provincia y se trasladó a Milán para ayudarle haciéndose cargo de los detalles administrativos de la diócesis, de modo que Ambrosio pudiera dedicarse por entero a sus deberes pastorales. Los hermanos procedían de una distinguida familia senatorial que disponía de medios abundantes. Después de asegurar el futuro de su hermana Marcelina, Ambrosio entregó cuanto le quedó a los pobres. Luego se dedicó a adquirir un profundo conocimiento de las Escrituras y la Tradición. Para ello contrató a un sabio sacerdote llamado Simpliciano, de quien recibió clases sobre la Biblia y los Padres. Sus conocimientos de griego le resultaron muy útiles, pues le permitieron leer en su lengua original no solo el Nuevo Testamento, sino a Atanasio, Orígenes y Basilio, muchas de cuyas obras no estaban

traducidas al latín. Ambrosio fue uno de los principales cauces por los que la corriente del pensamiento grecocristiano pasó a la tradición latina occidental.

El obispo se ganó los corazones de la gente con su inspirada predicación y su generosidad ejemplar: a la entrega de sus bienes se sumó la de su tiempo. La disponibilidad de Ambrosio era insólita. Estableció una política de puertas abiertas por la que cualquier miembro de su rebaño, fuese cual fuese su posición social, podía acudir a hablar con él, a condición de cumplir unas cuantas normas inalterables: no facilitaría contactos ni recomendaciones con vistas a obtener cargos en la corte imperial. Aun así, el torrente era interminable. Uno de sus numerosos visitantes, un joven orador llamado Agustín, cuenta cómo Ambrosio solía escabullirse entre visita y visita para rezar y estudiar. Su abultada agenda pastoral explica por qué la mayoría de los escritos que nos han llegado de él no son extensos tratados ni comentarios bíblicos exhaustivos, sino recopilaciones de fervorosas homilías.

A poco de su elección, Ambrosio recibió una carta de felicitación de Basilio, obispo de Cesarea, en la que le urgía a plantar cara al arrianismo, a la que respondió elaborando un proyecto a largo plazo para erradicar los restos del arrianismo en Italia. Su plan de acción recibió un fuerte revés tan solo un año después de su ordenación. El emperador católico Valentiniano I murió en combate junto a la frontera norte después de haber nombrado coemperador a su hijo mayor, Graciano, quien también era católico. No obstante, el ejército proclamó nuevo Augusto de Occidente a su joven hermanastro, Valentiniano II[272]. Graciano conservó el dominio sobre Bretaña, España y la Galia, dejando a su hermanastro el control nominal de Italia. El nuevo emperador Valentiniano II, que solo tenía cuatro años, no era

más que un títere manejado por su madre, Justina, una mujer manipuladora de fe arriana. Cuando la emperatriz invitó a un obispo renegado a residir en la corte imperial, colocó a Ambrosio en una posición bastante incómoda. No obstante, como la verdadera autoridad de Occidente era su hijastro Graciano, no se atrevió a promover abiertamente el arrianismo y se limitó a aguardar su momento.

Entretanto, Graciano, reclamado por el deber de reunir un ejército para socorrer a su tío Valente, emperador de Oriente, que sufría la amenaza de una rebelión en la frontera norte, buscó la guía espiritual de Ambrosio. Antes de embarcarse hacia su misión, y ante la sospecha del violento proselitismo a que podía verse sometido por el entorno de su tío arriano, Graciano acudió a Ambrosio para ser instruido en la fe católica. La respuesta de Ambrosio consistió en redactar para él dos de sus obras más extensas: *A Graciano, sobre la fe* y, dos años después, *Sobre el Espíritu Santo*.

No obstante, Graciano y Valente no llegaron a encontrarse nunca. Cuando el ejército del primero se hallaba aún a varios cientos de kilómetros de distancia, Valente, pensando que los bárbaros estaban arrinconados y diezmados, decidió adjudicarse toda la gloria, pero erró en sus cálculos. Su prematuro y arrogante ataque contra las fuerzas godas en Adrianópolis acabó con la peor derrota romana del siglo. Valente no solo perdió a dos terceras partes de sus hombres, sino también la vida.

Graciano, que se había quedado solo para defender todo el Imperio, nombró emperador de Oriente al general hispano Teodosio, que también era católico. Cinco años después, Graciano fue asesinado en la Galia víctima de una traición. Cuando Máximo, el general rebelde que había promovido el crimen, amenazó con lanzarse sobre Italia, Justina suplicó a Ambrosio

que se entrevistara con el usurpador en calidad de embajador para convencerle de que se conformase con las provincias del norte y dejara tranquila a Italia. La misión de Ambrosio resultó un éxito: era la primera vez en la historia en la que un obispo se ocupaba de mediar en una importante disputa política y militar.

Aunque el propósito de Ambrosio había sido evitar el derramamiento de sangre, sus esfuerzos aseguraron sin quererlo el control de Justina sobre Italia. Una vez desaparecido Graciano y con el emperador católico Teodosio muy lejos de allí, la emperatriz vio la oportunidad de impulsar un resurgimiento del arrianismo en Milán. Los misioneros arrianos enviados desde Constantinopla habían convertido al cristianismo a muchos bárbaros godos, algunos de los cuales servían en el ejército romano y estaban acuartelados en Milán. Con el pretexto de proporcionarles un lugar de culto, Justino convenció a su hijo de que exigiera a Ambrosio la entrega de una de sus iglesias. El plan consistía en que el obispo arriano que vivía en la corte imperial celebrara allí su primera Eucaristía en la Pascua del año 386. Ambrosio se negó en redondo y, ante la amenaza del empleo de la fuerza, contestó: «Yo he dicho ya lo que un obispo tenía que decir. Que el emperador proceda ahora como corresponde a un emperador. Nabot se negó a entregar la herencia de sus antepasados. ¿Cómo voy yo a entregar las iglesias de Jesucristo?»[273].

Justina envió a sus soldados para que tomaran la basílica, pero Ambrosio y sus fieles se les adelantaron y el Domingo de Ramos se atrincheraron dentro de la iglesia. Los soldados los rodearon con la esperanza de que los consumiera el hambre antes de recibir la orden de atacar el edificio; pero la congregación se quedó dentro un día tras otro día en ayuno y oración, mientras

los soldados, nerviosos, aguardaban fuera dispuestos para el ataque. Entre los participantes en la «sentada» había una mujer llamada Mónica, la madre del orador imperial Agustín.

Ambrosio aprovechó la prolongada reclusión junto a su rebaño para enseñarle un nuevo estilo de canto. Hasta entonces en la Iglesia latina la música se ceñía a los salmos entonados por un coro a los que el pueblo contestaba limitándose a cantar breves respuestas entre los versículos. Ambrosio, que deseaba una participación mayor de los fieles, les enseñó una nueva modalidad de canto conocida como «antifonal», en el que los asistentes se dividían en dos, y una parte cantaba un versículo y la otra, el siguiente. También les enseñó melodías compuestas por él mismo. Sus poemas estaban tomados de temas bíblicos, pero no eran solamente citas de los salmos o de textos de las Escrituras, sino composiciones originales. Los himnos de este tipo se hallaban muy difundidos en Oriente, pero en el Occidente latino eran relativamente desconocidos. Es probable que el himno ambrosiano que recoge la negación de Pedro lo aprendieran los fieles durante esa vigilia de oración bajo asedio:

Invocando a la luz desde las sombras
el heraldo del sol alza sus voces:
nocturna claridad de los viajeros,
que separa la noche de la noche.

Al oírlo el lucero se levanta
y borra al fin la oscuridad del aire,
con lo cual el tropel de los espíritus
malignos pone fin a sus maldades.

Con esta voz que al nauta reanima
las olas del océano se calman,
con esta voz hasta la misma piedra
de la Iglesia se acuerda de su falta.

El gallo canta y llama a los dormidos,
increpa a los poltrones y reprende
a los que se resisten a su canto.
Levantémonos, pues, resueltamente[274].

Los cantos se prolongaron durante una semana hasta que los soldados se rindieron, no sin que antes un eunuco de la casa imperial cruzara unas palabras con el obispo recalcitrante. Ambrosio recoge el enfrentamiento en una carta a su hermana Marcelina: «Caligono, camarero mayor del emperador, me envió a decir: "¿Viviendo yo, piensas burlarte del emperador? Te mandaré cortar la cabeza". Le respondí: "Dios te lo permita. Yo padeceré como obispo; tú obrarás como suelen los eunucos"»[275].

El fruto de esa reclusión que duró una semana ha sido imperecedero: las melodías y los poemas compuestos por Ambrosio y sus seguidores se difundieron para convertirse rápidamente en la música predominante en la Iglesia occidental hasta que, pocos siglos después, Carlomagno y sus herederos popularizasen el canto gregoriano. De hecho, el canto ambrosiano es la música escrita de la civilización occidental más antigua que conservamos.

PADRE DEL EMPERADOR CATÓLICO

Pero Justina no se dejó desanimar. Al año siguiente presionó a su hijo para que firmase un decreto oficial legalizando las reuniones arrianas y convirtiendo en un delito capital cualquier injerencia en ellas. Luego volvió a pedirle a Ambrosio que entregara algunas iglesias para el culto arriano, según dictaba la ley. Pero este la desafió:

> Si me queréis prender a mí, yo mismo me entregaré. Si queréis cargarme de cadenas o darme la muerte, cumpliréis mis deseos. No me haré rodear de gentes del pueblo que me defiendan. No iré a coger el altar para pedir la vida. Al contrario, la sacrificaré con gusto en defensa de los santos altares[276].

Justina se cuidó mucho de ponerle la mano encima al obispo. Quizá comprendió lo precario de su situación cuando un grupo de soldados enviados a hacer cumplir el decreto decidió entrar en la iglesia para unirse a las oraciones de los católicos.

La guerra constante contra los bárbaros godos y hunos de aquellos años se saldó, además de con víctimas mortales, con numerosos prisioneros, a quienes se solía liberar a cambio de un rescate, o bien vender como esclavos. Cuando Ambrosio hubo invertido los fondos familiares y eclesiásticos en redimir a todos los presos posibles, ordenó fundir los cálices de oro para seguir liberando a otros. Resulta irónico que los arrianos le acusaran de sacrílego. Él les contestó que habían olvidado el significado de la Eucaristía: esos cálices eran de oro porque contenían la sangre de Cristo derramada en rescate por nosotros. «La Iglesia tiene oro no para almacenarlo, sino para gastarlo a favor de quienes tienen necesidades»[277], declaró.

Pocos años después, Justina y su hijo, anticipándose al usurpador Máximo, que veía llegada la hora de invadir Italia, huyeron a Oriente y regresaron acompañados del emperador Teodosio, quien derrotó al usurpador y restauró a Valentiniano como jefe nominal del Imperio de Occidente. En realidad, era Teodosio quien poseía todo el control; y, en lugar de volver a Constantinopla, decidió quedarse en Milán, desde donde podía asegurar que no surgieran más problemas en Occidente.

A poco de llegar, el emperador católico, que se había distinguido por su defensa de la ortodoxia nicena, se presentó en la Eucaristía de Ambrosio. Se celebraba una fiesta y Teodosio, después de llevar su ofrenda al altar, no abandonó el presbiterio. Cuando el obispo le preguntó si quería algo, el emperador le contestó que se quedaba allí para asistir a los sagrados misterios y recibir la comunión. Ambrosio le envió a un diácono con este mensaje: «Señor, en este lugar no deben estar sino los ministros sagrados: es preciso que se retire. La púrpura hace príncipes, pero no sacerdotes». Teodosio se disculpó diciendo que ignoraba que la costumbre de Milán fuese otra que la de Constantinopla y, agradeciendo humildemente al obispo la explicación del protocolo, fue a ocupar su puesto entre los laicos[278].

A partir de entonces, entre Teodosio y Ambrosio nació una relación afectuosa y cordial. Teodosio, conocido más tarde como «el Grande», hizo mucho por terminar con el dominio arriano en Oriente y por proteger los derechos de la Iglesia católica. De hecho, era un creyente convencido. Por eso Ambrosio se quedó atónito al enterarse de la terrible atrocidad cometida por el emperador cristiano. Cuando los habitantes de Tesalónica se rebelaron y acabaron con la vida del gobernador imperial y de algunos soldados, Teodosio montó en cólera y ordenó a las fuerzas que quedaban rodear el circo donde la gente asistía

a una carrera de carros y liquidarla sin piedad. En la masacre murieron siete mil hombres, mujeres y niños. Ambrosio escribió al emperador una carta privada instándole a arrepentirse públicamente de ese crimen y dejándole claro que, si se presentaba en la iglesia, suspendería la liturgia. Sus palabras eran firmes, pero en el texto de esa carta confidencial –que afortunadamente ha llegado hasta nosotros– se escucha la voz afligida de un padre espiritual afectuoso:

> Los sucesos de Tesalónica no tienen precedente. Sois humano y os habéis dejado vencer por la tentación. Os aconsejo, os ruego y os suplico que hagáis penitencia. Vos, que en tantas ocasiones os habéis mostrado misericordioso y habéis perdonado a los culpables, mandasteis matar a muchos inocentes. El demonio quería sin duda arrancaros la corona de piedad que era vuestro mayor timbre de gloria. Arrojadle lejos de vos ahora que podéis hacerlo. Os escribo esto de mano propia para que leáis en particular[279].

Ambrosio exigía que el emperador cumpliera públicamente la penitencia canónica que era costumbre en aquella época por los pecados notorios. El pecador, vestido con tela de saco, se quedaba fuera de la iglesia implorando la intercesión de quienes entraban al culto. Eso fue exactamente lo que hizo el emperador durante varios meses antes de ser readmitido a la comunión en Navidad. Comenta Agustín que los fieles que acudían a la iglesia, al ver la humillación de su majestad imperial, rompían en llanto. Así lo cuenta Ambrosio en el sermón que predicó durante el funeral de Teodosio:

> Se despojó de todas las insignias de la dignidad regia y lloró públicamente su pecado en la iglesia. Él, que era emperador, no se avergonzó de hacer penitencia pública, en tanto que otros muchos menores que él se rehúsan a hacerla. Él no cesó de llorar su pecado hasta el fin de su vida[280].

Teodosio, que muy bien podría haber desterrado o ejecutado a Ambrosio, afirmó, en cambio, que era el único obispo que conocía verdaderamente merecedor de su cargo. Años después, el emperador murió en brazos de su obispo.

LEGADO

Aunque en la Iglesia occidental se le conoce como el «padre de los himnos», el obispo Ambrosio fue sobre todo un padre espiritual cuya huella en la Iglesia y en la civilización occidental se debió no solo a sus influyentes escritos y cantos, sino también a sus hijos espirituales. Dos de ellos, los emperadores Graciano y Teodosio, ayudaron a reinstaurar en la Iglesia el Credo de Nicea. Otro de sus pupilos espirituales se convirtió en el maestro cristiano de Occidente con más influencia hasta la aparición de Tomás de Aquino[281].

A diferencia de los capadocios, Ambrosio no nos ha legado nuevas contribuciones decisivas para el conocimiento de la Trinidad, el Espíritu Santo o la Encarnación, pero sí ha puesto claramente de manifiesto las implicaciones del dogma de Nicea en las nociones de Iglesia y Estado y de las relaciones entre ambos.

Como hemos visto, la teología, que a primera vista parece distante y teórica, posee consecuencias muy serias en la práctica. Fue mérito de Atanasio descubrir que el arrianismo ponía

en peligro y empobrecía nuestra idea de la salvación, mientras que Gregorio de Nisa supo ver las implicaciones de la teología trinitaria en nuestra idea de la dignidad humana y en lo que significa haber sido creados a imagen y semejanza de Dios.

Las relaciones entre Ambrosio y el emperador revelan las visiones radicalmente distintas de la Iglesia y el Estado defendidas por las teologías arriana y nicena. Para los arrianos Dios no es comunidad, sino un monarca solitario y lejano. La teología arriana relativiza el papel del Hijo, que es una simple criatura: el primer ministro de Dios –por decirlo de algún modo– que sirve de instrumento al Rey para la creación y la salvación del mundo. Además, Dios puede emplear instrumentos diferentes: un mismo rey puede contar con primeros ministros sucesivos. El emperador cristiano es el primer ministro en funciones del que se vale Dios para gobernar aquí y ahora tanto su Iglesia como su mundo. Según los arrianos, los obispos de la Iglesia reciben su legitimidad en virtud de una elección y un nombramiento imperiales, y pueden ser trasladados a cualquier parte por deseo del emperador: son los funcionarios espirituales de la burocracia imperial. No es de extrañar que todos los obispos arrianos orientales sin excepción prodigaran constantes halagos a los emperadores, desde Constantino hasta Valente, y que estos emperadores considerasen el arrianismo muy apetecible[282]. Eso explica por qué en Constantinopla, donde dominó el arrianismo durante cuarenta años, era costumbre que el emperador estuviese en el presbiterio al lado de los sacerdotes.

Para los católicos ortodoxos del Credo niceno, el Hijo no es un simple instrumento temporal de Dios, sino que es eternamente Rey de reyes y Señor de señores. Él eligió a los apóstoles, quienes a su vez fundaron Iglesias a cuyos obispos ordenaron para que que les sucedieran. El fundamento de la autoridad de

los obispos no es el favor del emperador, sino una sucesión apostólica ininterrumpida que se remonta al Señor.

Para los cristianos nicenos, ni siquiera el emperador que defiende la fe católica es la ley, sino que está *bajo* la ley de Dios; o, como afirmó Ambrosio sucintamente, «el Emperador está dentro de la Iglesia, no por encima de ella»[283].

Capítulo 21

AGUSTÍN Y LA SUBLIME GRACIA

En el siglo IV Italia era el centro del universo civilizado, como lo había sido durante siglos. Todos los caminos seguían conduciendo a Roma. No obstante, Milán, estratégicamente situada al pie de los Alpes, servía de epicentro secundario de las intrigas políticas y la moda intelectual.

Por el contrario, el norte de África romano, patria de Cipriano y Tertuliano, se hallaba lejos de las rutas frecuentadas. Era provinciano en el peor sentido del término; y, cuanto más te alejabas de Cartago, la ciudad más importante, más provinciano aún.

BAJO EL SOL AFRICANO

Por las mismas fechas en que Ambrosio emprendía su carrera política en Roma, en el norte de África un adolescente llamado Agustín concluía sus primeros estudios. Había nacido y se había criado en Tagaste, una pequeña ciudad agrícola[284] situada en el interior, a unos 250 kilómetros de Cartago. Mónica, su madre, católica de comunión diaria, hizo lo que pudo por formar a su hijo en la fe cristiana; y Patricio, el padre pagano, hizo lo que pudo por darle una educación decente, lo que significaba sacarlo de aquella ciudad sin porvenir y mandarlo a la universidad. Así que, con diecisiete años, enviaron a Agustín a enfrentarse en solitario a los desafíos de la gran ciudad. Al poco tiempo moría Patricio.

La reciente viuda se consolaba sabiendo que allá en la distancia su hijo al menos asistía a catequesis; lo que no sabía era que lo hacía para intimar con una joven en la que encontró lo que andaba buscando y con la que no tardó en irse a vivir. Él mismo escribe en su autobiografía: «Llegué a Cartago, y por todas partes crepitaba en torno a mí un hervidero de amores impuros»[285].

Los planes del padre, que había sabido descubrir las dotes intelectuales de su hijo, eran que se convirtiese en abogado; los de la madre, que había sabido descubrir su potencial espiritual, eran que encontrase a Dios. En su segundo año de estudios, llevado por el deseo de honrar a su padre, era a su madre a quien Agustín parecía estar a punto de hacer feliz, porque para mejorar su estilo retórico recurrió a un libro titulado *Hortensio*, escrito por el célebre orador romano Cicerón, en el que el autor incluye una llamada a abandonar la búsqueda superficial del dinero y de los placeres para encontrar la sabiduría. Bajo la impresión causada por el descubrimiento de la vacuidad de sus ambiciones profesionales, Agustín abandonó sus planes de estudiar leyes y se dedicó a la búsqueda de la verdad. Para ello recurrió a las Escrituras cristianas, tal y como Mónica esperaba, pero no tardó en quedar defraudado. Para un joven formado en los clásicos, la Biblia poseía un estilo claramente mediocre y estaba llena de burdas historias que resultaban impropias de Dios. Agustín buscaba desesperadamente la sabiduría que arrojara luz sobre la misteriosa batalla entre el bien y el mal a la que asistía en su propia alma, y el Antiguo Testamento ensalzaba a héroes como David y los patriarcas, tan víctimas de la pasión como él.

Fue en esa época cuando conoció a unos misioneros que pretendían representar la forma más pura y auténtica de cristianismo. Los maniqueos, discípulos de un profeta persa llamado

Mani, eran eminentemente lógicos. Como los gnósticos dualistas de siglos atrás, rechazaban el Antiguo Testamento, a cuyo Dios consideraban el origen del mal del mundo. La materia era mala y el espíritu era divino. La lucha interior de Agustín –explicaban– no era sino un síntoma de la batalla cósmica que el bien y el mal, la materia y el espíritu libraban dentro de él. No había motivo para avergonzarse de la lujuria, que es lo que se deriva de un cuerpo perverso. Su auténtico ser era la parte espiritual de sí mismo. Algún día –aseguraban– su cuerpo moriría y se libraría de él. Por fin contaba Agustín con respuestas que le proporcionaban paz interior y una explicación de sí mismo –o eso creía él–.

Durante muchos años Agustín siguió siendo un «oyente» maniqueo que admiraba a los «perfectos» cuya austera vida de celibato y sacrificio los convertía en miembros del círculo más íntimo de la secta; pero, naturalmente, él no podía contarse entre ellos, pues no disponía de recursos interiores para renunciar a los placeres del cuerpo, y especialmente a los del sexo. Al menos –se decía– era monógamo y fiel a su concubina[286], junto con la cual educaba a su hijo Adeodato (que significa «dado por Dios»). Entretanto iba labrándose un nombre como profesor de retórica. Inmerso en el ambiente maniqueo, fueron pasando los años, amontonándose las preguntas y aumentando las frustraciones. Agustín quería avanzar en el camino maniqueo, pero no veía ningún progreso; tenía problemas que resolver, pero continuaba sin respuestas[287]. Nunca había tenido un padre espiritual y lo necesitaba desesperadamente. Los «perfectos» afirmaban no poseer la solución, pero le decían que, si pudiera conocer a su líder, el ilustre Fausto, todas sus preguntas quedarían resueltas: él podía ser el padre espiritual que buscaba Agustín.

Fausto llegó por fin a la ciudad. Desgraciadamente, Agustín se sintió defraudado: cierto que se trataba de un anciano cautivador y elocuente, pero no tenía nada que decir y admitió honestamente que no podía dar respuesta a sus preguntas. Agustín comprendió que la secta era incapaz de ofrecerle nada más: ni ella ni Cartago, con sus estudiantes díscolos e indisciplinados y su gente grosera y estrecha de miras; y decidió que su futuro se hallaba en la Italia cosmopolita, no en las ciudades atrasadas del norte de África. Mientras llevaba a cabo los preparativos para trasladarse a Roma, Mónica se presentó en Cartago para suplicarle que no se fuera o que, al menos, la llevara con él. Una noche, mientras su madre asistía a una vigilia en la ermita de San Cipriano, Agustín se subió a un barco nocturno y escapó de ella. A la mañana siguiente, al saberse engañada, Mónica prorrumpió en tristes lamentos mientras contemplaba el mar desde el muelle.

EL HIJO DE AMBROSIO

La experiencia de Agustín en Roma fue desastrosa. Los estudiantes eran aún peores que los de Cartago[288]. Y entonces llegó lo que le pareció el golpe de suerte de su vida: el emperador necesitaba un retórico que trabajase como orador oficial y el gobernador de Roma, impresionado por el joven africano, nombró para ese cargo a Agustín, que se trasladó a Milán. Cuando la noticia llegó a África, la orgullosa madre zarpó rumbo a la capital imperial.

Mientras Agustín y su familia se instalaban en Milán, Mónica se dirigió a la catedral. Más tarde le contó a su hijo que le había impresionado el obispo, también maestro de retórica y exgobernador del norte de Italia. Agustín empezó a ir a la catedral los domingos solo para estudiar el estilo oratorio de Am-

brosio. Años después el relato de su experiencia adopta la forma de una oración dirigida a Dios:

> Visité al obispo, Ambrosio, famoso entre los mejores de la tierra, piadoso siervo tuyo, cuyos discursos suministraban celosamente a tu pueblo «la flor de tu trigo», «la alegría del óleo» y «la sobria embriaguez de tu vino». A él era yo conducido por ti sin saberlo, para ser por él conducido a ti sabiéndolo. Aquel hombre de Dios me recibió paternalmente y se interesó mucho por mi viaje como obispo. Yo comencé a amarle; al principio, no ciertamente como a doctor de la verdad, la que desesperaba de hallar en tu Iglesia, sino como a un hombre afable conmigo. Oíale con todo cuidado cuando predicaba al pueblo, no con la intención que debía, sino como queriendo explorar su facundia y ver si correspondía a su fama o si era mayor o menor que la que se pregonaba[289].

Así, yendo a escuchar al obispo domingo tras domingo, el canto ambrosiano comenzó a obrar sus efectos en el joven profesor, que lloraba de emoción; y también comenzó a obrar sus efectos el mensaje de Ambrosio: explicadas por este, las Escrituras empezaban a cobrar sentido. Siguiendo la máxima paulina de que «la letra mata, pero el espíritu da vida» (*2 Co* 3, 6), Ambrosio enseñaba que detrás de la literalidad de los conflictivos personajes y acontecimientos del Antiguo Testamento se escondía un profundo significado espiritual que preparaba, prefiguraba y predecía a Cristo, a su Iglesia y las instituciones de la Nueva Alianza. Del gran Orígenes y de otros padres orientales había aprendido que bajo la humilde superficie de la Biblia se oculta-

ba un hondo significado inagotable. Ante la interpretación espiritual que hacía Ambrosio de la Escritura comenzaron a derrumbarse las objeciones racionalistas que Agustín y sus amigos maniqueos planteaban en contra de la Biblia y de la fe católica. Es cierto que aún quedaban preguntas, pero al menos Agustín estaba dispuesto a comenzar el catecumenado: quizá podría empezar a aprender algo más de ese obispo que instruía personalmente a sus catecúmenos[290]. Había encontrado al padre espiritual que buscaba y por el que Mónica tanto había rezado.

El obispo Ambrosio se había formado en la filosofía platónica. Hasta ese momento, Agustín sabía más de literatura que de filosofía, por lo que decidió estudiar las obras de Platón y de su discípulo Plotino, en las que descubrió dos cosas importantes: una idea nueva de Dios como espíritu puro y una idea del mal entendido no como una oscura entidad opuesta a Dios –según enseñaban los maniqueos–, sino como la inexistencia, la privación o la ausencia de bien. Si bien estas dos nociones representaban los pasos intelectualmente necesarios para conducirlo al umbral del bautismo, no le proporcionaban la fuerza necesaria para cruzarlo. No podía contraer un matrimonio legal con su amante porque no compartían la misma clase social; y tampoco era capaz de vivir sin sexo: «Mas yo, joven miserable, sumamente miserable, había llegado a pedirte en los comienzos de la misma adolescencia la castidad, diciéndote: "Dame la castidad y continencia, pero no ahora"»[291].

Agustín era una persona sumamente sociable. Con él y con su familia vivía Alipio, uno de sus mejores amigos africanos. Un día, cuando Agustín se hallaba aún en esa tierra de nadie que es la indecisión, les visitó otro amigo de África quien, nada más tomar asiento, se quedó sorprendido al ver encima de la mesa un libro de las cartas de san Pablo. A Ponticiano, que era un

cristiano bautizado, le satisfizo descubrir que Agustín y Alipio leían las Escrituras y les habló de un nuevo libro que estaba en boca de todos: la historia de Antonio –el monje egipcio que lo dejó todo después de escuchar hablar a Dios a través de las Escrituras– escrita por un obispo de Egipto llamado Atanasio. Este sencillo monje, pese a ser iletrado, había obrado prodigios y alcanzado niveles sublimes de santidad. Al oír hablar de Antonio, Agustín se sintió avergonzado y, dirigiéndose a Alipio, que tampoco estaba bautizado, le dijo: «¿Qué es lo que nos pasa? (…). Levántanse los indoctos y arrebatan el cielo [*Mt* 11, 12], y nosotros, con todo nuestro saber, faltos de corazón, ved que nos revolcamos en la carne y en la sangre»[292]. Agustín salió corriendo al jardín agarrado a las cartas de san Pablo y Alipio fue tras él. Los dos amigos se sentaron en silencio uno al lado del otro, mientras Agustín temblaba presa del nerviosismo. Por fin, rompiendo en llanto, se separó de Alipio en busca de un lugar donde poder dar rienda suelta a sus emociones. Sentado bajo una higuera, sus sollozos se vieron interrumpidos por el soniquete de una voz infantil que repetía canturreando: «¡Toma y lee! ¡Toma y lee!». Agustín era incapaz de recordar algún juego infantil que contuviera esas palabras y, de repente, comprendió que podía tratarse de un mensaje procedente de lo alto. Recordó que Dios había hablado a Antonio a través de un pasaje de las Escrituras, así que corrió en busca de Alipio, junto al cual había dejado el libro de las cartas de san Pablo; lo cogió, lo abrió al azar y leyó la primera línea con que tropezaron sus ojos: «Tenemos que comportarnos honradamente, no en comilonas y borracheras, no en fornicaciones ni desenfrenos, no en contiendas y envidias; al contrario, revestíos del Señor Jesucristo y no estéis pendientes de la carne para satisfacer sus concupiscencias» (*Rm* 13, 13-14). «Fue –escribía más tarde– como si se hubiera

infiltrado en mi corazón una luz de seguridad»[293]. Y, misteriosamente, supo que poseía la fuerza para hacer lo que debía.

En la siguiente vigilia pascual Agustín, su hijo Adeodato y Alipio fueron bautizados por el obispo Ambrosio y recibieron por primera vez el «pan del cielo». Su plan consistía en volver a Tagaste y llevar una apacible vida contemplativa en la humilde casa de Mónica. Partieron hacia Ostia, el puerto de Roma, para organizar el largo viaje de regreso a África. Allí Mónica cayó enferma: ver a su hijo bautizado en la fe católica había sido su única razón de vivir y, después de ser testigo del milagro, estaba preparada para marchar a la patria celestial. Le dieron sepultura en Ostia. «No puedo decir suficientemente el gran amor que me tenía y con cuánto mayor cuidado me paría en el espíritu que me había parido en la carne»[294], escribió Agustín.

ARRASTRADO AL SACERDOCIO

Agustín y su grupo de hermanos regresaron por fin a Tagaste para poner por obra sus planes. Se les conocía como *Servii Dei* o Siervos de Dios. Durante varios años, él y su familia espiritual disfrutaron de la vida contemplativa comunitaria. Pero su plácida felicidad no duró mucho. Nebridio, uno de los mejores amigos de Agustín, y su hijo Adeodato cayeron enfermos y murieron[295]. Poco después, en el 391, Agustín recorrió cien kilómetros en dirección norte, hasta el puerto de Hippo Regius[296], con la misión de convencer a un amigo que vivía allí de que regresara con él a Tagaste para unirse a la comunidad de los Siervos de Dios. Haciendo lo posible por pasar desapercibido, entró discretamente en una iglesia para asistir a la liturgia y se quedó en la parte de atrás procurando no llamar la atención. Naturalmente, tanto el obispo como los fieles lo reconocieron. Durante la homilía el anciano obispo se quejó de la falta de un candidato al sacerdocio, cuya ayuda necesitaba desesperada-

mente. Entonces Agustín se encontró literalmente arrastrado entre gritos hasta la silla del obispo por una muchedumbre de fieles. Y, como ocurriera con su héroe Ambrosio, se vio lanzado al sacerdocio.

Agustín era incapaz de vivir solo y el obispo, agradecido por su ayuda, accedió a dejarle una casa junto al jardín de la catedral donde residir con los demás Siervos de Dios. Su proyecto consistía en imitar la vida apostólica descrita en los capítulos 2 y 4 de los Hechos de los Apóstoles, compartiendo todos los bienes y llevando una vida comunitaria de oración, estudio y servicio a la Iglesia. A lo largo de los cuarenta años siguientes el comedor de aquella casa recibió invitados venidos de todo el Imperio. La dieta era estrictamente vegetariana: el verdadero banquete consistía en la conversación diaria entablada en torno a la mesa. Agustín prohibió la murmuración y se aseguró de que nadie cayera en ella. Para recordárselo a sus invitados hizo grabar estas palabras en la mesa: «El que guste calumniar de los ausentes es indigno de sentarse a nuestra mesa»[297].

Aquella casa era un auténtico seminario en el que Agustín cultivaba fértiles viñas que se trasplantaban a otras diócesis donde dar fruto. Alipio, por ejemplo, su mejor amigo, se convirtió en obispo de Tagaste, la ciudad natal de ambos.

Pocos años después el obispo Valerio quiso consagrar obispo coadjutor a Agustín[298]. En torno al año 397 Valerio falleció y Agustín se convirtió en el único obispo de Hipona. A partir de ese momento el peso abrumador de los pleitos se abatió sobre el hombre que en otro tiempo había buscado una vida de quietud contemplativa. En aquel período histórico, para dirimir los conflictos diarios entre los ciudadanos se recurría a los obispos católicos, que eran todo lo que cualquiera –incluidos los no católicos– desearía en esas circunstancias: mediadores honrados

e imparciales que juzgaban los casos rápidamente y sin costes. Igual que Moisés y los jueces elegidos por él en la Biblia (cfr. *Ex* 18), Agustín pasaba buena parte del día escuchando las riñas entre los propietarios de tierras, las disputas de los hijos por la herencia de sus padres, etc. Además, cumplía con su tarea de predicar con frecuencia y con sus deberes pastorales; y, por último, con la difícil empresa de hacer frente a las herejías y los conflictos.

En medio de todo aquello, Agustín encontraba tiempo para la oración personal, la amistad y la escritura. Ahora entendía a qué había tenido que enfrentarse su héroe Ambrosio.

UNAS *CONFESIONES* REVOLUCIONARIAS

Diez años después de su conversión y durante los primeros de su episcopado, Agustín escribió un libro sobre su vida titulado *Las confesiones*. Con este término se refería a la confesión de su vida de pecado y a su alabanza a la asombrosa misericordia de Dios, así como al testimonio de los milagros que había obrado en su vida. Ni en la literatura griega ni en la latina se había escrito algo parecido. Es ese carácter único lo que ha hecho de la obra un clásico de la civilización occidental y lo que, al mismo tiempo, ha desconcertado y causado el rechazo de tantos, quizá porque lo que esperan de ella es una biografía. Y no se trata de una biografía, al menos en el sentido convencional del término: se trata de la historia del corazón de Agustín, del relato de su experiencia íntima, de la evolución de su voluntad y sus sentimientos.

Hasta ese momento, la mayoría de las historias de conversión de la Iglesia primitiva habían seguido un patrón fijo: pecado, conversión, bautismo y total renovación. Punto final. Pero la odisea espiritual de Agustín es mucho más compleja. La conversión se inicia con Cicerón, pierde el rumbo con los maniqueos,

retoma el camino con Ambrosio y continúa a través de Platón, Plotino, Antonio del Desierto y san Pablo. No es una línea recta, sino un camino sinuoso lleno de giros y vericuetos. Ni siquiera una vez superado el momento crucial del bautismo termina el proceso. La conversión de Agustín es un viaje en curso de curación progresiva, de lucha constante. Aun consagrado obispo sigue confesando sus tentaciones, sus flaquezas y sus faltas para gloria de Dios. La intensidad y la hondura de sentimientos son lo más extraordinario del relato. La pasión de Agustín por la unión sexual –el mayor obstáculo para su liberación– no se ha extinguido, sino que se ha reorientado hacia la pasión por la unión con Dios. Sus oraciones están impregnadas de una fogosa intensidad y emplean el lenguaje amoroso del corazón:

> ¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y, deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no lo estaba contigo. Retenían me lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y abráseme en tu paz[299].

La evocación de las etapas de su vida interior que lleva a cabo Agustín en los inicios de su ministerio episcopal inaugura un género de la literatura cristiana totalmente nuevo. También las *Retractaciones*, escritas hacia el final de su labor como obispo,

inauguran otro género nuevo: en ellas vuelve sobre sus obras y las corrige, señalando en qué ha cambiado de opinión o ampliado su perspectiva. Pero estas dos obras del principio y el final de su carrera poseen algo en común. Las *Retractaciones* demuestran que el viaje de Agustín no concluye con su experiencia debajo de la higuera, ni con su bautismo, ni con su elección como obispo; son necesarias porque Agustín nunca dejó de evolucionar: para él era lógico admitir que sus afirmaciones anteriores precisaban de enmiendas, correcciones y matices.

Durante sus años como obispo, rara vez dispuso de tiempo libre para escribir sobre un tema que respondiese únicamente a sus inquietudes intelectuales. Antes que nada, debía dedicar sus esfuerzos a los apremiantes problemas pastorales y doctrinales que acosaron a su Iglesia en los distintos momentos de su episcopado. Y sobre el paisaje norteafricano se cernían dos herejías que dominaron la mayor parte de su vida episcopal. Los temas a los que se enfrentaba Occidente en ese momento no tenían que ver con la Trinidad ni con la Persona de Cristo, como en el caso de Oriente; de hecho, tenían que ver más con la Iglesia, con sus sacramentos y con la interacción de la gracia y la libertad.

LA VERDADERA IGLESIA Y LOS VERDADEROS SACRAMENTOS

África había sido siempre el semillero del rigorismo. Tertuliano se convirtió en el portavoz de los montanistas, una secta rigorista; y Cipriano luchó contra un cisma rigorista de enormes proporciones. Pero estos movimientos fueron una minucia al lado del que partió en dos la Iglesia africana después de la gran persecución. En primer lugar, existía una importante discrepancia sobre qué hacía de una persona un apóstata, o –por decirlo de otro modo– culpable de negar a Cristo. Todos coin-

cidían en que quienes ofrecían los sacrificios exigidos a los dioses quedaban incluidos en esta categoría. Pero ¿qué ocurría con los que habían entregado las Escrituras a las fuerzas del orden? ¿Y con aquellos que entregaron en su lugar escritos heréticos o textos médicos griegos? ¿También ellos eran traidores (del latín *traditor*, que significa «el que entrega»)?

Un buen número de eclesiásticos norteafricanos consideraban todos estos actos igualmente culpables. Acusaban a Ceciliano, nombrado obispo de Cartago en el 311, de haber sido ordenado por uno de esos «traidores». En su opinión, el traidor no solo no le había transmitido la gracia del orden, sino que lo había infectado con la culpa de su repugnante pecado. Por lo tanto, Ceciliano, lejos de transmitir la gracia sacramental, contaminaba a todos los que se mantenían en comunión con él.

Los obispos rigoristas que lanzaron esta acusación ordenaron a un obispo de Cartago «auténtico» que garantizara a la Iglesia unos sacramentos válidos. A este grupo se le acabó conociendo como «donatistas» por Donato, uno de los que lideraban el movimiento. Tanto el obispo de Roma como Constantino reconocieron a Ceciliano como el verdadero obispo católico. Cuando los donatistas apelaron contra ese dictamen, se convocó un concilio en Francia que apoyó la decisión del papa y el emperador. Pero los donatistas seguían proclamándose la única Iglesia verdadera por ser la única verdaderamente santa. Los llamados «católicos» –defendían los donatistas– eran una anti-Iglesia, una Iglesia de Judas que hacía concesiones al mundo. Cuando Agustín llegó a Hipona, los católicos eran una minoría, tanto allí como en la mayor parte del norte de África.

Existía el problema pastoral y político de reconciliar a los donatistas y en ese proceso estaba involucrado Agustín. Pero los temas más importantes eran de tipo teológico: ¿qué significa

que la Iglesia es santa y de qué depende la autenticidad de los sacramentos?

Las respuestas que ofreció Agustín aclararon la tradición secular relativa a la Iglesia y los sacramentos.

En primer lugar, los donatistas se consideraban los verdaderos «católicos» (del término griego que significa «todo») porque solo ellos conservaban en su pureza «toda» la ley de Dios. Las concesiones que los llamados católicos habían hecho al mundo en virtud de sus enredos con el Imperio habían reducido la Iglesia de los mártires a una pequeña secta de donatistas africanos que se mantenían fieles. Según Agustín, la Iglesia católica estaba destinada por Dios a extenderse por el mundo entero y a llevar la salvación de Cristo a todos. Ninguna mentalidad sectaria –decía– podía ser nunca auténticamente católica. Comentando uno de los salmos, menciona a los donatistas, cuya catedral estaba situada en la misma calle que la suya: «Las nubes resuenan con el trueno reclamando que la Casa del Señor sea construida sobre la tierra; y estas ranas se instalan en su pantano y croan: "¡Somos los únicos cristianos!"»[300].

A los donatistas les bastaba con una Iglesia que fuera el arca en la que unos pocos elegidos pudieran salvarse del diluvio mientras contemplaban cómo el grueso de la humanidad perecía en medio del oleaje. Para Agustín, la Iglesia católica era la nueva familia de Dios, llamada a devolver a la humanidad la unidad que había perdido con el pecado de Adán. Esa Iglesia nació en Pentecostés y la predicación en numerosas lenguas (cfr. *Hch* 2) fue la señal de que Babel había quedado destruida reuniendo a los hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación. Esta nueva familia universal de Dios debía extenderse por todas partes y alcanzar a todo el mundo. La Iglesia era santa porque es el Cuerpo de Cristo, el Único Santo. La cabeza comunica su

santidad objetiva a sus miembros, cada uno de los cuales se va apropiando de ella subjetiva y progresivamente durante un viaje dinámico de conversión. En ese viaje suelen producirse rodeos y tropiezos, como le sucedió a Agustín, que considera a la Iglesia un hospital para pecadores, no un club exclusivo de santos.

Según los donatistas, los sacramentos transmitían una santidad que pertenecía a la persona del ministro. Si este era pecador, no podía ser un conductor de la gracia. Agustín argumenta que, si la validez del sacramento depende de una pureza moral del ministro que es imposible conocer, la situación es muy complicada. Los sacramentos no son obra del ministro (*ex opere operantis*), sino obras de Cristo que los instituyó, y por eso poseen su propia eficacia intrínseca (*ex opere operato*), independiente de la santidad o de la falta de santidad personal del ministro. El sacerdote o el obispo ordenados reciben un carisma permanente para obrar en el lugar de Cristo (*in persona Christi*) en bien de otros. Aunque el ministro pierda su alma a causa de un pecado grave del que no se arrepienta, no puede perder ese carisma, ni siquiera si cae en el cisma o en la herejía. De este modo, Agustín ayudó a la Iglesia de su tiempo a comprender la tradición apostólica que la propia Iglesia había vivido y transmitido a lo largo de los siglos. Desde tiempos antiguos existía la costumbre muy extendida de no exigir el bautismo a quienes entraban en la Iglesia y habían sido bautizados previamente por cismáticos como los donatistas. Por fin la Iglesia era capaz de explicar la razón de esa práctica.

LA GRACIA, EL LIBRE ALBEDRÍO Y EL PECADO ORIGINAL

Cuando Agustín publicó *Las confesiones* en torno al año 397 d.C., el libro viajó rápidamente por todo el Imperio provocando una conmoción; pero no todas las reacciones fueron positi-

vas. A un asceta laico llamado Pelagio que vivía en Italia no le gustó su teoría de que él solo no podía hacer nada y que necesitaba la gracia para cambiar: aquello le sonaba a excusa. Dios nos ha dado su ley y no nos pide lo que no está en nuestra naturaleza hacer. Nunca nos habría dicho que fuésemos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto (cfr. *Mt* 5, 48) si no podemos serlo. Nos ha dado la libertad y espera que hagamos uso de ella. No se trata de si uno es o no es capaz de obedecer a Dios, sino de si quiere o no. La perfección es posible y, si es posible, también obligatoria. Para Pelagio es así de sencillo. La gracia es algo maravilloso, pero no necesario: sería algo así como un bonus que concede Dios a las personas por buena conducta. En otras palabras: según Pelagio y sus seguidores, Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos. Su lema sería: «¡simplemente, hazlo!».

Según Agustín, Dios ayuda a los que *no pueden* ayudarse a sí mismos. Desde que nacemos, vemos cómo nuestra libertad se encuentra limitada por una especie de lastre que nos hunde y nos hace anteponer lo más bajo y sórdido a Dios. A esta inclinación la llama «concupiscencia», un término que suele interpretarse erróneamente como deseo sexual cuando en realidad no se refiere a los apetitos naturales, sino a la expresión pervertida, torcida y desordenada de estos. Esta inclinación a la autosatisfacción a expensas de los demás podemos observarla en nosotros mismos desde niños ya antes de cometer pecados deliberados, los cuales naturalmente exacerban aún más esa tendencia. La concupiscencia es una de las consecuencias del pecado de Adán y se nos transmite a todos cuando nacemos. La otra cosa que nos transmite el pecado original es el estado de separación de Dios causado por ese pecado. Nacemos necesitados de salva-

ción, razón por la cual –afirma Agustín– en la vida de la Iglesia se practica el bautismo de los niños[301].

La cuestión es que nuestras voluntades necesitan ser sanadas y eso solo puede ser un don gratuito de la gracia de Dios: una gracia que recibimos a través de los sacramentos. Para entrar en las aguas bautismales necesitamos la gracia. Para formar parte del catecumenado necesitamos la gracia. Para empezar a pensar en las cosas de Dios e intentar agradarle necesitamos la gracia. Necesitamos la gracia –dice Agustín– para dar el primer paso hacia Dios.

Según Pelagio, no solo somos capaces de dar el primer paso hacia Dios, sino que después de recibir la gracia bautismal cualquier debilidad adquirida tanto por nuestros propios pecados como por ignorancia se ve total y completamente sanada, dejándonos sin excusa para pecados posteriores.

Para Agustín, aunque el bautismo borra total y completamente la culpa del pecado, el nuevo bautizado no está sino empezando una larga y precaria convalecencia en la «posada» de la Iglesia[302]. Ese proceso únicamente concluirá con esa sanación plena y definitiva que es la resurrección de los muertos.

Los pelagianos afirman que la plena libertad de elección y el poder absoluto de autodeterminación simplemente se adquieren. Celestio, discípulo de Pelagio, lo expresa así: «Nada hay más fácil en este mundo que cambiar la voluntad por un acto de la voluntad»[303]. Para Agustín, por su parte, la libertad es algo que se consigue progresivamente. Como señala uno de sus biógrafos, Agustín «habla siempre de la libertad en términos comparativos: "mayor libertad", "libertad más plena", "perfecta libertad"»[304]. Según él, la vida cristiana es un proceso de recuperación de la libertad y de sanación y transformación de la voluntad que dura toda la vida y que se inicia por la gracia, se

sostiene por la gracia y se completa por la gracia. Contra los maniqueos defendía que los seres humanos son responsables de sus actos y poseen el libre albedrío. Contra los pelagianos defiende que la gracia es necesaria si ese libre albedrío quiere llegar a ser pleno.

Pelagio pasó una breve estancia en Cartago y luego se trasladó a Palestina. Como Arrio un siglo antes, no tardó en desaparecer de la escena, pero su pensamiento sobrevivió y fue desarrollado por varios discípulos suyos que hallaron en Agustín su enemigo más acérrimo. La Iglesia, a través de sucesivos papas y concilios celebrados en Cartago, Éfeso y Orange (en la Galia –la Francia moderna–), condenó la doctrina pelagiana y reconoció la voz de los apóstoles en las palabras de Agustín.

UNA MISERICORDIA SEVERA

Cuando Ambrosio se hallaba en su lecho de muerte, un ilustre general profetizó: «El día en que este hombre muera, la ruina se cernirá sobre Italia»[305]. Era el año 397 y Agustín, inmerso en la tranquilidad del norte de África, estaba escribiendo *Las confesiones*. Trece años después las hordas bárbaras arrasaron Italia y saquearon la antigua ciudad de Roma. Pelagio y otros romanos prominentes llegaron a Cartago como refugiados. Pero en el 430 la destrucción acabó alcanzando al norte de África. Una tribu bárbara de fe arriana cruzó el Estrecho de Gibraltar y se dirigió a la ciudad sembrando la destrucción a su paso. Tan salvaje fue su incursión que su nombre de vándalos se usa para calificar a quienes lo destrozan y lo ensucian todo por puro y perverso placer. Después de saquear las pequeñas ciudades y propiedades rurales, rodearon Hipona y la sometieron a asedio. La misericordia de Dios quiso que Agustín, que permaneció junto a su rebaño, no viviera para presenciar la trágica destrucción de la ciudad. Al tercer mes del asedio cayó enfermo: sabía

que era el final. Pidió a sus hermanos que escribieran los salmos penitenciales en las paredes de su habitación y le dejaran solo. Pasó varios días recitando los salmos y llorando sus pecados y los de los suyos; dirigió su última carta al clero de su diócesis, instándole a quedarse junto a los fieles, pasara lo que pasara; y murió a los pocos días. Diez meses después, asaltaron las murallas y la ciudad quedó destruida.

La decisiva intervención de Agustín en el debate provocado por Pelagio le mereció el título de «doctor de la gracia». Pero su legado no se reduce solo a su enseñanza sobre la gracia y el libre albedrío, ni sobre los sacramentos y la Iglesia. Pese a la exigente agenda pastoral que mantuvo durante cuarenta años, se las arregló para escribir sobre casi cualquier aspecto de la doctrina y la cultura cristianas. *Las confesiones* contienen una filosofía del tiempo y *La ciudad de Dios* expone una filosofía de la historia. Su libro sobre la Trinidad aporta nuevos enfoques de la procesión del Espíritu Santo y del conocimiento de las tres Personas. Y así podríamos seguir… Ningún Padre de la Iglesia a excepción de Orígenes elaboró nada remotamente parecido a la obra de Agustín en cuanto a amplitud, profundidad e influencia en la posteridad. Se calcula que durante los años que vivió en Hipona pronunció entre tres mil y cuatro mil homilías, de las cuales solo conservamos cerca de quinientas; pero, si sumamos las que han sobrevivido a las obras y tratados de que disponemos, el corpus de la obra de Agustín alcanza cerca de los cuatro millones de palabras. Con razón dijo su amigo y biógrafo Posidio: «Quien diga que lo ha leído todo de Agustín miente».

Por obra de una espléndida Divina Providencia, los vándalos, que no le ahorraron nada a Hipona, respetaron la biblioteca de la catedral[306]. Este valioso corpus de textos se convirtió en el salvavidas de la Iglesia de Occidente durante las oscuras épocas

venideras de caos y dominio bárbaro. A lo largo de los seiscientos o setecientos años siguientes, los monasterios de Europa occidental fueron el único lugar donde siguió brillando la luz del conocimiento. ¿Qué era lo que leían y copiaban los monjes?: la Biblia, por supuesto… y las obras de Agustín.

Capítulo 22

EL PREDICADOR DE LA BOCA DE ORO

El pedigrí cristiano de Antioquía es impresionante: Pablo y Bernabé hicieron de ella su base misionera; allí gobernaron la Iglesia Pedro e Ignacio antes de morir en Roma; y a mediados del siglo IV nació en Antioquía un niño que iba a añadir una joya más a su corona.

El padre, jefe militar de la ciudad, murió a los pocos meses de ver nacer a su hijo Juan. Dado el estatus social de la familia, la madre contaba con recursos suficientes para proporcionarle la mejor educación. El tutor elegido para ello fue Libanio, el retórico más famoso de la época. Aun así, cuando su alumno llegó a la adolescencia, Libanio tuvo que reconocer que este le superaba tanto en elocuencia como en poder de convicción. El profesor pagano solo le ponía una pega: «Es una lástima –comentó– que el chico sea cristiano, porque, si no, podría ser mi sucesor».

Pese a perspectivas tan halagüeñas, antes de cumplir los veinte, Juan perdió el entusiasmo por el campo del Derecho o el servicio público al conocer a varios eremitas de los alrededores de la ciudad e, inspirado por su ejemplo, decidió unirse a ellos. Vivió cuatro años bajo la guía de aquellos monjes sabios y experimentados antes de retirarse a la soledad más absoluta y pasar otros dos años dedicando todo su tiempo a la oración y a la penitencia. No obstante, tanta severa austeridad pasó factura a su salud y se vio obligado a regresar a la ciudad para recuperarse. Estaba recobrando las fuerzas cuando el obispo se fijó en él y no tardó en ordenarle diácono. En el año 386 recibió el orden

sacerdotal y fue destinado a predicar en la iglesia más importante de Antioquía. Rondaba la cuarentena[307].

Al año siguiente, el emperador Teodosio, obligado a financiar una guerra para frenar la invasión de Italia[308], aumentó los impuestos, que para muchos eran ya una carga sumamente pesada. El pueblo de Antioquía, enfurecido por aquella subida, derribó todas las estatuas del emperador y de la familia imperial. Cuando Teodosio anunció su intención de castigar severamente aquel ultraje, todo el mundo comprendió lo que significaba aquello: un posible baño de sangre y la destrucción de la ciudad. El obispo marchó inmediatamente al palacio de Teodosio en Constantinopla para implorar clemencia. Mientras tanto, Juan se quedó a cargo de los fieles de la ciudad, que estaban aterrados, y, ante el desastre inminente, dirigió sus oraciones y predicó una serie de enérgicos sermones. En esas veintiuna homilías, *Sobre las estatuas*, además de consolarles, les reprochaba los vicios que habían generado la crisis. Afortunadamente, las noticias que recibió fueron buenas y tuvo el privilegio de anunciarlas al pueblo: el emperador aceptaba las disculpas y renunciaba al castigo. Gracias a sus esfuerzos durante la crisis, Juan se ganó los corazones de la gente y consolidó su fama como predicador.

EL PREDICADOR DE ANTIOQUÍA

Durante los diez años siguientes Juan predicó a diario en Antioquía, y en ocasiones dos veces en el mismo día. Los taquígrafos tomaban nota de los sermones, por lo que conservamos buena parte de esos textos: de hecho, disponemos de más escritos de Juan que de cualquier otro autor de la Iglesia primitiva griega. Uno de los temas más destacados es la centralidad del sacrificio eucarístico en la vida de la Iglesia. Juan hacía hincapié en que las especies consagradas se transforman realmente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo:

> Porque no es un hombre el que hace que las ofrendas se conviertan en el cuerpo y sangre de Cristo, sino el mismo Cristo que por nosotros fue crucificado. De pie está el sacerdote realizando la figura al proferir las palabras; pero la fuerza y la gracia de Dios son de Dios. ¡Este es mi cuerpo!, dice. Y con esta palabra transforma la ofrenda. Y a la manera que la voz aquella «¡creced y multiplicaos y llenad la tierra!» fue pronunciada una sola vez, pero perpetuamente da virtud a nuestra naturaleza para la procreación de los hijos, así esta voz, pronunciada una sola vez en la Iglesia en cada mesa, desde aquel tiempo hasta el presente, y hasta la venida de Cristo, hace el sacrificio perfecto[309].

En una homilía navideña Juan recordaba a sus oyentes que Aquel cuyo nacimiento se celebra en esa fiesta se entrega a ellos en el sacramento, al cual deben acercarse, por tanto, con temor y temblor: «Reflexiona, ¡oh, hombre!, qué sacrificio vas a tocar, a qué mesa te vas a acercar. Piensa que, aunque seas tierra y ceniza, recibes la sangre y el cuerpo de Cristo»[310].

Juan predicaba muy a menudo series de homilías sobre determinados libros de la Biblia. Sus sermones acerca de los salmos constituyen la cima de su predicación basada en el Antiguo Testamento y los dedicados a san Mateo suman el comentario completo más antiguo al primer Evangelio. Pero es en sus escritos acerca de san Pablo donde destaca de un modo especial. Casi la mitad de los textos que nos han llegado son sermones sobre las cartas que el apóstol dirigió a los gentiles: primera y segunda a los corintios, a los gálatas, efesios, colosenses, Tito y Timoteo. Su obra más importante, la dedicada a la carta a los romanos, es

el mejor comentario realizado a este libro desde los tiempos de la Iglesia primitiva, y se inicia y concluye con un entusiasta elogio del apóstol, modelo y héroe de Juan. Pese a haber nacido en la ciudad donde Pablo comenzó su ministerio, sentía un aprecio especial por aquella en la que este acabó sus días. Con este homenaje a Roma, la ciudad de Pedro y Pablo, pone fin a su comentario:

> Mas yo también amo a Roma, aun cuando busco los motivos de alabanza, como su tamaño, antigüedad, belleza, poder, riquezas, excelsas hazañas militares y, dejándolo todo a un lado, os la doy por afortunada porque con ella fueron tan benevolentes los santos Pedro y Pablo mientras vivieron, tanto la amaron que en ella acabaron por terminar sus vidas, ella posee sus santos cuerpos y por eso mismo se ha convertido en una ciudad insigne más que por cualesquiera otros motivos y, al modo de un cuerpo grande y sano, tiene dos ojos ilustres, o sea, los cuerpos de estos santos. Al emitir el sol sus rayos, no brilla el cielo igual que la ciudad de los romanos al difundir aquellas dos luminarias por el conjunto de las tierras[311].

Quizá Juan se sintiera especialmente atraído por Pablo porque se parecía mucho a él: ambos eran afectuosos, sinceros, pero también enérgicos y, a veces, incluso severos. Compartían la misma audacia a la hora de denunciar el pecado y exhortar a la gente a la conversión. Su predicación, como la de Pablo, era eminentemente práctica. A pesar de ser monje y dedicarse a una intensa vida de oración y sacrificio, estaba en estrecho contacto con los retos y tentaciones de la vida ordinaria de los laicos a los

que predicaba. Su celibato no le impedía tener en gran estima la vida matrimonial y familiar, y buena parte de su predicación aborda este tema. Sabía que muchos usos de la sociedad relacionados con el matrimonio, el amor y la familia se oponían a los valores cristianos. Con respecto a la fidelidad conyugal existía un doble rasero para hombres y mujeres. Los abusos sexuales que sufrían las esclavas por parte de sus amos contaban con la aprobación general. Las celebraciones de las bodas, incluso entre los cristianos, solían incluir borracheras, juegos subidos de tono e himnos en honor de la diosa pagana Afrodita. Juan no temía enfrentarse a estos rasgos consolidados de la cultura de su tiempo ni exhortar a su gente a alejarse de ellos y crear una nueva cultura auténticamente cristiana del amor, el matrimonio y la familia; lo cual causaba tanto revuelo como lo haría hoy día un llamamiento parecido. Así contestaba Juan a quienes lo consideraban exagerado:

> Sé que algunos piensan que soy pesado e insistente al aconsejar estas cosas y extirpar costumbres antiguas. Pero no me importan sus ataques. No busco vuestra alabanza, sino vuestro bien. No pido el aplauso del elogio, sino el beneficio de la sabiduría. Que nadie me diga que estas son las costumbres. Cuando es evidente que se comete un pecado, prescindid de la costumbre. Si algo es malo, aunque la costumbre sea antigua, suprimidlo; si es bueno y no es costumbre, implantadlo y afianzadlo[312].

EL VALIENTE PATRIARCA

Mientras Juan ejercía su ministerio sacerdotal en Antioquía, en la ciudad imperial de Constantinopla las cosas estaban cambiando. Del concilio celebrado allí en el 381 d.C. emanó un

decreto que ampliaba considerablemente la influencia del obispo de la nueva capital, otorgándole un reconocimiento especial entre los obispos orientales como su patriarca[313], por debajo únicamente del papa de Roma. Como Gregorio Nacianceno había renunciado a su cargo de obispo de la ciudad, el emperador Teodosio eligió en su lugar a Nectario, un funcionario de la burocracia imperial que, pese a ser un buen hombre, era muy benevolente e insignificante al lado del gran Gregorio, su antecesor. También a Teodosio le sucedió un personaje mediocre. En el 395 quedó al frente de Oriente su hijo Arcadio, un muchacho tímido y de carácter débil.

En el año 398 murió el patriarca de Constantinopla y a Arcadio le aconsejaron que eligiera por sucesor al famoso predicador de Antioquía, algo por lo que este no manifestaba demasiado interés. Así pues, el emperador ordenó su –digámoslo así– secuestro y traslado a Constantinopla. Juan se sometió a los deseos del joven emperador y fue consagrado obispo de la ciudad.

No obstante, se quedó de piedra al comprobar el relajamiento del clero y de los laicos de más alto rango que poblaban la corte imperial, y cortó por lo sano con el despilfarro de los bienes episcopales, suprimiendo la costumbre de su predecesor de obsequiar al clero y a los laicos más ilustres con elegantes banquetes. El dinero ahorrado se dedicó a socorrer las necesidades de los pobres de la ciudad. En uno de sus sermones comenta que, en una ciudad imperial con cerca de 100.000 cristianos, más de 10.000 personas vivían en la pobreza. Juan contemplaba con espanto las enormes diferencias entre el descarado modo de vida de los cristianos acomodados y la indigencia de tantos cristianos hermanos suyos. Entre los primeros había quienes regalaban gustosos a la Iglesia cálices e imágenes de mármol, pero no se les ocurría donar dinero para la comida o la asistencia médica

de los pobres. En sus sermones Juan insistía sin descanso en el tema de la limosna:

> ¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo contemples desnudo en los pobres, ni lo honres aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonas en su frío y desnudez. Porque el mismo que dijo «esto es mi cuerpo», y con su palabra llevó a realidad lo que decía, afirmó también: «Tuve hambre, y no me disteis de comer», y más adelante: «Siempre que dejasteis de hacerlo a uno de estos pequeñuelos, a mí en persona lo dejasteis de hacer» (…). Reflexionemos, pues, y honremos a Cristo con aquel mismo honor con que Él desea ser honrado; pues, cuando se quiere honrar a alguien, debemos pensar en el honor que a él le agrada, no en el que a nosotros nos place. También Pedro pretendió honrar al Señor cuando no quería dejarse lavar los pies, pero lo que él quería impedir no era el honor que el Señor deseaba, sino todo lo contrario. Así tú debes tributar al Señor el honor que Él mismo te indicó, distribuyendo tus riquezas a los pobres. Pues Dios no tiene ciertamente necesidad de vasos de oro, pero sí, en cambio, desea almas semejantes al oro[314].

Al año siguiente de la llegada de Juan a la ciudad se desató el conflicto en palacio. Aunque técnicamente el emperador era Arcadio, el gobierno en la sombra estaba en manos de Eutropio, su principal consejero, a quien alguien acusó de conspirador y convenció a Arcadio de que lo ejecutara. Poco después, la joven pero enérgica esposa del emperador, Eudoxia, se dio a sí

misma el título de «Augusta» y comenzó a vestir la púrpura imperial. Su imagen se grabó en las monedas acuñadas en Constantinopla. Todo el mundo comprendió que ahora el poder se hallaba en manos de esa mujer engreída y que probablemente era ella quien estaba detrás de la ejecución de Eutropio. La élite de la ciudad consentía sus ínfulas y evitaba a toda costa ponerse en su contra: no en vano la mano derecha del emperador, que se había cruzado en su camino, lo pagó con la vida.

El obispo Juan no se sintió intimidado por esas muestras de crueldad: Dios le había conducido hasta Constantinopla porque la ciudad necesitaba una reforma y no pensaba echarse atrás. Viendo las necesidades de los pobres y la soberbia de los ricos, atacó el lujo en uno de sus sermones sobre las cartas de Pablo:

> ¿Quieres llevar vestidos de seda? Acuérdate de las cadenas de Pablo y estas cosas te parecerán más despreciables que andrajos cubiertos de fango. ¿Quieres ponerte adornos de oro? Pon en tu mente las cadenas de Pablo y te parecerá que estos no son nada mejor que un junco viejo. ¿Quieres arreglarte el cabello y parecer hermosa? Piensa en la suciedad de Pablo en la cárcel y arderás por aquella belleza, considerarás esta como la peor deformidad y lanzarás penetrantes gemidos deseosa de aquellas cadenas. ¿Quieres cubrirte de polvos de tocador, pintura de ojos y cuantas cosas hay por el estilo? Piensa en las lágrimas de aquel. Durante tres años, de noche y de día, lloró sin parar. Embellece tu rostro con este adorno; estas lágrimas te hacen espléndida. No te estoy diciendo que llores por otros (también lo quiero, en efecto, pero esto es superior a ti), sino que te exhorto a hacerlo por

> tus pecados (…). Acordémonos, pues, de sus lágrimas y riámonos de todas las cosas presentes. Cristo consideraba bienaventuradas estas lágrimas diciendo: «Bienaventurados los afligidos y bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán» (*Lc* 6, 21). Nada es más dulce que las lágrimas; son más dulces que cualquier risa. Acordémonos de estas lágrimas, de estas cadenas, no para que otros pequen, sino para que, pecando ellos, nosotros nos aflijamos[315].

Al pueblo le encantaba la predicación de su nuevo patriarca y le quería, pero muchos miembros del clero y de las clases acomodadas se sentían ofendidos y se resistían a la reforma. Alguien susurró en los oídos de la emperatriz que las invectivas de Juan contra los adornos de las mujeres iban dirigidas a ella, cosa que a esta no le gustó nada: para bajarle los humos a Juan necesitaba un aliado episcopal, y lo halló en Teófilo, el patriarca de Alejandría. Antes del Concilio de Constantinopla, Alejandría era la sede cristiana más importante después de la de Roma. Pero en ese momento la gran ciudad de Orígenes y de Atanasio se había convertido en la segundona de otra ciudad que setenta años atrás no era más que un pueblo de pescadores[316], de ahí que el obispo de Alejandría contara de antemano con un motivo para estar molesto con el patriarca de Constantinopla. El desagrado que Juan le inspiraba a Teófilo se convirtió en ira cuando le llamaron de Constantinopla para responder a la acusación de haber excomulgado injustamente a un grupo de monjes egipcios. Como era Juan quien presidía la causa, a él le echó la culpa de todo Teófilo, jurando pagarle con la misma moneda. Su alianza con Eudoxia le facilitó la oportunidad de lograrlo: al año siguiente, la emperatriz presentó veintinueve falsas acu-

saciones contra Juan e invitó a Teófilo a actuar como juez. Cuando Juan se negó a presentarse ante un tribunal amañado, se le destituyó de su cargo y se le desterró. A la gente le indignó aquel ultraje. Así se esforzaba por consolar a sus afligidos fieles la víspera de marchar al exilio:

> Muchas son las olas que nos ponen en peligro, y una gran tempestad nos amenaza: sin embargo, no tememos ser sumergidos porque permanecemos de pie sobre la roca. Aun cuando el mar se desate, no romperá esta roca; aunque se levanten las olas, nada podrá contra la barca de Jesús. Decidme, ¿qué podemos temer? ¿La muerte? Para mí la vida es Cristo, y una ganancia el morir. ¿El destierro? Del Señor es la tierra y cuanto la llena. ¿La confiscación de los bienes? Sin nada vinimos al mundo, y sin nada nos iremos de él. Yo me río de todo lo que es temible en este mundo y de sus bienes. No temo la muerte ni envidio las riquezas. No tengo deseos de vivir, si no es para vuestro bien espiritual. Por eso, os hablo de lo que sucede ahora exhortando vuestra caridad a la confianza.
>
> ¿No has oído aquella palabra del Señor: Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio ellos? Y, allí donde un pueblo numeroso esté reunido por los lazos de la caridad, ¿no estará presente el Señor? Me ha garantizado su protección, no es en mis fuerzas en lo que me apoyo. Tengo en mis manos su palabra escrita. Este es mi báculo, esta es mi seguridad, este es mi puerto tranquilo. Aunque se turbe el mundo entero, yo leo esta palabra escrita que llevo conmigo, porque ella es mi muro y mi defensa. ¿Qué es lo que

ella me dice? Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

Cristo está conmigo: ¿qué puedo temer? Que vengan a asaltarme las olas del mar y la ira de los poderosos; todo eso no pesa más que una tela de araña. Si no me hubiese retenido el amor que os tengo, no habría esperado a mañana para marcharme. En toda ocasión yo digo: «Señor, hágase tu voluntad: no lo que quiere este o aquel, sino lo que tú quieres que haga». Este es mi alcázar, esta es mi roca inamovible, este es mi báculo seguro. Si esto es lo que quiere Dios, que así se haga. Si quiere que me quede aquí, le doy gracias. En cualquier lugar donde me mande, le doy gracias también[317].

Juan se marchó al día siguiente, pero no por mucho tiempo. Esa noche un terremoto sacudió la ciudad imperial y Eudoxia lo interpretó como una advertencia de lo alto, por lo que se apresuró a pedir a su complaciente esposo que hiciera regresar a Juan. Apenas un día después de su partida el querido obispo volvió a la ciudad y todos sus habitantes salieron a recibirle.

No duró mucho el favor de la orgullosa emperatriz. Dos meses después hizo erigir una estatua suya de plata frente a la catedral de Juan. La escandalosa juerga en que degeneró la ceremonia de dedicación interrumpió el oficio divino que se celebraba en la catedral: un sacrilegio ante el que Juan no podía permanecer callado. A los pocos días, en la fiesta de san Juan Bautista, tronó desde el púlpito: «Ya se enfurece nuevamente Herodías, nuevamente se conmueve, baila de nuevo y nuevamente pide en una bandeja la cabeza de Juan»[318].

Juan recibió una orden del emperador con la prohibición de predicar y de celebrar la liturgia, pero hizo caso omiso. A continuación se le prohibió poner el pie en una iglesia, pero él siguió ejerciendo su ministerio. La noche del sábado santo, mientras administraba el bautismo a los nuevos cristianos en la Vigilia Pascual, los soldados irrumpieron en la iglesia y la sangre acabó mezclándose con el agua bautismal. El frágil y anciano obispo se vio brutalmente arrastrado a un lejano destierro en la Turquía oriental más remota. Pocos meses después moría la emperatriz a consecuencia de un parto: aún no había cumplido los treinta.

Durante los dos años siguientes, Juan, con la salud muy quebrantada, halló consuelo en su destierro gracias al constante aluvión de peregrinos procedentes de Antioquía que acudían a rendir homenaje a quien consideraban un santo en vida. Temiendo su influencia sobre los visitantes, en el 407 el emperador decidió aislarlo por completo en la recóndita región situada al este del Mar Muerto. Pero la salud de Juan no lo resistió y murió en el trayecto. Sus últimas palabras fueron: «¡Sea dada gloria a Dios por todo!».

CRISÓSTOMO

Antes de ser enviado a su destierro definitivo, Juan consiguió hacer llegar una carta a Roma. El papa escribió al taimado obispo de Alejandría diciéndole que no aceptaba la destitución de Juan de su sede y pedía un sínodo de representantes de Oriente y Occidente que estudiara con imparcialidad el caso. Cuando el obispo Teófilo se negó, el papa los excomulgó a él y al sucesor de Juan en Constantinopla hasta que se restaurara su nombre y se le restituyese un lugar de honor en las Iglesias orientales. Entretanto, la fama del patriarca profético que se había enfrentado a Jezabel aumentaba de día en día. Sus sufrimientos y su injusta

muerte no hicieron sino fortalecer su autoridad a ojos de la gente.

El desventurado emperador Arcadio murió pocos meses después que Juan. Habían pasado treinta años cuando los restos del obispo regresaron a Constantinopla en solemne procesión. El nuevo emperador Teodosio II, hijo de Eudoxia, posó su cabeza sobre el ataúd y pidió perdón por el pecado de sus padres. Juan fue enterrado en la iglesia de los Doce Apóstoles cerca de los restos de los santos Andrés, Lucas y Timoteo, y del emperador Constantino.

Con el tiempo Juan se convirtió en uno de los tres Santos Patriarcas de la Iglesia ortodoxa, y, entre los católicos, en uno de los cuatro principales doctores de la Iglesia oriental[319]. Debido a su profunda devoción al sacramento del Cuerpo y la Sangre de Cristo en Occidente, muchos le conocen también como «doctor de la Eucaristía». Un siglo después se le aplicó un calificativo que ha acabado borrando casi por completo su verdadero nombre y lo confirma como el predicador más famoso de Oriente: «crisóstomo», es decir, «boca de oro». La liturgia que a día de hoy suele celebrarse en las iglesias orientales –tanto ortodoxa como católica– se conoce como liturgia de san Juan Crisóstomo.

Capítulo 23

JERÓNIMO Y LA BIBLIA

La línea con que Diocleciano dividió el Imperio en Oriente y Occidente atravesaba la Península balcánica. La provincia romana de Ilírico[320], separada de Italia por el Mar Adriático, quedaba al oeste de esa línea. Por eso, es lógico que, llegado el momento de enviar a sus hijos a la universidad, los ilirios miraran hacia Roma.

A esta ciudad llegó a mediados del siglo IV un joven ilirio con intención de estudiar a los clásicos. No cabe duda de que en el transcurso de los años siguientes Jerónimo aprendió algo de griego. Pero lo que distinguía a este joven estudiante por encima de todo era su dominio del latín y de sus principales autores, especialmente Virgilio y Cicerón. Al terminar sus estudios había logrado un latín increíblemente fluido y de gran belleza.

DE CICERÓN A MOISÉS

No obstante, su formación a cargo de un maestro pagano no sirvió para alimentar el espíritu cristiano que sus padres procuraban infundir en él. Aunque solía pasar los domingos con amigos cristianos y de vez en cuando visitaba las tumbas de los mártires, no era especialmente piadoso. Eso no le impidió recibir el bautismo en Roma antes de trasladarse a Tréveris para continuar sus estudios. Allí Jerónimo conoció el monacato –que había comenzado a propagarse como la pólvora en Occidente gracias a la *Vida de Antonio* de Atanasio– y decidió entregarse a Cristo, instalándose en Aquilea, en Italia, no muy lejos

de su patria, donde vivió varios años en comunidad junto con unos cuantos jóvenes tan fervorosos como él.

La luz del monacato procedía de Oriente y fue allí hacia donde quiso dirigirse Jerónimo. En el año 374, acompañado de uno de sus amigos, llegó a la histórica ciudad de Antioquía. Al poco tiempo cayó enfermo y, en medio de los rigores de la fiebre, tuvo un sueño inquietante en el que se vio ante el tribunal de Cristo. A la pregunta del Señor de «¿quién eres?», Jerónimo contestó: «Soy cristiano». «Mientes –replicó Jesús-: eres ciceroniano; porque donde está tu tesoro, allí está tu corazón». Jerónimo despertó de su sueño estremecido. Decidido a romper con los clásicos latinos, abandonó el sofisticado ambiente de Antioquía para retirarse al desierto de Siria, donde vivió en soledad haciendo penitencia y luchando contra las tentaciones, especialmente las de la carne. En las cercanías vivía un monje que se había convertido del judaísmo. Cuando lo conoció, Jerónimo tuvo una inspiración: ¿qué mejor antídoto contra mi dependencia de Cicerón que aprender la lengua de Moisés? Así que le pidió a su colega que le enseñara y emprendió la ardua tarea de estudiar un alfabeto desconocido, unos sonidos completamente nuevos y una gramática muy diferente:

> Cuando mi alma ardía con los malos pensamientos (…) me hice alumno de un monje que había sido judío, a fin de que me enseñara el alfabeto hebreo. Así, de las juiciosas reglas de Quintiliano, la florida elocuencia de Cicerón, el grave estilo de Fronto y la dulce suavidad de Plinio, pasé a esta lengua de tono siseante y palabras entrecortadas. ¡Cuánto trabajo me costó aprenderla y cuántas dificultades tuve que vencer! ¡Cuántas veces dejé el estudio, desesperado, y cuántas lo reanudé! Solo yo

> que soporté la carga puedo ser testigo, yo y también los que vivían junto a mí. Y ahora doy gracias al Señor que me permite recoger los dulces frutos de la semilla que sembré durante aquellos amargos estudios[321].

De regreso a Antioquía tras unos cuantos años de penitencia y estudio, el nuevo especialista en hebreo fue ordenado sacerdote por un obispo local que se lo llevó con él a Constantinopla, donde estaba a punto de empezar un concilio. Allí Jerónimo estudió las Escrituras con el obispo, Gregorio Nacianceno, y debatió con otro obispo ilustre: Gregorio de Nisa.

SECRETARIO DEL PAPA DÁMASO

No hacía mucho que había concluido el Concilio de Constantinopla (381 d.C.) cuando Jerónimo y su obispo embarcaron rumbo a Roma, donde se iba a celebrar otro concilio al año siguiente. Una vez allí, el anciano papa Dámaso tomó mucho afecto a Jerónimo y, constatando su gran capacidad, le propuso convertirse en su secretario personal. Además de cumplir con sus obligaciones, Jerónimo encontró tiempo para continuar sus estudios de hebreo bajo la guía de un rabino romano. Fue entonces cuando comenzó sus primeras traducciones. La mayoría de la gente que vivía en Occidente ya casi no sabía griego y necesitaba una versión latina de la Biblia. Al menos desde tiempos de Tertuliano (c. 200 d.C.) existían algunas traducciones bastante toscas, pero en esa época Dámaso hizo traducir la liturgia del griego al latín[322], por lo que se requería una versión de los evangelios y de los salmos algo más digna que la traducción elemental y farragosa de la antigua versión latina. El latín de Jerónimo era insuperable y, después de los años pasados en Oriente, conocía el griego mucho mejor que la mayoría de los cristianos de Roma y el hebreo, mejor que ningún otro. De mo-

do que o bien Dámaso le pidió que hiciera una nueva traducción, o bien apoyó con entusiasmo su proyecto. Jerónimo tradujo los salmos y los evangelios a un latín más preciso y depurado y, al parecer, hizo que uno de sus alumnos tradujera las epístolas.

Durante sus años de servicio junto a Dámaso, Jerónimo, cuya brillante erudición era evidente, fue ganando notoriedad en la ciudad; y, como experto en el nuevo ascetismo oriental[323], halló una ávida audiencia entre un grupo de viudas santas –santa Marcela y santa Paula, entre otras– que deseaban avanzar en su vida de oración y santidad.

No obstante, Jerónimo se ganó tantos partidarios como enemigos. Era infatigable en sus condenas del paganismo y la herejía –y en Roma había de las dos cosas–, por lo que ni paganos ni herejes le apreciaban. Pero también se granjeó la enemistad de ciertos cristianos católicos y, al menos en algunos casos, la culpa fue suya. Si Juan Crisóstomo tenía una boca de oro, la lengua de Jerónimo era viperina: le podía su temperamento irascible. Por honesto y vehemente que fuese, hay que reconocer que muchas veces sus palabras estaban desprovistas de tacto y, en ocasiones, también de caridad. Santa Marcela, discípula y alumna suya, no dudaba en reprenderle de vez en cuando por ese motivo.

A la muerte del papa Dámaso, Jerónimo esperaba que le nombraran su sucesor, pero la elección recayó sobre Siricio, quien no era precisamente su mejor amigo. Cuando comenzaron a circular falsos rumores malévolos acerca de su relación con sus seguidoras, Jerónimo decidió volver a su diócesis de Antioquía, adonde llegó acompañado de su hermano y de varias discípulas. Desde allí peregrinaron a Egipto y visitaron los

monasterios del desierto y la famosa escuela catequética de Alejandría. Más tarde, en el 386, decidieron instalarse en Belén.

COMUNIDAD Y TRABAJO EN BELÉN

Paula, una de las viudas que acompañaba a Jerónimo, pertenecía a una familia romana acomodada. Su generosidad hizo posible que Jerónimo y su comunidad fundaran cuatro monasterios anexos, uno masculino y tres femeninos. Además construyeron un hospital y una hospedería en la que alojar a los visitantes. Cultivaban sus propios alimentos, cantaban los salmos en hebreo y rezaban todos juntos en la capilla común. Jerónimo se instaló en una de las cuevas naturales que había junto a la gruta donde nació el Señor, prácticamente pegado a la iglesia de la Natividad edificada sesenta años antes por la madre de Constantino sobre el lugar del nacimiento de Jesús. Estaban encantados de haberse alejado del bullicio de Roma y de poder dedicarse a la oración en aquel centro de peregrinación. Desde la tranquilidad de su retiro en Belén, Jerónimo escribió estas palabras a santa Marcela, que se había quedado en Roma:

> Los armenios, los persas, los pueblos de la India y de Etiopía, de Egipto, del Ponto, Capadocia, Siria y Mesopotamia… Llegan en tropel hasta aquí y nos ponen ejemplo en todas las virtudes. Las lenguas difieren, pero la religión es la misma. Hay tantos grupos corales para cantar los salmos como hay naciones… Aquí tenemos pan y las hortalizas que cultivamos con nuestras manos; tenemos leche y los animales nos dan alimento sencillo y saludable. En el verano, los árboles proporcionan sombra y frescura. En el otoño, el viento frío que arrastra las hojas nos da la sensación de quietud. En primavera, nuestras salmodias son más dulces, porque las

> acompañan los trinos de las aves. No nos falta leña cuando la nieve y el frío del invierno nos caen encima. Dejémosle a Roma sus multitudes; le dejaremos sus arenas ensangrentadas, sus circos enloquecidos, sus teatros empapados en sensualidad[324].

Fue allí donde Jerónimo pudo emprender el proyecto de su vida: la traducción del Antiguo Testamento directamente del hebreo. El Antiguo Testamento de la Iglesia era la célebre traducción griega fechada en torno al año 200 a.C. y conocida como «Septuaginta»[325]. Pero, tal y como Orígenes había comprobado, no se trataba de la única traducción griega, por lo que se podía mejorar. Por otra parte, había que comparar todas las versiones griegas con el texto hebreo. Orígenes colocó en columnas paralelas los textos de la Biblia hebrea y de las traducciones griegas de que disponía. Tanto esta obra, la *Hexapla*, como la biblioteca de Orígenes se hallaban en Cesarea, a unos cien kilómetros de distancia: un trayecto que Jerónimo recorrió más de una vez para explotar un recurso tan valioso. Además consultó a varios rabinos de Belén y utilizó la versión hebrea de la Biblia que estos empleaban. Su proyecto quedó concluido en el 405, diecinueve años después de su llegada a Belén. La muerte de Paula el año anterior significó un duro golpe para Jerónimo y su comunidad, pero la vida y el trabajo siguieron su curso.

LOS COMENTARIOS Y LA CONTROVERSIA

Entonces Jerónimo se dispuso a emprender su siguiente proyecto: la serie de comentarios a todos los libros de los profetas. Así comienza el dedicado a Isaías:

> Cumplo con mi deber, obedeciendo los preceptos de Cristo, que dice: *Estudiad las Escrituras*; y también: *Buscad, y encontraréis*, para que no tenga que decirme, como a los judíos: *Estáis muy equivocados, porque no comprendéis las Escrituras ni el poder de Dios*. Pues si, como dice el apóstol Pablo, Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios, y el que no conoce las Escrituras no conoce el poder de Dios ni su sabiduría, de ahí se sigue que ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo[326].

Durante esta etapa, Jerónimo, que nunca dejó de disfrutar con una buena pelea, se enzarzó en varias disputas teológicas. La respuesta que había dado unos años antes a un jurista romano llamado Elvidio ya le había ganado fama. En contra de la tradición de la Iglesia[327], Elvidio afirmaba que María había tenido más hijos después de Jesús. Jerónimo era incapaz de creer que ese «campesino ignorante» tuviese el valor de insinuar que José «se atrevió a tocar el templo de Dios, la morada del Espíritu Santo, a la madre de su Señor». Elvidio esgrimía como prueba que los Evangelios hablaban de «los hermanos del Señor», a lo que Jerónimo contestó demostrando que en el Antiguo Testamento el término «hermanos» no se aplica solo a los hijos de una misma madre, sino también a los «compatriotas» o, en el caso de los hermanos del Señor, a los parientes. Y ponía como ejemplo a Abraham, quien había señalado que Sara era hermana suya por parte de padre, pero no de madre (cfr. *Gn* 20, 11)[328].

Más tarde Jerónimo salió en defensa de otra práctica tradicional de la Iglesia. Durante siglos los cristianos habían honrado las reliquias de los mártires y pedido la intercesión de los santos difuntos. Un sacerdote que en cierta ocasión había dis-

frutado de la hospitalidad de Jerónimo y de su comunidad en Belén, de regreso a su Galia nativa escribió un librito contra las vigilias celebradas en honor de los santos. En el texto, que llegó hasta Jerónimo en el año 406, Vigilancio –así se llamaba el sacerdote– afirmaba que los santos no rezan por los vivos: puesto que no son omnipresentes como Dios, no pueden escuchar nuestra petición de intercesión.

Divertido por la ironía de que alguien cuyo nombre significa «vigilante» condenara las vigilias, Jerónimo redactó en una noche su respuesta, en la que le sugería que pasara a llamarse «Dormitancio»:

> De repente apareció Vigilancio –o, por mejor decir, Dormitancio–, que, con inmundo espíritu, combate contra el espíritu de Cristo afirmando que no hay que venerar los sepulcros de los mártires (…). Afirmas que las almas de los apóstoles y de los mártires reposan en el seno de Abrahán o en un lugar de consuelo o bajo el altar de Dios, y que no pueden salir de sus túmulos ni hacerse presentes allá donde quieran (…). ¿Estás tú dictándole leyes a Dios? Y a los apóstoles –de quienes se dice: «Siguen al Cordero a dondequiera que va» (*Ap* 14, 4)– ¿estás cargándolos tú de cadenas para que se vean retenidos bajo custodia hasta el día del juicio y no puedan estar en compañía de su Señor? Si dondequiera que se halle el Cordero están también quienes acompañan al Cordero, ha de creerse que también estos se encuentran en cualquier parte. Y, por otro lado, mientras el diablo y los demonios vagan por todo el mundo y con increíble rapidez se hacen presentes en cualquier lugar, ¿los mártires, después de derramar su sangre, van a verse reteni-

> dos metidos en un altar sin poder salir de allí? En tu librito dices que, mientras vivimos, podemos orar unos por otros mutuamente; pero que, una vez que hemos muerto, la oración de ninguna persona puede ser atendida a favor de otra, sobre todo porque los mártires no pueden suplicar reclamando que su sangre sea vengada. Si los apóstoles y los mártires, mientras aún vivían corporalmente, podían orar a favor de otro, cuando por sí mismos aún debían mostrarse solícitos, ¿cuánto más después de las coronas, de las victorias y de los triunfos? [329].

Cuando Roma fue saqueada en el 410, un buen número de refugiados procedentes de Italia huyeron a Palestina: entre ellos, el monje Pelagio, que fue amigablemente recibido por el obispo de Jerusalén, ignorante del peligro que suponía su enseñanza. Jerónimo colaboraba con san Agustín –con quien mantenía correspondencia– para combatir la herejía de Pelagio, cosa que no gustaba nada a los seguidores palestinos de este. En el 416 una muchedumbre de terroristas pelagianos redujo a cenizas el monasterio de Jerónimo.

Pero solamente la muerte era capaz de frenar su tarea. Durante los tres años siguientes siguió trabajando febrilmente. Se hallaba enfrascado en su último comentario sobre los profetas, el de Jeremías, cuando exhaló su último aliento.

EL RUGIDO DEL LEÓN

Durante los cerca de treinta años de estancia en Belén, Jerónimo predicó a los miembros de su comunidad los domingos y días de fiesta. Afortunadamente, uno de ellos tomó nota por escrito de sus sermones, que aún conservamos y que son un ins-

trumento espléndido para el conocimiento de las Escrituras y su aplicación a la vida diaria. También conservamos la mayoría de las cartas escritas por Jerónimo acerca de una amplia variedad de temas y dirigidas a una gran variedad de personas: unas cartas que han demostrado ser de un valor incalculable para entenderle no solo a él, sino también la época que vivió.

Pero no hay nada tan memorable como el riguroso trabajo de investigación que llevó a cabo para elaborar la versión latina de la Biblia popularmente conocida como *Vulgata*, término derivado de la palabra que designa el lenguaje normal de la gente. El saqueo de Roma, ocurrido diez años antes de la muerte de Jerónimo, fue el símbolo de la caída de Roma y de la inminente separación del mundo occidental del Oriente griego y de buena parte de su propia herencia. Durante la época de penumbra cultural que vino después, los monjes que preservaron la civilización occidental estudiaron la teología de Agustín y cantaron los salmos traducidos al latín por Jerónimo. La traducción de la Biblia que se leyó, se cantó y se memorizó en la liturgia y en la vida de la Iglesia católica durante los mil quinientos años siguientes fue la *Vulgata* de Jerónimo. La Iglesia de Occidente tiene una impagable deuda de gratitud con este hombre que se cuenta entre los cuatro principales maestros de la Iglesia occidental primitiva[330].

En la iconografía a Jerónimo se le suele representar con el bonete rojo de cardenal para simbolizar sus preciosos años de servicio como secretario y asesor del papa Dámaso. Pero también suele aparecer con un león a los pies, lo cual se debe a un error: a Jerónimo se le confundió desde muy pronto con otro santo que, según cuenta la leyenda, extrajo una espina de la zarpa de uno de esos animales. Pero, en cierto modo, se trata de una imagen muy acertada. El león es el símbolo perfecto del ca-

rácter vehemente de este Padre que hizo recaer su ira sobre aquellos que atacaron la verdad. Y el hecho de que a veces también la hiciera recaer sobre sus amigos debería infundir esperanza en los que, como él, nos vemos llenos de implacables defectos. Porque, si Dios fue capaz de sacar tanto provecho de un temperamento tan imperfecto como el de Jerónimo y lo elevó a la santidad, aún queda esperanza para todos nosotros.

Capítulo 24

LEÓN Y PEDRO

Tras la muerte de Teodosio el Grande en el 395 d.C., el Imperio occidental emprendió una caída vertiginosa. El siglo V, lejos de ver algún gran emperador en Occidente, no contempló sino una sucesión de hombres débiles que fueron emperadores solo de nombre. El verdadero poder en la sombra estaba en manos de generales y caudillos militares medio romanos y medio bárbaros. Las incursiones de distintas tribus que encontraban poca o ninguna resistencia a su paso conllevaron la pérdida de grandes franjas de territorio en todo el Imperio. Los generales y los emperadores estaban demasiado ocupados peleando entre ellos para proteger al pueblo.

ROMA CAE Y SE LEVANTA

En medio de esta lamentable situación, la Iglesia de Occidente fue ganando mucho en madurez. Mientras el Imperio latino se disolvía en el caos, de su Iglesia surgía uno de sus principales maestros y líderes de todos los tiempos. Fue la Edad de Oro de los Padres latinos: después de Ambrosio vinieron figuras de la talla de Agustín y Jerónimo. Todos ellos pasaron por Roma, pero ninguno fue obispo de la ciudad.

En el año 440 se convirtió en papa un hombre que iba a dar nuevo lustre a la silla de Pedro. León se hallaba en misión diplomática en la Galia para colaborar en la reconciliación de varios generales enemistados cuando se enteró de su elección. El hecho de que le confiaran una misión tan delicada siendo tan

solo diácono dice mucho de su extraordinaria capacidad de liderazgo.

Sus obras y su método de enseñanza nos permiten hacernos una idea de este hombre que, a diferencia de Agustín, se abstuvo de escribir sobre sí mismo. No sabemos exactamente cuándo nació, ni los nombres de sus padres, ni cuántos hermanos tuvo. De hecho, conocemos pocos detalles personales acerca de él, excepto que es probable que naciera en Roma. Aunque nos ha dejado 143 cartas, todas se redactaron después de asumir el cargo de obispo de Roma. Y, una vez asumido el cargo, León habló siempre desde la perspectiva que le otorgaba su posición. Era muy consciente del peso de su responsabilidad: para él el obispo de Roma era el sucesor de Pedro; de ahí que sus cartas no sean las que cruzó con sus amigos, sino la expresión de su misión petrina de maestro, padre y juez.

Lo cual no significa que fuese estirado, pretencioso y burocrático: de hecho, no era nada de eso, sino sencillo, entusiasta, enérgico, paternal y espontáneo, aunque sin dejar de actuar nunca con la noble dignidad de aquel por cuya boca habla Pedro.

Después de resucitar, Jesús le pide tres veces a Pedro que «apaciente a su rebaño» (cfr. *Jn* 21, 15ss.), y esa fue la prioridad de este pastor de la Iglesia romana: repartir el pan de la Palabra de Dios. Entre Pedro y León hubo cuarenta y cuatro papas, pero no se conservan sermones de ninguno de ellos[331]. De León nos han llegado noventa y seis homilías que son auténticas joyas: por ejemplo, la que pronunció durante la ceremonia de su consagración episcopal. Cabría pensar que se explayó hablando de su dignidad como sucesor de Pedro cuando en realidad hizo todo lo contrario: aprovechó la ocasión para recordarle al pueblo su propia dignidad:

> La señal de la cruz hace reyes a todos los regenerados en Cristo, y la unción del Espíritu Santo los consagra sacerdotes; y así, además de este especial servicio de nuestro ministerio, todos los cristianos espirituales y perfectos deben saber que son partícipes del linaje regio y del oficio sacerdotal. ¿Qué hay más regio que un espíritu que, sometido a Dios, rige su propio cuerpo? ¿Y qué hay más sacerdotal que ofrecer a Dios una conciencia pura y las inmaculadas víctimas de nuestra piedad en el altar del corazón?[332].

León predicó año tras año en las fiestas del calendario litúrgico, por lo que sus noventa y seis homilías incluyen desde la tristeza del Viernes Santo hasta la gloria de la Pascua, el Sermón de la Montaña y las parábolas. Pero sus palabras brillan aún más cuando celebran la maravilla de la Navidad. Este fragmento está tomado de uno de los numerosos y elocuentes sermones en los que conmemora el nacimiento de Cristo:

> Nuestro Salvador, amadísimos hermanos, ha nacido hoy; alegrémonos. No puede haber, en efecto, lugar para la tristeza, cuando nace aquella vida que viene a destruir el temor de la muerte y a darnos la esperanza de una eternidad dichosa.
>
> Que nadie se considere excluido de esta alegría, pues el motivo de este gozo es común para todos; nuestro Señor, en efecto, vencedor del pecado y de la muerte, así como no encontró a nadie libre de culpa, así ha venido para salvarnos a todos. Alégrese, pues, el justo, porque

se acerca a la recompensa; regocíjese el pecador, porque se le brinda el perdón; anímese el pagano, porque es llamado a la vida (…).

Por eso, al nacer el Señor, los ángeles cantan llenos de gozo: Gloria a Dios en el cielo, y proclaman: y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Ellos ven, en efecto, que la Jerusalén celestial se va edificando por medio de todas las naciones del orbe. ¿Cómo, pues, no habría de alegrarse la pequeñez humana ante esta obra inenarrable de la misericordia divina, cuando incluso los coros sublimes de los ángeles encontraban en ella un gozo tan intenso? (…).

Reconoce, oh cristiano, tu dignidad y, ya que ahora participas de la misma naturaleza divina, no vuelvas a tu antigua vileza con una vida depravada. Recuerda de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. Ten presente que has sido arrancado del dominio de las tinieblas y transportado al reino y a la claridad de Dios.

Por el sacramento del bautismo te has convertido en templo del Espíritu Santo; no ahuyentes, pues, con acciones pecaminosas un huésped tan excelso, ni te entregues otra vez como esclavo del demonio, pues el precio con que has sido comprado es la sangre de Cristo[333].

CONTROVERSIA EN ORIENTE

León era todavía diácono cuando en la capital oriental estalló un conflicto que acabaría llamando a su puerta. En el 428 Constantinopla tuvo un nuevo patriarca, Nestorio, un monje de Antioquía que llegó a la ciudad acompañado de otros monjes y sacerdotes. Un día, predicando en la catedral, uno de los sacerdotes de Nestorio afirmó desde el púlpito que no debía lla-

marse a la Virgen *Theotokos* («portadora» o Madre de Dios). Los fieles no entendieron la explicación del sacerdote: todos sabían que hacía siglos que se honraba a María bajo ese título y se sintieron ofendidos, como cualquiera cuando su madre sufre un desaire. Confiaban en que el patriarca corregiría al sacerdote. Pero Nestorio no solo corroboró su enseñanza, sino que encendió aún más la controversia difundiendo unos libritos en los que decía que había que llamar a la Virgen «Madre de Cristo», y no «Madre de Dios». La distinción que hacía entre las naturalezas humana y divina de Cristo era tan marcada que su explicación insinuaba una unión remota. Nestorio parecía dar a entender que Cristo era una personalidad dividida, como si Dios habitara dentro de Jesús hombre como lo haría en un templo.

Al margen de lo que quisiese decir, el hecho es que Nestorio violaba un principio invocado por muchos Padres hasta la fecha: *lex orandi, lex credendi*. En otras palabras, la liturgia de la Iglesia revela lo que la Iglesia cree. Orígenes, Atanasio y Cirilo de Jerusalén –por nombrar solo a unos pocos– habían llamado a María *theotokos*. La prueba escrita más antigua que se conserva de una oración dirigida a la Virgen bajo ese título se remonta al siglo III. Consciente de las graves consecuencias derivadas de concederle o negarle ese título, Gregorio Nacianceno, predecesor de Nestorio, había dicho cincuenta años antes: «Si alguno no cree que Santa María es Madre de Dios (*theotokos*), está fuera de Dios»[334].

Cirilo, patriarca de Alejandría, se dio cuenta de que lo que se hallaba en juego no era tanto la devoción mariana como la correcta comprensión de la humanidad y la divinidad de Cristo. Desde el momento de su concepción, el Verbo Divino se unió íntimamente a una naturaleza plenamente humana, de modo que Jesús de Nazaret es, en efecto, el Verbo divino encarnado.

Y, si es Dios, es correcto llamar a María «Madre de Dios». En esencia, el título de *theotokos* se derivaba de la fe de la Iglesia proclamada en Nicea: negarlo era negar Nicea. En el 431 el emperador convocó un concilio en Éfeso para aclarar este punto. En él se declaró *theotokos* a la Virgen, ratificando así –tal y como deseaban los padres conciliares– la fe nicena.

Pero, como suele ocurrir después de los concilios, la controversia continuó. Un monje llamado Eutiques causó alarma entre la gente al enseñar que, después de la encarnación, Cristo tenía una sola naturaleza y su cuerpo no era consustancial al nuestro. El problema se le notificó por carta a León, quien respondió rápidamente y con rotundidad. Su honda reflexión sobre la encarnación, recogida en sus homilías, le sirvió para redactar un tratado teológico breve pero incisivo, destinado a proclamar la fe de la Iglesia en la humanidad y la divinidad plenas de Cristo y la relación entre ellas. Esta carta, conocida como *Tomo leonino*, se llevó al concilio convocado por el emperador en el 449. Por desgracia, los influyentes partidarios de Eutiques, haciendo uso hasta de la fuerza, habían amañado el concilio para lograr que los obispos respaldaran la teología de Eutiques, y nunca se llegó a permitir la lectura del *Tomo leonino*. León no tardó en invalidar el asunto calificándolo de *Latrocinium* o «concilio de ladrones». Tras la muerte del emperador, que apoyaba a Eutiques, su sucesor convocó un nuevo concilio auténticamente ecuménico que se celebró en la ciudad de Calcedonia[335] con la participación de cerca de cuatrocientos obispos procedentes de todo el Imperio, incluidos los representantes papales. En un intento de expresar la fe cristológica de la Iglesia de un modo capaz de ganarse la adhesión de los obispos y los fieles tanto de Oriente como de Occidente, se leyó el *Tomo leonino*. He aquí algunas frases relevantes del documento:

> Quedando, pues, a salvo el carácter propio de cada una de las naturalezas, y unidas ambas en una sola persona, la majestad asume la humildad, el poder la debilidad, la eternidad la mortalidad; y, para saldar la deuda contraída por nuestra condición pecadora, la naturaleza invulnerable se une a la naturaleza pasible, Dios verdadero y hombre verdadero se conjugan armoniosamente en la única persona del Señor; de este modo, tal como convenía para nuestro remedio, el único y mismo mediador entre Dios y los hombres pudo a la vez morir y resucitar, por la conjunción en él de esta doble condición[336].

Al terminar, un obispo de Oriente se puso en pie y exclamó: «¡Pedro ha hablado por boca de León!». La elocuente exposición del papa despertó el entusiasmo entre los padres conciliares. Aunque la declaración de fe conciliar definitiva también le debía mucho a Cirilo de Alejandría, aquella intervención resultó decisiva y reforzó la misión docente del obispo de Roma tanto en Oriente como en Occidente.

LLENANDO UN VACÍO

En esa época de débil liderazgo político y con una protección militar ineficaz, los dirigentes locales empezaron a abandonar las ciudades vulnerables para refugiarse en propiedades rurales fortificadas. Fue el inicio de la etapa feudal de los castillos y los caballeros rurales y del escaso desarrollo de las ciudades.

Dado el vacío de poder, era inevitable que los pastores enérgicos dieran un paso adelante y asumieran la responsabilidad de gobierno y de asistencia social que normalmente habrían sido

competencia del Estado. En el año 452 Atila y sus hunos invadieron Italia sin hallar oposición. Tras arrasar Aquilea y Milán, se dirigieron a Roma. El emperador, el débil Valentiniano III, que estaba en la ciudad mientras las hordas se acercaban, recurrió a aquel en quien podía confiar: León. En pocos días este reunió una embajada formada por unos cuantos sacerdotes y dos senadores, pidió las oraciones de la gente y salió a encontrarse con Atila en una ciudad fuera de Roma. Como ocurrió con Senaquerib cuando su ejército asedió Jerusalén, una peste repentina y devastadora azotó el campamento de Atila, a quien además le llegaron noticias de que los hunos del Danubio habían sufrido un ataque y necesitaban que regresara. Así que la intervención de León salvó a la ciudad: a cambio de un tributo, Atila dio media vuelta y se marchó.

Tres años después, los vándalos procedentes de sus nuevas fortalezas de Hipona, Cartago y Sicilia se dispusieron a atacar Roma. Esta vez la embajada de León no obtuvo tanto éxito. Los vándalos, que habían llegado hasta allí a petición de una de las princesas imperiales que deseaba ser rescatada de su propia familia, no estaban dispuestos a marcharse con las manos vacías. Aun así, León logró convencerles de que no mataran a nadie ni incendiaran nada. Después de saquear la ciudad durante varios días, volvieron a África llevándose con ellos a muchos prisioneros. León envió sacerdotes para que atendieran a los cautivos y dinero para rescatarlos, y empezó a recaudar fondos con el fin de liberar a más presos y restaurar las iglesias arrasadas.

GRANDEZA

Hoy día uno de los principales retos para la unidad de los cristianos es el papado. Tanto los protestantes como los ortodoxos orientales cuestionan este cargo y su tendencia a ser un instrumento de control e incluso de tiranía. Algunos papas, entre

los que destaca Juan Pablo II, han reconocido abiertamente esa dificultad y pedido a sus hermanos ortodoxos orientales y protestantes explorar caminos para que el cargo pueda ejercerse en la actualidad como un fructífero ministerio de unidad[337].

Quizá algo tengamos que aprender del ejemplo de León, ese administrador competente que fue ante todo pastor; ese dirigente que recordó a sus seguidores su dignidad; y ese maestro doctrinal que en tiempos de crisis edificó el consenso. León creía que la autoridad petrina se había transmitido a los sucesores de Pedro, a quienes identifica con los obispos de la ciudad en la que el apóstol dio testimonio. Algunos cristianos se opondrán a esta línea de razonamiento, pero lo que no se puede discutir es que el ejemplo de León constituye un convincente argumento a favor de que un papado sólido no tiene por qué ejercerse a costa de la libertad y la dignidad de otros.

León no fue un teólogo creativo como Gregorio de Nisa o Agustín, pero sí un modelo extraordinario de liderazgo. La combinación de su predicación evangélica con su hábil administración y su caridad, su diplomacia y su nítida enseñanza doctrinal le ha ganado un epíteto concedido únicamente a otro papa en toda la historia. Normalmente no nos referimos a él como León I, sino como «León Magno». Por esta razón y por su profunda devoción al príncipe de los apóstoles, es lógico que fuera el primer papa enterrado en la basílica de San Pedro.

Capítulo 25

GREGORIO MAGNO

La noticia dejó conmocionado al pueblo de Roma. Gregorio era uno de los hombres más poderosos de la ciudad. Su tatarabuelo había sido papa. Su padre era un noble acaudalado con vastas propiedades en Sicilia. A él, heredero de todos los bienes familiares, lo habían nombrado en su juventud prefecto de Roma. Lo tenía todo en la vida –o eso pensaba la gente–. ¡Y ahora renunciaba a su cargo, vendía cuanto tenía y lo repartía entre los pobres…! La historia no nos dice qué fue lo que pensó su padre, pero lo más probable es que algo tuviera que ver en todo aquello la madre, cuyo nombre, santa Silvia, forma parte del martirologio romano[338].

Una de las cosas que conservó Gregorio fue la villa romana de la familia, situada cerca del Circo Máximo[339], para transformarla en un monasterio que puso bajo la protección de san Andrés; eligió como abad a un monje de probada experiencia y se sometió por completo a su autoridad y su dirección espiritual. Los años siguientes de oración y reclusión en la abadía fueron los más felices y tranquilos de su vida. Por desgracia, el ayuno de este alcalde transformado en monje era más riguroso de lo que su cuerpo podía soportar y durante el resto de sus días tuvo que lidiar con su mala salud.

Su paz quedó bruscamente interrumpida cuando el pueblo se dio cuenta de su talento y –para horror de Gregorio– lo eligió uno de los siete diáconos de Roma. Afortunadamente, pudo seguir viviendo con sus hermanos en el monasterio… pero no

por mucho tiempo. Poco después de la ordenación recibió un encargo poco apetecible. El papa necesitaba un embajador ante el emperador en Constantinopla y vio en el exalcalde de Roma la persona idónea para el puesto. Lo último que quería Gregorio era pasar de la atmósfera espiritual del monasterio de San Andrés a la mundanidad de la corte imperial y, para protegerse, se llevó a unos cuantos hermanos monjes con él. Aunque no sabía griego, consiguió hacerse valer, no sin quedar impactado por la corrupción, las intrigas y la vanidad cortesanas. Comprendió que de los problemas internos y externos que acosaban al Imperio se deducía que Roma no podía esperar mucha ayuda del emperador para defenderse de los bárbaros.

Después de seis largos años en Constantinopla, reclamaron a Gregorio desde Roma, donde se convirtió en abad del monasterio de San Andrés y continuó al servicio del papa.

Pocos años después, en el 590, una crecida del Tíber devastadora desencadenó una peste terrible que se cobró la vida del papa. Gregorio organizó varias procesiones penitenciales que salieron de las principales iglesias de la ciudad para implorar de Dios el final de aquel espantoso azote. Dice la tradición que, concluidas las procesiones, en la cima del Mausoleo de Adriano apareció el arcángel san Miguel envainando su espada en señal de que la peste había llegado a su fin, como de hecho ocurrió. El relato se fue transmitiendo y, desde al menos el siglo X, la tumba de Adriano adoptó el nuevo nombre de castillo Sant'Angelo: de ahí la estatua de san Miguel que hasta hoy corona su cima.

Una vez enterrado el papa, Gregorio volvió a quedar conmocionado: ¡el pueblo lo aclamaba como nuevo papa! Él se resistió enérgicamente y envió una carta oficial al emperador pidiéndole que no ratificara la elección. Pero, evidentemente, el empera-

dor estaba más de acuerdo con el pueblo que con él. Un obispo francés que le conocía bien escribió que Gregorio se hallaba planeando la huida de la ciudad cuando entró la gente y se lo llevó a San Pedro para consagrarlo obispo.

EL OBISPO ATALAYA

La herencia que recibió Gregorio era desastrosa. Aquella peste devastadora solo era el problema más reciente. La ciudad, que había sufrido cuatro saqueos en siglo y medio y otras tantas conquistas en veinte años, se hallaba en la miseria y prácticamente en ruinas. No existía un gobierno eficaz ni nadie capaz de reparar los daños causados en calles y edificios por los ataques, los incendios y los terremotos. Poco después de ser elegido escribió:

> Nosotros vemos lo que ha llegado a ser aquella que antes fue señora del mundo. Abatida por las inmensas y múltiples desgracias que ha sufrido… ruinas sobre ruinas por doquier… ¿Dónde está el Senado?… ¿Dónde está el pueblo?… Nosotros, los pocos que hemos quedado, estamos amenazados cada día por la espada e incontables pruebas… Roma desierta está en llamas… [340].

Pero la razón de que quisiera salir corriendo no era la lamentable situación de la ciudad: a Gregorio le aterraba la dignidad del cargo episcopal. Honestamente, no se consideraba merecedor de él. Uno de los tesoros que nos han llegado de él es su comentario al libro de Ezequiel, quien tuvo que lidiar con una Jerusalén igualmente asolada por los babilonios. Esta homilía que

pronunció ante el pueblo de Roma dice mucho de su carácter: en este fragmento comenta el capítulo 33 de Ezequiel:

> «Hijo de hombre, te he puesto como atalaya en la casa de Israel». Fijémonos cómo el Señor compara sus predicadores a una atalaya. La atalaya está siempre en un lugar alto para ver desde lejos todo lo que se acerca. Y todo aquel que es puesto como atalaya del pueblo de Dios debe, por su conducta, estar siempre en alto, a fin de preverlo todo y ayudar así a los que tiene bajo su custodia.
>
> Estas palabras que os dirijo resultan muy duras para mí, ya que con ellas me ataco a mí mismo, puesto que ni mis palabras ni mi conducta están a la altura de mi misión.
>
> Me confieso culpable, reconozco mi tibieza y mi negligencia. Quizá esta confesión de mi culpabilidad me alcance el perdón del Juez piadoso. Porque, cuando estaba en el monasterio, podía guardar mi lengua de conversaciones ociosas y estar dedicado casi continuamente a la oración. Pero, desde que he cargado sobre mis hombros la responsabilidad pastoral, me es imposible guardar el recogimiento que yo querría, solicitado como estoy por tantos asuntos.
>
> Me veo, en efecto, obligado a dirimir las causas, ora de las diversas Iglesias, ora de los monasterios, y a juzgar con frecuencia de la vida y actuación de los individuos en particular; otras veces tengo que ocuparme de asuntos de orden civil, otras, de lamentarme de los estragos causados por las tropas de los bárbaros y de temer por

causa de los lobos que acechan al rebaño que me ha sido confiado. Otras veces debo preocuparme de que no falte la ayuda necesaria a los que viven sometidos a una disciplina regular, a veces tengo que soportar con paciencia a algunos que usan de la violencia, otras, en atención a la misma caridad que les debo, he de salirles al encuentro.

Estando mi espíritu disperso y desgarrado con tan diversas preocupaciones, ¿cómo voy a poder concentrarme para dedicarme por entero a la predicación y al ministerio de la palabra? Además, muchas veces, obligado por las circunstancias, tengo que tratar con las personas del mundo, lo que hace que alguna vez se relaje la disciplina impuesta a mi lengua. Porque, si mantengo en esta materia una disciplina rigurosa, sé que ello me aparta de los más débiles, y así nunca podré atraerlos adonde yo quiero, y esto hace que, con frecuencia, escuche pacientemente sus palabras, aunque sean ociosas. Pero, como yo también soy débil, poco a poco me voy sintiendo atraído por aquellas palabras ociosas, y empiezo a hablar con gusto de aquello que había empezado a escuchar con paciencia, y resulta que me encuentro a gusto postrado allí mismo donde antes sentía repugnancia de caer.

¿Qué soy yo, por tanto, o qué clase de atalaya soy, que no estoy situado, por mis obras, en lo alto de la montaña, sino que estoy postrado aún en la llanura de mi debilidad? Pero el Creador y Redentor del género humano es bastante poderoso para darme a mí, indigno, la necesaria altura de vida y eficacia de palabra, ya

que por su amor, cuando hablo de él, ni a mí mismo me perdono[341].

Cuando un obispo cercano le criticó por resistirse a su elección, Gregorio decidió escribir un libro subrayando la noble vocación del obispo y los altos estándares que él mismo estaba obligado a alcanzar. Nunca se insistirá bastante en el impacto de esta obra, la *Regla pastoral (Liber Regulae Pastoralis)*. Tan honda fue la huella que dejó en el emperador bizantino Mauricio que ordenó traducirlo al griego y enviarlo a todos los obispos del Imperio. Varios siglos después, Alfredo, rey de los anglosajones, le añadió un prólogo antes de traducirlo al inglés y difundirlo entre los obispos ingleses. Y lo mismo hizo Carlomagno. En definitiva, este librito se convirtió en un auténtico manual para los obispos y papas de siglos posteriores.

LA ESCRITURA Y LA PREDICACIÓN

Gregorio sitúa entre los principales deberes del pastor una predicación eficaz. El pastor que no predica o no puede predicar no es, según él, un pastor:

> Quienquiera, pues, que se llega al sacerdocio recibe el oficio de pregonero, para ir dando voces antes de la venida del riguroso juez que ya se acerca. Pero, si el sacerdote no predica, ¿por ventura no será semejante a un pregonero mudo? Por esta razón, el Espíritu Santo quiso asentarse, ya desde el principio, en forma de lenguas sobre los pastores; así daba a entender que de inmediato hacía predicadores de sí mismo a aquellos sobre los cuales había descendido[342].

La prioridad de Gregorio fue la predicación. Conviene señalar que este Padre de la Iglesia no fue un teólogo original como san Agustín o como los capadocios, sino ante todo un pastor inmerso en la tarea de explicar las Escrituras a la gente corriente. Gregorio presentaba la Biblia de acuerdo con su triple significado: literal, alegórico y moral (espiritual). Uno de sus comentarios más célebres, *Moralia in Iob*, ilustra este método. El sentido literal es la historia de Job en sí misma y su significado en el contexto original; el sentido alegórico son los sufrimientos de Job como prefiguración de los sufrimientos de Cristo; y el moral o espiritual, lo que debemos aprender de la vida de Job y aplicar a nuestras vidas. Como monje y como pastor, este último sentido moral o espiritual es el que más le interesa; de ahí que su comentario de Job lleve el título de «Comentarios morales sobre Job». Observemos cómo pasa de la breve descripción de la sencillez y rectitud de Job (*Jb* 1, 1) a una enseñanza sobre la naturaleza de la auténtica sencillez del cristiano y lo que la separa de una cándida ingenuidad:

> Hay algunos cuya simplicidad llega hasta ignorar lo que es honrado. Esta simplicidad no es la simplicidad de la inocencia, ya que no los conduce a la virtud de la honradez; pues, en la medida en que no saben ser cautos por su honradez, su simplicidad deja de ser verdadera inocencia. De ahí que Pablo amonesta a los discípulos con estas palabras: «Quiero que seáis sabios para el bien y simples para todo mal». Y dice también: «Sed niños solo en malicia; sed adultos en juicio». De ahí que la misma Verdad en persona manda a sus discípulos: «Sed prudentes como serpientes y simples como palomas». Nos manda las dos cosas de manera inseparable,

para que así la astucia de la serpiente complemente la simplicidad de la paloma y, a la inversa, la simplicidad de la paloma modere la astucia de la serpiente.

Por esto el Espíritu Santo hizo visible a los hombres su presencia, no solo con figura de paloma, sino también de fuego. La paloma, en efecto, representa la simplicidad, y el fuego representa el celo. Y así se mostró bajo esta doble figura, para que todos los que están llenos de él practiquen la simplicidad de la mansedumbre, sin por eso dejar de inflamarse en el celo de la honradez contra las culpas de los que delinquen[343].

PALOMAS Y SERPIENTES

Gregorio siguió su propio consejo de combinar la astucia felina con una amable sencillez. Él, un monje sencillo, se sumergió en el caos de la atención pastoral en medio de un Imperio que se derrumbaba. Se había ejercitado tanto en la oración como en la diplomacia, las Escrituras y el gobierno, e iba a emplear todas sus habilidades espirituales y temporales en bien de la gente.

Gregorio no se hacía ilusiones: sabía que no obtendría ayuda del emperador. Si había que dar de comer a los pobres, tendría que darles la Iglesia. Si había que liberar a los cautivos, tendría que liberarlos la Iglesia. Si había que reconstruir las defensas de las ciudades, tendría que organizarlo la Iglesia. El vacío que había dejado un Estado impotente lo llenó el papa empleando todos los medios a su alcance. Por eso con León y con Gregorio contemplamos los inicios del poder temporal del papado que iría creciendo durante la Edad Media hasta la constitución del nuevo Estado de Italia en 1870. Todo empezó no por un afán de riqueza y poder, sino porque el papa, como único líder efec-

tivo de Italia central, se vio obligado a hacerse cargo de los deberes de un Estado en ruinas si no quería ver morir a su pueblo.

Se vendieron todos los bienes, incluidos los terrenos y los vasos sagrados de metales preciosos. Se liberó a un número importante de cautivos y miles de personas dejaron de morir de hambre gracias a los esfuerzos de Gregorio. De hecho, se gastó tanto en aliviar el sufrimiento material de la gente que su sucesor encontró las arcas vacías.

Gregorio suplicó al emperador que negociara la paz con los lombardos, la última tribu bárbara que castigó a Italia. Al no obtener respuesta, prescindió de la autorización oficial y tomó la iniciativa de entablar sus propias negociaciones y garantizar la paz para Roma y las ciudades de alrededor, salvando con ello muchas vidas.

Hay que decir en su honor que Gregorio destacó por no tolerar la persecución contra los judíos y ordenar que se respetaran tanto sus propiedades como su libertad. Fue un defensor del primitivo principio cristiano de que Dios no obra a través de la coacción, sino de la persuasión. Cuando una comunidad judía se quejó ante él de que un converso al cristianismo se había apoderado de la sinagoga para convertirla en una iglesia, exigió su restitución a los legítimos propietarios.

INFLUENCIA EN LA CULTURA CRISTIANA

La influencia de Gregorio en el imaginario y en la cultura de los siglos siguientes afectó a distintos campos, y el primero de ellos fue la narración. A Gregorio le resultaba muy inspirador el ejemplo de un monje italiano que murió cuando él era todavía un niño. San Benito, que creció y se educó en Roma, abandonó la ciudad para instalarse en las colinas de las afueras de la ciudad y llevar una vida contemplativa de penitencia y soledad.

Fundó varios monasterios y redactó –como san Basilio– una Regla. Pero además había obrado prodigios y Gregorio, removido, quiso contar su historia, de modo que entrevistó a los monjes que habían vivido con él y confeccionó un libro popular escrito en forma de diálogo entre él mismo y Pedro, su diácono, que entretuviera y sirviese de inspiración tanto a la gente sencilla como a la más preparada. Los *Diálogos* contenían además historias de otros grandes místicos y santos italianos. Con aquellos relatos fáciles de escuchar, de recordar y repetir, la obra se convirtió en uno de los clásicos del cristianismo medieval en una sociedad donde a todo el mundo le gustaba una buena historia, pero eran pocos los que sabían leer. Los monjes benedictinos, que tenían en san Benito a su héroe y fundador, la difundieron y popularizaron en todo el continente y en las Islas Británicas. Igual que la *Vida de Antonio*, animó a muchos a abrazar la vida monástica e influyó considerablemente en el crecimiento del monacato, que iba a conservar el cristianismo en Occidente.

El segundo cambio introducido en la cultura por Gregorio vino dado por su dedicación a la mejora de la liturgia y su voluntad de enriquecerla con la música. Sabemos que ya en su tiempo era conocido como un papa amante del arte musical; también sabemos que reorganizó y consolidó una escuela de música romana llamada la Schola Cantorum; y, por último, que recopiló y estructuró los cantos litúrgicos[344]. Es probable que no toda la tradición del canto que acabó conociéndose como «gregoriano» la escribiera él, pero sí desempeñó un papel decisivo en su desarrollo y difusión.

Cuesta imaginar una historia de Inglaterra sin Becket, la abadía de Westminster o los *Cuentos de Canterbury*. Sin embargo, en tiempos de Gregorio, mientras que en Europa la mayoría de los bárbaros –incluidos godos y vándalos– profesaban la fe

arriana, los anglosajones que invadieron Italia eran completamente paganos. A Gregorio, acostumbrado a ver esclavos anglosajones en el mercado romano, le inquietó comprobar que ni ellos ni su territorio habían sido evangelizados, de modo que compró varios anglosajones jóvenes, les devolvió la libertad y los instruyó en las letras y en la piedad. Luego los envió a Inglaterra acompañados de cuarenta monjes de San Andrés con su abad Agustín a la cabeza. El grupo de misioneros se instaló en Canterbury y fundó la primera iglesia inglesa. Canterbury sigue siendo hoy la sede primada de la Iglesia de Inglaterra.

EL OCASO Y UN NUEVO AMANECER

El pontificado de Gregorio marca el final de una era y el principio de la siguiente. El mundo antiguo vivía su ocaso y el nuevo mundo medieval, su amanecer. La refinada cultura urbana cedió el paso a una sociedad feudal analfabeta e inculta. Las tribus bárbaras que se dividían Europa eran nómadas y carecían de lengua escrita. A lo largo de varios siglos, a excepción de los nobles bárbaros que vivían en la sociedad bizantina de Oriente, hasta los reyes fueron analfabetos. Consciente de ello, el rey franco Carlomagno, coronado emperador del Sacro Imperio Romano en el 800 d.C., fomentó en su reino un renacimiento del estudio. Pero resulta revelador que incluso él solo aprendiera a leer a trompicones y nunca llegase a dominar el arte de la escritura.

No obstante, la época de los Padres de la Iglesia, que en Occidente se cierra con Gregorio[345], había reunido una riquísima herencia que transmitir al nuevo mundo medieval: una herencia que incluía la Biblia latina de Jerónimo y el Credo de Nicea, y de la que también formaba parte el exhaustivo comentario teológico de Agustín sobre la Biblia y el Credo. Esta tradición se celebró en la liturgia romana recorriendo una línea que

se remonta hasta Pedro y Pablo pasando por Justino e Hipólito. En los siglos siguientes los monjes benedictinos cantaron el legado de los Padres con la música de Ambrosio y Gregorio, y alimentaron a la comunidad cristiana con el depósito que ellos mismos reunieron a partir de ese rico legado.

No es casualidad que el último Padre de la Iglesia primitiva de Occidente, el mismo que desempeñó un papel tan importante en la transmisión de esa herencia al mundo medieval, sea el primer monje que se convirtió en papa.

El papa-monje fue un hombre enérgico que escribió sobre liderazgo y le dio forma; conocido como Gregorio Magno, encarnó la filosofía del liderazgo evangélico que enseñó Jesús, que se puede resumir en el título que se otorgó a sí mismo el propio papa Gregorio y que desde entonces han utilizado todos los pontífices: el de «siervo de los siervos de Dios».

Capítulo 26

LA VOZ EN LAS VOCES

Las vidas de los distintos personajes de nuestra historia abarcan más de quinientos años. Pertenecían a todas las regiones del mundo civilizado de entonces –Europa, África y Asia– y a distintos géneros de vida: unos, como Hipólito y Jerónimo, fueron sacerdotes; otros laicos, como Justino y Clemente, e incluso obispos, como Cipriano y Atanasio. Algunos, como Tertuliano y Ambrosio, fueron juristas. Unos cuantos –Orígenes y Basilio– recibieron una educación esmerada, mientras que Policarpo y Antonio, por ejemplo, eran de esa clase de hombres toscos y sencillos a quienes llamó Jesús a orillas del lago.

La voz de cada uno de estos maestros es peculiar. Sus palabras reflejan sus respectivas personalidades: el realismo espontáneo de Ignacio, el refinamiento platónico de Orígenes y Gregorio de Nisa, la severa gravedad norteafricana de Tertuliano, la sobriedad romana de Clemente. Lo que hallamos en estas páginas son personas reales; de ahí que sus historias nos parezcan tan fascinantes.

TRADICIÓN, CONSENSO Y AUTORIDAD

Pero hay otra razón por la cual durante siglos la Iglesia ha otorgado a estos hombres, los Padres de la Iglesia primitiva, una importancia capital; y es que detrás de esas voces tan diferentes distinguimos el eco de una única Voz: la Voz del Verbo de Dios, que llega hasta nosotros a través de la Tradición apostólica.

La palabra *apóstol* significa «el que es enviado». El primer apóstol es Aquel a quien el Padre envió al seno de una virgen. Ese apóstol es también el Verbo, el Verbo hecho carne, que eligió a un grupo de hombres para instruirlos, confiarles una misión y enviarlos al mundo. Convivió con ellos tres años antes de recibir el bautismo que deseaba, el bautismo que trajo fuego a la tierra: un fuego que era el de la verdad y el amor, infundido en los hombres elegidos por Él, quienes a su vez lo transmitieron a otros.

Y lo que transmitieron no fue principalmente un libro o un conjunto de verdades. Fue una vida. Fue la verdad. Fue, como dice Juan en el capítulo veinte de su Evangelio, más de lo que es capaz de recoger un libro; más de lo que puede expresar cualquier palabra escrita, aunque sea inspirada. Hay cosas que solo se aprenden asimilándolas; y se asimilan viviendo con las personas que las poseen. Y, una vez asimiladas, no puedes explicarlas del todo, pero sí puedes vivirlas y transmitirlas a quienes viven contigo.

Esta es la Tradición apostólica con mayúscula: toda la vida y la enseñanza del Mesías, toda la herencia –ese rico e inagotable patrimonio nuestro– transmitida por el Señor a sus primeros discípulos, y por estos a nosotros a través de una sucesión ininterrumpida de fieles con los sucesores de esos primeros discípulos a la cabeza. La Tradición aparece expresada en el culto tanto como en la doctrina, y quizá incluso más en el primero. Por eso son tan importantes documentos como la *Didaché* o *La tradición apostólica* de Hipólito. No obstante, la expresión más perfecta de la Tradición la encontramos en quienes han amado como amó Jesús: hasta el fin; de ahí la importancia del testimonio de los mártires.

Los cristianos de las principales tradiciones de la fe de hoy día –evangélicos, católicos y ortodoxos– coinciden en que las Escrituras han sido inspiradas por el Espíritu Santo y son, por lo tanto, infalibles o carentes de error. En la lucha secular por entenderlas y aplicarlas correctamente, los maestros de todas estas tradiciones cristianas han recurrido a la guía de los Padres de la Iglesia primitiva.

A ninguno de los Padres, ni siquiera a los más santos o más inteligentes, se le ha considerado nunca personalmente infalible. Como hemos visto, las ideas de algunos de ellos –Tertuliano y Orígenes, por ejemplo– acabaron descartándose más adelante. Dada la variedad de contextos y personalidades, no nos puede extrañar que a veces discrepen: es lógico. Lo que no parece lógico es que se muestren de acuerdo en tantas cosas. En los casos en que hallamos en ellos coincidencias o consenso es porque lo que escuchamos no viene *de* ellos, sino *a través de* ellos: es la Voz del Verbo transmitida por esa Tradición apostólica de la que son testigos insustituibles.

De hecho, resulta llamativo cuántos **ámbitos** de consenso encontramos, y no sería justo concluir este libro sin intentar señalar al menos algunos de esos puntos de convergencia.

Lo primero que descubrimos en todos los que de uno u otro modo abordan el tema de la autoridad es el principio de la sucesión apostólica, expresado de distintas maneras por cada autor. No obstante, todos –desde Clemente hasta Ireneo, Tertuliano y Basilio– insisten en lo mismo: la Iglesia es una comunidad ordenada. Fue fundada por Cristo sobre Pedro y los apóstoles. Nuestra conexión con los apóstoles depende de nuestra conexión con quienes, siguiendo una línea genealógica, nos sirven de vínculo personal con los apóstoles y, en último término, con el propio Verbo. Ese vínculo vivo y familiar se hace visible

y concreto en la comunión con los sucesores de los apóstoles: los obispos. La cadena que nos ancla a Cristo, que es la piedra angular, existía antes de la redacción de los libros conocidos como Nuevo Testamento, y por lo menos ciento cincuenta años antes de la recopilación de los veintisiete libros que componen esa colección inspirada[346]. Es más, fue el principio de la sucesión apostólica lo que permitió a la Iglesia determinar qué Escrituras eran realmente apostólicas y cuáles –como el evangelio de Tomás– no lo eran.

LA PERSONA Y LA OBRA DE CRISTO

La verdad fundamental transmitida por la Tradición es la respuesta a la pregunta que Jesús hizo una vez a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?». Los Padres afirman claramente que Aquel a quien Pedro identifica como el Cristo, el Hijo de Dios vivo, es verdaderamente divino y verdaderamente humano. Todo intento de reducir cualquiera de estas dos afirmaciones igualmente importantes recibe un severo reproche, empezando por Ignacio hasta acabar en León. Tertuliano, por su parte, no se limita a repetir esta doble afirmación tradicional, sino que proporciona un nuevo vocabulario con el fin de ayudar a la Iglesia a expresarla con mayor precisión. Valiéndose de esa terminología, el *Tomo leonino* sirvió para zanjar este tema en el Concilio de Calcedonia.

Igual de insistentes se muestran los Padres cuando afirman que ese hombre divino o ese Dios-hombre (como dice Orígenes) no ha venido principalmente a enseñar o a sanar, sino a morir. A través de la historia se han producido intentos revisionistas de redefinir quién era *realmente* Jesús: un reformador social, el mayor de los profetas, un gurú de la New Age e incluso un político zelote[347]. No es nada nuevo.

Los ebionitas decían que fue un gran profeta, los líderes judíos, que era un zelote y los gnósticos, un maestro esotérico. Los Padres echaron por tierra todas estas teorías: es Dios-hombre –dicen– y vino a ofrecer su vida en sacrificio. Quienes así nos lo han transmitido vivieron con Él. La mayoría murió por Él. Muchos de los Padres que transmitieron el mensaje apostólico también sufrieron y/o murieron por Él. A quienes consideraron la muerte de Jesús un espejismo, Ignacio les dejó su inminente ejecución como testimonio inapelable de la muerte de Cristo. Pese al empleo en la Iglesia primitiva de signos como el pez[348] y el *chi-rho* de Constantino, era la señal de la cruz la que se trazaba en la frente de los nuevos bautizados como un estigma simbólico. Y fue la señal de la cruz trazada en una fiesta pagana la que encendió la chispa de la gran persecución.

LA EUCARISTÍA Y EL BAUTISMO

La Iglesia primitiva no solo enseñó y predicó ese amor sacrificial más fuerte que la muerte, sino que lo celebró en la Eucaristía, donde se hacía visible y presente de nuevo para que los cristianos pudieran alimentarse de él, ser transformados por él y hacerse uno con él. Es significativo que ningún autor de los seis primeros siglos describa el culto dominical de la Iglesia como un oficio compuesto de cantos y predicación. La Eucaristía, siempre presente en los escritos de los Padres, se entiende no como un mero símbolo recordatorio, sino como una presencia y un sacrificio corporales. Ese «Pan del cielo en Jesucristo» es tan importante que, al menos en África y Roma, se consideraba el «pan cotidiano» que pedimos en el Padrenuestro; de ahí su reserva en las casas para poder consumirlo reverentemente a diario.

También el bautismo se revela omnipresente en la enseñanza de los primeros Padres. Vemos cómo se administraba tanto a ni-

ños como a adultos y se consideraba una práctica de tiempos de los apóstoles. Para quienes tienen edad suficiente y pueden contestar personalmente, no significa algo así como una «cristianización» sentimental, sino un acto de compromiso radical y decisivo: la promesa de una vida entregada tan enteramente a Dios que a la Iglesia le costó decidir qué hacer cuando se perdía la gracia bautismal, algo que no era esperable ni se podía tomar a la ligera. La experiencia espiritual de conversión, esa experiencia de «nacer de nuevo» que ha sido tan importante en el cristianismo evangélico desde el siglo XIX, se conocía ya en la Iglesia primitiva, aunque descrita por lo general en el contexto del propio bautismo o «iluminación»[349].

La iluminación iba seguida de una unción episcopal que implicaba «conferir un poder». Como resultado de esos encuentros sacramentales se esperaba recibir los dones del Espíritu Santo, gratuitamente conferidos por Él según su parecer. En la Iglesia primitiva no se observa separación entre sacramentos, carismas y cargo. De hecho, en Ignacio, el «inspirado por Dios», hallamos un obispo profeta; y en Policarpo, un obispo con una experiencia de visiones y sueños. El mayor de todos los carismas, el amor más fuerte que la muerte, es un don derramado por voluntad del Espíritu sobre cualquiera, sea cual sea su rango o su situación de vida.

SACRAMENTAL, CARISMÁTICA Y EVANGÉLICA

Para los primeros Padres la vida cristiana corriente era al mismo tiempo sacramental, carismática y evangélica. Era evangélica en primer término por estar centrada en la Palabra de Dios, en la cual se instruían durante tres años antes de recibir el bautismo. Esa Palabra de Dios se utilizaba para rezar muchas veces al día. Las dos mil obras de Orígenes son en su mayoría homilías **bíblicas** predicadas a diario. Hipólito animaba a los cristia-

nos a asistir antes del trabajo a las reuniones celebradas por las mañanas en las iglesias domésticas, en las que se enseñaba la Palabra de Dios.

Además, la vida cristiana corriente era también evangélica por su carácter católico y universal: la Iglesia está destinada a extenderse universalmente, lo que significa que el Evangelio se debe ofrecer a todo el mundo. Todos se consideraban obligados a compartirlo con cualquier clase de personas: romanos o bárbaros, esclavos o libres, cultos o incultos; y se consideraban obligados a ello aun a riesgo de perder la vida. El decreto de Septimio Severo del año 202 d.C. no iba dirigido contra el hecho de *ser* cristiano, sino de *compartir* a Cristo con otros. El padre de Orígenes aceptó la muerte antes que guardarse la verdad para él. Durante los primeros trescientos años de persecución, la Iglesia no creció en número gracias a la publicidad de masas o a agentes especializados en la evangelización. En la Iglesia primitiva existían funciones especializadas y oficiales como la de «lector» o «exorcista», pero no la de «evangelizador». Todos asumían como parte de su vida cristiana corriente un compromiso personal de evangelización, acercando a vecinos y familiares a la formación impartida en las escuelas catequéticas dirigidas por personas como Justino, Clemente y Orígenes.

LA FAMILIA DE LA IGLESIA

Pero la vida cristiana corriente no es la de una escuela, sino la de una familia. Jesús enseñó a sus discípulos a llamar a Dios «Padre». Los primeros cristianos eran conscientes de esa característica clave que distinguía a la Iglesia de la sinagoga. No es casualidad que tanto Orígenes como Tertuliano y Cipriano escribieran sendas obras «sobre la oración» que abordaban en buena parte el «Padrenuestro»; como no es casualidad tampoco que

una tradición que se remonta al siglo I ordenara a los cristianos rezarla al menos tres veces al día.

Naturalmente, Dios es el Padre celestial de la comunidad. De Ignacio en adelante el obispo se vio como un instrumento de la paternidad de Dios. Por otra parte, el título de «papa» era el nombre no oficial y lleno de afecto que los miembros de la familia cristiana aplicaban al principio a su obispo, el cabeza de familia.

Los miembros de la familia de la Iglesia se consideraban hermanos y hermanas. Como ocurre en toda familia digna de este nombre, la comunidad sostenía económicamente a viudas y huérfanos, lo cual llamaba poderosamente la atención de los extraños y, según Tertuliano, fue parte del atractivo evangélico de la Iglesia en tiempos de persecución. Además es algo que siguen demostrando después de la época de Constantino los sermones de los capadocios y la labor caritativa de Basilio, Ambrosio, León y Gregorio.

Cualquier familia necesita también de una madre, y esta familia no es diferente. Para Tertuliano y Cipriano la madre era la Iglesia; a partir de Justino e Ireneo fue sobre todo María, la nueva Eva, madre de una nueva creación. La devoción a la Virgen se desarrolló considerablemente en la Edad de Oro de los Padres, aunque se halla claramente presente en estado latente en los dos primeros siglos de cristianismo.

Así es como se presentan en la época de los primeros Padres muchas doctrinas cristianas ortodoxas, definidas con mayor precisión en los primeros concilios ecuménicos.

LA CONTRIBUCIÓN DE LOS PADRES

Con sus escritos los Padres de la Iglesia dieron testimonio de la Tradición apostólica y ayudaron a esclarecerla a lo largo de

casi setecientos años. La importancia de los primeros, los Padres antenicenos, reside sobre todo en su testimonio de los elementos fundamentales de la Tradición, ya que vivieron en tiempos muy próximos a los de los apóstoles. Unos pocos sirvieron también para explicar y desarrollar esa Tradición. La teología toma los datos de la revelación y reflexiona sobre ella para que podamos entenderla en profundidad y de modo más coherente y exhaustivo. Algunas contribuciones en este sentido fueron magistrales. Pensemos, por ejemplo, en la teología del episcopado de Cipriano, la sucesión apostólica en Ireneo y la cristología y la teología trinitaria de Tertuliano y Orígenes.

No obstante, no eran tiempos lo suficientemente maduros para unir todos los hilos. Tertuliano, de quien proceden los términos de *Trinidad* y *persona*, no llegó a tejer un tapiz trinitario acabado. Lo mismo ocurrió con Orígenes, que acuñó un término tan brillante como *homoousios* (consustancial) para describir la unidad de la naturaleza divina que poseen plenamente tanto el Padre como el Hijo.

Fue tarea de los Padres de la Edad de Oro, ese período asombrosamente fecundo posterior a Constantino, recoger el testigo y avanzar con él: ellos reunieron las piezas y los fragmentos aportados por los primeros testigos para componer un mosaico espléndido del rostro de Cristo. Y los concilios ecuménicos que se apoyaron en ellos distinguieron la Voz entre muchas voces, arrojando luz sobre el mensaje del Verbo divino para su época, para nuestra época y para todas las épocas.

Epílogo

«CUANDO LA IGLESIA ERA JOVEN»

El título de este libro suscita una pregunta importante: si la Iglesia fue joven durante los ocho primeros siglos, ¿significa eso que ahora es vieja?

Depende de lo que se entienda por vieja. La Iglesia ha madurado a lo largo de dos mil años. Hay batallas que ya hemos librado y que, gracias a Dios, no volveremos a librar. Los que ya somos adultos podemos volver la vista atrás para contemplar nuestra adolescencia y sonreír con melancolía; pero, si se nos brindara la oportunidad de pasarla de nuevo, probablemente diríamos: no, gracias.

Por lo tanto, sí: la Iglesia es vieja porque es madura, cosa que deberíamos agradecer.

Pero envejecer tiene también sus sinsabores: el deterioro del cuerpo y de la mente, ese apego rígido a las formas antiguas y el rechazo –cuando no la incapacidad– a vivir en un mundo nuevo y cambiante. Y lo que es peor: puede que se pierdan el sentido de la vida, la alegría y la vitalidad. Esa era precisamente la clase de agotamiento y hastío que experimentaba la sociedad romana en tiempos de los Padres primitivos, como atestiguan muchos escritores paganos.

Uno de los autores bíblicos que mejor comprendieron la triste desolación que puede acompañar a la edad es Qohélet –a quien debemos el Eclesiastés–, quien afirma que no hay nada nuevo bajo el sol.

Qohélet, que escribía antes de la venida del Mesías, tenía razón. Sus palabras constituyen un reproche permanente a quienes ponen su esperanza en las cosas de este mundo. ¡Vanidad de vanidades!

Pero, a partir de la venida de Cristo, por fin hubo algo nuevo bajo el sol. El amor divino que hizo el universo en toda su belleza descendió a la tierra y ardió en un pecho humano, de donde pasó al pecho de otros hombres. El ágape. La caridad. El amor que se entrega y es más fuerte que la muerte: eso sí era algo radicalmente nuevo bajo el sol.

Ese algo nuevo originó un nuevo estilo de vida y una doctrina nueva, una nueva perspectiva y una comunidad nueva. Si esa comunidad es fiel a sí misma, nunca envejecerá. Pero, si esa comunidad que es la Iglesia mantiene sus estructuras, su organización y sus ceremonias, pero permite que la llama de la caridad vaya apagándose, se convierte en un museo. La gente visita los museos de vez en cuando: es algo muy recomendable; pero a nadie se le ocurre vivir en ellos.

Hay que admitir que hoy día son muchos los que tienen esa impresión de la Iglesia. En lugar de tildarlos de escépticos y laicistas, quizá convendría que dirigiéramos la mirada hacia nosotros mismos. Nietzsche, filósofo ateo del siglo XIX, dijo en una ocasión a los cristianos: «Si queréis que crea en vuestro redentor, comportaos como redimidos».

Cuesta imaginar a un filósofo romano pagano aplicando esas palabras a los cristianos de su tiempo. Entonces la Iglesia no era perfecta, pero estaba viva. Los Padres de la Iglesia primitiva fueron los portavoces de esa Iglesia joven, tan llena de vitalidad que puso literalmente de rodillas al Imperio más poderoso de la historia. El clamor de sus voces continúa llegando hasta noso-

tros para decirnos que el amor de Jesús sigue siendo más fuerte que la muerte y que Él hace nuevas todas las cosas.

MÁS MATERIAL DE LECTURA SOBRE LOS PADRES DE LA IGLESIA

Tengo la ferviente esperanza de que este libro alimente tu deseo de saber más sobre los Padres de la Iglesia primitiva. Lo importante es leerlos directamente. Para ver otras selecciones de textos tanto de los Padres estudiados en este libro como de otros muchos, puedes visitar la página www.DrItaly.com.

No obstante, existen traducciones y obras de los Padres no disponibles en la red en el momento de la publicación de este libro, como tampoco lo están la mayoría de las fuentes secundarias y obras de referencia. Por eso ofrecemos la siguiente bibliografía, que reúne las traducciones de los Padres empleadas en esta obra junto con otras traducciones y recopilaciones de textos patrísticos, así como algunas obras de referencia y fuentes secundarias que recomendamos como especialmente útiles.

FUENTES PRIMARIAS: TEXTOS DEL CRISTIANISMO PRIMITIVO

Agustín de Hipona, *Las confesiones*, BAC, Madrid 1979.

– *Obras completas*. Disponible en www.augustinus.it

Atanasio, *Sobre la encarnación*, Ciudad Nueva, Madrid 1997.

– *Vida de Antonio*. Disponible en: www.serviciocatolico.com

Basilio de Cesarea, *El Espíritu Santo*, Ciudad Nueva, Madrid 2015.

– Otras obras disponibles en www.sanbasilioelgrande.org/tesoro.html

Butler, Alban, *Vidas de los santos*, 4 vol., John W. Clute, México 1965.

– *Carta a Diogneto* en Lightfoot, Joseph B., *Lo mejor de los Padres Apostólicos*, Clie, Terrassa 1991.

Cipriano, *La unidad de la Iglesia – El Padrenuestro – A Donato*, Ciudad Nueva, Madrid 2013.

Clemente de Alejandría, *Stromata*. Disponible en www.abadialostoldos.org

Didaché en Lightfoot, Joseph B., *Lo mejor de los Padres Apostólicos*, Clie, Terrassa 1991.

Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, BAC, Madrid 2010.

González, Justo L., *Historia del pensamiento cristiano*, Clie, Barcelona 2010.

Gregorio de Nisa, *Vida de Macrina*, Ciudad Nueva, Madrid 1995.

– *Homilías sobre el Eclesiastés*, Ciudad Nueva, Madrid 2012.

Hamman, Adalbert G., *Guía práctica de los Padres de la Iglesia*, Desclee de Brouwer, Bilbao 1969.

Hipólito de Roma, *La tradición apostólica*. Disponible en rnavarro.info

Ireneo, *Contra los herejes*, Conferencia del Episcopado Mexicano, México 2000.

Ignacio de Antioquía, «Cartas» en Lightfoot, Joseph B., *Lo mejor de los Padres Apostólicos*, Clie, Terrassa 1991.

Jerónimo de Estridón, *Obras completas VIII. Tratados apologéticos*, BAC, Madrid 2009.

Johnson, Paul, *La historia del cristianismo*, Zeta Bolsillo, Barcelona 2010.

Juan Crisóstomo, *La educación de los hijos y el matrimonio*, Ciudad Nueva, Madrid 1997.

Lightfoot, Joseph B., *Lo mejor de los Padres Apostólicos*, Clie, Terrassa 1991.

– *Liturgia de las horas*. Disponible en www.eltestigofiel.org

Loarte, José Antonio, *El tesoro de los Padres de la Iglesia*, Rialp, Madrid 1998.

– *Martirio de Policarpo* en Lightfoot, Joseph B., *Lo mejor de los Padres Apostólicos*, Clie, Terrassa 1991.

– *Oficio de lecturas*. Disponible en corazones.org

Orígenes, *Lo mejor de Orígenes: Tratado de los principios*, Clie, Terrassa 2003.

– *Primera carta de Clemente a los corintios* en Lightfoot, Joseph B., *Lo mejor de los Padres Apostólicos*, Clie, Terrassa 1991.

Quasten, Johannes, *Patrología*, 3 vol., BAC, Madrid 1962 y 1981.

Ruiz Bueno, Daniel, *Padres apostólicos y apologistas griegos del siglo II*, BAC, Madrid 2002.

Ropero, Alfonso, *Introducción a la filosofía*, Clie, Terrassa 1999.

Valier, Agostino, *Retórica eclesiástica*, Universidad de Almería, El Ejido (Almería) 2015.

MÁS INFORMACIÓN Y TEXTOS ORIGINALES DE LOS PADRES DE LA IGLESIA

www.clerus.va/content/clerus/es.html

www.conocereisdeverdad.org

www.conoze.com

www.iglesiapueblonuevo.es

www.mercaba.org

www.thecatholictreasurechest.com

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES SECUNDARIAS

Adam, Karl, *Saint Augustine: The Odyssey of his Soul*, Macmillan, New York 1932.

Akin, Jimmy, *The Fathers Know Best: Your Essential Guide to the Teachings of the Early Church*, Catholic Answers, San Diego, Calif. 2010. [Manual muy útil].

Aquilina, Mike, *The Fathers of the Church: An Introduction to the First Christian Teachers*, Our Sunday Visitor, Huntington, Ind. 2013. [Una introducción al tema].

Benedicto XVI, *The Fathers* (2 vols.), Our Sunday Visitor, Huntington, Ind. 2008 and 2010.

– *Los Padres de la Iglesia* (2 vols.), Ciudad Nueva, Madrid 2008 y 2010.

Bercot, David W. (ed.), *A Dictionary of Early Christian Beliefs: A Reference Guide to More Than 700 Topics Discussed by the Early Church Fathers*, Hendrickson, Peabody, Mass. 1998.

Bouyer, Louis, et al., *The Spirituality of the New Testament and the Fathers. A History of Christian Spirituality*, vol. 1, Seabury, New York 1963.

Brown, Peter, *Augustine of Hippo*, University of California Press, 1967.

– *Agustín de Hipona*, Acento Ediciones, Boadilla del Monte 2001. [Biografía clásica].

Brown, Raymond E., et al. (eds.), *The New Jerome Biblical Commentary*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, N.J. 1990.

– *Nuevo comentario bíblico San Jerónimo*, Verbo Divino, Estella 2005. [Sobre la evolución del canon bíblico y la datación de los libros del Nuevo Testamento].

Chadwick, Henry, *Early Christian Thought and the Classical Tradition*, Oxford, New York 1966.

– *The Early Church* (Pelican History of the Church, vol. 1), Penguin, New York 1967. [La mejor Historia de la Iglesia primitiva en libro de bolsillo].

Cross, Frank L.; Livingstone, E.A. (eds.), *The Oxford Dictionary of the Christian Church* (2nd ed), Oxford University Press, Oxford 1974.

Crouzel, Henri, *Origen*, A.S. Worrall, trans., T & T Clark, London 1984.

– *Orígenes*, BAC, Madrid 1998.

Daniélou, Jean, *The Bible and the Liturgy*, Notre Dame University, Notre Dame, Ind. 1956. [Espléndida introducción al empleo de la Biblia por los Padres].

– *The Development of Christian Doctrine before the Council of Nicaea*, Darton, Longman & Todd, London 1964.

– *Gospel Message and Hellenistic Culture* (History of Early Christian Doctrine before the Council of Nicaea, vol. 2), Westminster John Knox, Philadelphia 1973.

– *Mensaje evangélico y cultura helenística*, Cristiandad, Madrid 2002.

– *The Origins of Latin Christianity* (History of Early Christian Doctrine before the Council of Nicaea, vol. 2), Westminster John Knox, Philadelphia 1977.

– *Los orígenes del cristianismo latino*, Cristiandad, Madrid 2006.

Davis, Leo Donald, *The First Seven Ecumenical Councils*, Liturgical, Collegeville, Minn. 1990.

Di Berardino, Angelo (ed.), *Encyclopedia of the Early Church* (Institutum Patristicum Augustinianum, 2 vols.), translated by Adrian Walford, Oxford University Press, New York 1992. [Índice alfabético de herejías, personajes, lugares. Mapas y fotografías].

Di Berardino, Angelo; Studer, B. (eds.), *History of Theology I: The Patristic Period*, Liturgical, Collegeville, Minn. 1996.

Dvornik, Francis, *The Ecumenical Councils. Twentieth-Century Encyclopedia of Catholicism*, vol. 82, Hawthorn, New York 1961.

Ferguson, Everett (ed.), *Encyclopedia of Early Christianity*, Garland, New York 1990.

Grant, Michael, *Social History of Greece and Rome*, Scribner, New York 1992.

Grant, Robert, *The Greek Apologists of the Second Century*, Westminster John Knox, Philadelphia 1988.

Jurgens, William A. (ed.), *Faith of the Early Fathers* (3 vols.), Liturgical, Collegeville, Minn. 1979. [Enseñanza patrística ordenada por temas].

Kelly, John N. D., *Early Christian Creeds* (3rd ed.), Longmans, London 1972.

– *Primitivos credos cristianos*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1980.

– *Early Christian Doctrines* (2nd ed.), Harper & Row, New York 1978. [Probablemente, la mejor exposición del desarrollo de la cristología y otras cuestiones teológicas en la Iglesia primitiva].

Layton, Bentley (ed.), *The Gnostic Scriptures: A New Translation with Annotations and Introductions*, Doubleday Image, New York 1995. [46 textos gnósticos heréticos incluidos los de Valentino, enemigo de san Ireneo].

MacMullen, Ramsay, *Christianizing the Roman Empire*, Yale University Press, New Haven, Conn. 1984.

Marrou, Henri, *Saint Augustine and His Influence through the Ages*, Harper, New York 1957.

– *Paganism in the Roman Empire*, Yale University Press, New Haven, Conn. 1981.

Meredith, Anthony, *The Cappadocians*, St. Vladimir's Seminary Press, Crestwood, N.Y. 1996.

Migne, Jacques Paul (ed.), *Patrologia Graeca*, Vols. 1-85, Paris 1857-1866. [Textos originales griegos de los Padres que escribieron en esta lengua].

– *Patrologia Latina*. Vols. 1-73, Paris 1844-1849. [Textos originales latinos de los Padres que escribieron en esta lengua].

Neuner, Joseph, S.J.; Dupuis, J. (eds.), *The Christian Faith: Doctrinal Documents of the Catholic Church* (6th ed.), Alba, New York 1996.

– *New Catholic Encyclopedia*, McGraw-Hill, New York 1967.

Osborn, Eric, *Tertullian, First Theologian of the West*, Cambridge University Press, Cambridge 1997.

Payne, Robert, *The Holy Fire: The Story of the Fathers of the Eastern Church*, St. Vladimir Seminary Press, Crestwood, N.Y. 1957. [Estudio biográfico y textos de diez Padres incluidos Clemente de Alejandría, Atanasio, Basilio y Juan Crisóstomo].

Pelikan, Jaroslav, *The Emergence of the Catholic Tradition (100-600)* (Christian Tradition Series, vol. 1), University of Chicago Press, Chicago 1971. [Un clásico de un investigador luterano, uno de los historiadores de la teología más importantes de este siglo].

Quasten, Johannes, *Patrology* (4 vols.), Newman, Westminster, Md. 1975.

– *Patrología I. Hasta el Concilio de Nicea*, BAC, Madrid 1962.

– *Patrología II. La edad de oro de la literatura patrística griega*, BAC, Madrid 1962.

– *Patrología III. La edad de oro de la literatura patrística latina*, BAC, Madrid 1981.

– [Una introducción a los Padres de la Iglesia fiable y exhaustiva].

Ramsey, Boniface, *Beginning to Read the Fathers*, Paulist, Mahwah, N.J. 1985. [Una buena introducción a los Padres y su pensamiento en temas clave].

Rordorf, Willy, et al. (eds.), *The Eucharist of the Early Christians*, Pueblo, New York 1978. [Indispensable para el estudio de la teología y la práctica eucarísticas hasta Orígenes. Contiene textos originales y comentarios].

Schneemelcher, Wilhelm; Wilson, R. (eds.), *New Testament Apocrypha*, Westminster, Louisville 1991.

Simonetti, Manlio, *Biblical Interpretation in the Early Church: An Historical Introduction to Patristic Exegesis*, T & T Clark, Edinburgh 1994.

Tsirpanlis, Constantine N., *Introduction to Eastern Patristic Thought and Orthodox Theology* (Theology and Life n. 30),

Liturgical, Collegeville, Minn. 1991.

Vallée, Gérard, *The Shaping of Christianity: History and Literature of Its Formative Centuries*, Paulist, New York 1999.

Van Der Meer, F., *Augustine the Bishop*, Harper Torchbooks, New York 1961.

– *San Agustín, pastor de almas*, Herder, Barcelona 1965.

Van Der Meer, F.; Mohrmann, C., *Atlas of the Early Christian World*, Thomas Nelson & Sons, New York 1959.

Ward, Benedicta (ed.), *The Sayings of the Desert Fathers: The Alphabetical Collection*, Cistercian, Kalamazoo, Mich. 1975.

– *La sabiduría de los Padres del desierto*, Lumen Argentina, Buenos Aires 2014.

Wilken, Robert L., *The Christians as the Romans Saw Them*, Yale University Press, New Haven, Conn. 1984.

– *The Spirit of Early Christian Thought: Seeking the Face of God*, Yale University Press, New Haven, Conn. 2003.

[1] Ver *New Jerome Bible Commentary* (NJBC), p. 1045, para la datación de los libros del Nuevo Testamento realizada por Raymond E. Brown. (Raymond E. Brown et al. (eds.), *The New Jerome Biblical Commentary*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, N.J. 1990). (*Nuevo comentario bíblico San Jerónimo*, Verbo Divino, Estella 2005).

[2] Juan de Damasco, conocido también como Juan Damasceno, se suele considerar el último Padre de la Iglesia. Murió en torno al año 749 d.C.

[3] Ver Clemente, *Primera carta a los corintios*, 6.

[4] *1 Clemente* 1, 1.

[5] Ver, por ejemplo, Ireneo, *Contra los herejes*, III.3.3.

[6] *1 Clemente* 40, 42, 44.

[7] *1 Clemente* 5.

[8] *1 Clemente* 63, 3.

[9] *1 Clemente* 64, 3.

[10] *1 Clemente* 5.

[11] *1 Clemente* 46, 2.

[12] *1 Clemente* 63, 2.

[13] *1 Co* 12, 12 ss.

[14] *1 Clemente* 1, 1.

[15] *1 Clemente* 7, 2.

[16] *1 Clemente* 51.

[17] *Didaché* 2, 2.

[18] *Didaché* 4, 7-8.

[19] *Didaché* 7, 1-3.

[20] *Didaché* 7, 4.

[21] *Didaché* 8, 1.

[22] Nos referimos a las Iglesias orientales ortodoxa y católica (como la maronita o la bizantina).

[23] *Didaché* 8, 2.

[24] *Didaché* 14, 1-3.

[25] Ver *Ml* 1, 11.

[26] *Didaché* 9, 5; citando *Mt* 7, 6.

[27] *Didaché* 9, 4.

[28] Así lo atestiguan tanto Eusebio en su *Historia eclesiástica* (3, 22, 36) como Orígenes (*Homilía 6 sobre el Evangelio de san Lucas* –P.G. 13, 1814–). Eusebio menciona a Evodio como el vínculo episcopal entre Pedro e Ignacio.

[29] *Carta de Ignacio a los romanos* 5, 1.

[30] *Carta de Ignacio a Policarpo* 2, 3.

[31] Juan Crisóstomo, *Homilía en la fiesta de san Ignacio* (*In S. Martyrem Ignatium I*, P.G. 50, 588).

[32] *Carta de Ignacio a los trallianos* 13, 3; *Carta de Ignacio a los efesios* 21; *Carta de Ignacio a los esmirneanos* 10, 2; *Policarpo* 6, 1.

[33] *Carta de Ignacio a los romanos* 6, 3.

[34] *Carta de Ignacio a los romanos* 4, 2.

[35] Cfr. *Carta de Ignacio a los romanos* 7, 2.

[36] *Carta de Ignacio a los romanos* 5, 3.

[37] *Carta de Ignacio a los romanos* 4, 1-2.

[38] *Carta de Ignacio a los romanos* 7, 2.

[39] *Esmirneanos* 4, 2.

[40] Le llamaban *Teophorus*, que se puede traducir también por «portador de Dios». Ver *Trallianos* 4, 1: «Tengo muchos pensamientos profundos en Dios».

[41] *Carta de Ignacio a los efesios* 7, 2.

[42] *Policarpo* 3, 2.

[43] *Carta de Ignacio a los magnesianos* 9.

[44] Cfr. *Carta de Ignacio a los trallianos* 10.

[45] *Trallianos* 9.

[46] *Esmirneanos* 7.

[47] *Carta de Ignacio a los efesios* 20.

[48] *Carta de Ignacio a los romanos* 3, 3.

[49] *Esmirneanos* 8, 2.

[50] *Trallianos* 3, 1.

[51] *Carta de Ignacio a los romanos* 4, 3.

[52] *Carta de Ignacio a los romanos* 3, 1.

[53] *Carta de Ignacio a los romanos* 2, 2.

[54] Ver Ireneo, *Contra los herejes* III, 3, 4; y Jerónimo, *Varones ilustres* 17.

[55] *Martirio de Policarpo* 1, 1.

[56] *Martirio de Policarpo* 1, 3; 4, 2.

[57] *Martirio de Policarpo* 2, 2.

[58] *Martirio de Policarpo* 1, 1.

[59] *Martirio de Policarpo* 9-10.

[60] *Martirio de Policarpo* 5, 2.

[61] *Martirio de Policarpo* 12.

[62] *Martirio de Policarpo* 14.

[63] *Martirio de Policarpo* 16.

[64] *Martirio de Policarpo* 17, 2.

[65] *Martirio de Policarpo* 17, 2-3.

[66] *Martirio de Policarpo* 18, 2-3.

[67] Ver también *Ap* 6, 9.

[68] Conocido como ciclo santoral en la Iglesia católica.

[69] *Carta a Diogneto* 2.

[70] Cfr. *Diogneto* 1.

[71] *Diogneto* 5, 1-7.

[72] *Diogneto* 6, 1-10.

[73] *Diogneto* 7, 2.

[74] *Diogneto* 7, 4.

[75] *Diogneto* 7, 7-9.

[76] *Diogneto* 9, 2-3.

[77] *Diogneto* 10, 2.

[78] Cfr. *Diogneto* 10, 6.

[79] *Diogneto* 11, 4.

[80] Justino menciona estas acusaciones en *1 Apol* 26: «echar por tierra el candelero, uniones promiscuas y comidas de carne humana».

[81] *Primera apología de Justino mártir* 27-29.

[82] *1 Apología* 27.

[83] *1 Apología* 15.

[84] *1 Apología* 14.

[85] *1 Apología* 43.

[86] Cfr. *1 Apología* 20.

[87] Cfr. *1 Apología* 44.

[88] *Segunda apología de Justino mártir* 13.

[89] A. Dulles, *The Assurance of Things Hoped For: A Theology of Christian Faith*, Oxford University Press, New York 1994, p. 20. [Traducción personal].

[90] Cfr. *1 Apología* 61.

[91] Cfr. *1 Apología* 39.

[92] *1 Apología* 67.

[93] *1 Apología* 66.

[94] A. Butler, *Vidas de los santos II*, John W. Clute, México 1965, p. 89.

[95] El nombre latino de esa ciudad era Lugdunum.

[96] Ireneo, *Contra los herejes* I, 1.1.

[97] *Contra los herejes* III, 11.1.

[98] Cfr. *Contra los herejes* III, 2.1.

[99] Cfr. *Contra los herejes* III, 3.1.

[100] La palabra «papa» procede del término griego *pappas*, que significa «papá» o «padre». En el siglo III comenzó a utilizarse en señal de afecto para los obispos de Roma, Alejandría y otros lugares. Con el tiempo, se convirtió en un título reservado únicamente al obispo de Roma y así es como lo empleamos hoy día. No obstante, los ortodoxos coptos lo siguen aplicando a su Patriarca (*pope*).

[101] *Contra los herejes* III, 3.2. Ireneo no usa el término *papa* (del griego *pappas*) para designar al obispo de Roma. Tendrán que pasar otros cien años antes de tener la primera evidencia escrita del empleo de este término, cuyo significado es «papá» o «padre», aplicado al obispo de Roma.

[102] *Contra los herejes* III, 4.2.

[103] *Contra los herejes* IV, 26.2.

[104] *Contra los herejes* III, 11.5.

[105] *Contra los herejes* IV, 18.5.

[106] *Contra los herejes* V, 19.1.

[107] Ireneo, *Contra los herejes* I, 10.3.

[108] *Contra los herejes* IV, 14.2-3.

[109] *Contra los herejes* III, 1.1.

[110] *Contra los herejes* III, 11.8.

[111] *Stromata* VI, 80.

[112] *Stromata* VI, 89.

[113] *Stromata* I, 18.

[114] Cfr. Richard Walzer, *Galen on Jews and Christians*, Oxford University Press, Oxford 1949, p. 15, 48-56.

[115] *Stromata* I, 20.100.

[116] *Stromata* I, 80.

[117] *Contra los herejes* IV, 20.5-7.

[118] *Stromata* VII, 3.13.

[119] *Stromata* VII, 7.43.

[120] *Stromata* VII, 11.75. Afrodita (Venus) era la diosa del amor, y Hermes, el dios de la fortuna, la suerte, los ladrones y las riquezas en general.

[121] *Stromata* VII, 7.35.

[122] *Stromata* VII, 11.64.

[123] *Stromata* VII, 9.52.

[124] Cfr. *Pedagogo* II y *Stromata* III.

[125] *Stromata* VII, 11.70.

[126] *Pedagogo* 1, 4.

[127] *Stromata* III, 10.68.

[128] *Stromata* III, 13.93.

[129] Johannes Quasten, *Patrología I. Hasta el Concilio de Nicea*, BAC, Madrid 1962.

[130] Eusebio nació en Cesarea en torno al año de la muerte de Orígenes (253 d.C.). Su *Historia de la Iglesia* está fechada alrededor del 300 d.C.: el Libro VI recoge por extenso esta historia.

[131] Aunque Eusebio da por sentados estos hechos, su obra está fechada setenta años después de los acontecimientos descritos, y es muy posible que no se planteara cuestionar la veracidad de la calumnia difundida por los enemigos de Orígenes. No hay ningún dato de que este corroborara o negara la acusación. No obstante, cuando interpreta Mateo 19 en sus escritos, exhorta a *no* tomar al pie de la letra las palabras de Jesús y a no hacer aquello de lo que se le acusó a él.

[132] Así lo menciona el propio Orígenes en su *Comentario sobre san Juan* VI, 2.

[133] Pablo vivió cerca de dos años en Cesarea bajo arresto domiciliario. Cfr. *Hch* 23, 33; 25, 32.

[134] Jerónimo, *Carta 30 a Paula*.

[135] Una expresión que hizo célebre san Agustín en torno al año 400 d.C.

[136] Orígenes, *Homilía 16 sobre san Lucas*.

[137] Orígenes, *Homilía sobre Josué* 7.6.

[138] *De principiis* 1, 2.9ss.

[139] Sozomeno, *Historia eclesiástica* 7.32, donde cita el *Comentario a la carta a los romanos* de Orígenes (la obra de Sozomeno es del año 443 d.C.). Eso no quiere decir que fuera Orígenes el creador del término, que ya se empleaba al menos en la

liturgia siriaca antes de incorporarse a la teología y a los comentarios escriturísticos.

[140] Orígenes, *Comentario a san Juan* 1.6.

[141] Orígenes, *Comentario a la carta a los romanos* 5.9. Cfr. también *Homilías sobre el Levítico* 8.3.

[142] Orígenes, *Homilía sobre el Éxodo* 13.3.

[143] Orígenes, *Comentario sobre san Juan* 10.13.

[144] Orígenes, *Homilías sobre el Éxodo* 1.4.

[145] Comentario de Orígenes sobre el pasaje de Emaús en *Homilías sobre el Éxodo* 12.4.

[146] Este principio se aplica en las tradiciones católica y ortodoxa, pero es clave también en los reformadores calvinistas y protestantes que creen que la Escritura se interpreta a sí misma (*Scriptura scripturae interpres*).

[147] Orígenes, *Homilías sobre el Génesis* 8.6-9.

[148] Orígenes, *Contra Celso* I, 2.

[149] Orígenes, *Exhortación al martirio* 41-42.

[150] En la historia cristiana se entiende por confesor no a aquel que «oye confesiones», sino a quien no deja de confesar su fe pese a la cárcel y la tortura. La palabra «mártir» se reserva para los que entregan la vida antes que renegar de su fe.

[151] Los fenicios llevaron los sacrificios infantiles a Cartago cuando fundaron la ciudad en el año 814 a.C.

[152] *Apología* 24, 6-10.

[153] Tertuliano, *Carta a Scápula*, procónsul de África (escrita en el 212 d.C.).

[154] *Apología* 50.13.

[155] *Carta a Scápula* 5.

[156] *Apología* 39, 1-7.

[157] En algunas Iglesias más, como la luterana y la metodista, también existe la confirmación, aunque la mayoría de los protestantes, igual que Lutero, no la consideran un sacramento instituido por Cristo.

[158] Tertuliano, *Sobre el bautismo* 20.

[159] Por ejemplo, *Exhortación a los mártires* 1, *Sobre la oración* 2 y *Sobre la modestia* 5, 14.

[160] Tertuliano, *Sobre la carne de Cristo* 17.

[161] Tertuliano, *Sobre la resurrección de la carne* 8.

[162] Tertuliano, *Contra Marción* 3:19; cfr. *Contra Marción* 4.22 y *Sobre la resurrección de la carne* 17.

[163] Tertuliano, *Sobre la idolatría* 6.

[164] *Sobre la oración* 19 y *Carta a su esposa* 2.5.

[165] *Sobre la oración* 6.

[166] Cfr. *1 Jn* 5, 16 para la distinción entre el pecado en general y el pecado grave o mortal. Cfr. *2 P* 2, 20-22.

[167] *Pastor de Hermas*, Cuarto Mandato 3, 1-6.

[168] Tertuliano, *Sobre la penitencia* 9.

[169] *Contra Práxeas* 12.

[170] El sexo prematrimonial, incluidos los actos homosexuales.

[171] Rechazar o negar a Cristo, normalmente bajo amenaza de persecución.

[172] Cfr. Tertuliano, *Sobre la modestia* 2 y 21.

[173] Cipriano, *Carta a Donato* 4.

[174] En la Iglesia primitiva era corriente que el pueblo eligiera al obispo, a quien los obispos locales procedían a consagrar a continuación.

[175] A día de hoy no nos ha llegado ninguna copia del primer decreto imperial, pero según innumerables fuentes –tanto paganas como cristianas– al parecer fue Nerón (m. 68 d.C.) quien hizo oficialmente del cristianismo un delito castigado con la muerte, y así quedó establecido sobre el papel –tuviera o no efecto– hasta el año 313 d.C.

[176] Cipriano, *Sobre la unidad de la Iglesia* 1.7, en referencia a *Jn* 19, 23-24.

[177] *Sobre la unidad de la Iglesia* 4.

[178] En el Nuevo Testamento ese poder de atar y desatar se refiere a la autoridad de perdonar los pecados (cfr. *Mt* 16, 19 y 18, 18; *Jn* 20, 22-23).

[179] Cipriano, *Carta 66*, 8.

[180] *Sobre la unidad de la Iglesia* 4. Los textos sobre el primado no aparecen en todas las versiones del texto, aunque no cabe duda de que son palabras de Cipriano.

[181] *Carta 54*, 1; *Carta 68*, 5.

[182] Cipriano, *Carta 63*, 17. Cipriano llama a la Eucaristía «*dominicae passionis et nostrae redemptionis sacramentum*» (el sacramento de la pasión del Señor y de nuestra redención).

[183] Cipriano, *Carta 63*, 13. Cfr. también *Carta 66*, 4. Comparar con *Didaché* 9.

[184] *Sobre la unidad de la Iglesia* 13.

[185] *Sobre la oración del Padrenuestro* 4, 24.

[186] La frase que se emplea tradicionalmente para definir su postura es *extra ecclesiam, nulla salus*; aunque sus palabras exactas fueron «*salus extra ecclesiam non est*» (*Carta 73*, 21).

[187] *Sobre la unidad de la Iglesia* 6: «*Habere non potest deum patrem qui ecclesiam non habet matrem*».

[188] Jerónimo, *Varones ilustres*, 61.

[189] Hipólito, *La tradición apostólica* 2-3.

[190] *Tradición apostólica* 4.

[191] Ver *Rut* 2, 4: «Y sucedió que Booz vino desde Belén y dijo a los segadores: "El Señor esté con vosotros". Y ellos le contestaron: "Que el Señor te bendiga"». Cfr. la bendición final de David a Salomón en 1 Crónicas 22, 11. 16: «Ahora, pues, hijo mío, que el Señor esté contigo, para que consigas construir el Templo del Señor, tu Dios». Y san Pablo: «El Señor esté con tu espíritu» (*2 Tm* 4, 22); «la gracia del Señor Jesucristo esté con vuestro espíritu» (*Flp* 4, 23).

[192] *Tradición apostólica* 9.

[193] *Tradición apostólica* 14.

[194] *Tradición apostólica* 15.

[195] *Tradición apostólica* 20.

[196] *Tradición apostólica* 21.

[197] *Tradición apostólica* 21.

[198] *Tradición apostólica* 21.

[199] Tertuliano, que escribía pocos años antes que Hipólito, atestigua también esta unción posbautismal, que es –dice– «de antigua disciplina». Ver *Sobre el bautismo* 7.

[200] *Tradición apostólica* 21.

[201] La costumbre de dar a beber leche y miel a los nuevos bautizados se seguía observando en Roma en el siglo VI. Diácono Juan, *Carta a Senario*, 12 (PL 59:405-406).

[202] *Tradición apostólica* 21.

[203] *Tradición apostólica* 22.

[204] *Tradición apostólica* 25.

[205] *Tradición apostólica* 35.

[206] *Tradición apostólica* 36.

[207] *Tradición apostólica* 37. Encontramos en esa época una práctica y una actitud idénticas en el norte de África, según atestigua Tertuliano en la *Carta a su esposa*.

[208] *Tradición apostólica* 41.

[209] *Tradición apostólica* 42.

[210] *Tradición apostólica* 43.

[211] Este cisma tuvo lugar una generación antes del cisma novaciano descrito en el capítulo anterior.

[212] Eusebio, *Historia eclesiástica* 8.11.1.

[213] El Verbo (*logos* en griego, cfr. *Jn* 1, 1) es lo mismo que el «Hijo». El Verbo o el Hijo preexistente se encarna en Jesús de Nazaret.

[214] Prácticamente todo el mundo coincide en que a Jesús se le llama «Dios» en *Jn* 1, 1; *Jn* 20, 28 y *Hb* 1, 8-9; la mayoría de los comentaristas coinciden en que probablemente también se le llama «Dios» en *Jn* 1, 18; *Rm* 9, 5 y *Tt* 2, 13, aunque en muchas traducciones de estos textos la palabra «Dios» se suele asignar al Padre. Sobre la divinidad de Cristo en Ignacio de Antioquía ver capítulo 4.

[215] *Martirio de Policarpo* 27, 2-3. Solo se rinde adoración a Dios. Nótese el contraste entre «respetar» a los santos mártires y «adorar» a Jesús: adorar a un ángel o a un santo constituiría una idolatría.

[216] A los modalistas se les conocía también como «sabelianos» por Sabelio, el sacerdote romano que defendía esa teoría. Ver capítulo 12.

[217] Agustín de Hipona, *Sermón 117*, 3, 5. Para más información sobre san Agustín ver capítulo 21.

[218] Más adelante esta insistencia deliberada y pertinaz en el error doctrinal que desafía la autoridad de la Iglesia se llamará herejía «formal» para distinguirla del error doctrinal no intencionado denominado herejía «material».

[219] Orígenes, *Homilía 16 sobre san Lucas* y *Homilía 7.6 sobre Josué*. La obra pionera de Orígenes pertenece a una época anterior a los dogmas definidos oficialmente. La historia posterior de la Iglesia demostró que algunas de sus ideas eran erróneas. De ahí que sus errores no se consideren herejías «formales», sino «materiales».

[220] Nicea (hoy Iznik, en Turquía) estaba situada a tan solo cincuenta kilómetros al sur de la capital imperial, Nicomedia. Osio era obispo de Córdoba. Su nombre aparece escrito también como Ossio.

[221] Al parecer el primero se celebró en Asia Menor en torno al año 177 para abordar la herejía montanista.

[222] Cuenta la tradición que el jovial anciano san Nicolás, nada más encontrarse con Arrio en el concilio, le abofeteó en el rostro. Aunque bien puede tratarse de una leyenda, viene a ilustrar lo que comentó un cardenal de la curia cuando Roma preparaba el Vaticano II: «Un concilio no es una reunión de *boy scouts*».

[223] «Pero, aunque nosotros mismos o un ángel del cielo os anunciásemos un evangelio diferente del que os hemos predicado, ¡sea anatema!» (*Ga* 1, 8).

[224] Denzinger 54.

[225] Citado en L. D. Davis, *The First Seven Ecumenical Councils*, M. Glazier, Wilmington, Del. 1987 (p. 69).

[226] Por lo tanto, tuvo que ser redactado antes del año 318, cuando se desencadenó la tormenta arriana.

[227] Atanasio, *Sobre la encarnación* 17.

[228] *Sobre la encarnación* 19.

[229] *Sobre la encarnación* 6.

[230] *Sobre la encarnación* 6-7.

[231] Ireneo, *Contra los herejes*, libro V, prólogo. Atanasio, *Sobre la encarnación* 54. Evidentemente, ninguno de los dos quiere decir que nuestra naturaleza se haga divina, sino que, por medio de la gracia, nos hacemos semejantes a Dios.

[232] *Sobre la encarnación* 63.

[233] Nombre actual de la ciudad Augusta Treverorum.

[234] Citado en M. Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Librería Católica de San José, Madrid 1880. Maximiano fue el emperador que dirigió en la zona oriental del Imperio la persecución de Diocleciano iniciada el año 303 d.C.

[235] Incluida la de san Agustín, como él mismo cuenta en sus *Confesiones* y como veremos en el capítulo 21.

[236] Cfr. *Rm* 1, 25 tal y como aparece citado en *Vida de Antonio* 67-68. Todavía no se habían establecido los capítulos y los versículos bíblicos, por lo que el texto aparece sin cita.

[237] *Vida de Antonio* 82.

[238] *Vida de Antonio* 82.

[239] Cita de la «blasfemia de Sirmio» en J. L. González, *Historia del pensamiento cristiano*, Editorial Clie, Barcelona 2010.

[240] La adición de una *i* (la letra griega iota) detrás de «homo» suponía un cambio muy importante. Modificar el credo con «una iota» protegía del modalismo, pero ofrecía una grieta al arrianismo. Las palabras podían acabar en «ion» o «ios» en

función de su posición en la frase; de ahí que *homoousion* signifique exactamente lo mismo que *homoousious*.

[241] Fue un concilio local, no un concilio ecuménico de tanto peso como el de Nicea.

[242] Este texto se conoce como «Credo fechado» de Rimini-Seleucia. Está recogido en Sócrates. *Historia eclesiástica* 2, 41.

[243] Jerónimo, *Contra los luciferianos* 19.

[244] A estos «moderados» algunos los conocen como semiarrianos.

[245] A. Butler, *Vidas de los santos II*, John W. Clute, México 1965, pp. 200-201.

[246] Los retóricos eran profesores de oratoria hablada y escrita. Un buen retórico podía ganarse muy bien la vida, ya que los futuros abogados y políticos hacían cola para aprender el arte de la persuasión.

[247] Gregorio de Nisa, *Vida de Macrina* 6, 1. Conviene saber que en la vida de Basilio hubo dos Gregorios diferentes: su hermano pequeño, Gregorio de Nisa, y su íntimo amigo Gregorio Nacianceno.

[248] Basilio, *Carta 223*, 2.

[249] Así es como califica a Atanasio en una carta dirigida a este. Basilio, *Carta 82*.

[250] Basilio, *Homilía a los ricos* 4 (c. 369 d.C.).

[251] San Gregorio Nacianceno recoge esta conversación en su *Oratio* 43, 49-50.

[252] Basilio, *Sobre el Espíritu Santo* 46.

[253] Basilio, *Sobre el Espíritu Santo* 54.

[254] Basilio, *Sobre el Espíritu Santo* 52.

[255] Basilio, *Sobre el Espíritu Santo* 22.

[256] Basilio, *Sobre el Espíritu Santo* 66.

[257] Basilio, *Sobre el Espíritu Santo* 71.

[258] Aunque en el siglo IV la Iglesia oriental permitía la ordenación episcopal y sacerdotal de hombres casados, acabó exigiendo el celibato de los obispos, pero sigue permitiendo los sacerdotes casados.

[259] Gregorio Nacianceno, *Oratio 43 en alabanza de san Basilio Magno* 15-17, 19-21; PG 36, 514-423.

[260] *Oratio* 31, 26.

[261] *Carta 101*, 4-6.

[262] Basilio, *Carta 258*, 2.

[263] La ciudad de origen de Gregorio era Nacianzo. Unas veces se le conoce como Gregorio de Nacianzo y otras, como Gregorio Nacianceno. Es este segundo nombre el que emplearemos a lo largo de este libro.

[264] Referencias bíblicas: *2 Co* 3, 17 llama «Señor» al Espíritu Santo; *Rm* 8, 2 asocia al Espíritu Santo con la vida; *2 Co* 3, 6 y *Jn* 6, 62 llaman al Espíritu «dador de vida»; en *Jn* 15, 26 Jesús dice que el Espíritu Santo procede del Padre; *2 P* 1, 21 asocia al Espíritu Santo con las profecías.

[265] A. Butler, *Vidas de los santos II*, J. W. Clute, México 1965, p. 246.

[266] Más tarde la historia lo conocerá como Gregorio de Nisa por la ciudad de la que fue obispo. Tenía unos años menos que su hermano Basilio y que el mejor amigo de este, Gregorio Nacianceno, a quien le acabó uniendo también una buena amistad.

[267] Cuarenta soldados romanos que se contaron entre los últimos mártires antes de que Constantino decretara la libertad

religiosa en Oriente. Murieron en la costa sur de la actual Turquía en torno al año 320 d.C. y su devoción se halla muy extendida en Capadocia.

[268] En torno a esa fecha Gregorio Nacianceno escribió una carta de pésame (*Carta 197*) a Gregorio de Nisa con ocasión de la muerte de una mujer a quien el Nacianceno llama «tu hermana Teosebia» y «verdadera esposa de sacerdote». Muchos creen que se trataba de la mujer de Gregorio de Nisa; otros piensan que era una de sus hermanas. En cualquier caso, esa pérdida debió de suponer una tercera tragedia en la vida del obispo de Nisa.

[269] Gregorio de Nisa, *Vida de Macrina* 21, 2.

[270] Gregorio de Nisa, *Homilías sobre el Eclesiastés* 4.

[271] El nombre de la ciudad en aquella época era Mediolanum.

[272] Graciano era hijo de la primera esposa de Valentiniano I; y Valentiniano II, de Justina, segunda esposa de su padre.

[273] Ambrosio, *Sermón contra Auxencio sobre la entrega de las basílicas*.

[274] *Aeterne rerum conditor* o «Creador sempiterno de las cosas», un himno que Agustín atribuye a Ambrosio.

[275] Ambrosio, *Carta 20 a Marcelina*.

[276] Ambrosio, *Carta 20*.

[277] Ambrosio, *Sobre los deberes del clero* 2.28-136-139. Aquí menciona el ejemplo del diácono san Lorenzo, para quien los pobres eran los tesoros de la Iglesia.

[278] Ambrosio era conocido por su inmenso respeto hacia la legítima diversidad de costumbres que existía en la Iglesia católica. En Milán el domingo era tradicionalmente un día festi-

vo, mientras que en Roma era día de ayuno. En la cultura occidental, el consejo que Agustín recibe de Ambrosio de seguir las costumbres romanas en Roma se ha convertido en una máxima: «En Roma haz como los romanos».

[279] Ambrosio, *Carta*.

[280] Ambrosio, *Oración fúnebre en honor de Teodosio*.

[281] Este converso de Ambrosio es el objeto de nuestro siguiente capítulo.

[282] Ver, por ejemplo, la *Vida de Constantino* escrita por el arriano Eusebio de Cesarea.

[283] Ambrosio, *Sermón contra Auxencio sobre la entrega de las basílicas*.

[284] La actual ciudad argelina de Souk Ahras.

[285] Agustín, *Las confesiones* 3, I.1.

[286] En ningún pasaje de sus escritos menciona Agustín el nombre de su amante.

[287] Agustín nos ofrece un ejemplo: veía discrepancias entre lo que afirmaba Mani sobre los cuerpos celestes y los conocimientos de la astronomía de su época. Ver libro V de sus *Confesiones*, 3.3-5.13.

[288] Los estudiantes romanos solían emplear una treta: asistían a clase hasta que llegaba el momento de pagar la factura; entonces desaparecían, dejando «a dos velas» al profesor.

[289] Agustín, *Confesiones*, 5, XIII.23.

[290] Se puede ver un ejemplo de la enseñanza de Ambrosio a los nuevos bautizados en sus tratados *Sobre los Misterios* y *Sobre los sacramentos*.

[291] *Confesiones*, 8, VII.17.

[292] *Confesiones*, 8, VIII.19.

[293] *Confesiones* 8, XII.29.

[294] *Confesiones* 5, IX.16.

[295] En sus *Confesiones*, Agustín no nos facilita más datos que estos.

[296] La actual Annaba, en Argel. Recibía el nombre de «Regius» porque en ella habían residido los reyes de Numidia.

[297] Posidio, *Vida de Agustín*, 22.6-7. Posidio, uno de los residentes de aquella casa, escribió la biografía de Agustín tras la muerte de este.

[298] Asistente del obispo con derecho a sucesión una vez que el obispo principal moría o se retiraba.

[299] *Confesiones* 10, XXVII.38.

[300] Agustín, *Exposición del salmo 95*, 11.

[301] El bautismo infantil fue la tradición más temprana de la que dejaron testimonio Cipriano e Hipólito. Tras el Edicto de Milán, surgió la nueva costumbre de posponerlo por temor a pecar gravemente una vez bautizado. En aquellos días el sacramento de la penitencia era mucho más riguroso, tal y como demuestra la penitencia pública de Teodosio.

[302] Agustín, *Sermón 131*, 6 y *Sermón 151*, 4-5, en alusión al relato del buen samaritano de *Lc* 10, 25-37.

[303] Citado por Agustín, *Sobre la naturaleza y la gracia* 30, 34.

[304] Agustín, *Carta 157* 2, 8, analizada por P. Brown, *Augustine of Hippo*, University of California Press, Berkeley 1967, p. 373.

[305] Palabras del conde Estilicón, tutor de Honorio.

[306] En esas fechas buena parte de los escritos de Agustín ya se habían copiado y podían hallarse en casas y bibliotecas de to-

do el Imperio. De ahí que muchos de ellos habrían sobrevivido incluso aunque los vándalos hubieran arrasado con todo.

[307] En esas fechas Agustín, diez años más joven, era catecúmeno en Milán.

[308] El enemigo era Magno Máximo, cuya invasión de Italia se vio retrasada un tiempo gracias al llamamiento de san Ambrosio (ver capítulo 20).

[309] *Homilías 1 y 2 sobre la traición de Judas (de proditione Judae)*, PG (*Patrologia Graeca*) 49, 393-418, n. 6.

[310] *Homilía en la Natividad del Señor* 7: PG 49, 361. Ver también *Homilía 46 sobre Juan* 3.

[311] Juan Crisóstomo, *Homilía 32 sobre los romanos*. La segunda luminaria es, por supuesto, Pedro.

[312] *Sermón sobre el matrimonio* en C. P. Roth, *John Chrysostom on Marriage and Family Life*, St. Vladimir's Seminary Press, Crestwood, NY 1986, p. 82. [Traducción personal].

[313] Los obispos de las sedes cristianas históricas de Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén poseían un estatus especial reconocido oficialmente en el año 381 d.C. por el primer Concilio de Constantinopla, tras el cual tomaron el nombre de patriarcas.

[314] *Homilía 50, 3-4 sobre el Evangelio de Mateo, PG* 58, 508-509.

[315] Juan Crisóstomo, «Homilía XII sobre la epístola a los colosenses (4, 12-18)», en *La educación de los hijos y el matrimonio*, Ciudad Nueva, Madrid 1997.

[316] En el año 330 Constantino trasladó su capital de Nicomedia a una población casi insignificante estratégicamente ubicada en el Bósforo, el estrecho entre el Mar Negro y el Mar de Mármara. La población oficialmente conocida como Bizan-

cio pasó a llamarse Constantinopla. De ahí que a partir de entonces los historiadores se refirieran al Imperio Romano de Oriente como Imperio bizantino.

[317] Juan Crisóstomo, *Ante exilium* (Sermón antes del exilio), 1-3, PG 52, 427-430.

[318] Sócrates, *Historia eclesiástica* 18.

[319] Los tres Santos Patriarcas de los ortodoxos son Gregorio Nacianceno, Basilio y Juan; el listado católico de los cuatro doctores orientales añade a Atanasio.

[320] Las actuales Eslovenia, Croacia y Albania.

[321] Jerónimo, *Carta 125*, 12.

[322] La lengua original de la liturgia romana había seguido siendo el griego durante más de trescientos años; obispos como Dámaso y Ambrosio dieron un paso «progresista» al traducir la liturgia tradicional a una nueva lengua vernácula: el latín.

[323] Sus años de ermitaño en el desierto sirio le proporcionaron una experiencia de primera mano del monacato oriental, sobre el cual los cristianos devotos deseaban más información.

[324] Jerónimo, *Carta 43*, 3, a Marcela.

[325] Llamada así debido a la leyenda que la considera fruto del trabajo de setenta traductores. Se suele citar mediante la abreviatura LXX.

[326] Jerónimo, *Comentario a Isaías*, 1.2 (CCL 73, 1-3).

[327] La primera evidencia escrita de la fe en la perpetua virginidad de María está contenida en el documento del siglo II conocido como *Protoevangelio de Santiago*.

[328] Jerónimo, «Sobre la virginidad perpetua de María Bendita» (*Contra Elvidio*) 8, 16, 21. El nombre de su adversario aparece a veces transcrito como Helvidio o Helvecio.

[329] Jerónimo, «Contra Vigilancio», en *Obras completas VIII. Tratados apologéticos*, BAC, Madrid 2009.

[330] Los otros son Ambrosio, Agustín y Gregorio Magno.

[331] Existe una homilía conocida como la *Segunda carta de Clemente*, pero es prácticamente seguro que no pertenece a León, sin que por ello deje de ser un valioso ejemplo de la predicación cristiana primitiva.

[332] León Magno, *Sermón 4*, 1-2 (*PL* 54, 148-149).

[333] León Magno, *Homilía 1 sobre la Natividad del Señor (Sermo 1 in Nativitate Domini)* 1-3 (*PL* 54, 190-193).

[334] Gregorio Nacianceno, *Carta 101*, 4-6.

[335] Situada en el Bósforo frente a Constantinopla, en lo que hoy es la zona asiática de Turquía. En la actualidad es un distrito de Estambul llamado Kadiköy.

[336] León Magno, *Carta 28*.

[337] Ver la encíclica de Juan Pablo II sobre el ecumenismo *Ut unum sint*.

[338] El martirologio romano, la lista oficial de los santos honrados por la liturgia romano, recibe ese nombre porque durante los primeros siglos todos fueron mártires. En cuanto al antepasado papa de Gregorio, Félix III, no sabemos si sus hijos nacieron antes de ser clérigo, como en el caso de Agustín, o después. En esa época el clero casado –incluidos los obispos– era cada vez más raro en Occidente.

[339] El lugar lo continúan ocupando una iglesia y un monasterio en activo: San Gregorio Magno al Celio.

[340] A. Butler, *Vidas de los santos I*, John W. Clute, México 1965, p. 532.

[341] *Homilía sobre Ezequiel*, libro I, 11, 4-6 (CCL 142, 170-172).

[342] Gregorio Magno, *Regla pastoral*, libro 2, 4 (PL 77, 30-31).

[343] Gregorio Magno, *Morales sobre el libro de Job (Moralia in Iob)*, libro 1, 2, 36 (PL 75, 529-530, 543-544).

[344] El diácono Juan, biógrafo (c. 872 d.C.) del papa Gregorio I, afirmaba que el santo «compiló un antifonario de retazos». Ver el artículo de Heinrich Bewerunge sobre el «canto gregoriano» en la *Catholic Encyclopedia* de 1913.

[345] Tradicionalmente se ha considerado el último Padre latino a Isidoro de Sevilla, que murió unos treinta años después que Gregorio. Isidoro es una figura menor al lado de Gregorio.

[346] Lo más probable es que la muerte y resurrección de Cristo se produjeran en el año 30 d.C. El primer libro del Nuevo Testamento –que es casi con seguridad la primera carta de Pablo a los tesalonicenses– se escribió –año más, año menos– en el 50 d.C. La primera lista que contiene los libros del Nuevo Testamento y el primer autor que empleó la mayoría de ellos, como hemos visto, data aproximadamente del año 185 d.C., mientras que la primera relación completa de los veintisiete aparece en una Carta Pascual de Atanasio del 367 d.C.

[347] Ver, por ejemplo, A. Reza, *El zelote: la vida y la época de Jesús de Nazaret*, Ediciones Urano, Barcelona 2014.

[348] En griego las letras de la palabra «pez» o ICTHUS equivalían a una profesión de fe en forma de acróstico: Jesucristo Hijo de Dios Salvador.

[349] Recordemos el relato de Cipriano de su propia experiencia bautismal. No obstante, conviene señalar que los Padres

de la Iglesia no hacen hincapié ni demasiada referencia a esa experiencia subjetiva de conversión inicial.

ÍNDICE

PRÓLOGO

AGRADECIMIENTOS

BREVE CRONOLOGÍA DE LOS PADRES DE LA IGLESIA PRIMITIVA

1. LOS PADRES DE LA IGLESIA: ¿A QUIÉN INCLUIMOS?
2. CLEMENTE Y LA REBELIÓN DE CORINTO
3. LA DIDACHÉ: saliendo de LA NEBULOSA DE LA HISTORIA
4. IGNACIO: PROFETA, PASTOR Y TESTIGO
5. EL MARTIRIO DE POLICARPO
6. DIOGNETO Y EL MISTERIO DE LA NOVEDAD CRISTIANA
7. JUSTINO Y EL MANTO DEL FILÓSOFO
8. IRENEO Y LA AMENAZA GNÓSTICA
9. IRENEO Y LA BATALLA POR LA BIBLIA
10. CLEMENTE Y LA ESCUELA DE ALEJANDRÍA
11. ORÍGENES: FERVOR Y GENIALIDAD
12. LA TRAGEDIA DE TERTULIANO
13. CIPRIANO Y LA UNIDAD DE LA IGLESIA
14. HIPÓLITO Y LA LEX ORANDI

15. LA GRAN PERSECUCIÓN
16. NICEA: EL PRIMER CONCILIO ECUMÉNICO
17. ATANASIO CONTRA EL MUNDO
18. BASILIO EL GRANDE
19. DOS GREGORIOS Y UN CONCILIO
20. AMBROSIO DE MILÁN: EL JONÁS DE OCCIDENTE
21. AGUSTÍN Y LA SUBLIME GRACIA
22. EL PREDICADOR DE LA BOCA DE ORO
23. JERÓNIMO Y LA BIBLIA
24. LEÓN Y PEDRO
25. GREGORIO MAGNO
26. LA VOZ EN LAS VOCES

Epílogo. «CUANDO LA IGLESIA ERA JOVEN»

MÁS MATERIAL DE LECTURA SOBRE LOS PADRES DE LA IGLESIA

NOTAS

ÍNDICE

Prólogo	3
Agradecimientos	7
Breve cronología de los Padres de la Iglesia primitiva	10
1. Los Padres de la Iglesia: ¿A quién incluimos?	15
2. Clemente y la rebelión de Corinto	20
3. La didaché: saliendo de la nebulosa de la historia	26
4. Ignacio: profeta, pastor y testigo	34
5. El martirio de Policarpo	45
6. Diogneto y el misterio de la novedad cristiana	54
7. Justino y el manto del filósofo	64
8. Ireneo y la amenaza gnóstica	76
9. Ireneo y la batalla por la Biblia	87
10. Clemente y la escuela de Alejandría	96
11. Orígenes: fervor y genialidad	107
12. La tragedia de Tertuliano	122
13. Cipriano y la unidad de la Iglesia	134
14. Hipólito y la lex orandi	146
15. La gran persecución	161
16. Nicea: el primer concilio ecuménico	173
17. Atanasio contra el mundo	185

18. Basilio el Grande 203
19. Dos Gregorios y un concilio 217
20. Ambrosio de Milán: el Jonás de Occidente 235
21. Agustín y la sublime gracia 249
22. El predicador de la boca de oro 269
23. Jerónimo y la Biblia 282
24. León y Pedro 293
25. Gregorio Magno 302
26. La voz en las voces 314
Epílogo. «Cuando la Iglesia era joven» 323
Más material de lectura sobre los Padres de la Iglesia 326
Notas 337
Índice 361